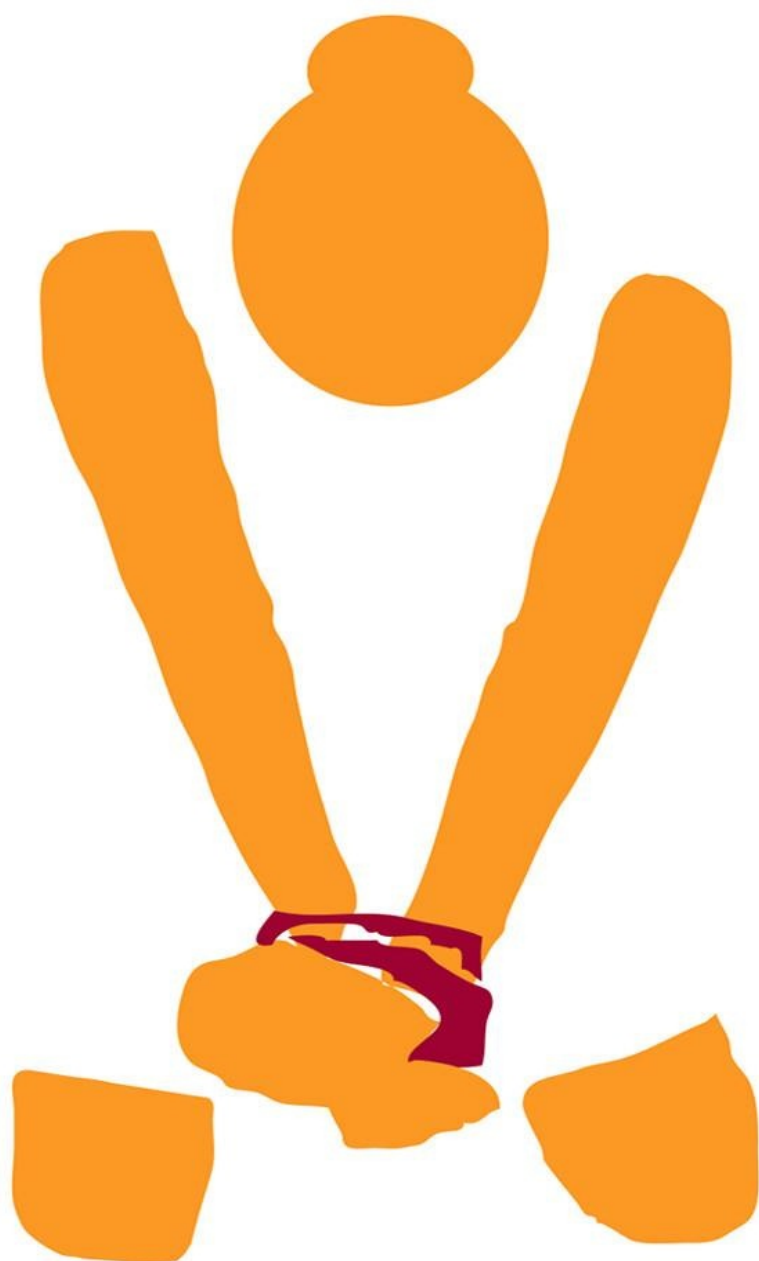


De rodillas

Venganza 1

MALENKA RAMOS



SB^ebooks
&

Malenka Ramos

VENGANZA

PRIMERA PARTE: DE RODILLAS

Título: De rodillas. Venganza 1.

Texto: © Malenka Ramos, 2013

www.sb-ebooks.com

ISBN: 978-84-15983-89-7

Diseño de cubierta: Esther Maré

Created in the European Union.

Queda prohibida, salvo excepción prevista por la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

1. Odio

No te acuerdas de mí, ¿verdad? No... Tú eras una hermosa princesa en un instituto con apenas diecisiete años y yo... Yo era uno más de todos aquellos babosos que ansiaba tener de ti una mera sonrisa al final del día. Tú eras preciosa, una diosa que siempre me miró con desprecio. Yo era un enclenque más bajo que tú, con unas notas poco destacables y una familia pobre. Tú eras tan perfecta y a la vez tan cruel... Pero ahora todo ha cambiado. Han pasado quince años desde la última vez que te vi y las cosas ya no son como antes. Sí, tú sigues tan preciosa como entonces, hoy lo he comprobado al cruzarnos en la calle, aunque tú no supieras quién era. Por supuesto que no. Me has sonreído como una furcia ansiosa porque ya no soy el mismo. Ahora tengo la clase que me faltaba cuando era un crío. Visto trajes caros porque mi odio por la gente como tú me hizo superarme. Las horas de gimnasio me han convertido en lo que tú camelabas siendo apenas una niña y ya no soy aquel enclenque. La suerte me hizo medir casi un metro noventa y seis y... claro, ahora sí me sonríes.

Hoy has pasado a mi lado y he vuelto a oler tu melena oscura, aquella que esnifaba sentado en mi pupitre detrás de ti. Ese olor que tantos buenos ratos a tu costa me hicieron pasar solo en mi habitación. Te seguí y ahora sé dónde vives. Ahora sé que sigues sola. Desde aquí, en medio de la noche, puedo ver tu ventana iluminada y tu figura caminar de un lado a otro. Apagas la luz. Ya es muy tarde... Duerme, princesa, duerme... Mientras puedas.

—Despierta.

Una voz retumbó en la cabeza de Samara. Intentó incorporarse, pero algo sujetaba con fuerza sus muñecas al cabecero de la cama.

—Pero... ¿qué demonios...?

Intentó zafarse sin conseguirlo. Las bridas presionaban y rasgaban su piel si ejercía demasiada presión sobre ellas. Movi6 las piernas, pero tampoco sirvió de nada. La poca luz que entraba por la ventana del cuarto

apenas le permitía ver el umbral de la puerta y su corazón empezó a latir a gran velocidad.

—¿Hola? —gritó—. Por favor... ¿Hay alguien ahí?

Nadie respondió.

El sudor empezó a deslizarse por su frente al escuchar unos pasos acercándose por el pasillo. Se abrió la puerta y la luz del salón iluminó una figura masculina.

—¿Quién eres? —La fricción en las muñecas era insoportable—. ¿Qué haces en mi casa?

El individuo entró en la habitación, se sentó en un diván frente a la cama y la observó impertérrito. Con parsimonia, encendió una lamparita que apenas daba luz. Su cara estaba oculta por un pasamontañas. Pudo sentir la fuerza de su mirada, ver la sonrisa que reveló una dentadura perfecta.

—¡Llévate todo lo que quieras, pero no me hagas daño! —suplicó.

—No he venido a eso. —Su voz sonaba tranquila, quizás demasiado—. Ha pasado mucho tiempo, Samara.

Comenzó a llorar y de nuevo intentó liberarse sin éxito. El dolor atravesaba sus muñecas como afilados cuchillos. El extraño se limitó a mirarla sin moverse; las manos apoyadas en los reposabrazos de la butaca, la amplitud de su torso cubriendo el respaldo de terciopelo y una turbadora calma en todo él.

—No llores, princesa —dijo—, de nada te valdrá.

—¿Qué quieres de mí? ¿Quién eres? —inquirió desesperada.

—Alguien invisible para ti durante años —respondió él—. Me hiciste daño, Samara, mucho. El mismo que ahora voy a hacerte yo a ti.

Se levantó, se inclinó sobre ella y sujetó su mentón.

—¡Por favor, no me mates! —Las palabras del desconocido y su amenazadora cercanía le aterrorizaron—. No sé quién eres, ni sé qué pude hacerte, pero si te eché del trabajo lo siento. Perdona si...

—Cállate, por favor.

Se sintió mareada por el miedo o quizás la causa era lo que él le había hecho respirar mientras dormía. Notaba un ligero sabor dulce en la garganta y por unos instantes la habitación empezó a dar vueltas. Un golpe inesperado en la cara le hizo reaccionar.

—Vuelve conmigo —la susurró—. Te necesito cuerda.

—¡Déjame!

La mano del hombre se introdujo bajo las sábanas y las apartó con un movimiento decidido. Espantada, observó impotente cómo se colocaba sobre ella, cómo arrancaba su camisón y examinaba su cuerpo. Sintió sus manos apretando sus pechos, la presión de sus dedos sobre la carne, hasta que un grito de dolor salió de su garganta. Eso le hizo sonreír. Sonreía porque lloraba. Porque sufría.

Se inclinó sobre ella aspirando profundamente el suave aroma que emanaban sus cabellos.

—Samara... —susurró—. Cuánto me hiciste sufrir cuando apenas era un niño... y ahora volvemos a encontrarnos.

Llena de estupor, pestañeó a punto de perder la cordura.

—Lo sé —dijo él al advertir su sorpresa—. Aunque vieras mi rostro, tampoco entenderías nada. Era poca cosa para que te fijaras en mí.

Pasó la lengua por su cara mientras se debatía bajo su cuerpo con las pocas fuerzas que aún tenía.

—Voy a hacerte mía... —anunció él, disfrutando del miedo que sus palabras causaron en ella—. Voy a hacerte mía de todas las maneras que se me ocurran y, cuando termine, cuando no quede más que pueda usar, dependerá sólo de ti lo que pase.

Con destreza, colocó un cojín bajo su culo y rasgó la ropa interior hasta dejarla completamente desnuda.

—Dime... —susurró al oído, mientras liberaba su miembro y lo apoyaba en la entrada de su sexo—. ¿Cuántos hombres ha habido? ¡Contesta!

—¡No lo sé! —gritó aterrorizada al notar cómo se clavaba en ella con brusquedad.

—¿Perdiste la cuenta, zorra?

Se movió dentro de ella, sonrió con frialdad y mordió su boca hasta hacerla gritar de dolor. Sus ojos, aquellos profundos y oscuros ojos se clavaron una vez más en su rostro regalándole una sonrisa ansiosa y mezquina.

—Voy a soltarte —dijo, jadeante—, pero Dios te libre de intentar huir de mí. Si haces un solo movimiento, te haré mucho daño.

Sacó de su bolsillo una navaja y cortó con brusquedad las bridas. Samara

sintió una terrible quemazón. Los movimientos bruscos habían despellejado la fina piel de sus muñecas. Apenas tuvo tiempo de intentar nada, apenas le daba tregua para ser consciente de lo que pretendía hacer.

—Felatriz... Seguro que eres una maestra en este arte —dijo él encajando el sexo en su boca.

Obedeció aterrada por su voz, por la seguridad de sus palabras y la dureza de sus movimientos. Se arrastró torpemente apresada por su mano, clavando las uñas en la colcha.

—¿No te cabe? —dijo riendo, y tirando de ella.

El timbre de la puerta rompió bruscamente el silencio. Durante breves instantes Samara pensó en saltar de la cama, llegar a la puerta y salir corriendo al pasillo para gritar pidiendo ayuda, pero aquel individuo la cogería, era demasiado grande para su frágil cuerpo dolorido.

—Como te muevas un pelo te mato —advirtió—. ¿A quién esperas?

—No... No sé, no recuerdo. No espero a nadie —balbuceó.

La arrastró hacia él y, tumbándola boca abajo, le tapó la boca. Se oyó un timbrado más y, después, silencio.

—¿Tu novio, quizás? —canturreó en su oído.

Pero Samara no podía hablar; incluso le resultaba difícil respirar. Sintió de nuevo el miembro del extraño penetrarla desde atrás.

—Ahora voy a hacerte mucho daño...

—¡No! —gritó, liberándose de la mano enguantada.

—No patalees.

—¡Por favor...! —suplicó—. Soy virgen de ahí. Jamás...

Una carcajada retumbó de repente en la habitación.

—No me lo puedo creer. No me digas que nadie te ha follado ese culito.

—No... Ten compasión de mí. Te pido perdón por todo lo que te hice, pero no me hagas esto, por favor.

—Llora todo lo que quieras. —Sus palabras estaban llenas de melancolía.

Se mostró indiferente a sus súplicas y de un golpe la penetró. Colocado sobre ella, bombeaba con rabia y excitación. Samara gritaba y lloraba, pero aquel demonio aumentaba la fuerza de sus embestidas con cada nueva súplica. El dolor que sentía era horrible. Su cabeza funcionaba a mil por

hora, no entendía por qué le hacía eso, qué había sido tan horrible para atormentarla de aquella manera, para humillarla de forma tan cruel y depravada.

—Sí —dijo él—, tienes el culo cerrado, pero eso va cambiar. Mira cómo entra, cómo resbala. Te gustará, acabará por gustarte, como me acabó gustando a mí tu indiferencia. Oh Samara... Me sigues volviendo loco y mírate ahora, así, sintiéndome dentro de ti, totalmente expuesta a alguien que te odia tanto como te desea.

Sintió cómo se retorció de placer, los movimientos, terribles y dolorosos, aceleraron su ritmo y la atravesaron partiéndola en dos. Después, silencio.... Notó el latir de sus venas, el olor de su piel. Un fino y casi imperceptible aroma le llenaba las fosas nasales; jazmín, flores del campo, agua y esencias... jazmín... *¡Espera!* No quería moverse pero temía que cuando volviera en sí esa bestia la matase. *Espera...* Él respiraba con fuerza.

Mil imágenes de su juventud pasaron por su cabeza. Era inútil, jamás le recordaría. Notó cómo el hombre se incorporaba, cómo se apartaba de ella y se alejaba delicadamente, sin apenas un leve murmullo.

Exhausta y dolorida, se derrumbó sobre la colcha. Oyó el tintineo del cinturón, la cremallera subir, sus pasos aproximándose de nuevo a la cama, el tacto de la tela que cubría su cara en la mejilla. Miedo...

—Duerme, princesa —dijo—, si puedes.

Tras estas palabras, nada. La oscuridad se apoderó de ella.

—Despierta.

La voz de su cabeza la devolvió al día. Se incorporó con rapidez. No había sido un sueño. Se levantó de la cama y se miró en el espejo, su pelo revuelto, su rostro hinchado de llorar. Todavía le temblaban las piernas y sentía dolorosas punzadas en el estómago. Tal vez él volviera a buscarla, pensó. Pero, ¿quién era? ¿Por qué no la había matado? ¿Qué pudo hacerle en el pasado para que la odiara tanto?

—Dijo mi nombre —recordó—. Él dijo mi nombre.

Rompió a llorar de rabia y cayó de rodillas ante la imagen dantesca que veía de sí misma. Las muñecas le ardían y unas finas marcas rosáceas se

dibujaban en torno a ellas. Levantó la vista y se limpió las lágrimas para volver a llorar de nuevo.

Aquella noche apenas fue capaz de dormir. Los recuerdos de lo acontecido la torturaron; buscaba una explicación a lo que había pasado. Durante las pocas horas que consiguió conciliar el sueño, la imagen del hombre y sus palabras resonaron en su cabeza hora tras hora, minuto tras minuto. Su boca, aquella sonrisa cruel y triunfadora propia de un tirano, sus ojos, sus profundos ojos negros encastrados en las cuencas sin un ápice de sentimiento y moralidad. ¿Qué le había hecho? ¿Quién era?

Pasaron los días y cada noche, al regresar a su casa, tenía la sensación de que alguien la seguía. Temía volver a verlo, siempre buscaba una excusa para que alguien estuviera con ella y, cuando no era posible, intentaba no llevar el coche a la oficina con el afán de pedir un taxi y regresar acompañada al portal.

Qué estúpida. Él había entrado mientras dormía y nadie se lo había impedido. Mandó cambiar las cerraduras del piso e instalar un cierre de metal en la puerta de la habitación que cada noche, antes de acostarse, cerraba por dentro. Sin embargo el miedo no cesaba, la inseguridad y la sensación de que volvería a verlo le impedían dormir por las noches y los días se hacían eternos. El trabajo pesaba y cada vez le costaba disimular más su tormento.

Pensó en denunciarlo, pero sólo al principio. Posiblemente no darían con él, no podía permitir que sus padres pasaran por todo aquello, que sus amigos se enteraran, que en su trabajo alguien lo supiera. Era tal la sensación de humillación que la mera idea de contárselo a alguien le aterraba.

Y pasaron los meses...

2. Humillación

Hola, mi princesa, cuánto tiempo sin saber de ti. Pero no creas que me he olvidado de la mujer que me ignoro durante años. Samara... Hace tan sólo dos meses que entré en tu casa y te hice mía. Aún recuerdo tu aroma. Aún siento que se me pone dura cuando recuerdo tus lágrimas.

Me he pasado los últimos dos meses desde entonces enganchado a tu recuerdo. Reconozco que soy un enfermo. Tus heridas se están cerrando, pero yo estoy aquí para que no curen. Tengo tantos planes para ti y para mí... Hoy has comido en un buen restaurante con tus amigos. A nadie has dicho lo que te atormenta. Tienes un pasado demasiado libertino para contárselo a nadie. La zorrita de la clase ahora es una chica bien y no puede permitirse reconocer lo que ocurrió porque sería tener que dar demasiadas explicaciones que no estás dispuesta a dar.

Hace dos meses que hice contigo lo que quise y hoy... me apetece.

Tenía una vida plena. Había conseguido un buen puesto de responsable de publicidad en una de las mejores empresas de la ciudad. Su despacho estaba situado en la última planta de la Avenida Cinco, casi anexa a la calle principal, centro de la moda y las grandes y suntuosas compras impulsivas de la clase alta. Desde su mesa de despacho, chapada en madera de cerezo que ella misma había elegido, podía ver el barullo de la gente agolpada en las aceras, el ruido de los coches, el murmullo frenético del día a día. Samara Novoa se consideraba una mujer de la ciudad, pocas veces había necesitado aislarse del mundo y del ruido y, cuando así lo precisaba, alquilaba una casita en la costa a unos doscientos kilómetros de allí y era asidua a los largos paseos por la playa, a las noches calurosas acompañada únicamente de una radio, y se negaba rotundamente a poner el televisor.

Su vida era plena, sí. Su familia era reducida; su madre, su padre, alguna tía segunda, algún primo lejano y poco más. Tenía una buena relación con ellos, pero no la bombardeaban con innumerables comidas familiares y, gracias a ello, tenía mucho tiempo libre que, con el paso de los años, lo fue

ocupando con el trabajo. ¿Parejas? Muy pocas, hacía tiempo que estaba sola. No por su físico, ella poseía la belleza que cualquier mujer podría desear. Era muy delgada pero con formas; tenía una inmensa y tupida cabellera rizada color azabache, unos ojos rasgados, piernas inmensamente largas y un aire griego que embelesaba a cualquier hombre. Sin embargo, por alguna razón no poseía la paciencia de soportar a los hombres que había conocido, no por el carácter, ella era tranquila, sino porque por alguna razón ninguno llenaba su vacío. Nunca supo que buscaba en un hombre, jamás se lo había planteado. Cumplió los treinta y dos años sola, pero era algo que no le quitaba el sueño.

Durante las largas horas de soledad en su pequeño apartamento de La Villa, había devorado innumerables libros; a veces leía historia antigua, adoraba las novelas basadas en personajes que habían existido, Alejandro Magno, Cleopatra, Roma, Grecia... No era algo habitual en una chica de su edad. Más de una vez, esperando en el aeropuerto por algún viaje de negocios, había notado la mirada furtiva de algún hombre de su edad intentando comprender por qué una mujer que fácilmente pasaba por «tonta» alimentaba su mente con ese tipo de literatura. Ella se reía sola, le resultaba cómico que al verla por fuera creyeran que era una de esas jóvenes floreros que decoraban a los hombres por la calle, entablaba una pequeña conversación y no tardaba en darse cuenta de que no merecía la pena seguir charlando.

Otras veces leía literatura fantástica. Desde niña le atrajo Stephen King y, aunque ya no era tan habitual en su particular biblioteca, leerlo la transportaba a su juventud y le recordaba ferozmente su época adolescente.

Su época adolescente. Un torbellino de sensaciones y experiencias maravillosas. Sí... Era posiblemente su mejor y a la vez peor época. Se convirtió en una chica popular, formó parte del grupo de animadoras del instituto y pronto se transformó en una pequeña tirana del débil. ¿Qué importaba eso? Era tan sólo una niña. Todos los niños eran crueles, a veces demasiado. Más de una vez se vio tentada a asistir a una de esas cenas de antiguos alumnos y ver que había sido de todos sus compañeros. Los años no pasaban para todos igual. Una tarde, paseando por la calle, se había encontrado a una amiga del colegio, ya ni siquiera recordaba su nombre. Había engordado más de veinte kilos e iba acompañada de un hombre de mediana edad y dos niños pequeños de unos cinco años.

Después de aquel encuentro, Samara había tenido dos sentimientos contradictorios; por un lado se enorgullecía de cómo se mantenía física, mental y laboralmente; se alegraba de no depender de un hombre que con el paso de los años se quedaría sin pelo y miraría rabiosamente el dinero de la cesta de la compra. Por otro lado sentía una profunda tristeza preguntándose por qué ella no habría encontrado alguien con el cual compartir su vida, formar una familia, ser feliz. Con el paso de los días se olvidó totalmente de aquella mujer y nuevos proyectos en la empresa la engullían hasta altas horas de la mañana.

Aquella tarde no quería regresar a casa. Habían pasado dos meses desde que un horrible hombre se había colado en su casa y había abusado de ella. Aún sentía su aliento, a veces despertaba en mitad de la noche y creía verlo sentado en la butaca de terciopelo, sus ojos vacíos, su sonrisa sardónica. Sentía dentro de ella que volvería a verlo.

Miró el reloj. Eran las nueve de la noche. Tras la mampara de cristal de doble hoja decorada con cortinas venecianas, podía ver el resto de los puestos de trabajo vacíos, iluminados por tenues ráfagas de luces provenientes de las ventanas anexas. El resto estaba oscuro a excepción de la luz de seguridad colocada sobre el ascensor de acceso a planta. El tiempo pasaba rápido cuando se enfrascaba en los papeles. El edificio ya estaría vacío a excepción de Vicente, el guardia de seguridad. Apartó la nariz del cristal y colocó correctamente las cortinillas metálicas, se recostó en la silla de trabajo con un mullido tapizado en piel flor y cerró los ojos. Estaba realmente agotada, pero no notó ese cansancio hasta que se quedó medio dormida frente al escritorio y un sonido metálico la sobresaltó. Era el ascensor; posiblemente, Vicente subía para su primera ronda; eran tan sólo cinco plantas no muy amplias. Le saludaría como cada noche con un gesto entrañable, sus mejillas rosadas por el exceso de alcohol, y seguiría su camino. Volvió a mirar el reloj; las diez menos cuarto. La puerta del ascensor se abrió y pudo ver en la oscuridad una sombra que se aproximaba a ella.

Pegó la nariz nuevamente al cristal apartando las cortinas y frunció el ceño. Era difícil ver algo con tanta oscuridad pero si lo suficiente como para saber que la persona que se aproximaba a su despacho no era Vicente.

No podía verlo con claridad; era alto, corpulento, llevaba puesto un traje o al menos eso parecía y al ir aproximándose el corazón le dio un vuelco. Por inercia se levantó y se acercó a la zona más alejada de la puerta. Se dio cuenta de que el teléfono estaba en el otro extremo y cuando intentó alcanzarlo el extraño ya había traspasado el umbral y arrancaba de cuajo los cables. Se dejó caer en su silla, alzó los pies por encima de la mesa y, apoyando los codos en los reposabrazos, entrecruzó los dedos de las manos.

—¿Te acuerdas de mí, Samara? Seguro que sí...

—¡Cómo te atreves a venir a mi trabajo! —Tanteaba la pared con los dedos, como un animal apresado—. El guardia de seguridad estará a punto de llegar; como te atrevas a tocarme un solo pelo, te juro que...

—No seas estúpida. —Ladeó la cabeza hacia la derecha, el pasamontañas le daba un aire aterrador. Ese hombre está demasiado borracho como para darse cuenta siquiera que estoy aquí.

—¡Déjame en paz! ¿Qué quieres ahora? ¿Violarme otra vez? —Comenzó a llorar— ¡Vete! —Su espalda chocó contra la pared y resbaló lentamente hasta quedar sentada con las rodillas flexionadas—. ¡Quítate ese pasamontañas! Dime quién eres...

Estiró la mano; sobre la mesa de trabajo había detectado un paquete de tabaco; dio un leve golpecito sobre la encimera y sacó uno.

—Fumar mata, princesa. No deberías fumar, tampoco deberías darme órdenes, no me gusta.

Aspiró una profunda calada y miró a su alrededor.

—No sé qué te hice... No recuerdo qué pude hacerte ni cuándo... No es justo que me castigues de esta forma por algo que ni siquiera recuerdo... ¿Qué quieres ahora? ¿Por qué has venido aquí?

—Me rompiste el corazón cuando apenas tenía quince años y ni siquiera te acuerdas...—Su voz sonaba melancólica—. Creí que te había perdonado, ¿sabes? Creí que con el paso de los años olvidaría aquella época tan sórdida de mi vida. Creó que te debo todo lo que soy. Es irónico... —Se quedó pensativo— cómo cambian las cosas. Un día después de años y años te cruzas en la calle conmigo y todo pasa a cámara lenta. No sé si me entiendes... como una película. Estuviste a tan sólo dos centímetros de mí. En ese momento el ruido de la calle desapareció, tus movimientos eran lentos, hasta tu pelo se movía tímido al compás de tus pisadas. Sigues

usando el mismo perfume. Pude olerlo al pasar junto a mí.

Samara movió los ojos de un lado a otro intentando comprender de qué hablaba. Se remontó al instituto, su entorno, sus amigos. Había dicho quince años, no recordaba casi nada de sus quince años.

—Llevabas una falda ajustada a tu cintura, una camisa blanca apretada y ligeramente escotada —prosiguió—. Una mujer de tu altura es llamativa pero, supongo que lo sabes, me pareciste una gacela rodeada de leones a punto de ser devorada por el más fuerte. —Suspiró y se estremeció en la silla—. Me sonreíste de una manera lasciva, debí gustarte bastante, esa forma de mirar a un hombre es un arma de doble filo, Samara... Es una invitación a perder los estribos, se dicen demasiadas cosas mirando a las personas. Pasaste a mi lado y entonces te olí. ¡No sabes la sensación que me invadió! Tan apetitosa como horrible... Tu vida pasa como diapositivas por tu cabeza, los recuerdos se agolpan, incluso muchos que ni siquiera crees que sigan dentro de tu cabeza. ¿Sabes? Me puse a temblar.

—No sé quién eres. No sé quién eres... —repetía para sí—. Déjameirme, te pido perdón. No sé qué más hacer, no sé qué más decir. No recuerdo nada del instituto, era una niña...

—Y yo, princesa. Yo también era un niño. Una más de tus almas torturadas. Quizá por eso no me recuerdas.

Observó una neverita con el frontal tapizado en un papel imitando a la madera y apagó el cigarro.

—Samara... no voy a dejarte ir. Sé buena chica. Debajo de esa librería tienes una nevera, acércate y ponme una copa. No suelo beber pero esta noche será larga.

—¿Qué vas a hacerme?

—Eso depende de ti, pero no inventes ni me mientas. He observado minuciosamente tus hábitos. Sé a qué hora entras a trabajar, dónde y con quién sueles comer, incluso sé qué te gusta desayunar por las mañanas. Te pasas muchas horas en este despacho. Supongo que tu vida está tan vacía que la llenas de algún modo con tu profesión. —Se levantó de la silla y se quitó la chaqueta; se volvió a sentar de la misma forma—. Vamos. Haz lo que te pido.

Se limpió las lágrimas y obedeció. Sacó un vaso de cristal tallado con motivos florares de la estantería y puso dos piedras de hielo en él. Rebuscó en la neverita, tenía pequeñas botellas de distintos licores agolpadas en el

centro. Optó por ginebra y llenó ligeramente el vaso. Cuando el hombre estiró el brazo para cogerlo, distinguió en su muñeca izquierda un lustroso reloj de la marca Rolex. Aquel detalle llamó su atención. No todo el mundo podía permitirse un reloj de ese tipo. Él se dio cuenta, estiró las mangas de la camisa y se reclinó de nuevo en la silla.

—No... No quiero que te sientes en la silla. Ponte en el centro de la alfombra. De rodillas.

Se llenó de asombro y el calor comenzó a subirla por las mejillas.

—No, no me puedes hacer eso...

—Puedo hacerte muchas cosas. —Olió el licor del vaso y dio un sorbo—. No me lo pongas difícil, ponte en el centro, donde pueda verte. Y de rodillas.

Pensó en gritar, en salir corriendo hacia la puerta y, con un poco de suerte y empujándole, huir escaleras abajo, gritar pidiendo ayuda. Era una estupidez, aquel hombre era fuerte; bajo la fina tela de su camisa se dibujaban unos inmensos brazos. Se quedó paralizada por segundos y, al ver que sus ojos volvían a inyectarse en odio, obedeció y se arrodilló en el suelo.

—No me acaba de convencer la imagen. —Ladeó nuevamente la cabeza hacia el hombro derecho y sonrió—. Mejor levántate, quítate la ropa y ponte de rodillas.

—¡Por favor! —gimoteó—. Ten compasión... Puede, puede venir alguien.

Giró una pequeña barra suspendida frente a la mampara y las cortinas venecianas ocultaron los cristales. Apoyó el vaso en la mesa y se incorporó, cerró con llave la puerta y se la metió en el bolsillo del pantalón.

—Puede... Pero no le abriremos. De momento, claro.

Una terrible punzada perforó su estómago. Si se negaba, no sabía qué haría con ella. Igual tenía una pistola en el bolsillo o un cuchillo afilado para amenazarla. Él no había sacado nada, pero su calma le anunciaba que algo bueno no podía salir de todo aquello, si se negaba a hacer lo que pedía. Se levantó temblando, soltó el broche de su falda y esta calló sobre

la alfombra; con la cabeza baja soltó los botones de su camisa de algodón y quedó en ropa interior frente a él.

—Vamos... No tenemos toda la noche.

Suspiró angustiada y se quitó el resto de la ropa. Sentía el frío del aire acondicionado, que contrastaba con el calor de sus mejillas y le endurecían los pezones. Se agachó y volvió a colocarse de rodillas. Se había olvidado quitarse los zapatos de tacón, pero eso no pareció molestarle.

—¿Lo notas? —le espetó.

—¿El qué?

—La humillación.

Comenzó a llorar desconsoladamente por la rabia, por la vergüenza que sentía en aquel momento, desnuda, delante de un hombre que no conocía, un hombre atormentado por su pasado que la miraba sin un ápice de compasión. ¿Y ahora qué? Volvería a abusar de ella, posiblemente tenía algo horrible preparado con la única intención de hacerla daño.

—¡Oh, Dios mío!

—No te escucha. Ese no tiene tiempo para los mortales.

—Perdóname, por favor... Perdóname por todo lo que pude hacerte... No me hagas daño...

Se levantó de la silla y se puso frente a ella. Era un hombre inmenso, quizá desde esa perspectiva parecía todavía más aterrador. Sus manos... se fijó en sus manos; en algún momento se había quitado los guantes y no se había dado cuenta. Tenía unas manos grandes, bien cuidadas, las uñas perfiladas correctamente y sobre la parte superior ni un solo pelo. Volvió a ver el brillo del reloj; plata, oro blanco, finas piedras engastadas alrededor de la esfera. Se inclinó y apoyando los dedos en el mentón levantó su cara.

—Es mejor sentir dolor que no sentir nada y estar vacía, Samara.

El jazmín, las flores del campo y al aroma a primavera volvieron a hacerse presentes. Sintió cómo deslizaba los dedos entre sus piernas, como rozaba levemente su sexo mientras no apartaba los ojos de ella. Una leve presión en el centro y un escalofrío recorrió su espalda, desde el cuello a la rabadilla.

—Mírame —dijo introduciendo su dedo dentro de ella.

Calor. El terror dio paso a la frustración, a los nervios. Notaba su mano, sus dedos rozando cada centímetro de ella muy despacio, demasiado

despacio como para no gustarle e intentó disimular su excitación. No podía dejar que él se diera cuenta de que estaba sintiendo placer, pero era difícil, la humedad de su sexo empapaba sus dedos.

El hombre salió de ella y se rozó la nariz con los dedos, luego se los metió en la boca y, lamiéndolos cuidadosamente, cerró los ojos y suspiró.

—Por fin te pruebo.... —Rió y se apoyó en la rodilla—. Levanta la cabeza, Samara. La vergüenza pasa, el dolor termina pero la humillación prevalece. —Cogió su cara con ambas manos y sonrió—: Soy la sombra de lo que un día fui. Te amé tanto como te odié. Después de acabar los años de colegio, me propuse cambiar mi futuro y triunfar en la vida, pero ¿sabes? —Apretó con rabia su mentón—. Te debo los peores años de mi vida, pero también lo que soy.

Intentó soltarse, pero asió su pelo con fuerza y llevó su cara a dos centímetros de él.

—No sabes el placer que me provocó tu miedo, tu terror, tu rostro desencajado por el pánico el día que entré en tu casa y te hice mía. Me hicieron sentir tan lleno de vida...

—¡Estás enfermo! —gritó.

—Por ti Samara, por ti... Tengo grandes planes para ti, mi dulce princesa... Esto es sólo el aperitivo de lo que vendrá.

Su lengua por primera vez se abrió paso entre sus labios invadiéndola la boca; luego la besó en la frente con dulzura y se incorporó, se dirigió a la mesa, cogió su chaqueta y se la puso cuidadosamente, sacó la llave del bolsillo y abrió la puerta. Estaba a punto de salir, pero volvió a girarse hacia ella. Samara seguía de rodillas, con una expresión de abatimiento, totalmente ida en sus pensamientos.

—Descansa, princesa.

Lo vio alejarse entre las filas de escritorios; pasaba delicadamente los dedos por la melamina de las mesas; no le importaba nada, seguramente ya en el ascensor, se habría quitado el pasamontañas que le cubría la cara. Se incorporó abochornada y dolida, buscó su falda, su camisa, su ropa interior y se vistió. Cuando bajó a la calle Vicente dormía la borrachera en su garita, bajo la tenue luz de una lamparita de mesa. Su coche era el único que quedaba en el aparcamiento. Se subió a él y comenzó a llorar.

Llegó a casa de madrugada; había pasado más tiempo del que creía con aquel hombre en el despacho. Eran más de las dos de la mañana. Ni siquiera cenó, un nudo en el estómago le impedía comer nada. Se ducho y se acostó. Soñó. En su sueño estaba en el instituto, caminaba con su carpeta forrada de fotos de la *Super Pop*, llena de cantantes de la época. Aquella revista era un elemento indispensable para cualquier estudiante. Su falda diminuta de animadora, su camiseta ceñida de color marfil y letras rojas bordadas por su madre. Iba acompañada de dos amigas de la infancia, igual de dignas que ella. Era la abeja reina de su mundo. Hileras de taquillas metálicas se distribuían a ambos lados del pasillo; estaba atestado de estudiantes, todos las miraban con envidia. Un chaval delgado y desgarbado le llamó la atención, iba cargado de libros y le resultaba difícil abrir la puerta de una de las tutorías. Recordaba a aquel chico; era uno de los «apartados» de la clase, siempre rodeado de libros, siempre sentado en la fila de atrás sin apenas abrir la boca. Al pasar a su lado el muchacho sonrió tímidamente, ella se aproximó y, dando un golpe en sus cuadernos y libros, se los desparramó por el suelo. Nadie le ayudó a recogerlos del suelo; las risas se hicieron presentes en el ambiente. El muchacho se agachó y torpemente comenzó a recogerlo todo. Llevaba un pantalón desgastado vaquero y una camiseta de publicidad barata. La miró desde el suelo y aun así volvió a sonreír con dulzura. Samara se sintió ofendida. ¿Cómo osaba algo tan insignificante y burdo mirarla a ella? Pasó a su lado, su voz retumbó en el pasillo.

—¡Samara!

Se giró; el muchacho permanecía arrodillado.

—¡Despierta!

Se despertó sudando y con la respiración acelerada. Miró el reloj de la mesita. Eran las cinco de la mañana. Se limpió la frente con la sábana y se dejó caer sobre la almohada. Fijó la vista en el techo y saltó como un resorte de la cama, abrió el armario y se arrodilló en el suelo. Tenía que estar allí. Tenía claro que lo había guardado el día que se mudó a esa casa. Sacó varias cajas de zapatos, una bolsa con unos patines viejos que ya no usaba y por fin lo vio. Un libro de tapas duras y sobrecubierta en brillo, lleno de polvo. Lo limpió cuidadosamente y se lo puso sobre las rodillas.

Anuario 1994-1995

Instituto Riera II

—Tiene que estar aquí... —susurró nerviosa pasando las páginas iniciales aceleradamente—. Vamos, tiene que estar aquí...

Llegó a la parte donde las fotos de los alumnos por cursos aparecían impresas; buscó su promoción, su clase y sus antiguos compañeros. Analizó una a una las fotos que salían. Nada. Se quedó pensativa, volvió a centrar su mente en el muchacho del sueño. ¿De qué lo conocía? Varias páginas atrás y entonces algo le vino a la mente: el grupo de lectura. Aquellas malditas clases a medio día que les obligaban a hacer cuando el profesor perdía la paciencia con ellos. Cinco páginas más atrás y una treintena de alumnos aparecieron frente a sus ojos.

Repasó una a una cada fotografía y por fin lo vio. La foto era en blanco y negro pero recordaba perfectamente el color de su pelo. Negro, revuelto y desaliñado, mirada triste, poco agraciado y enclenque.

—Tienes que ser tú —susurró—. Dominic Romano... —Frunció el ceño, intentando hacer memoria—. Tienes que ser tú... Maldita sea....

Mirando la foto, un sinfín de recuerdos volvieron a su cabeza. Sí, Dominic, el pequeño y desgarrado Dominic, era el centro de sus burlas. Recordaba perfectamente a ese chico. Era uno de los muchos estudiantes que la ponían de los nervios; por mucho que te rieras de él, por mucho que lo humillaras en público, siempre tenía una sonrisa para ella.

—Santo cielo...

¿Cómo iba a acordarse? Era uno de los muchos chicos de los cuales se reía. Romano siempre estaba solo, no tenía amigos. Era un joven metido en sí mismo, siempre cargado de libros, de mirada ausente y despistada. Recordó que una vez, a la hora de comer, alguien le había tirado la bandeja al suelo. Ella había pasado a su lado y, en vez de ayudarlo había pisado su comida. ¡Maldita sea! ¡Eran cosas de niños! Los niños son perversos con ellos mismos; había pisado su comida, luego sus amigas, luego el resto de alumnos, y nadie le había ayudado a levantarse y recoger el desaguizado.

Pasó las páginas y buscó las fotografías del equipo de fútbol. Allí estaba él otra vez, sentado en las gradas de cemento, en un rincón apartado del resto casi detrás de la imagen de varias animadoras, entre las que estaba ella. Levantaban los pompones con sonrisas inmensas y, a un lado de su hombro, al fondo, casi imperceptible la imagen de Romano observándolo

todo fijamente.

—Tienes que ser tú, maldita sea...

Se levantó, se dirigió al salón y sacando el portátil de su bolso lo encendió apresuradamente, lo puso en sus rodillas sentándose en el sofá y buscó nerviosa la web del Instituto. Sabía que cada cierto tiempo hacían reuniones de antiguos alumnos, esas fiestas tristes a las que estuvo más de una vez tentada a asistir. Pinchó sobre el enlace de antiguos alumnos y buscó la fiesta. Ahí estaba: faltaban tan sólo dos semanas. Estaba casi segura de que ese hombre, si realmente era quien creía, asistiría a la reunión. Si verdaderamente era la sombra de lo que había sido, para su ego, ir a ese tipo de evento era demasiado apetitoso y excitante como para no dejarse ver. Una opción la permitía apuntarse a la celebración; pinchó sobre ella y rebuscó entre los nombres de los inscritos el de Romano. Nada. No le importaba. Se apuntó en la lista y tras cerciorarse varias veces de que todo estaba bien hecho, apagó el ordenador e intentó relajarse. Ya no podría dormir; eran casi las seis de la mañana y en una hora debería levantarse para ir al trabajo. Se preparó un café cargado y se recostó en el sofá, un pensamiento le pasó por la cabeza; Está bien; iría y, cuando llegara a esa fiesta y lo viera delante, ¿qué haría? Le preguntaría educadamente: hola, perdona, ¿fuiste tú quien me violó? Quizá no era buena idea, quizá se estaba volviendo loca. No importaba, tenía que asistir a la fiesta. Tenía que quitarse aquella congoja que la carcomía por dentro, tenía que ver a Romano y salir de dudas porque si al final no era ese el muchacho que creía, tendría que empezar de cero.

Tuvo una extraña sensación. Cerró los ojos durante unos segundos y un tenue aroma a jazmín le invadió las fosas nasales. Recordó la forma que tuvo de tocarla, la dureza de sus palabras y su impetuoso afán de atormentarla. Creyó sentir un leve cosquilleo en la entrepierna; se incorporó rápidamente y se tomó el café.

Aquella mañana en la oficina no pudo contenerse y tras cerciorarse de que nadie la molestaría, rebuscó en un motor de búsqueda el nombre de Dominic Romano. Varias noticias aparecieron como enlaces en la pantalla de su ordenador.

«Romano consigue la libertad sin cargos para el empresario acusado de

soborno y malversación de fondos»... «El abogado Dominic Romano veta la entrada de la prensa en el caso ACor»... Un poco más abajo, anexa, aparecía una imagen. Pinchó sobre ella y pudo ver una muchedumbre agolpada ante los juzgados, frente a un hombre de mediana edad con rasgos occidentales y cejas pobladas; a su lado, tapado con una bufanda gris perla hasta la nariz, se veía a un hombre alto de unos treinta y tantos dirigir una mirada desafiante a un reportero. Apenas podía verlo, casi era imposible, la imagen era muy pequeña y si la aumentaba quedaba totalmente distorsionada y se veía peor. Busco más imágenes, pero ese tal Romano parecía cuidarse de la prensa. «El equipo de Romano no hará declaraciones a la prensa sobre los supuestos desvíos de dinero de la empresa que defiende». Un poco más abajo: «Romano vuelve a ganar». Se quedó pensativa. ¿Sería posible que un hombre tan ocupado hiciera aquello? No era lógico, igual estaba equivocada o quizá podía ser el pequeño y enclenque Romano del instituto.

Llegó la noche de la celebración esperada. Un vestido gris cobalto por encima de la rodilla, unos zapatos de tacón a juego y una rebeca de punto fino fue lo que escogió para esa noche. Al principio le resultó algo ostentoso, pero sus continuos escauceos en la web del instituto y las fotos de las fiestas anteriores dejaban claro que todos se vestían casi de etiqueta para asistir. Cogió un pequeño bolso que se cruzó en el pecho y llamó a un taxi. La celebración sería en el Hotel Real, un bonito edificio a las afueras de la ciudad, de dos plantas, rodeado de árboles frutales y un extenso bosque. Ya en la puerta identificó a varias de sus antiguas compañeras del equipo de animadoras, que no dudaron en saltar a sus brazos para saludarla.

—¡Samara! Estás radiante ¡Para ti no pasa el tiempo!

Desgraciadamente para ti sí, pensó para ella

—Muy amable, Roxana, tú estás estupenda. ¿Te casaste?

—Tengo una preciosa niña de cinco años. Vivo en el centro. ¿Y tú?

Yo estoy sola, sólo me faltan los gatos y un turbante, pensó

—Bueno, aquí ando —contestó—. Demasiado ocupada con el trabajo como para pensar en hombres...

Pasaron al amplio salón dispuesto para el evento. Un horrible cartel

indicaba el nombre del instituto y la promoción; pendía de hilos transparentes sobre un falso techo. Las mesas se extendían por todo el perímetro, repletas de canapés, copas de cava, botellas de vino y demás refrescos, y los camareros iban y venían de un lado a otro con las bandejas. Identificó a varios de los chicos de la clase, unos con más barriga, otros sin pelo, alguno aún con un buen físico. A simple vista, había de todo. Una hilera de sofás de alcántara color azul se difuminaba por dos de los extremos del salón. La gente cogía un platito de porcelana blanca, una copa de vino o cava, y se sentaba aní madamente a charlar de sus vidas en los rincones dispuestos para ello. Lo cierto es que no era tan triste como se lo había imaginado. Los años habían pasado, las diferencias de clases cambiaban y los complejos daban paso a la dureza de los años y la sensatez.

—¡Samara! —Uno de sus compañeros, bastante perjudicado, se acercó a ella tambaleándose—. ¡Sigues tan maciza!

—Hola, Joseph. Te veo fantástico —musitó sin ganas.

No dejaba de mirar hacia puerta, pero no veía a nadie con las características del tal Romano. No tenía claro qué le intrigaba más, si descubrir al demonio que le había hecho aquello y que la viera, o ver el cambio del niño enclenque y desgarbado de hacía más de quince años. Se sentó en uno de los sofás del fondo; desde donde estaba podía ver todo el salón pero, por el contrario, parte de la sala no la veía a ella por una columna de aire griego que tenía delante. Tomó una copa de cava que una de las mujeres le ofreció, y mientras ellas charlaban de algo de lo que ni se enteró, pudo ver cómo un grupo de varias personas entraba en el recinto. Al fondo, en último lugar, un hombre alto, vestido con un pantalón de traje fino y una camisa blanca, pelo negro engominado y algo revuelto y sonrisa dulce. Saludó a dos personas en la puerta y una marabunta de ex alumnas saltó a saludarlo, como locas.

—Lo que hace ganar dinero, ¿eh?

Una de sus compañeras mordisqueaba un pequeño bollo mientras no perdía de vista la escena.

—Es Romano. ¿Te acuerdas? Cambió mucho, ¿eh? De niño desvalido y maltratado a hombre triunfador. Increíble —pareció meditar.

No contestó; permaneció concentrada en cada detalle de aquel individuo que, con paciencia, saludaba a todos y cada uno de los que se metían en su camino. Un hombre le ofreció una copa y se paró a charlar con él. Tenía un cuerpo trabajado por el gimnasio, un tono tostado en su piel y un porte que realmente llamaba la atención. No estaba segura y le pareció todo una locura. Se sintió ridícula al creer que aquel hombre, el niño Romano, podría ser el mismo que le había hecho tanto daño. Dio un trago a su copa y recordó las gamberradas que le había hecho. Varios tragos después los nervios habían desaparecido y se sentía más relajada y cómoda, pero seguía observando a Dominic por entre las mesas. Hablaba con aire elegante, las manos en los bolsillos y una sonrisa inmensa. Se notaba que disfrutaba de sus triunfos, de lo insignificantes que le parecerían todos y cada uno de los que allí estaban presentes. Era un hombre realmente bello; se había convertido en una de esas figuras griegas de cuerpos perfectos y rasgos marcados que le recordaban a los italianos tostados por el sol de la Riviera. Pensó que era estúpida y se levantó con la intención de irse, cruzó el salón con la mirada altiva y lo miró. Dominic estaba ausente, se apoyaba ligeramente en el canto de la mesa y al oír el taconeo de sus zapatos miró hacia ella. Sus ojos, aquellos intensos ojos que hasta aquel momento reflejaban la bondad más exquisita, se tornaron duros y agresivos y algo la hizo frenar de golpe. Lo vio levantar la copa, dar un largo trago al cava y, al hacerlo, su camisa se apartó ligeramente de su muñeca y un precioso reloj Rolex de oro blanco y plata dilató sus pupilas.

—¡Dios mío, es él! —susurró—. ¡Es ese maldito hijo de puta!

Estuvo a punto de darse la vuelta, ir hacia él y romperle la cara de una bofetada, pero el miedo la paralizó de tal manera que un grupo de personas que salían del salón la empujaron hacia la puerta y quedó en el umbral, plantada como una estatua.

—Te vas muy pronto, ¿no, princesa?

Esa voz, esa horrible y despiadada voz retumbó en sus oídos.

—¡Maldito hijo de puta, sabía que eras tú!

Dominic miró a su alrededor y la agarró por el brazo llevándosela a rastras hacia una de las salas anexas, que parecía vacía. No había mucha gente pero los pocos que los vieron pasar estaban demasiado perjudicados para entender nada.

—¡Suéltame!

La empujó contra la pared y la sujetó por la nuca. Tanteó su entrepierna y apartó su ropa interior.

—¡Estás enfermo! ¡Suéltame! ¡Te digo que me sueltes! —gritaba.

—De ti, Samara. De ti....

El calor de su miembro se hizo paso a través de sus paredes y una sensación deliciosa se apoderó de ella. Se revolvió, sería absurdo que no lo hubiera hecho; oía el bullicio al otro lado de la puerta y, aunque sus movimientos eran lentos y acompasados, la idea de que alguien abriera la puerta la ponía de los nervios.

—Dime que pare —susurró—. Dime ahora que pare y lo haré.

Su aliento retumbaba en sus oídos; el calor de su pelvis se aferraba a ella y la empujaba en cada golpe. Sentía vergüenza, sentía ira hacia sí misma porque no hacía nada para impedir que hiciera lo que estaba haciendo.

—¿Por qué me haces esto? —sollozó.

—La chica popular follada por el rarito de la clase a cuatro metros de sus compañeros. —Su voz sonaba excitada, respiraba con fuerza y le rozaba la mejilla con la nariz—. ¿Quién te lo iba a decir a ti, hace quince años?

—No puedo hacer esto, no está bien...

—Eres incapaz de decirme que pare. Te gusta demasiado y te avergüenzas de ti misma. ¿Verdad, princesa?

No podía más. La forma que tenía de tratarla, la forma de susurrarle al oído la excitó de tal manera que sintió una angustia horrible. Estaba empapada, era imposible disimular aquello y él seguía acelerando sus movimientos, arrastrándola a un nefasto orgasmo que solo complicaría lo que estaba ocurriendo en aquella sala. Lo inevitable llegaba por ambas partes; la presión de sus manos en ella, sus embestidas y sus susurros acabaron con su cordura y un gemido de placer salió de su boca. La puso de rodillas y descargó su rabia en ella, y tras esto se incorporó sin decir una sola palabra y quedó frente a él. Dominic apoyó una rodilla en el suelo, levantó una de sus piernas y fue sacando sus bragas con delicadeza.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Llevarme lo que es mío —dijo guardando su ropa interior en el bolso.

Sacó una servilleta de otro de sus bolsos y se la pasó por la cara limpiando las lágrimas mezcladas con su propio semen; ordenó su pelo y

alisó su falda y su camisa con dulzura.

—Vete — le ordenó—. Seguro que te estarán buscando.

Extrañada sin saber ya qué sería lo siguiente, se fue con la cabeza gacha, uniéndose a la fiesta como si no hubiera pasado nada. El resto de la noche se pasó gran parte de las horas totalmente ausente, observando a Dominic en la distancia, preguntándose cómo había llegado a aquella situación. Sentía euforia, necesidad de él y vergüenza de sí misma por ello. Dominic no se acercó a ella durante el resto de la velada. A eso de la una de la mañana estaba muy cansada y quería irse, pero no era capaz de hacerlo sin decírselo a él. Por alguna extraña razón buscaba sus miradas, esperaba sus palabras o al menos un gesto que le dijera que hacer. Se sentó en uno de los sofás, al lado de uno de sus antiguos compañeros, y permaneció abducida por sus propios remordimientos.

—¡Samara! —gimoteó el borracho—. ¡Sigues tan maciza como cuando éramos críos! —repitió trabándose.

Volvió a dar un lingotazo a la botella y dormitó mientras otro grupo de amigas se unía a ella.

—Estamos agotadas —dijo una.

—Yo creo que me voy a ir —contestó

—¿Esperas a alguien? —inquirió otra buscando en su bolso algo que no acababa de encontrar—. Llamaremos a un taxi; si quieres te vienes con nosotras y te dejamos en casa.

Cuando estaba a punto de aceptar su invitación, Dominic apareció por la derecha y estiró la mano hacía ella, invitándola a levantarse.

—¿Y tú quién eres? —Una joven de mirada desafiante se adelantó un poco.

—Eres la decimoquinta persona que me pregunta eso, Teresa —contestó él suspirando—. Dominic, Dominic Romano.

—¡Coño! Sí que has cambiado. Si te veo por la calle ni te reconozco.

—Estoy seguro de ello. —Tiró del brazo de Samara y sonrió—. Un placer veros.

La llevó a su casa aquella noche y durante semanas Samara no supo más de él. Muchas veces abría la puerta de su casa esperando encontrárselo en su pasillo, acechando en la oscuridad como lo había hecho aquella noche por primera vez, pero no ocurrió. No podía quitarse de la cabeza aquel

hombre. Por las noches se excitaba recordando sus susurros mientras la penetraba. Incluso la excitaba recordar el terror que la hizo pasar.

Una tarde llegó un paquete a la oficina con su nombre. Dentro, había una caja precintada con un sobre lacrado, pegado en la parte superior:

«Han pasado varias semanas desde la última vez que te vi. Reconozco que se me han hecho eternas, pero era necesario para que entiendas todo lo que está pasando. Estoy convencido de que tu angustia es mayor que mi dolor por no tenerte cerca de mí. Samara, he disfrutado con cada una de las lágrimas que me has regalado. Reconozco que tu sufrimiento ha sido una dosis para mi alter ego. Hace mucho tiempo rompiste mi corazón y juré vengarme de ti. Pero mi venganza no tiene principio, no tiene fin, no es un capítulo en tu vida perfecta. No es eso lo que tengo preparado para ti, mi dulce niña. Estoy convencido de que estos últimos días has deseado tenerme cerca, has fantaseado, ruborizándote quizás, con todo lo que he hecho contigo. Permíteme quedarme con eso, con esa dependencia que tu mente empieza a sentir, con esa necesidad que te llena las venas sabiendo que está mal y aun así... lo necesitas tanto... ¿Acaso no es así? Someterme a mis deseos ha sido y será el único motor que mueva mi vida, pero no me malinterpretes porque a fin de cuentas mi poder sobre ti es directamente proporcional a tu necesidad. Mi tierna Samara, te odio tanto como te amo, pero cuando te amo olvido que te odio. La primera vez que te vi podía mi odio; la segunda simplemente te amé. Estoy convencido de que me darás todo aquello que te pida y el día que no lo hagas te lo arrebataré. Sólo deseo que me ames tanto como te amo yo a ti y que me odies de igual modo.»

Abrió la caja y sacó un fino collar de plata con el nombre de Dominic delicadamente tallado por dentro.

«Quiero que cuando te pongas lo que hay en la caja comprendas lo que significa y lo que conlleva. Aunque te obligo a ello estoy seguro de que lo harás con toda la ilusión del mundo. Cada minuto de tu vida, cada instante de ella, es mío. Ahora eres parte de mí. Tu voluntad es mía, el centro de mi mundo eres tú, pero te exijo lo mismo a ti y no dudes que mi crueldad puede ser interminable si no recibo de ti lo que espero cuando te lo pida.»

Notó una punzada en el estómago cuando se colocó el fino metal en su cuello, apretándolo contra la piel y cerrando el broche. La ansiedad, el miedo y los nervios invadieron su cuerpo.

«Pero no olvides, mi princesa, que te amo, aun cuando no veas en mi ni un atisbo de compasión. Siempre tuyo, Dominic.»

3. Castigo

Mi preciosa Samara, he pasado muchos momentos delante de tu cama observándote dormir. He hecho mío cada centímetro de tu piel. Desde la última vez que te vi he pasado largas horas sentado en la butaca de tu habitación, asaltando tu intimidad sin apenas moverme, con la única necesidad de observarte. Podría haberte usado, forzado otra vez, como la primera noche que te hice mía, pero todo tiene un proceso que algún día entenderás. Mi bella princesa que duerme angustiada por sus propios pensamientos y que a veces dice mi nombre entre susurros... Tu penitencia es mi regalo más preciado. Tu voluntad y toda tú, mía.

La lluvia caía con fuerza aquella noche. Desde su ventana, con una taza de café caliente y una chaqueta por encima de los hombros, observaba el frenético ritmo de la gente. Estaba agotada, pero por fin era viernes y podría descansar.

—¿Qué me está pasando? —susurró—. ¿Por qué no puedo sacarme a ese hombre de mi cabeza?

Dio un sorbo al café y se encogió de hombros.

—Porque eres estúpida —le dijo su cabeza—. Te ha violado, te humilló haciéndote pagar los pecados que cometiste con él cuando tan sólo eras una niña y aun así... Aun así tu cuerpo se estremece recordándolo.

Pasó la mano por el cuello. El brillo del collar se reflejaba en el cristal de la ventana. Se preguntó si merecería la pena, si todo ese sufrimiento y ese dolor mezclado con ese deseo acabarían destruyéndola. Cerró los ojos y volvió a verle, tan inhumano, tan cruel. Recordó su mirada llena de odio y de pasión, la melancolía en sus palabras y su dolor, su forma de hacerla suya obligándola a sentirse tan pequeña ante él como lo había hecho ella siendo niña.

—Venganza —susurró, y recostándose en la cama se quedó dormida.

Despertó de madrugada con la respiración acelerada y sudando como

nunca. Las pesadillas empezaban a hacer mella en su rostro y sus noches eran largas. Se incorporó y colocándose la chaqueta de nuevo sobre los hombros se dirigió al salón. Buscó el interruptor de la luz, pero algo provocó un espasmo en su estómago. La oscuridad del cuarto la impedía ver con claridad, pero él estaba allí, sentado en la butaca más alejada de ella. Apenas se movió cuando Samara entró en el salón. Ni siquiera se movió.

—Cuando era pequeño y todos os burlabais de mí —dijo entonces—, me prometí a mí mismo que algún día lucharía por llegar a ser como vosotros. —La melancolía volvió a dibujarse en sus palabras—. Me fui de esta ciudad, estudié dos carreras y monté mi propia empresa, pero todo lo que conseguí, que fue mucho, no me llenó. Estuve con mil mujeres distintas que me dejaron igual de vacío y entonces apareciste tú...

Se levantó de la butaca y se dirigió a ella.

—Supe en ese momento que todo lo que había hecho giraba en torno a ti. Sólo a ti. —Cogió con fuerza su cara y pegó la frente a la suya—. Y me dije a mí mismo: si ella me convirtió en lo que soy, ella lo sufrirá.

—Me haces daño. —Intentó soltarse pero resultaba imposible.

Aflojó la presión en su cara y deslizó las palmas de las manos por su piel; fue desnudándolo con delicadeza mientras acariciaba sus hombros y dejaba caer la chaqueta y la fina tela de su camión.

—Con tu mirada de diva y tu sonrisa triunfadora...

De un tirón rompió sus bragas mientras pasaba la nariz por su cuello y aspiraba con fuerza su aroma. Samara empezó a sentir que se abandonaba, su corazón latía con fuerza.

—Y ese perfume embriagador que jamás dejaste de usar me llenó las entrañas después de quince años y me volví loco...

A medida que hablaba le iba empujando hacia la habitación hasta que la tuvo delante de la cama. Estaba excitada, sentía su sexo latir a cada palabra de Dominic, notaba la presión de su entrepierna, rozaba su culo mientras sus manos apretaban sus pechos con fuerza.

—Y no tengas compasión...

Tras decir eso, un ruido metálico sonó en la habitación y se dio cuenta de que estaba inmovilizada.

—¿Qué, qué vas a hacer?

El ruido del tintineo del cinturón sonó tras ella.

—Perdóname...—dijo en su oído.

—¡No, no, no!

Notó el primer golpe seco en la nalga derecha, y apenas había asimilado lo que estaba pasando cuando recibió otro y otro más. Pasaron minutos que parecieron horas y Dominic no cesaba de golpearla con el cinturón.

—¡Te lo suplicó! ¡Para ya, por favor! —gritó llorando, pero de nada le sirvió.

Cuando creía perder la conciencia y con toda la cara empapada en sudor dejó de golpearla, le dio la vuelta soltando sus muñecas y se puso sobre ella.

—¡Hijo de puta! ¡Maldito hijo de puta enfermo! —gritó enrabiada, dolorida, destrozada.

Metió la lengua en su boca mientras pataleaba; la arrastró hacia el centro de la cama y volvió a enganchar sus muñecas, pero esta vez al cabecero de la cama, boca arriba.

Se quitó la camisa y liberó su verga, que saltó como un resorte, colocándose entre sus piernas, que aún luchaban por liberarse.

Placer... El llanto dio paso a un placer que fue aumentando al ritmo de sus embestidas. El culo le ardía, las muñecas la quemaban, pero poco a poco sintió cómo su sexo respondía a aquel invitado que se adentraba con fuerza hasta sus entrañas.

—Dime que no te gusta que te lo haga así, dime que no es por eso por lo que es estás empapada...

—No pares, no pares...

—Dime que no gozas como una perra...

La liberó con una mano y de un movimiento levantó su cuerpo hacia él.

—Baila princesa —dijo, y lamió sus pezones.

Con delicadeza tocó las marcas de sus golpes acariciando con suavidad las nalgas, abriéndolas con ambas manos. Oírla gemir sobre él, notar sus caderas balancearse al ritmo de sus embestidas y sus pechos danzando lo volvieron loco. Un golpe de placer invadió su espalda, subió por su columna y perforó su cerebro al mismo tiempo que él tiraba de su cuello, pegando su pecho al suyo.

—Vamos, princesa —le dijo—. Eso es... así... No dejes de moverte... Baila para mí...

De un movimiento la bajó de sus rodillas, la tomó del pelo invitándola a devorarlo, hasta que notó en su garganta el calor de su semen golpeándola la campanilla y su mano, siempre... sometiéndola a sus antojos.

Se tumbó en la cama y Dominic se desplomó sobre ella. Pudo oír el latido de su corazón contra su pecho, su respiración entrecortada en su oreja. Ella apenas se movía; se mantenía inmóvil mientras él recuperaba la calma y volvía a la realidad. Luego se quedó dormida y soñó.

Soñó con aquel niño que se sentaba en las gradas del polideportivo, siempre solo; soñó con aquel insignificante muchacho que ahora recordaba que siempre estaba donde ella iba, con su aire risueño. Nunca le dio importancia al hecho de verle siempre allí. En su sueño volvía a tener quince años y estaba llena de osadía. Era feliz en su mundo absurdo y no le importaba nada más que ser popular y gustar al resto. Estaba en el centro del polideportivo; se percató de su presencia y, al contrario que en su juventud, subió uno a uno los peldaños de las gradas y se sentó al lado del muchacho.

—Siempre estás sólo —le dijo.

El joven la miró con dulzura.

—No, tú siempre estás aquí —contestó.

El muchacho alargó su mano y tocó su pelo con ternura. Una expresión de suma tristeza se dibujó en su cara.

—Mi bella Samara...

Despertó con el ruido de la puerta cerrarse. Miró a su alrededor y supo que Dominic había dormido a su lado. Saltó de la cama, se asomó a la ventana y vio cómo cruzaba la calle en dirección a un coche negro, aparcado al otro lado. Por un momento pareció subirse al vehículo pero se giró, la miró y embozó una suave sonrisa. No esperó a que se fuera, se dirigió a la entrada y rebuscó por el aparador. Se había llevado la copia de sus llaves del piso, siempre las tenía en el mismo cajón, estaba segura de ello. Cerró bruscamente y se fue a la cocina, se preparó un café y se duchó. Las marcas rojas por los golpes se hacían más claras a medida que pasaban

las horas. Se vistió y decidió dar un paseo por la ciudad y comprar alguna que otra cosa que necesitaba.

Aquella mañana de sábado hacía muy buen día. Tras adquirir varias cosas que necesitaba para su casa y un par de chaquetas de vestir que se le antojaron, paseó por un parque próximo a la zona comercial. Respiró profundamente y se perdió en sus pensamientos; no podía dejar de sentirse culpable por todo lo que estaba pasando, y al sentarse en uno de los bancos de madera notó un calambre en las nalgas por el roce del asiento. Qué extraña sensación recorría su cuerpo. Qué sentimientos más contradictorios... Cuánta pasión demostraba con ella, pero a la vez cuánta crueldad podía darle. Le gustaba lo que sentía, lo que la hacía sentir. Para ella los hombres eran meros juguetes con los que divertirse, y ahora la marioneta era ella, y aquella sensación de no saber que vendría después le gustaba, pero a la vez la atormentaba. No tener el control generaba en Samara un sentimiento de dependencia por Dominic que jamás había sentido con nadie, y eso la desorientaba. Se encontró paseando otra vez por los escaparates de las tiendas, preguntándose qué tipo de cosas le gustarían a él. Sabía tan poco de su vida... Cuando se disponía a regresar a casa, el teléfono móvil vibró en su bolso. Era un número que no conocía. A través del aparato, la voz de Dominic retumbó en su oreja y se alegró de escucharlo tan cerca.

—Princesa, ¿has comido? —le dijo con su voz pausada.

Samara miró la hora; las dos y media del mediodía.

—No... Aún no he vuelto a casa, estaba dando una vuelta...

—¿Estás en el centro?

—Sí, me disponía a irme —contestó.

—Perfecto, entonces haz algo por mí. ¿Conoces la calle El peso? Esta perpendicular a la zona comercial.

—Sí, claro, estoy muy cerca.

—Bien. Hay una tienda en el número 14, creo recordar. Ya que te encuentras cerca, ve a ella.

—¿Necesitas algo?

—No, princesa, tan sólo ve. Di que vas de mi parte sin más, no te llevaré más de media hora; luego te recogeré allí —dijo, y colgó.

Se quedó extrañada y se dirigió a la tienda. Cuando llegó quedó

sorprendida. La tienda era una pequeña boutique a la cual nunca había prestado atención, más que nada por los precios desorbitados del escaparate. Tenía de todo. Dentro, una mujer de unos cuarenta años muy bien llevados de larga melena rubia atendía a una mujer. Mientras esperaba, observó los preciosos vestidos que colgaban de las perchas, complementos y zapatos, ropa interior de encaje preciosa.

—¡Qué barbaridad! —susurró al ver el precio de un vestido.

La mujer no tardó en despachar a su clienta y se aproximó a ella.

—Buenas tardes. Dígame. ¿Le gusta algo?

—La verdad es que no tengo claro que hago aquí —dijo—. Vengo de parte de un... amigo. Dominic.

Cuando dijo esto, la expresión del rostro de la mujer cambió, y esbozó una enorme sonrisa.

—¡Eres Samara! Bienvenida. Dominic me ha llamado apenas hace media hora diciéndome que pasarías.

Asintió con la cabeza, aún desubicada.

—Ven, acompáñame, por favor, tengo órdenes de no dejarte salir de aquí hasta vestirme enterita. —Examinó su cuerpo con un aire digno y frunció el ceño—. Eres muy delgadita, veo que Dominic tiene buen gusto; eres una cucada de niña —dijo con un tono pijo, mientras cogió su mano y se la llevó a la parte de atrás.

—¿Vestirme de arriba abajo? —preguntó.

—Sí, querida. Enterita.

—Pero... qué vergüenza.

La mujer empezó a sacar un montón de ropa, que fue colocando ordenadamente en un perchero móvil de ruedas que estaba en un lado de la sala; vestidos, zapatos, medias, ropa interior... Samara empezó a relajarse mientras la mujer le ayudaba a quitarse la ropa que llevaba puesta, medía su pecho y sus caderas con una cinta métrica que llevaba en uno de sus bolsos y luego apuntaba en una diminuta libreta y seguía su recorrido.

—Empezaba a pensar, querida, que Dominic era de la otra acera.

—¿Y eso?

—Un hombre como él, sin mujer conocida a su lado, es sospechoso. —Sacó un vestido precioso y se lo puso—. Pero veo que no es así.

—¿Pero de qué conoce a Dominic?

Mientras le fruncía el vestido y arreglaba los bajos Samara aprovechó para saber un poco más de él.

—Querida, de qué lo voy a conocer. Desplumó a mi ex marido. Es mi abogado.

Samara disimuló su sorpresa.

—Claro, qué pregunta más estúpida.

—Sí, hija, es el mejor. No lo puedo negar, no hay otro como él. No tiene compasión —afirmó tajantemente—. Y cuando es tu abogado y no el de la parte contraria, es bueno. Mi ex marido se quedó sin nada. Por ponerme los cuernos. ¡Que se joda!

Soltó una suave carcajada, puso los brazos en jarra y revisó su elección detenidamente.

—Estás preciosa.

Se miró en el espejo; era un vestido ceñido en el pecho y con un poco de vuelo. Unos zapatos de tacón a juego y unas finas medias completaban el conjunto.

—Vaya... Qué bonito.

—Sí, y ahora falta lo más importante...

El tintineo de la puerta sonó y unos pasos sonaron aproximándose.

—De lo más importante ya me ocupo yo, Maira. Tienes una clienta esperándote en la tienda.

Dominic entró en la trastienda, besó a la mujer en la frente y sonrió a Samara.

—¡Cómo me alegro de tenerte por aquí! —dijo—. Mira qué guapa está. Bueno, voy a atender. Os dejo solos.

Dominic se quitó el abrigo y analizó a Samara; estaba subida en una especie de altillo y parecía una de esas bailarinas con tutú que giraban en las cajas de música. Metió las manos en los bolsillos y se balanceó.

—Estás preciosa, pero te falta algo.

Sacó de uno de los percheros un conjunto de lencería color negro y se lo ofreció. Ella, que no había abierto la boca, lo cogió y lo miró sorprendida.

—¿Ahora te da vergüenza que te vea desnuda?

—No, en absoluto. Ahora me lo pongo.

Así lo hizo, y después se puso el vestido de nuevo, metió toda su ropa en una bolsa que Dominic le acercó y salieron de la trastienda.

—¿Todo esto es para mí?

—Yo no me lo voy a poner...Maira, ya sabes dónde mandarme la factura —dijo dándole otro beso en la frente—. Y búscate otro incauto. Ya estas tardando.

—No lo dudes, querido —contestó riendo.

Tras aquella compra inesperada y un viaje de media hora en coche, llegaron a un restaurante alejado de la ciudad.

—Suelo venir aquí cuando tengo tiempo. —Dominic observaba el paisaje con la mirada perdida.

—Oye... Todo esto que me has regalado... Sinceramente yo...

—No te equivoques, Samara —la interrumpió—. Ni es un regalo para ti ni una forma de... digamos disculparme por lo que hago contigo. Decoró lo que es mío a mi gusto. Míralo desde ese punto de vista.

El camarero les dejó unas cartas y no tardaron en pedir la comida.

—¿Y si me negara a hacer todo esto? Si algo no lo quiero...

—Te lo dije en su momento. Todo lo que tú no me des te lo arrebataré. Ya lo hice en su momento y lo sigo haciendo.

Levantó una ceja, ladeó la cabeza con un gesto de burla y embozó una mueca algo desconcertante.

—No pretendo consumirte, Samara, no pretendo hacerte sufrir más de lo necesario, aunque sufrir es importante en la vida, te hace más fuerte, te forja un carácter. Quién no ha sufrido en su vida apenas la ha vivido.

—Eres frío y estás demasiado seguro de lo que haces.

—Supe desde el primer día que entré en tu vida lo que podía estirar la goma que tú me dabas. Pregúntate a tu misma por qué no denunciaste lo que te hice y por qué gozaste como una perra cuando te estaba follando. En el fondo te da vergüenza pensarlo, te da miedo saber que lo necesitas... saber que no somos tan distintos. ¿Verdad, Samara?

—Anoche me hiciste mucho daño y después...

—Es mi forma de amarte.

—¿Cómo sabes que puedo con todo esto? ¿Cómo estás tan seguro que no me desmoronaré?

La miró con pasión y sus ojos brillaron con intensidad.

—Porque yo estaré contigo.

Pasó el tiempo y, cuando terminaron de comer, Dominic tiró sobre la mesa un juego de llaves, y por un momento Samara pensó que eran las suyas, pero estaba equivocada.

—Termina tu postre, princesa, coge esas llaves y sube a la planta de arriba. El camarero te dirá cuál es el camino. El llavero tiene un número de habitación. Quiero que vayas, que te des una ducha y me esperes desnuda sobre el suelo, de espaldas a la puerta, a cuatro patas y con las piernas abiertas.

El corazón de Samara empezó a latir con fuerza al escuchar aquella petición y lo que es más: la forma de decirlo.

—No me pidas eso, me resulta embarazoso; me daría mucha vergüenza.

—No me hagas repetírtelo otra vez.

Samara se levantó, cruzó el comedor y sin necesidad de ayuda llegó a la habitación indicada en el llavero. Se quitó la ropa, volvió a mirar sus nalgas marcadas y se duchó, de pie en la habitación, con la toalla enroscada en su cuerpo y sin saber muy bien qué hacer; se repetía a sí misma cómo era capaz de hacer todo aquello. Llenó los pulmones de aire y cogió fuerzas arrodillándose como le había pedido, soltando la toalla, mirando hacia la cama y apoyando las palmas de las mano en el suelos. Esperó minutos que parecieron horas hasta que oyó sus pasos aproximándose a la puerta y olió su perfume.

Se mantenía inmóvil, notaba su mirada repasar cada parte de su cuerpo recreándose quizás en lo que había hecho. Luego caminó situándose delante de ella, inclinó su cuerpo y extendió la mano para que se la cogiera. La abrazó con fuerza y ella lo miró con curiosidad, aún sorprendida por lo que estaba haciendo.

—Hasta la mayor de las venganzas debe tener un equilibrio. —La besó mientras se quitaba la camisa—. A veces el más mínimo detalle sacia la necesidad que tengo de hacerte mía.

4. Luis

Empieza a conocer mi lado humano, mi preciosa niña. Necesito ver en tu mirada ese brillo especial que me enamoró, esa luz. Tu mente necesita esos pequeños momentos de tranquilidad. Te necesito cuerda para poder modelarte. Hoy te he dado una pausa. He dejado una puerta abierta para que no te sientas acorralada. La vida, Samara, es una balanza y todo tiene que compensarse para poder seguir pidiendo algo a cambio. Hoy te amé dándote de nuevo lo que te arrebaté el primer día; disfruté de ti sin tus lágrimas. Descansa, princesa, descansa... que mañana volveré a coger lo que es mío. Necesito que me ames con todas tus fuerzas porque sólo así tu sufrimiento saciará mi hambre.

Tenía veinte años cuando lo conoció. Por aquel entonces, Luis era un joven totalmente desbocado, perdido en los oscuros antros de la ciudad, rodeado de mujeres, de noches que apenas conseguía recordar a la mañana siguiente, de alcohol. Con el paso de los días comenzó a coincidir con Dominic, a menudo en un local de jazz que solía frecuentar. No es que fuera asiduo a esa música, pero aquel ambiente le procuraba unos momentos de paz en una triste vida que empezaba a escapársele de las manos. Le enseñó todo lo que sabía; eran como dos almas gemelas, dos hermanos unidos por el mismo útero, dos buenos amigos. Muchas veces, mientras lo observaba, se daba cuenta de que no se diferenciaban mucho. Dominic estaba totalmente solo, no era un hombre que se fiara de cualquiera; le resultaba difícil hablar ciertos temas con las personas y Luis se convirtió en su confidente y en su amigo. Poco a poco entró a formar parte de la empresa. Todo lo que requería una atención especial solo pasaba por las manos de Luis; si algún documento, reunión privada con determinadas personas o papel debía ser protegido de las miradas furtivas, era él quien se ocupaba de todo. Le debía todo lo que había conseguido y no porque se lo hubiera puesto fácil. A veces Dominic se comportaba como un hermano mayor estricto y eso a Luis le sacaba de quicio, pero le debía

todo lo que había aprendido; casi podía decir que le debía la vida.

Era cierto que eran inseparables pero totalmente distintos. Mientras que Dominic era un hombre frío y distante, él irradiaba dulzura por todos los poros de su piel. Tenía el pelo castaño, los ojos ligeramente rasgados, sus facciones dulcificaban su cara y cuando se reía cualquier persona que lo mirara, hombre o mujer, se derretía ante él. Resultaba imposible discutir con Luis; su voz era suave, expresiva, de mirada tímida pero ligeramente golfa. Tenía un buen físico, no tan desarrollado como Dominic, pero esculpido de una forma casi perfecta, y sus músculos se marcaban lo justo y necesario. Durante una conversación en la sala de café del edificio había llegado a escuchar que la gente consideraba a Luis, la parte humana que acompañaba a Dominic a todos los lados. Él se había reído y se había imaginado a Batman y Robín, pero nada más lejos de la realidad. A veces, por no decir casi siempre, él era quien calmaba los impulsos de su amigo, el único que llegado el momento podía hablar con él cuando la situación lo requería, normalmente por trabajo, determinados tratos que no acababan de convencer a Dominic, que ambicionaba destruir a todo lo que se enfrentaba a él.

Pasado el tiempo, acabo pasando más tiempo en casa de Dominic que en la suya propia. Acabó por alquilarla y mudarse con él y durante sus innumerables charlas, descubrieron que no eran tan distintos.

La primera noche que la vio entrar en casa, su corazón dio un vuelco. Samara era aún más bella de lo que él sabía, de lo que su amigo le había contado noche tras noche, sentados delante de la chimenea, recordando las traumáticas vidas que ambos habían pasado. La primera noche que la vio, de pie, frente a la amplia estancia del salón, sujetando su pequeño bolso con manos temblorosas y una sonrisa arrebatadora, creyó caer en un sueño del que jamás despertaría. Samara era todo lo que un hombre podía desear; era hermosa, tenía un físico imponente, quizá demasiado frágil para su amigo, demasiado delicada para lo que vendría. Sus ojos vidriosos por la vergüenza le trasmitían un instinto casi paternal. En aquel momento sintió la necesidad de protegerla, de rodearla con sus brazos y decirle que no tenía de qué preocuparse, que todo saldría bien y que, si en algún momento sufría, él estaría allí para ayudarla, para enseñarla que nada era demasiado terrible, que todo iría bien.

—Algún día entenderás que todo lo que vivas aquí te hará la mujer más

feliz del mundo —había pensado—. Aunque te duela, no lo comprendas o no entiendas el porqué de las cosas.

Ella se había acercado lentamente y, al oír su nombre, le había sonreído y besado en la mejilla. Un solo beso, no dos como es habitual, un beso cariñoso, afectuoso, lleno de ternura, de osadía ante un hombre que no conocía y ya la amaba.

—Mi amigo del alma, mi hermano. —Dominic conocía perfectamente el impacto que había tenido en él—. Todo lo mío es suyo, Luis.

Esa última frase había dilatado las pupilas de Luis hasta rozar la ceguera. Su corazón se mantenía en un puño frente a ella, frente a su cálida figura, su larga melena ondulante y repleta de formas serpenteantes que la caían por debajo de los hombros hasta la cintura y decían: «Síguenos».

—Encantado de conocerte por fin —había dicho con un tenue y casi imperceptible hilo de voz—. Eres preciosa...

Todos cometemos errores en la vida; su error era no haberla conocido antes, estaba seguro que si hubiera sido así, si esa cándida alma que irradiaba luz por todos los poros de su piel se hubiera cruzado antes en su camino, no hubiera odiado tanto al mundo como lo odiaba ahora, todo hubiera sido muy distinto. Dominic había roto todas las reglas de lo moral, conocía cada momento que había pasado con ella, cada palabra que había salido de sus labios temblorosos, cada detalle de los días tormentosos que él le había dado. Ella seguía allí, enganchada a su debilidad, sometida a cualquier cosa que saliera de su boca. ¿Por qué?

Pasó horas observándola sin que ella se diera cuenta, embelesado por sus movimientos, las leves carcajadas inocentes que salían de su garganta, la forma de ruborizarse cuando las palabras directas de Dominic la ponían nerviosa. Sus mejillas coloreadas le daban un toque inocente que contrastaba con la altivez que a veces tenía. Quizá era una forma de defenderse del mundo, de ellos o incluso de sí misma. Pero ella seguía allí y todavía tenía que sufrir un poco más....

—Abusaste de ella para castigarla por lo que te hizo, volviste a por ella y la humillaste ligeramente para que supiera que es lo que tú pasaste a su lado siendo niño y ahora posiblemente comience esa lucha existencial para

entender por qué aun después de todo lo que ha sufrido, está a tu lado y quizá pida más. No lo comprendo...

Tuvieron largas conversaciones tras la primera visita de Samara a la casa, largas horas rodeados de la música de Jocelyn Pook y una botella de ginebra como compañera.

—Somos animales primarios; encerramos dentro de nosotros una amoralidad que tapamos con nuestro traje de sociedad; nos avergonzamos de nuestras fantasías, luchamos contra ellas intentando formar parte de un mundo aburrido y encaminándonos hacia la muerte envueltos en una mormera continua. —Dominic dio un trago y balanceó el vaso haciendo tintinear el hielo—. Tengo mucho que enseñarla.

Luis tenía claro que Dominic jamás retrocedería ante sus planes. Todos y cada uno de sus movimientos estaban perfectamente diseñados para un fin. Durante los siguientes días, luchó contra la excitación que le provocaba cualquier mínimo detalle de Samara, la forma de humedecerse los labios, su forma de cruzar las piernas cuando estaba sentada frente a él y sabía que le observaba con mirada furtiva la entrepierna. Dominic llenó un armario en una de las habitaciones de invitados de ropa para ella, zapatos, vestidos de colores, abrigos, chaquetas... Todo lo que en algún momento pudiera necesitar. A veces se sintió tentado a oler sus prendas, ese perfume que siempre la acompañaba lo volvía loco, ámbar, pachuli, rosas y lilas, un toque a maderas exótico y sensual que se quedó impregnado en la casa, en cada objeto que tocaba a su paso.

Llevaba demasiado tiempo sin una mujer. No era algo que le preocupara y necesitara; tenía un miedo atroz a las relaciones, al sexo, al amor, al contacto íntimo y al cariño. Desde que conoció a Dominic, se apartó de todas y cada una de las mujeres que habían pasado por su vida; ellas le habían hecho daño por el mero hecho de existir, por el mero hecho de estar ahí y sonreírle.

Cuando su vida se centró y empezó a ganar suficiente dinero para no poder gastarlo en toda su vida, solía irse los fines de semana a un pequeño pueblo de Lisboa, uno de esos sitios típicos de la zona, con sus casitas revestidas en azulejos, ese olor a comida típica en las calles entrelazadas y estrechas, paisajes irregulares. Alquilaba una habitación en un pequeño motel con un balcón que daba al Tajo y pasaba largas horas apartado de todo leyendo libros de aventuras, esos que en su juventud no había podido

comprar. Había uno en particular que le llamaba la atención: *La isla del tesoro*. Lo había leído más de diez veces, pero nunca se cansaba, siempre lo llevaba consigo, siempre tenía ganas de volver a leerlo.

Dominic nunca le preguntó a dónde iba; era como si esos días que desaparecía fueran un ritual para su equilibrio y su seguridad; volvía relajado, con un brillo distinto en los ojos y un tenue tono dorado en las mejillas del sol. A fin de cuentas de eso se trataba, necesitaba tranquilidad.

Samara llevaba unos días acudiendo a la casa cada tarde. Dominic quería hacerle partícipe de su vida cotidiana, sus gustos por sumergirse en la cocina con un rodillo en el hombro y un delantal. Ella lo miraba embobada, como si no entendiera cómo un hombre de sus características y su crueldad pudiera ejercer algo tan simple y tan humano como cocinar. Alguna vez él mismo la había recogido en el trabajo para llevarla a casa y era en ese momento cuando su lado oscuro emergía y más de una vez deseó parar el coche, arrancar la su pequeña blusa de botones dorados y hacerla suya en el asiento de atrás, como un adolescente desquiciado por las hormonas de la edad.

—La probaras —le había dicho Dominic.

—No lo entenderá.

—No me importa.

Era viernes, Luis dormitaba en el sofá del salón peleándose con el mando de la televisión que nunca llevaba a manejar perfectamente. Tenía demasiados canales. La Fox tenía series entretenidas pero demasiado largas, le gustaba más el canal clásico, quizá tenía suerte un día y ponían la película de *La isla del tesoro*. El portón metálico de la entrada le avisó que Dominic y la preciosa Samara llegaban a casa. Las tardes del viernes eran aburridas, ese fin de semana tenía un color distinto; ella se quedaría en la casa, dormiría a dos metros de su cama y verían alguna película interesante, quizá se sentara a su lado, hasta igual se quedaba dormida en su regazo. Se levantó al verlos entrar. Samara le saludó con su eterna sonrisa y su beso en la mejilla lo acabó de espabilar.

—Estás preciosa. Me alegro de que estés aquí.

—¡Gracias, Luis!

Dominic apenas había parado a saludar. Pasó como un rayo en dirección al despacho que estaba anexo y, tras varios minutos, volvió remangando su camisa y soltándose el botón superior, mientras se quitaba la corbata.

—Si quieres te pongo un caldero debajo de la barbilla —dijo con sorna—. Estás dejando las babas por todo el salón.

—No seas idiota —dijo; Samara estaba ruborizada — ¿Tomáis algo? Yo sí. Lo necesito.

Fue a la cocina a por unos refrescos y al regresar Dominic estaba de pie en mitad del salón, justo detrás de Samara.

—Princesa, hoy vas a aprender a complacerme. —Soltó los botones de la camisa sin dejar de mirar a su amigo y sonrió—. Serás una buena chica y dejarás que Luis te vea desnuda. ¿Me entiendes?

Samara puso gesto de sorpresa y las mejillas empezaron a encenderse hasta adquirir un tono rojo exagerado.

—Pero Dominic....

—Aquí no existe la vergüenza. Tienes que aprender a querer tu cuerpo, a mostrarlo sin pudor.

Bajó su falda y la desprendió de su ropa interior. Luis no podía quitar la vista de aquella mujer; tenía unos pechos preciosos, redondos, sus pezones rosados le apuntaban amenazadoramente; sus piernas eran como finas líneas perfectas que llevaban a ese lugar donde todo hombre quiere perderse y no volver a existir. Estaba avergonzada, ni siquiera podía mantener la mirada dos segundos en él y parecía temblar bajo los dedos de su amigo.

—Esto me da mucha vergüenza —susurró—. Dominic, por favor...

—No te quedes ahí parado —le dijo haciendo caso omiso de Samara—. Vamos... Ven, acércate.

Dejó los refrescos sobre la mesa del salón y se aproximó a Samara; ese olor a lilas y ámbar penetraron en sus fosas nasales y activaron su sexo, que comenzó a latir bajo la tela del pantalón. Dominic se apartó ligeramente de ella e hizo una gesto que Luis entendió a la primera; por fin podía tocarla, olerla, quizá hasta besarla y hacerla suya.

—Samara, levanta la cabeza. No se te ha perdido nada en el suelo.

Lo estaba pasando mal. Una mujer que con quince años es libertina quizá sigue siendo virgen y va de reina del porno. Samara no era lo que él

creía; hasta Dominic se sorprendió por su vergüenza, pero eso quizá no hizo más que incrementar su maldad, sus ansias de hacerla temblar y complacerle. Levantó su cabeza desde atrás y le susurró al oído algo que Luis no pudo escuchar. Samara tragó saliva y cerró los ojos delicadamente; era como si acatará lo que le había dicho, como si se abandonara a lo que él quería que hiciera.

—Samara, obedece.

Se adelantó tímidamente, sus zapatos de tacón la hacían más alta de lo que realmente era. Tenía su frente a dos centímetros de su boca y otra vez sintió esa sensación paternal, esa necesidad de protegerla y ayudarla en aquel camino tan escabroso que comenzaba a dar. Le cogió la cara con ambas manos y la besó. Tenía los labios carnosos, húmedos por los nervios, y temblaba. Abrió la boca y le permitió entrar en ella; su lengua era exquisita, jugaba torpemente con la suya. Era como profanar un templo, como si la hubieran ofrecido en sacrificio y ella, resignada, aceptara su destino temblorosa.

—Tranquila... —le susurró — No voy a hacerte daño...

Dominic se apartó y se dejó caer en el sofá, pasó los brazos por el respaldo y cruzó las piernas. Luis tenía la sensación de que si soltaba ahora los botones del pantalón la mataría del susto; estaba tan excitado que le costaba controlarse, tocarla delicadamente sin saltar sobre ella y hacerla el amor salvajemente sobre el suelo del salón, sobre la mesa, donde fuera. Pasó los dedos por sus pechos y acarició sus pezones, bajó la vista y una fina hilera de hormigas perfectamente depilada y recortada lo guiaban indiscutiblemente hacia aquella flor tan apetitosa. Samara estaba a punto de llorar, podía verlo en sus ojos, podía notar el calor de su cuerpo por los nervios y la vergüenza. Giró la cabeza buscando la mirada de Dominic, pero la volvió hacia él y le sonrió. No lo soportaba más, no podía controlarse.

—No tiembles, Sam... —Sam era bonito, era afectuoso y suyo—. No voy a hacerte daño. Date la vuelta y mírale a él, hazme caso —susurró—, y ponte de rodillas.

La sintió respirar profundamente, se giró y obedeció. Dominic miraba la escena ansioso, a veces se movía como si tuviera prisa por algo.

—Separa la piernas... —La besó en la nuca y se colocó detrás de ella. Pensó que era una suerte que no lo viera porque tenía un empalme de

campeonato—. Inclínate, Sam.

Resbaló. Resbaló a través de ella con la deliciosa sensación de abrirse paso a través del paraíso. Su piel era suave, su espalda recta y perfectamente formada. Sintió una suave descarga de placer abriéndose paso entre ambos. Metió las manos por sus muslos y separó sus delicados labios con las manos. Iba a morir de placer, hacía mucho tiempo que no amaba a una mujer de esa manera. La penetró despacio hasta que su pelvis rozó las nalgas temblorosas de Samara, tiró de ella y su pecho chocó con la espalda de la joven y la besó en la mejilla.

—Escúchame... —murmuró—. No dejes de mirar hacia él... No le quites los ojos de la cara... Pierde la vergüenza, eres preciosa... Disfruta... Abandónate, no te haré daño...

Eso pareció relajarla algo; apretó sus pechos y comenzó a moverse lentamente dentro de ella. Dominic se pasó la mano por la entrepierna y sonrió, se inclinó hacia delante y levantó su barbilla con los dedos.

—No es tan difícil, ¿verdad?

—No...

—Buena chica.

Eso fue lo último que llegó a oír o al menos fue lo último que entendió. Estaba demasiado excitado y ansioso para prestar atención al resto del mundo. Su olor lo alejaba de la realidad, su sexo empapado le apretaban la piel deslizando la fina capa superior de su miembro de adelante a atrás. El cosquilleo le anunció que duraría poco, que aquella mujer le estaba dando la vida que había perdido. Se apartó de ella en el justo momento, en el mismo instante que Dominic la agarraba por el pelo y la obligaba a abrir la boca para que él descargara y eso acabó de matarlo. Un terrible calambre de placer se apoderó de él y le hizo perder la conciencia de lo que pasaba durante segundos intensos. Ella esperaba ahí, hambrienta, asustada, sujeta por las manos de su amigo, que la impedían moverse mientras la llenaba de sus fluidos como un desquiciado, y entonces todo pasó. Cayó hacia atrás y todo pasó de golpe, de la misma forma que vino, con la misma intensidad.

—No dejes que caiga ni una sola gota... si no, lamerás el suelo... traga...
—dijo Dominic.

Samara cerró los ojos desfigurados por el rímel.

—Eso es... Esa es mi chica...

Se apartó de ambos mientras Dominic se cercioraba de su orden; estaba de cuclillas a su lado y mantenía atentamente la mirada en ella sin soltar la quijada. La levantó en los brazos, la llevó a la planta de arriba y la metió en la bañera. Cuando Luis recuperó el sentido de la realidad, subió con ellos para cerciorarse de que estaba bien. Dominic estaba de rodillas al lado de la bañera y pasaba delicadamente una esponja por sus hombros. Permanecía flexionada con la barbilla apoyada en las rodillas y la mirada perdida más allá de sus pensamientos, más allá de sus remordimientos y su vergüenza.

—Voy a prepararle algo que comer. Quédate con ella...

La sacó de la bañera y rodeó su cuerpo con una toalla. La acompañó hasta la habitación y se sentó a su lado en la cama.

—Ha sido horrible... —dijo—. He pasado muchísima vergüenza...

—Creímos que no era algo tan violento para ti —dijo secándola el pelo.

—Luis... ¿qué quiere de mí?

Le dieron unas inmensas ganas de estrecharla entre sus brazos. Tenía los ojos vidriosos y su voz sonaba temblorosa y débil.

—Todo, Sam... Todo...

—Creo que me estoy enamorando de él y no lo entiendo. No entiendo por qué me hace esto, por qué tiene esa forma de querer a las mujeres... Si me quiere... No lo sé.

—Existen muchas formas de amor. Algún día lo entenderás.

—Tú sabes lo que me hizo, estoy segura de ello. No entiendo cómo puedo soportar esto.

—Vamos, levántate, te ayudaré a vestirte. —Sacó del armario varias prendas y se las llevó—. Al principio es duro, Sam. Son formas distintas de expresar los sentimientos, algún día lo entenderás, pero no puedes sentirte mal, no estás haciendo nada malo. Confía en mí.

—Me trata como una princesa para luego arrebatármelo todo... —Quedó pensativa durante unos segundos y su rostro se ensombreció—. Aun así, no puedo apartarme de él.

—De eso se trata, Sam.

—¿Por qué eres tan amable conmigo, Luis? —Le resultaba asombroso cómo aquel hombre se desvivía por atenderla.

—Llevo años oyendo hablar de ti. Dominic es mi amigo. —Apartó un mechón de pelo de la cara y volvió a sonreírle con ternura—. Eres parte de esta casa, parte de nosotros. Simplemente intento que todo sea más sencillo para ti.

—Y para él —musitó.

Luis hizo un gesto de ironía y le colocó la blusa que había escogido.

—Por supuesto, Sam, por supuesto.

5. Te analizo

Quizá me equivoqué contigo. Igual debí dejarte ir cuando aún estaba a tiempo. Hacerte pagar por el dolor y el sufrimiento que me diste y luego olvidarte, darte la oportunidad de volver a vivir tu vida, que conocieras a un hombre que te amara, que formarás una familia, que fueras feliz. Te he pedido tantas veces que me perdones... Pero no busco que lo hagas. Tan sólo te lo susurro para sentir que aún soy humano. Forzarte a hacer lo que no quieres, obligarte a acatar mis deseos, me produce tanto placer que a veces pierdo la poca cordura que me queda y me olvido de que eres frágil... Pero me importa tan poco... Hace unos días te di un respiro y hoy te he visto sonreír. Has llegado a la oficina con un semblante distinto. Te has tomado unas copas con tus amigos de siempre sin dejar de mirar tu móvil... Irradiabas felicidad. Pero no te equivoques, mi preciosa niña de ojos rasgados. No creas que la vida es como los cuentos de hadas. El sufrimiento, el dolor, el placer... Tengo tanto que darte... y tanto que quitarte.

El día resultó bastante cargante para Samara; llevar un equipo de varias personas para proyectar posibles campañas publicitarias de clientes importantes a veces resultaba muy estresante. Poner de acuerdo a todo el mundo, plasmar las ideas en un cartón pluma y transmitir las al cliente final era una tarea que en épocas de campañas acababan dejándola agotada. Aquel día salió de la oficina agotada, y aun así estaba animada y no dudó en pasar por el bar de la esquina, donde solía siempre tomarse unas cervezas con su equipo. Miró varias veces su teléfono móvil; Dominic no solía molestarla en momentos de trabajo, respetaba ese espacio de su vida y en ningún momento la apartaba de sus labores diarias. Sin embargo deseaba sus llamadas, no le importaba a qué hora fueran, ni siquiera con quién estuviera en aquel momento, constantemente controlaba el móvil con la seguridad de que tarde o temprano la llamaría. Así fue, no llevaba ni veinte minutos en el bar y Dominic llamó para que acudiera a su casa lo

antes posible. Se despidió de su gente y, sin dar muchas más explicaciones, se dirigió a su casa de inmediato.

—Pasa y cierra la puerta.

La habitación estaba iluminada por una simple lámpara de sobremesa, y al fondo, sentado en su trono: él. La miró de arriba abajo, estaba preciosa, una camisa blanca de cuellos levantados, una falda sencilla color camel y sus ya habituales zapatos de tacón a juego con alguna de las prensas que llevaba.

—¿Estás bien? Me llamaste con tanta urgencia que salí del bar...

Samara hubiera saltado en sus brazos, como cualquier persona hubiera hecho ante la persona que empieza a querer, besarle, preguntarle qué tal el día. Algo hacía que se mantuviese siempre a una distancia prudente de Dominic, quizá era su forma de mirarla con aquellos ojos negros, acompañados siempre de una sonrisa irónica. Le inquietaba la forma que tenía de inclinar la cabeza, como si buscara la mentira en sus palabras.

—Tengo un tono bastante directo, quizá lo has confundido con la urgencia. —Se incorporó y se aproximó a una mesa, donde tenía dos copas de coñac—. No estés tensa, princesa. Toma; bebe un poco y relájate.

Aceptó nerviosa la copa y se sentó en el sofá a su lado.

—Bebe —susurró dando un trago.

—No suelo beber y no he cenado nada.

—No pretendo que te emborraches, sólo que te desinhibas, es una forma de conocerte un poco más. Estás en mi despacho de casa, nadie te ve, estamos tú y yo solos. Es un momento perfecto para que me hables de ti.

Dio varios tragos y se recostó en el sofá, aún con la tensión en todo su cuerpo; carraspeó ligeramente y le profirió una sonrisa tímida. Optó por terminarse la copa de un trago y Dominic no dudó en volver a llenarla sobre la marcha.

—¿Qué quieres saber de mí? —le preguntó.

—Algo que no sepa, que te pasa por la cabeza en estos momentos, cómo te sientes, qué miedos tienes...Vamos, princesa...

Bebió de nuevo y se quedó pensativa. Dominic tenía el cuerpo ligeramente inclinado hacia ella y mantenía un brazo por encima del respaldo del sofá. La observaba con los ojos muy abiertos, tenía la sensación que incluso analizaba sus expresiones faciales.

—No estoy acostumbrada a ciertas cosas. Situaciones... Me dan vergüenza; cuando me miras, analizas todo de mí, me siento insegura. También me siento avergonzada por lo que está pasando.

—¿Te refieres a cómo te comportas? —preguntó.

—¿Qué diría la gente que me conoce si me ve actuar así? Explicar cómo nos conocimos, lo que hiciste y dónde sigo. Me tomarían por una enferma mental.

—Lo que hago nadie lo ve, Samara.

—Lo veo yo...

—Eres libre de irte cuando quieras. ¿Quieres?

La miró directamente a los ojos y levantó las cejas. Samara se frotó la frente nerviosa y dio otro trago a su coñac. No le gustaba su sabor, pero empezaba a hacer efecto.

—Ese es el problema que más me atormenta. Que no quiero irme.

—Entonces, ¿qué temes?

—Tengo miedo de no saber cómo termina esto. Lo que quieres de mí o el daño que puedas hacerme. Incluso temo pensar a qué estoy dispuesta yo, hasta dónde puedo llegar.

Dominic se rió y echó la cabeza hacia atrás.

—¿No será que tienes miedo a sacar de dentro de ti cosas que no esperabas? Es decir, ¿te molesta reconocer que eres capaz de ciertas cosas que la sociedad podría llamar... poco éticas?

—Puede ser.

—Una mujer como tú, independiente, segura de sí misma ante los ojos del resto del mundo, con carácter, triunfadora, que ante un hombre se desprende de todo. —Se inclinó hacia delante y sonrió maliciosamente—. Y lo que es más: disfruta con ello. Tienes miedo a no saber cómo termina porque tú no lo controlas, como tampoco controlas lo que quiero de ti o el daño o repercusión que puede hacerte. Tu vida ya no es tan ordenada, tu rutina ya no existe.

Samara bajó la mirada y llenó los pulmones de aire con la intención de relajarse un poco más.

—Tienes razón. Posiblemente sea eso. Dominic, yo tengo mi carácter, no es suave, algún día saldrá, ahora estoy... descolocada...

—¿Tienes miedo a fallar? Dime y se sincera.

Dudó unos momentos.

—Sí.

—Entonces, querida mía, empezamos a entendernos.

6. Tu collar

Mi preciosa niña...No pretendo anular tu personalidad. Si hay algo que me gustó de ti fue tu osadía, tu seguridad, tu prepotencia. Esa sonrisa de diva que paseaste siempre ante los hombres. Esa estela que dejabas a tu paso fue lo que me enamoró de ti. No existe nada más excitante para un hombre como yo que el someter a una mujer así. Notar la rabia y la impotencia en tus ojos cuando te obligo a hacer lo que no quieres. Lo sencillo y lo fácil no es manjar de reyes y tú, Samara, eres lo que alimenta mi alter ego.

Aquel fin de semana se quedó a dormir en casa de Dominic. Recogió una pequeña maleta, no mucho, Dominic se había ocupado de llenar uno de los armarios de la habitación de invitados con todo lo que necesitaba y más. Después del trabajo había pasado la tarde del viernes investigando toda la ropa que le había comprado. En el baño anexo a su habitación encontró una gran cantidad de jabones de colores, esencias, sales de baño y perfumes.

—No sabía cuál era tu preferido y opté por varios. —La voz de Luis la sorprendió—. Espero que alguno de ellos te gusté.

—¿Has sido tú? ¡Es increíble! —Le besó en la mejilla y continuó su escarceo entre los jabones.

—Ha sido él, yo solo fui a comprar lo que me pidió. —La besó en el hombro—. Aun así, te compré algún capricho que vi, como las sales, esa cesta de cremas, alguna cosa más que verás en el armario. Lo pasé bien, necesitaba salir del despacho.

—¿No tienes novia, Luis? —preguntó—. Eres tan adorable que me resulta difícil creer que alguien como tú este solo.

—Llevo mucho tiempo solo, Sam. No necesito a nadie en mi vida, además ahora estás tú, ¿no? Con eso me vale. —Se rió con picardía al ver el gesto de susto que puso y la besó en los labios—. Me refiero a que ahora mi prioridad es cuidar de ti, tonta, aunque... a veces... te disfrute.

—Luis, pero ¿eso es suficiente para un hombre como tú que lo puede tener todo?

—Lo es, créeme —dijo dirigiéndose a la puerta—. Es un placer tenerte en casa el fin de semana, Sam. Date un baño relajante y descansa, Dominic no tardará en volver del trabajo.

Así lo hizo, y tras despedirse de él, optó por llenar la bañera y pasar la siguiente hora sumergida en aquel baño de sales y esencias de distintos olores y tactos; bolitas de aceite, sales violetas y amarillas, un jabón para el pelo de rosas. Era maravilloso, se sentía como en el cielo. Aquel baño era enorme en comparación al pequeño aseo de su apartamento; la bañera estaba engastada en un mármol color salmón y entraba totalmente estirada sin parecer una pelota. Se quedó medio dormida y cuando despertó se vistió con un pequeño pantalón de algodón y una camiseta haciendo juego, una de las pocas cosas que había traído de casa. Dominic estaba en el salón comedor junto a Luis, y al verla bajar las escaleras se quedó observándola mientras hablaba por el teléfono móvil.

—Veo que ya estas instalada —dijo colgando—. ¿Dónde está tu collar?

Se quedó unos segundos pensativa y se dio cuenta de su despiste.

—¡Dios! —dijo—. Me lo olvidé en casa.

Dominic puso las manos en la cintura y se quedó unos momentos en silencio. Luis parecía un espantapájaros en mitad del salón. Samara lo vio frotarse la cabeza y pasarse la mano por la nuca, nervioso.

—¿Es tan importante? Puedo... puedo ir a buscarlo si quieres.

Dominic miró a Luis y luego volvió a fijar su vista en ella.

—Me pregunta si es importante. —Bajó la cabeza y sonrió—. Vaya... Te pedí que no te desprendieras de él ni un momento, Samara. Te expliqué qué significaba, y te di una orden. ¿Tan difícil es para ti entender lo que te escribí?

Se puso nerviosa y empezó a ofuscarse.

—Perdona, se me olvidó. No volverá a pasar, salí tan rápido de casa que no me di cuenta de que me lo había quitado para cambiarme de ropa. Iré a buscarlo, no es tan grave, Dominic.

No apartaba la vista de ella, la observaba con el ceño fruncido.

—Voy a casa en un momento.

Se dispuso a dar la vuelta pero Dominic la paró en seco. La cogió por los hombros y bajó la cabeza intentando respirar con la mayor suavidad posible.

—¿Te quieres calmar un poquito...?

—Es que sé que es importante, ha sido un error. —Estaba demasiado nerviosa como para controlar las ansías.

—Voy a hacerte razonar, es fácil. Te di unas instrucciones, ¿cierto? —dijo.

—Sí.

—Te expliqué el significado de lo que te daba, no es el mero objeto, eso me da igual; es lo que implica, qué significa que lo lleves, qué transmite, su valor. ¿No es así?

—Lo sé, Dominic, lo siento.

Se movía nerviosa.

—Estate quieta, Samara —dijo suavemente—. Escucha mis palabras, porque no voy a repetirlo más de una vez. Ese collar no es una joya, no es un elemento decorativo que pasees por ahí, en él está escrito el nombre de la persona a la que te entregas, cuándo lo aceptas, cuándo te lo pones; significa que perteneces a él, que te entregas, que cedes y acatas lo que venga de él. No es algo que te quites y te pongas, es parte de ti.

—No volverá a pasar, te lo juro.

—Claro que no...

La cogió de la mano y subió escaleras arriba en dirección al baño. Miró a Luis y este lo siguió. Abrió el agua fría, puso el tapón de la bañera y se arremangó delicadamente y sin prisas.

—¿Qué vas a hacer?

—Ponte de rodillas —le espetó—. Ahora.

Samara obedeció, dirigió una mirada a Luis, que estaba en el umbral de la puerta, con cara de tristeza y se quedó algo sorprendida. Dominic esperaba que el agua subiera lo suficiente. La miró y le cogió la cara, pero Samara se apartó enfadada.

—Ese carácter... —La agarró por la nuca y acercó la boca a su oreja—. Me la pone dura —susurró.

—No eres justo.

—El mundo no es justo, amor mío.

Tras decir esto le sumergió la cabeza en el agua helada de la bañera. Samara intentaba zafarse de él, pero la mantenía fuertemente sujeta. Tras unos segundos, la sacó.

—No me olvidaré nunca de lo que me dicen. Repite.

La rabia se apoderó de ella y negó con la cabeza. Otra vez la sumergió en el agua y la mantuvo un tiempo así hasta que volvió a repetírselo.

—No me olvidaré nunca de lo que me dicen porque si no seré castigada. Vamos...

—No, no me olvidaré nunca de lo que me dicen porque si no seré castigada —repitió.

La sumergió de nuevo sin soltarla y al poco tiró de ella mientras tosía.

—No quitaré la cara cuando me toquen, mis faltas de respeto no me benefician.

—¡Dominic! —suplicó.

—Repite.

—¡No quitaré la cara cuando me toquen, mis faltas de respeto no me benefician!

Otra vez sintió como el agua le invadía la cara y la presión de su mano la hundía hacia abajo. A los pocos segundos tiró de ella.

—Dominic... —Luis le puso la mano en el hombro—. Suave, amigo...

La soltó y Samara cayó de culo en mitad del baño; el agua escurría por toda su ropa, el suelo y parte de la tarima de la habitación anexa. Estaba enrabiada, escupía el agua y miraba al suelo totalmente desorientada.

—¡Te pedí que me perdonaras! —dijo a punto de echarse a llorar.

—Y lo he hecho, princesa. —Se levantó y salió del aseo.

Luis la ayudó a incorporarse y tras secarse el pelo la acompañó a la habitación.

—No vuelvas a olvidarte de esos detalles, Sam. Son importantes.

—¡Oh, Dios, Luis! —gimoteó—. Hay muchas cosas que aún no

entiendo. ¡No es justo!

—He de irme, cámbiate. Estas empapada.

Salió de la habitación y al poco Dominic regresó. La miró desde la puerta y al entrar se sentó en la cama junto a ella. La cogió por la cara y la besó en los labios.

—Eres cruel.

—Y tú vas mal en modales —dijo mirando su cuello—, y en memoria ni te cuento.

Apretó los dientes con rabia y resopló. Dominic la empujó sobre la cama y se puso sobre ella.

—¿Sabes lo mejor de todo? —susurró—, que ese orgullo es el que me voy a follar hasta que no te queden ganas de sacarlo... ¿Y sabes qué?

Samara intentó decir algo, pero Dominic la sujetaba con fuerza y su peso la impedía moverse. Lamió su mejilla y ronroneó suavemente en su oreja.

—Que acabaras pidiéndome más... —murmuró—. Mucho más...

Deslizó la mano por debajo de su pequeño pantalón e introdujo delicadamente los dedos dentro de ella. Samara profirió un suave gemido y se mantuvo expectante. Sacó los dedos mojados y se los pasó por los labios.

—¿Ves? —dijo—. Esto es lo que me indica hasta dónde puedo llegar y no tus amagos de guerrillera.

Pasó la nariz por su cuello, sus pechos y su estómago, volvió a besarla suavemente y la rozó con la nariz cariñosamente.

—Ahora, vas a ser buena chica, te vas a acabar de arreglar y luego bajarás al salón. Te haré una cena estupenda para que mi preciosa princesa duerma como una niña... —La besó en la frente y se incorporó.

Dominic entró en la cocina, Luis le esperaba leyendo una revista mientras intentaba abrir un bote de cristal.

—En una semana se junta el grupo, Dominic.

—Estará preparada —dijo buscando algo en los cajones.

—Una semana, amigo.

—Lo sé.

7. La proposición

Y por primera vez, me sorprendiste... Y supe desde ese mismo momento que eras un reto para mí. Supe que también podías enseñarme muchas cosas. Mi hermosa Samara, mi preciada niña de cabellos negros, tú y sólo tú me haces sentir vivo.

Despertó con los primeros rayos de sol de la mañana. La luz entraba por la ventana ligeramente a través de los pequeños espacios de la persiana. Dominic no estaba a su lado. Miró el despertador de la mesita, los números rojos marcaban las nueve de la mañana, se estiró y se levantó torpemente. Tras darse una ducha bajó al salón; él leía el periódico frente a la mesa mientras sujetaba una taza de café humante. Levantó la vista y la sonrió.

—Buenos días, princesa. ¿Has dormido bien?

—Sí, gracias.

Era sorprendente cómo pasaba de ser un hombre aterrador a alguien totalmente normal y sencillo. Se sirvió una taza de café y se sentó frente a él. En la mesa había dispuesto un plato de tostadas, mantequilla, zumo de naranja natural y varias piezas de fruta.

—Ayer hiciste una cena exquisita. ¿Quién te enseñó a guisar? —preguntó.

—Cuando era pequeño recuerda que no tenía muchos amigos, los niños como yo pasan muchas horas con sus madres.

Tomó una de las tostadas y tras untarla con mantequilla intentó divisar la mermelada.

—Me permití la libertad de pedir a Luis que fuera a por tu collar a casa —dijo—. Espero que no te moleste.

—En absoluto.

—¿Buscas esto? —Tenía el bote de la mermelada en la mano y la miraba fijamente.

Asintió con la cabeza y sonrió.

—Ven por ella.

Apartó el periódico y dio un golpecito en la mesa para que se sentara frente él, metió los dedos en el bote de mermelada y se los pasó por los labios.

—¿Está buena? —le preguntó.

—Sí —contestó relamiéndose.

—¿Quieres más?

Samara sonrió y Dominic volvió a meter los dedos en el bote y luego en su boca. Con la otra mano, soltó los botones de su camisa, y sus pechos asomaron discretamente por los pliegues de la abertura, se chupó los dedos y levantándole la falda la desprendió de su ropa interior.

—Así —susurró—. Preciosa.

Se reclinó en la silla, la tenía en frente con las piernas abiertas, la camisa entreabierta y la falda levantada.

—¿Te gusta mirarme? —inquirió.

—Me gusta mirar lo que es mío.

Luis entró en casa y se quedó planchado en mitad del salón; empezaba a acostumbrarse a parecer un monigote en mitad de ciertas situaciones poco habituales.

—Me encanta el rollito «nueve semanas y media» que os habéis montado. —Se acercó a Samara y le colocó el collar alrededor del cuello—. Pero es un poquito temprano, ¿no?

—Nunca es temprano para comer mermelada.

Mientras Dominic hacía una serie de papeleo en el despacho, Samara pasó parte de la mañana acurrucada en el sofá con Luis. Era cierto que en poco tiempo se había convertido en un gran amigo, alguien que le daba un cariño inmenso y una atención que agradecía. Tener cerca a Luis le proporcionaba una paz interior que muchas veces necesitaba, y sin embargo sabía que Dominic le permitía ese contacto. Era como si él supiera que su papel era indispensable para aquel equilibrio del que tanto solía hablar, una ficha en su tablero de ajedrez que le anunciaba que todo estaba sutilmente organizado. Cuando Luis se quedó profundamente

dormido, y viendo que Dominic no terminaba con su trabajo, decidió acercarse a su despacho. Estaba sentado frente al escritorio, totalmente absorto en sus pensamientos. Entró con timidez, con la sensación de que invadía su intimidad y le sonrió al ver que levantaba la vista de su mundo interior y la miraba fijamente.

—¿Te molesto? —inquirió—. Sólo quería ver qué tal estabas, cómo tardabas tanto...

—Ven, quiero hablar contigo princesa. —Hizo un gesto para que se sentara en sus rodillas—. Ven conmigo.

Se acurrucó en su regazo y apoyó la mejilla en su pecho. Sus brazos la rodearon e hizo girar suavemente la silla para que se levantara poniéndole las piernas por encima de uno de los reposabrazos.

—Voy a proponerte algo. Te lo propongo, no te lo impongo. Es una decisión que tienes que tomar sola. —Apoyó la barbilla sobre su frente y se inclinó hacia atrás en el enorme sillón de piel—. Samara, cuando salí del instituto mi vida siguió siendo un infierno. Buscaba el vacío que tenía en mujeres que no me aportaban nada, mi adicción por un sexo enfermizo del cual tú conoces una pequeña parte me arrastró de una forma desquiciante. Era un depredador que buscaba mi propio placer a costa de cualquier cosa. No me importaba nadie, no me importaba hacerles daño ni el dolor que les podía ocasionar, siempre que me saciara de alguna manera. Terminé la carrera y una noche en una cena con un cliente muy importante que acababa de conseguir perdí el control. Me habían presentado a una mujer preciosa y el anfitrión, mi cliente, me ofreció una zona privada para tomarme una copa con la muchacha sin que me molestaran. Ella era provocativa, tenía un toque prepotente, no te negaré que era muy parecida a ti. Deseaba que me acostara con ella y no dude en hacerlo pero a mi modo y perdí el control. Mi cliente entro a tiempo, la sacó de allí y me ofreció una copa, pensé que iba a montar en cólera y que acababa de cargarme mi primer contrato importante pero para mi sorpresa me ofreció pasar un tiempo con él. Él era como yo, pero con más años y sabiduría. Me fui con él un tiempo a una casa que tenía a las afueras, apartada de todo y de todos. Me ofrecía la posibilidad de ser como era pero donde debía serlo para que no me afectara ni en mi vida cotidiana ni en mis negocios. Un retiro, muchas horas de conversación y una forma de concebir ciertos vicios como sanos pero dentro de un ambiente que no te ocasionara un problema social.

Antón, que es así como se llama, concebía el poder sobre una mujer como un arte; era y es un filósofo de la vida y de las experiencias. Para él la juventud era demasiado básica y visceral, me decía que buscábamos en exceso el placer sin pararnos a pensar en las consecuencias, y eso acababa destruyéndonos y destruyendo nuestra vida.

Samara se incorporó y frunció el ceño.

—¿Destruyéndonos? —preguntó—. ¿A quién te refieres?

—Una pequeña familia, un grupo de amigos con las mismas necesidades que Antón logró unir en esa finca. Personas como yo con demasiadas responsabilidades que necesitan liberar su mente en algún lugar donde nadie les vea. Es muy sencillo, la finca es un lugar precioso, mis amistades son personas muy unidas a mí y a Luis. Dentro de una semana nos juntamos, es habitual pasar ciertas fechas allí, esta vez es el cumpleaños de Antón, él es como un padre para mí, princesa. El mío falleció cuando apenas tenía ocho años y cuando le conocí encontré en él todo lo que no tuve siendo un crío.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—Samara, habrá mujeres como tú allí, pero verás cosas poco habituales en tu día a día, y debes al menos estar avisada y preparada. No he llevado jamás a una mujer a la finca.

—Por supuesto que iré —dijo sin titubear.

—No seas tan acelerada, piensa que los hombres que van son muy particulares, tienen sus formas de ver la vida, las relaciones de pareja, el trato. Tendrás que tener mucha paciencia y mano izquierda.

—Bueno, tú puedes enseñarme, ¿no? —Pensó en lo que había dicho respecto a que era la primera mujer que llevaba allí, y se sintió emocionada.

—Sí, princesa, puedo enseñarte.

—¡Pues claro que iré! —repitió—. Sin duda.

—Deberás pedir una semana de vacaciones.

—No tengo problemas, hace años que no cojo vacaciones. —Estaba pletórica; «Soy la primera mujer que llevará», se repetía una y otra vez.

—Está bien, veo que no meditas las cosas. Eres tan acelerada...

La abrazó y continuó balanceándose con ella. Su pelo olía a esencia de rosas. Durante minutos se quedó pensativo y por momentos se dibujó en él

una sonrisa mezquina.

8. La finca quimera

Cuando te escogí, supe desde el primer día que me darías todo lo que esperaba de ti.

Quimera...

Así se llamaba la enorme casa de piedra ubicada en las montañas y rodeada de espesos árboles, que apenas dejaban pasar los rayos de sol. Quimera, el lugar de retiro de aquel pragmático hombre, emergía entre las sombras. Samara había aceptado acompañarlo y durante la semana anterior apenas había probado bocado por los nervios.

Un hombre de unos sesenta y tantos años, de perilla cana y nariz afilada y respingona, les esperaba en lo alto de las escaleras que daban acceso a la puerta principal.

—Bienvenida a Quimera, Samara. —Besó su mano y le sonrió con dulzura—. Es un placer conocerte por fin, mi nombre es Antón.

—Un placer, señor —le dijo entrando en la casa.

Antón abrazó a Dominic y luego a Luis.

—¿Todo bien, mis chicos? ¿Los negocios?

—Todo va como siempre, me alegro de verte, Antón. —Dominic pasó la mano por sus hombros y la apretó con cariño.

Se quedó en mitad de un inmenso hall frente a unas escaleras de mármol que daban a la siguiente planta. Un hombre del servicio descendió por ellas y tras saludarles educadamente les cogió sus maletas.

—El servicio os llevará el equipaje a vuestras habitaciones. —Pasó la mano por la espalda de Luis—. Vamos, hijos, tomemos algo en el salón, tengo encendida la chimenea y un estupendo coñac esperando.

—¿Los demás? —preguntó Luis.

—No llegó nadie todavía. Esos muchachos llegarán como siempre a última hora.

—La calma se acabará en el momento en que Carlo entre por la puerta.
—Dominic se sentó junto a Samara en uno de los sofás—. Tengo ganas de verlos.

—Bueno, muchachita. —Antón azuzaba el fuego en una butaca muy cercana a la chimenea—. Tenía ganas de conocerte; Dominic me ha hablado mucho de ti.

Una decena de cuadros de caza se distribuía por las paredes, y Samara observaba fascinada la decoración, las alfombras persas, los amplios ventanales, los jardines que se veía a través de ellos.

—¿Te gusta mi casa?

—Mucho, señor, es muy elegante —afirmó—. ¿Es una casa restaurada?

—Del siglo pasado. Esta casa tiene mucha historia pero sólo se llena de vida cuando mis muchachos se dignan a venir a verme.

—No hagas caso a mi padre, siempre quiso un varón y a falta de uno buenos son una docena.

Una joven vestida con una falda de cíngara apareció en el umbral de la puerta y al acercarse hizo tintinear una pulserita con cascabeles que llevaba en el tobillo. La joven saltó sobre Dominic y le besó en la mejilla.

—Y esta es mi preciosa hija, Catinca.

—Un placer. Samara. —La besó en la mejilla y se sentó de nuevo sobre las rodillas de Dominic—. ¿Por qué no me vienes a ver más a menudo? ¿Tengo que volver a tener doce años para que me leas un cuento por la noche? —Se rió con picardía y levantándose se fue con su padre.

—Tengo poco tiempo para cuentos de hadas, Cati...

—Tú siempre tan ocupado, Dominic.

Llevaba unos bonitos brazaletes de plata en los brazos y una espesa melena castaña le caía por debajo de los hombros; al abrazarse a su padre la pulserita del tobillo volvió a tintinear.

—Luis... —Se inclinó hacia atrás y le pasó la mano por el pelo—. Hacía mucho que no venías, tú también me tienes abandonada.

—El trabajo nos tiene absorbidos, Cati —musitó.

Miró a Samara, que permanecía en silencio junto a Dominic.

—Y la princesa... —dijo acercándose a ella—. Vamos, ven conmigo, Samara, te enseñaré tu habitación y la casa.

Subieron por las escaleras de mármol del hall y llegaron a una especie de corredor que rodeaba la planta superior; desde la barandilla se podía ver toda la planta baja, las habitaciones estaban distribuidas a lo largo del pasillo y cada una tenía su baño propio dentro de ella. Samara observó que la joven iba descalza.

—Aquí no te faltará de nada —dijo mientras abría los ventanales—. Tienes un armario inmenso, el baño es bastante amplio y, como puedes ver, esta habitación da a la parte de atrás. La piscina aún está sin limpiar pero cuando llega el buen tiempo es maravilloso disponer de ella.

—Gracias, Catinca, es todo muy bonito. —Se sentó en la cama y pasó las palmas por el mullido edredón—. ¿Vives aquí con tu padre?

—Sí, no quiero dejarlo solo, se conserva muy bien pero ya tiene su edad. —Se aproximó a ella y se sentó a su lado—. Eres muy bonita. —La miró de arriba abajo y profirió una sonrisa dulce—. La chica de Dominic... Es increíble.

—Lo conoces desde hace mucho, ¿no?

—Todos somos como una gran familia. —Le apartó el pelo de la cara y acarició su mejilla.

—Eso me dijo Dominic —contestó, algo incómoda.

—Algunos son más desquiciantes que otros, tienen sus defectos, sus caracteres especiales, discutimos, nos peleamos pero en el fondo, actuamos como hermanos, ¿no?

La forma en la que Catinca la miraba empezaba a intimidarla.

—Estoy... —Sentía en sus ojos deseo—. Estoy algo nerviosa, sé que para Dominic es muy importante que yo me comporte aquí...

—Todo saldrá bien, Samara. No te negaré que eres la expectación de la casa, Dominic nunca trajo a una mujer a Quimera, pero seguro que te acabas adaptando, es un poco difícil pero seguro que lo harás.

La sorprendió de repente dándole un beso en los labios. Samara sintió un inmenso calor subiendo por sus mejillas y se apartó disimuladamente intentando que no notara su sorpresa.

—No cambiarás nunca. —La voz de Dominic junto a la puerta sorprendió a las dos mujeres—. Disculpa a Catinca, tiene cierta inclinación por su mismo sexo, Samara, un detalle que creí no fuera necesario comentar.

—Ya sabes que siempre tengo cierto gusto con todo lo que tenga que ver contigo, Dominic.

Se levantó de la cama y pasó al lado de él; era como una bailarina oriental a punto de empezar su espectáculo. Pasó la mano por su hombro y sonrió con picardía.

—Os dejo solos, seguro que tenéis mucho de qué hablar.

Negó con la cabeza y se sentó junto a Samara, que todavía conservaba el rubor de los minutos anteriores.

—Por tu cara... ¿es la primera vez que te besa una mujer? —preguntó con ironía.

—Dominic, todo esto es un poco extraño para mí, ni siquiera sé qué estoy esperando ni a qué tipo de personas. Sólo que son importantes para ti. —Se sentía algo frustrada y no dudó en levantarse nerviosa—. Y que no son muy comunes. No... No sé qué hacer...

—Tranquila. —El ruido de varios coches retumbó en el exterior—. Ven conmigo, desde la habitación del otro extremo te enseñaré algo.

Atravesaron el corredor hacía el otro ala y entraron en una de las habitaciones. Dominic abrió los dobles ventanales e hizo que se acercara. Varios coches habían aparcado delante de la entrada.

—Las mujeres de Quimera son esclavas de aquellos a los que acompañan; su voluntad no existe ni dentro ni fuera de esta casa. Aquí se acentúa, no se tienen que medir. —Señaló uno de los coches, un joven de pelo engominado y sonrisa burlona se apeó junto a una mujer rubia—. Aquel que ves ahí con cara de niño y sonrisa desequilibrada es Carlo Armani, la mujer que va con él su sumisa Meredit.

El hombre se abrochaba la chaqueta del traje negro y se colocaba unas gafas de sol mientras tiraba de la mano de la joven nórdica que le seguía.

—Mantente alejada de sus provocaciones; su dulzura es directamente proporcional a su ego; te provocará constantemente, es un niño grande adicto al sexo y al exhibicionismo.

Varios metros más atrás, de otro coche salía un hombre de perilla y pelo negro, al cual se unieron dos mujeres morenas.

—Aquel con pinta de mosquetero, de aire sibarita, es Roberto Acosta. —Dominic se rió—. Le llamamos el Conde para provocarlo, es refinado, prudente y callado, sus sumisas, Yelina y Xiamara, llevan diez años a su

lado. Nunca le verás hacer alarde de su poder, pero su gusto por el sadismo es algo que en cuanto tiene oportunidad, no deja pasar. No te dejes llevar por su excesiva educación y caballerosidad, siempre está tramando algo.

Samara observó al grupo, que se aproximaba a la puerta donde Antón y Luis esperaban.

—Parecen muy contentos de verse. —Estaba muy nerviosa y no perdía detalle de ninguno de ellos—. Siento como si fuera a hacer un examen y supiera las preguntas.

La cogió por los hombros y la besó en los labios.

—Cada uno de los que ves ahí abajo tiene una forma diferente de llevar sus relaciones; recuerda que ninguno dará nada gratis; es un juego, respetamos lo de cada uno infinitamente pero te provocarán, eres la novedad, vienes conmigo, buscarán que cometas un error, no lo dudes.

—¿Para qué? ¿Qué pretenden con ello?

—Jugaran, querrán probarte, ver qué tienes de especial, cambiarte, castigarte, usarte.

—Dominic, me estas asustando —dijo.

—Ellas son esclavas, yo no quiero eso para ti. No necesito humillarte delante de nadie para sentirme mejor que los demás, pero esa es mi forma de pensar, no la de ellos. No entenderán que tú no tengas el mismo trato que ellas, no al principio, se supone que no eres libre como Catinca, por eso te buscaran, para que cometas un error. —La miró fijamente y tensó la mandíbula—. Si les faltas al respeto, si te sacan de tus casillas, yo no podré protegerte, hay normas; si me falta una de sus mujeres, yo castigo; lo mismo pasará contigo. ¿Comprendes?

—¡Dios! —gimoteó; le sudaban las manos de los nervios y empezaba a escuchar la algarabía en la planta de abajo—. No sé si podré...

—Sé tú misma pero no entres al juego, tienes plena libertad para decir y hacer lo que quieras; si algo no me gustara ten claro que lo notarás.

Estiró el brazo y la cogió de la mano.

—¿Lista? —preguntó.

—No... No lo estoy.

—Tranquila...

A medida que avanzaba por el corredor del primer piso, las voces de la gente se hacían más tangibles. Creyó oír a Luis entre la algarabía; notó un olor a jazmín que le resultó agradable y llegó a frenar en seco antes de bajar el primer escalón. El porqué significaba tanto para ella estar a la altura de lo que se la venía encima era algo claro y que tenía asumido que no era más que él. Mil pensamientos le pasaron por la cabeza, mil ideas a medida que descendía la eterna escalera que daba a la planta baja, y entonces un clic sonó en su cabeza y lo tuvo todo claro. Cerró los ojos, aspiró una bocanada de aire y esbozó su mejor sonrisa.

9. La familia

Llévate conmigo a Quimera era una prueba indudable de lo que eras capaz de hacer por mí sin pedirte nada. Después de pasar mucho tiempo decidiendo por los dos y arrancándote lo que quería de ti, te brindo la posibilidad de ser tú quien decida qué debes darme. No creas que suelto la cuerda que te ata a mis deseos. Convénceme de que todo merece la pena...

Tuvo la sensación de que todo pasaba a cámara lenta. Apretó con fuerza la mano de Dominic a medida que avanzaban en dirección al salón. Pudo ver las dos chicas de Roberto en el suelo de rodillas junto a él, apoyadas en sus talones. Luis le guiñó un ojo al entrar con la intención de hacerla sentir bien; sin embargo lo único que logró hacer fue sonreírle tímidamente por los nervios.

—¡Mi primogénitor se digna a aparecer —exclamó Antón con tono irónico.

Situada detrás de él, en una posición casi oculta, logró visualizar a Carlo apoyado en el zócalo de la chimenea; sintió mil ojos clavados en ella cuando Dominic se apartó para saludarlos a todos efusivamente. Por suerte, le seguía sujetando la mano y eso le otorgaba una seguridad que en ese momento necesitaba.

—Bienvenida, querida... —El hombre de perilla y modales aristócratas la besó en la mano y sonrió—. Un placer conocerte; mi nombre es Roberto y mis dos preciosas vampiras: Yelina y Xiamara.

—Mucho gusto —dijo.

Se quedó de pie sin saber qué hacer cuando Dominic se dirigió a la camarera para ponerse una copa. Carlo, el hombre rubio de pelo engominado, se aproximó a ella y empezó a girar a su alrededor muy despacio.

—Samara... —susurró—. Tengo una curiosidad innata por saber qué tipo de mujer soporta a nuestro caballo desbocado... —Se colocó delante y le

sonrió—. ¿Una mujer sin límites? No... ¿Quizá una esclava algo masoca? —Volvió a ponerse detrás de ella, y mientras tanto caminaba haciendo círculos, haciendo tintinear los hielos de su vaso—. No...

Samara miró a Dominic, este se sentó en uno de los sofás y observó la escena. Quería buscar alguna expresión en él que le transmitiera algo, pero los nervios le impedían mantenerse centrada y controlar los movimientos del otro hombre. Carlo pasó el dedo por su escote y descendió despacio hasta casi rozar sus pechos.

—¿Una sumisita despistada? No...

—Quita tu mano de mi escote —soltó de repente—. Por favor... —Miró a Dominic; la ironía en la cara del hombre, los nervios y la forma de mirarla de todos los que allí estaban acabaron con su temple.

Carlo soltó una carcajada, tomó su mano y la besó con suavidad en la parte superior.

—Bravo... Una pantera... No esperaba menos de ti. —Dio un silbido y la muchacha de rasgos nórdicos se acercó a él—. Yo soy Carlo y esta mi preciosa Meredith. Un placer Samara, bienvenida a nuestra familia.

Se alejó con la joven y Samara se quedó de pie en mitad del salón. Antón se reía delicadamente mientras Dominic seguía observándola ferozmente. Suplicó para sí que le dijera que se sentara a su lado y que no debía de preocuparse por nada, pero no fue así. Buscó con la mirada a Luis; este seguía atentamente los gestos de Dominic esperando quizá del mismo modo que se pronunciara.

—¿Por qué no te presentas para todos? —Roberto dio un trago a su copa—. Mis hembras tenían muchas ganas de conocerte.

«Preséntate», dijo su mente. «Es una trampa, mira cómo se ríe, cómo intenta ponerte nerviosa delante de todos». Su cabeza funcionaba a mil por hora. «Él no dice nada, ¿qué hago?»

Luis dirigió una mirada de frialdad a Roberto y este levantó su copa a modo de contestación.

—Vamos, Samara, dinos algo que nos ayude a conocerte un poquito mejor —insistió.

Todo empezaba a pasar a cámara lenta. Las muchachas de rodillas entre sus piernas la miraban atentamente; la joven nórdica, Meredith, permanecía en silencio mientras Catinca jugueteaba con Luis en el otro extremo del

salón. Dudó unos segundos antes de decidir soltarse los botones de su vestido; quedó totalmente desnuda frente a ellos, estiró los brazos en cruz y aspirando una enorme bocanada de aire se mantuvo unos minutos, que parecieron horas, en aquella posición. Dominic inclinó la cabeza, abrió los ojos y levantó las cejas. Pensó que se había equivocado, que posiblemente estaba haciendo el ridículo más grande, pero Antón se inclinó hacia delante y soltó una carcajada que rompió el silencio.

—Tienes que reconocer —le dijo a Roberto— que esa sí es una buena presentación. Samara, puedes vestirte, hija, ha sido un regalo maravilloso la imagen que nos acabas de regalar, bienvenida nuevamente a Quimera.

Recogió su vestido y, tras ponérselo, vio cómo Dominic golpeaba el asiento para que fuera a sentarse a su lado; agradeció horrores no tener que ponerse en el suelo como las demás; estaba muerta de la vergüenza y todavía le temblaban las piernas por lo que había hecho.

—Bebe, princesa. —Le ofreció una copa y Samara se la bebió de un trago—. Despacio...

—Qué vergüenza, Dios mío... —gruñó entre dientes—. No sé si he hecho lo correcto o acabo de quedar como una desequilibrada. Me va a dar un infarto, Dominic, dime al menos que...

—Ya hablaremos, tranquila. Relájate un poco.

Carlo la observaba atentamente; notaba cómo sus ojos se clavaban en ella sin compasión. Le dirigió una mirada desafiante y sonrió discretamente cuando sus miradas se cruzaron. Al cabo de un rato comenzó a tranquilizarse, se aferraba al brazo de Dominic y de vez en cuando buscaba la mirada cariñosa de Luis.

—Lo has hecho muy bien, Sam. —No tardó en sentarse a su lado y besarla en la frente—. Tranquila, de veras, has estado radiante.

—Señor. —Una de las chicas de Roberto se aproximó a Dominic y con voz temblorosa intentó sonreír—. Vamos a dar un paseo por los jardines. ¿Permite que nos acompañe Samara?

La muchacha era incapaz de mantener la mirada; era como si la pusiera nerviosa hablar con Dominic.

—Te tiembla la voz cuando hablas conmigo, Xiamara. ¿Tanto miedo te doy? —Rió y no esperó a que contestara. Se giró hacia Samara y la preguntó—. ¿Quieres ir?

—Sí...

Le llamó la atención el respeto que profesaban a Dominic; quizá más que eso, era un miedo que no acababa de comprender. Mientras paseaban y charlaban entre ellas fue conociéndolas un poco más. Todas eran mujeres con estudios, ninguna tenía necesidad de un hombre que las mantuviera; eran mujeres independientes, felices y, aun así, no acababa de entender aquella forma de vivir, la relación que tenían con cada uno de ellos y su dependencia. Meredit fue la que más le sorprendió; estaba casada pero su vida era un desastre sin duda y su relación de pareja estaba totalmente rota. El poco tiempo que su marido le dedicaba era mínimo, por lo que no tenía problemas en ver a Carlo cuando le apetecía. Por el contrario, las otras dos chicas vivían con Roberto desde hacía diez años y compartían a aquel hombre sin ningún problema.

—Si te somos sinceras, teníamos una curiosidad inmensa por como eras —dijo Yelina—. La primera chica de Dominic... ¡Guau!

Fumaba un cigarro mientras se aferraba a su chaqueta de punto.

—¿Cómo es contigo? —preguntó soltando una bocanada de humo—. Es decir, ¿nunca se relaja? Es siempre tan... frío.

Catinca soltó una carcajada y saltó de baldosa en baldosa haciendo tintinear sus cascabeles.

—El hombre del saco —dijo riendo—. Las chicas le tienen pavor, Samara, lo que conocen de él es su mala leche. Por eso sus hombres, cuando tienen que castigarlas seriamente, no dudan en dejarlas en manos de tu amorcito.

—Todo esto es nuevo para mí... —Dudó en confesarles cómo lo había conocido pero se echó atrás en el último momento—. Es, no sé, impulsivo, caprichoso y muy cruel cuando quiere; el problema es que su otro lado, su parte humana, es devastadora.

—¿Parte humana? —Yelina soltó una carcajada incontrolable—. Ese hombre no tiene parte humana, al menos no que sepamos, personalmente tengo pánico a Dominic.

Pensó que no iban desencaminadas; si Dominic con ella había llegado a ser tan sumamente cruel, con una mujer que le importara lo más mínimo no quería ni pensar en cómo se comportaría... Sonrió tímidamente y avanzó por el camino de losetas en dirección a la piscina. Allí se sentaron frente a una mesa de teca cobijada por un pequeño porche lateral.

—Mi Señor me ha contado que os conocisteis en el instituto siendo niños. —Meredith transmitía fragilidad.

—Así es, lo cierto es que nos... —dudó— nos volvimos a encontrar de casualidad y... bueno...

—No seas delicada. —Catinca, que intentaba coger algo con el limpiapiscinas, se giró con descaró hacia ellas—. Todas conocemos los métodos de Dominic; dudo mucho que te invitara a una cena romántica con velas y luego te dijera... —Hizo una reverencia con humor y eso provocó la risa de todas—: «Señorita, me encantaría atarla al cabecero de la cama y darle duro hasta que no pueda más». —Frunció el ceño—. ¿O me equivoco?

—Oh, vamos, Catinca, no seas mala. Ella no debe hablar de lo que no le permitan. Puede meterse en un problema.

—Sí, Yelina, pero todas sabemos que Samara era la cuenta pendiente de Dominic. Vuestros hombres no os cuentan mucho, son sus asuntos, yo tampoco me entero de todo lo que quisiera pero vamos... —Se colocó detrás de Samara y acercó la boca a su oído—. Estoy convencida de que no te dio opción a elegir, te hizo lo que quiso, como quiso y luego... —se rió—. Seguro que te hizo ver que todo estaba bien, con su prepotencia, su pasión... su maldad...

—Déjala ya. —Meredith le lanzó el paquete de tabaco—. Está claro que cuando pruebas este tipo de hombres, ya no vale nada más, lo demás se vuelve simple, demasiado aburrido. Supongo que le pasó lo mismo que a todas.

—¿Tengo razón, Samara? —Catinca volvió a su lado—. ¿Es tan perverso como dicen?

Se sintió algo violenta por el descaró de la joven. El resto la miraba atentamente, esperando una contestación.

—Es peor aún de lo que pensáis —dijo al fin.

Sentía a Catinca algo recelosa, el resto la miraban descolocadas y pensativas. Tras unos segundos, se apartó de ella y se sentó en una de las sillas.

—Era de suponer —continuó—, pero supongo que tiene que dar algo a cambio demasiado fuerte para mantenerte a su lado. Si no, no tendría sentido. —Cogió su mano con cariño y sonrió—. Disculpa mis bromas, a

veces son demasiado descaradas, si te has sentido incomoda, lo lamento.

—No te preocupes, estoy nerviosa. No sé qué puedo decir, ni siquiera sé cómo comportarme, os veo a vosotras de rodillas a los pies de esos hombres esperando una orden y me siento fuera de lugar.

Tomó aire y cogió un cigarro que Yelina le ofrecía.

—Tranquila, es lógico, pero puedes sentirte tranquila con nosotras, cada una tiene su papel, no existen celos, ni críticas entre nosotras; aquí nadie pelea por ser la reina del baile porque todas somos la reina del hombre al que pertenecemos. ¿Comprendes?

—Temo fallar, no saber cómo comportarme, quitarme la ropa antes ha sido horrible, no sé por qué se me ocurrió, supongo que creí que era la forma más sutil de presentarme, sin nada... He pasado mucha vergüenza, Carlo es intimidante.

Meredith asintió con la cabeza.

—Mi Señor es un hombre que no demuestra sus sentimientos, burlón y picotero, pero es un hombre maravilloso. Lo conocerás con el tiempo, ahora solo busca provocarte, juega contigo.

—Doy gracias a Dios de tener a Luis. Me ayuda mucho.

—¡Oh, el dulce y solitario Luis! —Yelina se inclinó en la silla—. El gran misterio de Quimera pasa olímpicamente de todas nosotras; es como si se apartara de los dulces por miedo a empacharse, nunca nos toca, nunca juega, es como un ángel custodio, la mano derecha de Dominic...

—No me pide que actúe como hacéis vosotras.

—Eso tiene un problema, Samara. —El rostro de Catinca se ensombreció repentinamente—. Ser tú misma al cien por cien sin el límite de tu situación y tu condición provoca confianza en ti misma y te permite soltarte y a la vez relacionarte más con ellos; tienes más posibilidades de fallar, Dominic, te está soltando la correa, la sigue sujetando pero con varios metros de distancia. Cuidado con el tirón, niña.

Un silbido que provenía de la casa hizo levantarse a Meredith.

—Creo que la cena esta lista —musitó mirando hacia la puerta—. Vamos, chicas, se acabó la reunión por hoy.

Mientras subían en dirección a la casa, Meredith la cogió por el brazo y se aferró a ella.

—Samara, toma mi teléfono. —Le entregó un papelito y está lo guardó

en el bolso—. Cualquier cosa que necesites no dudes en llamarme, para mí ya eres como una hermana. Necesito tanto como tú a una amiga en este mundo de locos.

10. La galería

Te dije una vez que te arrebataría todo lo que de ti quisiera tener.

Después de la cena, bajaron al sótano. Para sorpresa de Samara, el amplio pasillo daba a un inmenso salón repleto de cojines enormes, sofás de terciopelo de mil colores y alfombras persas. Las paredes eran de piedra, varias lámparas de aceite iluminaban la estancia y al fondo había una pequeña barra semicircular tapizada en rojo y un mueble de estanterías diáfano lleno de licores de todo el mundo. Le recordaba a los salones de té de Marruecos; era muy acogedor, y aquella habitación también estaba provista de una pequeña chimenea empotrada en la pared. Carlo pasó por delante de ella y pegando un salto se tiró en el primer sofá; su joven sumisa no tardó en descalzarse y colocarse entre sus piernas en el suelo; en cambio Roberto optó por tumbarse donde los cojines acompañado de Yelina y Xiamara, una pequeña mesa de centro le servía para colocar su copa.

—Los cojines son para los que tienen flexibilidad —dijo Luis mientras se acomodaba junto a Dominic y Samara en otro sofá.

—Por eso Carlo está en el sofá —se mofó Roberto.

Antón había entrado el último y, encendiendo un enorme puro, se sentó en una butaca próxima a la chimenea; un pequeño interruptor en la pared encendió una suave melodía que invadió cada rincón de aquel lugar. Cogió uno de los periódicos sobre la chimenea y se puso a leer.

—Después de cenar siempre hemos bajado aquí. —Luis besó su hombro y se apoyó en ella—. Aquí hemos tenido conversaciones para escribir varios tomos. Nos encanta este salón.

—Es muy bonito. —Miró a su alrededor, todos charlaban animadamente mientras Dominic se mantenía distante, totalmente ajeno a su entorno.

—Escucha —dijo en tono bajo—. Antes has estado maravillosa.

Le sonrió con la necesidad de transmitirle lo mucho que la ayudaba aquel

comentario, y miró de nuevo a Dominic pero este mantenía la mirada fija en Roberto y las dos mujeres. Se sintió algo avergonzada al comprobar que Carlo empezaba a dejarse tocar por Meredit que, colocada entre sus piernas, palpaba sutilmente su entrepierna mientras este hablaba con Roberto sin prestar atención a sus movimientos. Se aferró al brazo de Dominic, le dirigió una mirada algo inquisitoria y se movió incómodo.

—¿Te ocurre algo? —le preguntó.

—No, preciosa, nada que ver contigo. Ahora quédate con Luis. Tengo algo que hacer.

Se levantó del sofá y se dirigió hacia la barra; Roberto no tardó en incorporarse y fue tras él. Durante unos minutos se mantuvieron apartados hablando hasta que la voz suave de Roberto emergió tajante, rompiendo los murmullos de todos.

—Yelina, a tu posición.

Fue escuchar su voz y la muchacha se incorporó desorientada, se desprendió de su ropa y se puso de rodillas frente a todos con la cabeza baja y la mirada hacia el suelo. Roberto se acercó a ella y se inclinó para susurrarle algo, que Samara no pudo escuchar. Solo pudo ver los ojos suplicantes de la joven, que apenas podían contener las lágrimas intentando sin respuesta rogarle con la mirada que no la dejara allí. Entonces Dominic se aproximó; llevaba una vara en la mano y levantó con ella su barbilla.

—Creo que el otro día tuviste una conversación telefónica con una amiga y mi nombre el de mi negocio y esta casa salió a relucir. ¿Es así?

El labio inferior de su boca comenzó a temblar; la mujer a duras penas podía contener las ganas de llorar y los nervios.

—Contéstame, Yelina.

—Señor, fue un comentario sin maldad; es muy buena amiga, sólo le decía lo mucho que usted había...

La golpeó con rapidez en una de las piernas y volvió a levantar su barbilla con la vara.

—Contesta: ¿sí o no? —repitió.

—Sí, señor.

—Conoces las normas, muchacha. —Antón se pronunció sin levantar la vista del periódico—. Por mucha confianza que tengas, sabes que lo que pasa en Quimera debe quedarse aquí; comprometernos es algo

imperdonable...

Yelina miró a Antón y luego volvió la cara hacia Dominic.

—Señor, usted ya no venía por aquí. Fue sólo un comentario sin malicia a una amiga de la infancia... No volverá a ocurrir.

—No me mires a mí. Mira a tu señor. —Señaló a Roberto y sonrió— ... y cuenta.

Se colocó detrás de ella y la empujó hacia delante haciéndola caer a cuatro patas. La mujer no dejaba de llorar; levantó la cabeza y empezó a contar a medida que Dominic la azotaba con la vara sin compasión.

—Uno... ¡Dos!, tres, cuatro...

El ruido que provocaba en el aire y los gemidos de dolor de Yelina producían en Samara un tremendo dolor en el estómago. Carlo miraba la escena con una sonrisa mezquina, mientras la otra joven sumisa de Roberto seguía horrorizada la situación de su compañera.

—Veinte, veintiuno. —Sollozaba sin parar—. ¡Treinta y cinco...!

Roberto se había ido a la barra y se servía una copa hasta arriba. Samara se daba cuenta que no estaba a gusto con el castigo; Dominic la golpeaba con una fuerza devastadora que provocaba en sus nalgas unas marcas rosáceas inmensas. Recordó sus palabras mientras se aferraba a Luis; recordó que le había dicho que si faltaba al respeto a cualquier hombre se ocuparía personalmente de ella, y sintió pavor.

—¡Cincuenta! —Apenas le salía la voz.

Dominic se apartó de ella y la joven calló hacia delante agotada, sudando por los nervios y llorando desconsoladamente. Tiró de su brazo y la puso de rodillas agachándose a su lado, apartando su pelo de la cara y observándola llorar como si disfrutara de ese momento.

—No volverá a pasar, ¿verdad? —le susurró—. No volverás a defraudar a tu señor. No es lo que quieres, ¿cierto?

—No... No volverá a pasar —sollozaba hipando.

—Muy bien... La próxima vez que tu boca te traicione, esto te parecerá una fiesta de cumpleaños. ¿Me has entendido?

—Sí, señor —contestó.

—Perfecto.

Roberto que seguía la escena hizo un gesto a su otra chica, esta corrió a

ayudar a Yelina y se la llevó del salón. Dominic volvió al sofá, miró a Samara, tenía los ojos muy abiertos y se aferraba con fuerza al brazo de Luis.

—Ya está el depravado aprovechando el momento. —Roberto resopló y se dejó caer entre los cojines—. Es increíble.

Carlo estaba con los pantalones desabrochados y dejaba que Meredith tocara su entrepierna por debajo de la tela del pantalón. Samara sintió un rubor incontrolable, el calor comenzó a subirle por las mejillas a medida que Carlo se dejaba hacer por su sumisa.

—¿Te gusta lo que ves? —le susurró al oído—. ¿Sientes vergüenza por lo que ves o es que sientes vergüenza por lo que sientes cuando lo ves? Gran pregunta...

—No lo sé, es algo violento. —Dudó unos instantes antes de continuar—. Nunca he visto nada así.

—Vete acostumbrándote, nuestro Carlo es impulsivo y cuando se enciende le da igual quien esté. Fíjate sin más en Antón; esta tan acostumbrado a sus arrebatos que ni siquiera deja de leer el periódico.

Carlo liberó su miembro y se lo encajó en la boca a la joven; aquella escena excitó de tal manera a Samara que tuvo la sensación de que todos se daban cuenta de su vergüenza; se removió en el sillón y se aferró con fuerza al brazo de Dominic intentando quizá ocultarse de todos, pero Carlo levantó la vista como un depredador y se quedó observándola mientras Meredith lo devoraba colocada entre sus piernas. Xiamara apareció de nuevo por la puerta después de dejar a su compañera y se agazapó junto a Roberto. Apenas prestaban atención a Carlo; incluso el resto, Catinca, Dominic y Luis, no estaban pendientes; era como si estuvieran acostumbrados a ver aquellas escenas de pasión del joven, pero ella no podía dejar de mirarlos. Sintió la humedad de su sexo por debajo del vestido y rezó por no empapar el tapizado del sofá con sus fluidos. Dio un sorbo a su copa y disimuló, pero el joven Carlo no dejaba de observarla, y a medida que su excitación crecía y su pelvis se levantaba al compás de la lengua de Meredith, más se excitaba Samara. Por suerte, por alguna razón la hizo parar y el tormento de Samara cesó de inmediato; le latía el sexo bajo la ropa, deseaba ardientemente que Dominic se la llevara de allí y la hiciera suya; disimuló nuevamente como pudo y dio otro trago a su copa. Se dio cuenta de que Luis no dejaba de observarla; lo miró de soslayo y

resopló.

—¿Qué?

—Te has puesto como una perra, confiésalo —afirmó riendo.

—Shh... —contestó—. Te pueden oír.

Soltó una carcajada y la besó en la frente como si fuera una niña. Dominic seguía en su mundo y de vez en cuando hablaba con Roberto, mientras este se dejaba acariciar el pelo por Xiamara.

—Y se ha cortado porque esta Antón... Catinca suele jugar con las chicas cuando él no está. No es que le importe, pero ella prefiere mantener ese respeto entre ambos. —Dominic soltó una carcajada y miró a Xiamara—. ¿Cómo está, Yelina?

—Bien, señor, gracias —contestó ella—. Algo disgustada, pero pronto le pasará, señor.

Aquella noche Samara se quedó dormida mientras los hombres se ponían al día; sintió cómo la subían en brazos por las escaleras en dirección a la cama; oyó a Luis decirle algo pero no entendió nada. Estaba agotada y había bebido lo justo para quedar totalmente atontada en aquel salón. Despertó en mitad de la noche, aturdida por el cansancio, los nervios y el alcohol. Se aferró con fuerza a Dominic, y al girarse vio a Luis a su otro lado.

—Duerme, Sam... —susurró.

Ella se metió por ambos y se quedó totalmente dormida.

11. Marcada

Hermosa princesa que duermes ajena a todo. Marcada tu piel y tu alma... siempre...

Cuando Samara despertó por la mañana, cegada por los primeros rayos de sol que entraban por la ventana, él ya estaba de pie con la mirada pérdida más allá de los campos que rodeaban la finca. Tan sólo llevaba puesto un pantalón vaquero y sujetaba una taza de café caliente con una mano, apoyándose con la otra en el marco de la ventana. Luis se había ido.

—Buenos días —le dijo incorporándose.

—Hola, princesa —contestó sin apartar la mirada del horizonte—. Tómate eso antes de que se enfríe.

Cogió la taza y se colocó un cojín en la espalda para estar cómoda. Observó a Dominic medio desnudo, aquel cuerpo tan bien formado que incluso a ella había cohibido pensando a veces que no era lo suficientemente bonita para él. Aquel hombre, aquel demonio, podía provocar en ella miedo para luego hacerla sentir la mujer más hermosa del mundo. Con una sola mirada podía exigirle el mundo y ella dárselo para luego regalarle con una pasión indescriptible cualquier cosa que necesitara. Nunca sabía qué vendría después con él. Empezaba a analizar sus gestos y sus formas esperando una simple palabra o mirada para hacer lo que deseara, y eso le gustaba, le gustaba y alimentaba de una forma enfermiza, pero a la vez le aterraba. Dominic parecía saber lo que pasaba por su cabeza constantemente.

—¿Me analizas a mí o a ti misma? —le dijo.

—Sólo te miraba...

Se dio la vuelta y se aproximó a una mesa donde había una bandeja con más café, zumos y tostadas; de un trágó se bebió uno de los vasos de zumo y pareció volver en sí.

—Vamos, princesa, no tardes.

Entró en el baño y, mientras desayunaba, oyó el agua de la ducha. No tardó en terminar y fue detrás de él. Lo veía a través de la mampara de cristal, con los brazos apoyados en la pared y la cabeza hacia abajo dejando que el agua le cayera encima. Se quitó la ropa, entró en la ducha y cogiendo la esponja comenzó a enjabonar su cuerpo. Cuando ella lo besó, la apartó de él. Por un instante pensó que algo le había molestado, pero tras unos segundos interminables él la besó. La alzó en el aire pegándola contra la pared de la ducha y ella lo rodeó con sus piernas. Notó su sexo rozando el suyo, comía su boca, mordía sus labios y pasaba la lengua por ellos una y otra vez. Era un hombre distinto al que había visto el día anterior; su frialdad daba paso a una pasión que no podía medir y ni tan siquiera explicar.

—Hazlo, por favor —le suplicó al oído—. No lo soporto más.

—¿Cómo tienes que pedirlo?

—Te lo suplico.

Comenzó a penetrarla muy despacio, sin dejar de mirar sus ojos; sus pechos estaban duros bajo las finas gotas de agua que recorrían su cuerpo. No pudo contener un gemido de placer al sentirle dentro, y se aferró con fuerza a él.

—¿Qué se dice? —volvió a preguntarle.

—Oh... Gracias...—Apenas podía disimular su excitación—. Gracias...

—Buena chica —susurró.

Se movió acompasadamente, sin prisa, observando sus gestos y el rubor de sus mejillas mojadas. Ella temblaba entre sus brazos y se movía ansiosa clavándose a él desesperadamente.

—Dime... —murmuró en su oreja—. ¿Harías cualquier cosa por mí?

«Muévete. No dejes de hacerlo. Quiero sentirte muy dentro de mí.»

—Contesta, princesa...

—¡No pares! Sí. ¡Lo haría, lo haría! —jadeó.

—¿De quién eres? —preguntó frenando de golpe.

—Tuya, no pares ahora, te lo suplico. Tuya.

La descolgó de sus brazos y la puso de rodillas en el centro de la ducha. Sujetándola con fuerza por el pelo, abrió boca con los dedos y descargó sobre ella sin apenas darle tiempo a reaccionar.

—No derrames ni una gota.
Y ella obedeció.

Tras la ducha, Dominic le ordenó que se arreglara y vistiera. Eligió para ella un bonito vestido de raso color verde y unos zapatos a juego que encontró en la maleta. No era habitual que él escogiera su vestimenta, pero aquella mañana estaba más exigente de lo normal. Mientras observaba cómo él se vestía, se preguntó por qué Dominic no era tan exigente como el resto de los hombres; sus mujeres se postraban de rodillas siempre que ellos se sentaban en los sofás, incluso se dirigían a ellos en tercera persona y eso era algo que a ella no le exigía. Recordó sus palabras: «Yo no quiero eso para ti». Se preguntó cómo serían Carlo y Roberto, cómo habían llegado a tener aquella relación tan particular y de qué manera se comportarían con ellas llegado un momento puntual.

—Vamos, preciosa. —Miró el reloj—. Es la hora.

Cuando bajaron, se reunieron con todos los demás, que ya estaban desayunando amablemente entre bromas de Carlo y miradas inquisitorias de Roberto. Catinca tenía ciertas peleas infantiles con Carlo; era como si entre ellos existiera una especie de tensión sexual, aunque Dominic ya le había dicho que Catinca prefería a las mujeres y quizá aquello era lo que provocaba el morbo de Carlo, que no dejaba de increparla cuando cometía cualquier descuido al servir los zumos o los cafés.

—Las he visto más espabiladitas —dijo con sorna.

—Pues ponte tú el delantal, a ver qué tal lo haces, listo —le respondió ella lanzándole un beso con humor.

Carlo soltó una carcajada y balanceó el vaso de zumo mientras la miraba con ironía.

—Algún día te comerás esas palabras, gitana preciosa. Disfruta de tu poder mientras puedas —sonrió, y se bebió el zumo de golpe.

Dominic saludó a todos, pero no tardó en retirarse al salón para leer el periódico, acomodándose cerca de Antón. La joven Meredit se acercó a ella y la besó en la mejilla.

—Anda, ve a ponerle otro café a tu señor. —Le dio un empujoncito y esbozó una sonrisa—. Y un zumo... le gusta el de melocotón. Ve con él.

Samara agradeció el detalle de la joven y con una sonrisa hizo lo que le había dicho. Carlo apareció por la derecha y, apoyándose en el respaldo de la butaca más cercana a ellos, cruzó los brazos y resopló. Era un hombre con unos inmensos ojos azules, que le conferían una expresión angelical; sin embargo, cuando sonreía, la malicia se dibujaba en sus facciones y era condenadamente amenazante. Aquella mañana no llevaba el pelo engominado y se veía más rubio bajo los rayos de sol que entraban por la ventana. Se inclinó hacia delante y la observó con frialdad.

—Admito que la curiosidad me está matando —dijo al fin.

Dominic levantó la vista del periódico y lo miró.

—No me digas...

—Te ofrecería a mi esclava el tiempo que fuera necesario por ver a la tuya unos minutos contigo, en todo tu esplendor.

Meredith, que acababa de entrar en el salón, tensó la mandíbula y lo miró con estupor.

—Pero reconozco que me romperías el juguete... —Miró de reojo a Meredith y luego a él—. ¿Me permites? —preguntó.

Dominic asintió con la cabeza y dejó el periódico sobre su regazo. Samara observó que Antón ni siquiera había levantado la cabeza de las páginas del suyo; escuchaba la conversación de los dos hombres con una leve sonrisilla, casi imperceptible.

—Adelante.

Carlo rodeó la butaca y estiró el brazo ofreciendo su mano a Samara; la cogió desconfiada y sintió un fuerte tirón, que la impulsó contra él.

—Apoya las manos en esa mesa, Samara, y separa las piernas. —Levantó su falda y escudriñó sus muslos—. Abre más las piernas...

Samara no entendía nada; miró a Meredith, pero esta apenas se movía y miraba al suelo inmóvil.

—¡Por Dios...! —exclamó de repente—. No está marcada.

Dominic meneó la cabeza, miró a la joven nórdica e hizo una mueca cómica.

—Creo que tu señor está a punto de negociar conmigo.

—Señor... —dijo ella, suplicante.

—Calla, Meredith —bufó Carlo mientras pasaba los dedos por la piel de

Samara—. No está marcada... —repetía una y otra vez.

Se oyó la suave carcajada de Antón mientras pasaba la página de su periódico y daba un sorbo a su taza de café humeante.

—Me encanta tener a la familia en casa —dijo.

—Vuelve a tu sitio. —Carlo se apartó de ella y se sentó en la butaca; miraba a Dominic con curiosidad mientras este sonreía—. Te daré lo que quieras si...

—Calma, amigo... No tienes que pedirme nada, el placer es tuyo, ya había pensado en ti.

Samara seguía igual de perdida; vio a Carlo embozar una sonrisa desequilibrada y saltar del sofá como alma que lleva el diablo. El rostro de Meredith se ensombreció; la miró con tristeza y Samara frunció el ceño como implorándole que le aclarara qué pasaba, pero Dominic se levantó como un misil y se colocó frente a Carlo.

—Es más, vamos a hacerlo ahora —apostilló.

—¡Oh, sí! —Carlo estaba eufórico.

—Vamos, Samara.

Tiró de su mano y la llevó hacia el sótano. Samara no entendía qué iba a pasar, sólo podía oír a Roberto maldecir a Carlo mientras los pasos del resto de la gente seguían con prisa los lentos taconeos de Dominic.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó—. ¿Qué es lo que decías?

—¿Recuerdas que me dijiste que harías cualquier cosa por mi, princesa?

—Sí, pero...

—Es el momento de demostrármelo. —La colocó en el centro de la habitación y miró hacia la chimenea—. Escúchame, tu collar es un detalle sin importancia comparado con esto. —Cogió su cara con ambas manos y la besó en los labios—. ¿Confías en mí?

—Claro, pero...

Tiró de ella, la apoyó sobre la encimera de la mesa y levantó los pliegues de la falda. ¿Qué iba a hacer? Todos miraban la escena, por inercia intentó taparse pero el frenó su movimiento, volvió a levantarle la ropa y negó con la cabeza muy despacio.

—Eso nunca, no debes taparte nunca, no sientas vergüenza, eres hermosa.

Oyó a Carlo caminar por la habitación tarareando una cancioncita desquiciante, mientras parecía que cogía algo metálico de un extremo de la habitación.

—Escúchame, no dejes de mirarme, no dejes de mirarme en ningún momento —dijo Dominic.

—Oh, nena, viniste a mi mundo volando —canturreaba el demonio rubio—, pero te corté las alas.... mi prenda...

La habitación y la gente desaparecieron ante ella en el mismo momento en el que vislumbró a Carlo sujetando una barra metálica dentro de la chimenea. ¿Acaso estaba loco? Se revolvió; Dominic peinó su pelo y cuando intentó ladear la cara para controlar los movimientos de Carlo se puso más nerviosa. Giraba la fina barra, que empezaba a adquirir un rojo intenso el extremo al compás de la melodía.

—Dominic, por favor... Eso no...

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por el dolor? O quizá... ¿es que no quieres formar parte de todo esto?

—No. Quiero pertenecer a esto —musitó nerviosa—. Es el dolor, tengo pánico.

La sonrió como nunca lo había hecho, se inclinó sobre ella y sujetó su espalda hacia la madera.

—Oh, nena, viniste a mi mundo... ¿Lista, linda zorra? —Carlo ladeó la cara, parecía portar una lanza y su gesto más que tranquilizarla la ponía más nerviosa—. Será rápido.

Antes de que Samara pudiera decir nada, sintió el hierro abrasador en su nalga derecha; el olor a quemado la inundó las fosas nasales y al mismo tiempo un dolor indescriptible se apoderó de todo su cuerpo. Gritó como loca y se aferró con fuerza a los brazos de Dominic. Carlo disfrutaba como un loco, podía sentir cómo retorció el humeante hierro contra su fina piel, mientras su miembro rozaba, hinchado, su nalga al frotarse contra ella. Sus ojos se llenaron de lágrimas; pudo ver a Luis apoyado en la pared del fondo con un gesto de suma tristeza. Creyó oír la voz de Antón, pero apenas unos segundos, pues todo se desvaneció ante ella y se hizo la nada.

Cuando despertó, estaba en la cama de su habitación. Se incorporó

asustada y sintió la punzada, una fina gasa cuadrada cubría su herida. Acercó los dedos a la tela para ver la herida, pero la voz de Dominic emergió de las sombras.

—No lo toques—dijo—. Está muy reciente.

—¿Qué paso? —Estaba algo aturdida.

—Te desmayaste. —Se levantó de la butaca y se sentó al borde de la cama—. Suele pasar, más por los nervios y el susto que el mismo dolor.

Tenía el rostro relajado y la miraba con cariño. Extendió los brazos hacia ella y le soltó el collar del cuello.

—Ya no te hace falta esto.

Sintió la necesidad de que la abrazara, en todo el tiempo que llevaba en Quimera no había sentido ni un segundo de cariño por parte de él. Todo pasaba demasiado rápido, eran demasiadas situaciones nuevas, demasiadas personas que apenas conocía y aquella necesidad creciente de complacerlo y estar a la altura comenzaron a superarla. Rompió a llorar desconsoladamente; hipaba como una niña y se aferraba a las sábanas. Dominic la estrechó entre sus brazos y la balanceó suavemente.

—No llores... —dijo—. Todo está bien. Te has portado muy bien, no tienes que llorar, mi preciosa niña, lo has hecho muy bien, Samara.

—Estoy agotada —gimoteó.

—Siéntete orgullosa, ahora ya formas parte de todo esto. —Besó su frente y ronroneó—. Eres mía...

Sintió la presión de su sexo entre las piernas y deseó con locura que la hiciera suya. Dominic se apartó ligeramente, tiró de la gasa con suavidad y la hizo mirar su nalga. Una D sonrosada enmarcada en un fino círculo brillaba aun tierna ante ella.

—¿Ves? —dijo—. Marcada tu piel y tu alma... Siempre...

12. ¿Y si te dijera que no?

Empieza a entender qué significa mi venganza. Ni siquiera te he dado tiempo a meditarlo, estás demasiado ocupada descubriendo todo lo que pasa a tu alrededor; te doy un poco de libertad y tú pecas de osadía.

«Ella es hermosa y lo sabe.»

Cinco días en la finca con sus noches y sus días y cada vez se sentía más cómoda. Su mirada seguía siendo desafiante; muchas veces creyó que borraría de sus ojos ese gesto, pero luego volvía a resurgir innato y le demostraba que aún existía esa rebeldía, y esa prepotencia sutil que mucho tiempo atrás le habían enganchado.

«Algún día volverán a salir, volverás a ser tú.»

Samara sonrió y él inclinó la cabeza a la derecha con curiosidad.

—Vaya. —Se quedó pensativo unos momentos—. Hoy estás rebelde, quizá empiezas a perder la vergüenza y el miedo. Quién sabe...

El día que habían marcado su nalga la amaba durante toda la noche, llenándola de ternura; los días siguientes le daba una tregua. Samara había pasado mucho tiempo observándolos a todos, comprendiendo la humanidad que a veces dejaban entrever.

—¿Qué pretendes conseguir? —le preguntó.

Dominic miró por la ventana y sonrió.

—Podría darte tantas respuestas que no sabría por dónde empezar.

—¿Y si un día te dijera que no?

Una suave carcajada cortó el silencio; meneó la cabeza a derecha e izquierda y se encogió de hombros.

—También tengo muchas respuestas a esa pregunta. —Se acercó a ella y levantó su cabeza apoyando su mano en la barbilla.

—No me dices mucho, con esa respuesta.

—Pues entonces tendrás que decir «no» alguna vez para saberlo.

Bajó la mirada; le resultaba muy difícil mantenerla frente a él. Poseía una prepotencia que la hacía débil y él lo sabía.

—Que me digas «no» no me sentará mal, princesa. Todo lo contrario.

«Cuidado». Su mente empezó a funcionar a cien por hora y escuchó su propia conciencia: «Mira sus ojos, brillan demasiado, algo quiere de ti».

—Eso es lo que me gusta de ti —dijo en su oído—. Mientras las demás se ponen de rodillas porque disfrutan, tú lo haces porque no te queda más remedio... mi amor...

—No siempre te resultará tan sencillo —dijo digna. Esbozó una sonrisa y lo besó.

—Eso espero...

Un golpe en la puerta interrumpió su conversación. Luis entró acompañado de su eterna sonrisa y la besó en la mejilla. Salió con Dominic al balcón y mientras hablaban ella se zambulló en sus pensamientos. Quería a Luis con toda su alma, cada vez que lo veía sentía una calma infinita y la seguridad de que su presencia calmaría los posibles castigos que vendrían de Dominic. Sintió un estremecimiento cuando Dominic le dirigió una mirada mezquina y Luis bajó la cabeza con gesto de desasosiego. Volvieron a los pocos minutos y sin mediar palabra Dominic sacó un pañuelo negro del bolsillo y le cubrió los ojos con él.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Acompáñame, voy a contestar tu pregunta.

¿Por qué no podían comportarse como seres normales, al menos un día entero? Tiró de su mano y la sacó al pasillo; caminó con torpeza y perdió el hilo de la realidad hasta que sus pies tocaron la fría piedra y supo que descendían a la galería. Luis la adelantó, olió su perfume, sintió su mano en la cabeza y cuando elevaron sus brazos y la anclaron a «algo» en el techo, empezó a ponerse nerviosa.

—Tranquila, Samara. —Sintió su voz detrás de ella y ladeó la cara—. Estoy aquí.

—Dominic, esto no tiene gracia. ¿Qué vais a hacer?

—No pretendía explicarte tan siquiera una de las posibles consecuencias a tu pregunta, pero creo que enseñarte qué haría si me dijeras que «no» es justo para que aprendas algo más.

Oyó unos pasos que se aproximaban y se movían descontroladamente

por la habitación, un tenue perfume dulce y una suave brisa al pasar a su lado.

—Dominic, por favor... —suplicó, atemorizada.

—Tranquila, ponte recta. Obedece, Samara.

Alguien la despreció de su falda; notó el suave tacto de los dedos acariciando su nalga y a continuación una serie de golpes la balancearon hacia adelante. Se aferró a la correa, que la anclaba al techo, y apretó la mandíbula con fuerza. No, no iba a darle ese placer; recordó a Yelina, su sufrimiento y su castigo, y se enderezó con firmeza. ¿Ese era su castigo por decir «no»? Otro golpe la hizo gritar, gruñó entre dientes y arrugó la nariz con rabia. Ella no era como Yelina, no suplicaría, no lloraría. Se enderezó digna, y aguantó varios golpes más.

—Basta —oyó decir a Dominic.

Tras unos segundos interminables, la desprendió de la venda y pudo ver a Carlo frente a ella con un cigarro en la boca y su sonrisa depravada.

—Tenías que ser tú —dijo con odio.

Carlo negó con la cabeza, soltó una carcajada desagradable y se quitó el cigarro de los labios con un gesto chulesco

—Esta vez te has equivocado, pequeña zorra —le espetó.

Se giró bruscamente lo que la permitían las correas y pudo ver a Dominic junto a Luis. Este sujetaba aún la vara en la mano, que dejó caer con rabia, y pasando por delante de ella se alejó. Samara no entendía nada; sintió un desasosiego inmenso, el único hombre que la cuidaba, que la protegía de aquel mundo de locos acababa de castigarla con toda la crueldad del mundo. Sus ojos se llenaron de lágrimas y, mientras Carlo salía de la habitación, Dominic se aproximó a ella con frialdad.

—El dolor físico de un castigo. —Le acarició la cara con los dedos y le apartó el pelo—. Desaparece con el tiempo, no deja marcas, se va. El dolor de una traición prevalece...

—¿Por qué, Luis? —sollozó.

—Porque ese dolor no se cura... Te dije una vez que te arrebataría todo lo que no me dieras, todo lo que significa algo para ti es mío....

Se colocó detrás de ella, separó sus piernas con un golpe de zapato y se soltó el cinturón. Samara aguantaba las ganas de llorar por orgullo, respiró profundamente y notó el roce de su miembro contra ella.

—Todavía me excito recordando el primer día que te hice mía, tu miedo, tu odio, sabiendo que no podías hacer nada ante lo que te venía. Como ahora...

Sintió la presión de su sexo abriéndose paso a través de sus piernas, rozando las paredes de sus entrañas y provocándole un placer que intentó disimular y que no entendía. Le rodeó el cuello con la mano y pasó la lengua por su mejilla.

—Y volvemos al principio. Espero que me digas que pare... Ambos sabemos que no lo harás...

—Eres un cabrón —gruñó.

—Soy muchas cosas, nena. Unas buenas, otras malas...

Samara jadeó suavemente, pero la rabia la hizo moverse con la intención de zafarse de él.

—Dime que no sientes un placer inmenso y te odias por ello en este momento...

Un gemido de placer se le escapó de la garganta al sentir una embestida que hizo que su pecho chocara con su espalda. Dominic la sujetó con fuerza; era imposible disimular su excitación; estaba mojada, avergonzada por ello y apenas podía dejar de jadear al compás de sus movimientos. Se estremeció de placer y sintió un orgasmo devastador cuando lamió su oreja apasionadamente. Oyó su risa y sintió un vacío inmenso. Luis la había dejado sola, el único apoyo racional que la hacía mantenerse en el mundo real la había abandonado ante la crueldad de su amigo; sin embargo, recordó la tristeza en sus ojos y la forma de marcharse de aquella habitación y supo que él lo había pasado mal.

—No le des más vueltas, Samara. —Como si se adelantara a sus pensamientos, otra vez la sacaba de sus meditaciones repentinamente. Se apartó de ella y se arregló—. Vamos, vístete. —Soltó sus manos del gancho, la venda, y luego las desató cuidadosamente—. Es una lección, sólo eso.

—¿Y si te dijera a todo que sí? —le preguntó de repente.

—Ya lo haces.

13. Samara comete un error

No te avergüences de tus errores, con ellos aprendes muchas cosas. Valoras el amor que te doy y te das cuenta de que todo depende de mí.

Aquella misma tarde, después de todo lo que había pasado con Luis, Dominic le pidió que fuera a verlo y que le dedicara un poco de tiempo a solas. Samara no dudó en hacerlo; amaba a Dominic profundamente; era el hombre que la tenía totalmente hechizada, pero por Luis sentía un cariño y un apego inmenso. Cuando entró en la habitación, Luis dormía en la cama. Se acercó muy despacio a él y lo observó en silencio. Su pelo castaño despeinado se mezclaba con la almohada; tenía una piel dorada algo más clara que Dominic, y con el sol se le habían acentuado unas ligeras pecas en las mejillas que le hacían el rostro más angelical. La sábana apenas le tapaba el trasero y sintió rubor al pensar en lo hermoso que resultaba así dormido; su dulzura era incomparable a nada y se preguntó una vez más qué era lo que le impedía tener una mujer a su lado. Al sentarse a su lado, Luis se despertó.

—¿Qué haces aquí, Sam? —preguntó medio dormido—. No deberías estar aquí...

—No has bajado a comer con nosotros, Luis. —Acarició su mejilla y le besó en la frente—. Estábamos preocupados por ti.

Se dio la vuelta dándole la espalda y Samara se metió dentro de las sábanas y se aferró a su espalda besándola dulcemente.

—Oh, Sam —musitó—. Lo siento tanto...

—Vamos, Luis, tenías que hacerlo. No pasa nada, la culpa fue mía. Yo siempre con mis preguntas metódicas...

Se dio la vuelta y la miró durante unos segundos; la giró bruscamente y levantó su falda para ver las marcas de sus nalgas; acarició con sus dedos la piel y sollozó. Le volvió a dar la vuelta y la abrazó con fuerza.

—Perdóname, Sam—dijo—. Perdóname, por favor... yo solo quiero

cuidar de ti... no quiero hacerte daño.

—Lo sé, Luis. No tienes ni idea de lo difícil que sería todo si tú no estuvieras a mi lado. No importa; él te pidió que lo hicieras.

—No soportaría hacerte daño otra vez —volvió a decir mientras metía la cabeza entre su cuello y sus brazos—. No tienes ni idea de lo mal que me siento.

La besó y su lengua se coló delicadamente en su boca haciendo bucles juguetones y buscando la suya. Luis era como un niño entre sus brazos, se enroscaba entre sus piernas y la besaba con tanta necesidad que apenas la dejaba respirar. Por un momento creyó que se vendría abajo, incluso pudo ver su mirada vidriosa mientras la llenaba de besos y se aferraba a ella. Sentía el latido de su corazón debajo de aquella piel de niño que apenas tenía bello. Notó cómo sus dedos descendían por la cara interna de sus muslos y jugaba con la parte superior de su sexo; rozó justo el clítoris y Samara se apartó bruscamente avergonzada.

—Déjame tocarte —susurró—. Déjame quererte a mi manera... Si no supiera que él me lo permite, no se me ocurriría tan siquiera mirarte.

Era cierto, la nobleza y lealtad de Luis estaba clara y aquella mañana lo había demostrado. Separó levemente las piernas y dejó que sus dedos volvieran a rozar su clítoris delicadamente provocándola un placer sublime. Lamió sus labios con dulzura; era como si bebiera de un cuenco lleno de agua con la lengua, suavemente, pausadamente sin prisas y sin brusquedad. Mientras la acariciaba, pensó otra vez que quizá él era el equilibrio del que hablaba Dominic, la forma de compensarla, de permitirle descansar de algún modo del respeto y tensión de sus momentos. Soltó un leve gemido cuando le introdujo uno de sus dedos, movió suavemente la yema de una forma tan delicada que creyó estallar de placer al instante. No podía disimular su excitación, empapaba sus manos con sus fluidos y lo miraba mientras le suplicaba de alguna manera que la hiciera suya. Le quitó la pequeña falda de algodón y la cadena de su cintura brilló bajo la luz que entraba por la ventana. Se puso sobre ella con la misma suavidad, y la penetró delicadamente mientras no dejaba de besarla. Su respiración la excitaba, sus ansias controladas la volvían loca mientras él se movía con una calma que la resultaba más dolorosa que el propio castigo que había recibido. Pasó las manos por sus nalgas y lo empujó con más fuerza contra ella enroscando las piernas en su cintura.

—Eres tan frágil... —susurró jadeando—. Tan bonita...

Sintió cómo un escalofrío de placer la invadía todo el cuerpo y aferrándose con fuerza a su espalda jadeó como una loca mientras un intenso orgasmo se apoderó de ella; casi al mismo tiempo él se apartó y llevándole la mano a su miembro le hacía moverlo con suavidad mientras la empapaba de sus fluidos y mordía su boca con fuerza.

Cuando despertó, Luis no estaba. Se levantó, se asomó a la ventana y pudo verlo en el jardín de atrás, sentado alrededor de una mesa con Roberto y Antón. La casa estaba vacía; no encontró a nadie cuando bajó. El día era muy soleado, aunque todavía irradiaba ese frío norteño que congelaba los huesos. Una mujer del servicio no tardó en llevarle una chaquetita de punto y una taza de café. Samara le dio las gracias cortésmente y sonrió a todos.

—¿Dónde está la gente? —preguntó.

—Las chicas se han ido al pueblo de compras y Carlo y Dominic no sé dónde se han metido —contestó Luis.

—Pasado mañana es el último día en Quimera, preciosa. ¿Has disfrutado? —preguntó Antón.

—Sí, señor, es usted muy amable; me he sentido muy a gusto aquí.

—Me alegro, jovencita, el placer ha sido mío. Espero verte muy pronto.
—Dio un trago a su taza de café y chupeteó el puro.

Roberto la examinaba sin decir una sola palabra; no tardó en sonreír al ver a Carlo por el camino de losetas intentando librarse sin éxito de lo que parecía una avispa. Llegó donde estaban todos, algo ofuscado, y pasó la mano por la cabeza de Samara.

—Hombre, la lista de la finca... qué raro que no estés con todas quemando las tarjetas de crédito en la Avenida del glamour... —se mofó.

—Carlo, no seas picotero. —Antón soltó el humo del puro y rió—. Sé compasivo con la señorita.

Se inclinó hacia ella y pasó la nariz por su pelo, como un lobo hambriento.

—Pero qué ganas tengo de romperte ese culito. Reza porque no te dejen a solas conmigo...

Samara lo miró con odio y al verle sonreír no pudo contenerse, le dio una fuerte bofetada en la cara que le abrió una pequeña herida en el labio

por la fricción de un anillo. Este pasó la parte superior de la mano por la boca y escupió la sangre riéndose.

—¡Joder! —gritó—. ¡Pero qué hostia me ha dado!

Se levantó nerviosa; Luis intentó ponerse de pie pero por alguna razón Antón lo frenó de golpe y volvió a sentarse; Roberto miraba la herida con la boca entreabierta, casi disfrutando más que Samara cuando le había abofeteado. Estaba temblando; se giró con la intención de irse, pero chocó de frente con Dominic, que estaba en mitad del camino de losetas con los ojos extremadamente abiertos y las manos en los bolsillos.

—Entra en la casa —le ordenó. Observaba a Carlo, que seguía sangrando por el labio como un descosido—. Ahora.

—Dominic... —le imploró, muerta de miedo.

Le propinó una bofetada que a punto estuvo de hacerla caer en el suelo. Luis, por un impulso, se levantó pero esta vez fue Roberto el que frenó a su amigo.

—Te he dado una orden. Entra en casa y espérame arriba.

Su voz sonaba suave y exenta de toda expresión. Todavía temblando y con un nudo en el estómago subió a la habitación y se acercó a la ventana. Dominic se había sentado junto a Carlo; este le pasaba la mano por el hombro y parecía que le quitaba hierro al asunto. Su maldita mala suerte había hecho que le abofeteara con la mano del anillo, y la pequeña herida era excesivamente escandalosa. Entró en el baño y se mojó la cara con un poco de agua, cuando sintió la puerta de abajo cerrarse y el ruido de sus pisadas contra la tarima del pasillo, empezó a temblar como nunca. Se sentó en la cama y bajo la mirada; sólo pudo divisar sus zapatos negros, correctamente anudados e impecables.

—Perdóname. Perdí los nervios. ¡Me provoca una y otra vez!

Cerró la puerta y se colocó a pocos centímetros de ella.

—¿Cómo has podido perder así las formas? ¿Acaso todo lo que te dije no valió para nada? ¿Te das cuenta de lo que acabas de conseguir?

Sollozó como una niña y comenzó a llorar desconsoladamente.

—¿No te das cuenta de que era justo lo que él quería?

—¡No pude soportarlo más! —gimoteó—. ¡Es perverso conmigo!

La cogió por la muñeca y la levantó con brusquedad.

—Y por eso tú debías de estar por encima de sus provocaciones, por

encima de todo lo que te dijera.

La sacó de la habitación y la arrastró escaleras abajo; por el camino se cruzaron con las mujeres, que llegaban formando una algarabía, de modo que al pasar por delante de ellas arrastrando a Samara sus rostros cambiaron totalmente. Siguió hasta el final del pasillo; la metió en una especie de celda, con un camastro de hierro y un colchón mohoso. Una lámpara grotesca que se balanceaba sobre ellos iluminó la estancia. La lanzó sobre la cama y apagó la luz.

—Cuando yo no estoy, tú representas lo que soy yo con tus actos. Me has puesto en evidencia.

—Perdóname, por favor, no me dejes aquí sola —lloraba—. ¡Te lo suplico!

Cerró la puerta con fuerza y se hizo la oscuridad. Samara se acurrucó en el camastro y siguió llorando durante largo tiempo hasta que el ruido de la puerta la volvió a asustar. Vio la silueta de Dominic bajo el umbral y de un salto se aferró a su pierna y apoyó la mejilla en su rodilla.

—Perdóname —volvió a suplicar—. Te suplico que me perdones, Dominic.

Se mantenía inmóvil delante de la puerta, aferrado al pomo. Estaba realmente enfadado. La puerta principal de acceso al sótano retumbó y una melodía la golpeó en los tímpanos.

—Oh, nena... viniste a mi mundo volando... —Carlo caminaba por el pasillo canturreando y acariciando con una mano las paredes de piedra—. Pero te corte las alas...

—No me hagas esto, por favor... por favor, no me dejes con él...

Tiró de su brazo y la hizo ponerse de rodillas, se sentó en el camastro y le colocó la cabeza entre sus piernas, sujetándola con ambas manos.

—Te puedo asegurar... —dijo al fin mientras Carlo cerraba la puerta— que esto me duele más a mí que a ti. Oh, nena... viniste....

Lo sintió en su espalda, levantó la falda con sutileza y sin apenas mediar una sola palabra la penetró por detrás con tanta brusquedad que Samara dio un grito que debió de oírse en toda la casa. El culo le ardía horriblemente, en su vida había sentido aquel dolor, aquella humillación tan cruel y perversa. Carlo chocó contra sus nalgas y empezó a bombearla sin prisas mientras Dominic la sujetaba con fuerza y apenas se inmutaba por sus

lloros y suplicas. Llegó un momento en que le tapó la boca para ahogar sus lamentos, mientras tanto Carlo se movía dentro de ella como un animal en celo.

—¿Duele? —preguntó dándole una palmada en el culo—. Pues te jodes...

Dominic liberó su boca y levantando su mentón la dijo:

—Soy una mal educada y merezco que me castiguen... Vamos, nena, dilo.

Samara lloriqueó; el culo le dolía como en su vida y deseaba horriblemente que algo desagradable y grotesco se llevara a aquel demonio rubio. Repitió la frase con un tono desesperante mientras Carlo por su parte seguía bombeándola como un loco hasta que sintió un chorro de calor invadirla las entrañas y de un golpe salió de ella.

—¿Qué se dice? —Se inclinó hacia ella abrochándose los pantalones.

—Gracias, señor —contestó con odio.

—¡Eh! Muy bien... —exclamó con sorna.

—Si te comportas como una barriobajera, no mereces otro trato.

Dominic tiró de ella y la sacó hacia la puerta que había situada en el otro extremo del pasillo. La colocó en el centro de una habitación que parecía una celda y, cogiendo una manguera de un extremo, abrió el agua y la enfocó con el chorro helado.

—Vamos, lávate, no tengo todo el día. —Lanzó una pastilla de jabón—. Rapidito, cariño.

Se apoyó contra la pared y esperó a que se enjabonara. Cuando Samara terminó, volvió a enfocar el chorro contra ella, a continuación la cogió por el brazo y la sacó a trompicones de la habitación. La hizo subir al piso superior y volvió a arrastrarla escaleras arriba hasta la habitación.

—Vístete para la cena, tienes veinte minutos. Ni uno más ni uno menos. —Cerró la puerta de golpe y lo oyó alejarse.

Jamás la había castigado de aquel modo pero también era cierto que había cometido un error enorme al ceder a las provocaciones de las que tanto le había avisado. Se secó el pelo rápidamente y miró el reloj; se apuró a buscar algo de ropa en el armario, se puso un vestido ajustado e intentó subir sin éxito la cremallera de su espalda; oyó la puerta y se asustó al ver a Carlo a través del reflejo del espejo de la pared. Apretó las

mandíbulas con fuerza y bajando la mirada continuó con la cremallera. Para su sorpresa, Carlo se colocó detrás y la ayudó.

—No debes tomarte esto como algo personal —le dijo de repente.

Podía ver por el espejo la herida en su labio y sus inmensos ojos azules clavados en ella.

—Lo que pasa en Quimera se queda en Quimera, no lo olvides nunca.

Respiró una bocanada de aire y sus ojos se llenaron de lágrimas por la impotencia y la rabia que sentía, pero estaba tan agotada y humillada que no le dijo nada. Carlo la cogió los hombros y volvió a clavar sus ojos en ella.

—No tengo nada en contra de ti, Samara; para mí, también ha sido un placer conocerte —continuó. Besó su cuello y sonrió.

Salió de la habitación dejando a Samara totalmente descolocada; se sentó en la cama e inclinándose hacia delante se llevó las manos a la cara. Fue extraño, pero comenzó a reír sin sentido.

14. Remordimientos

No creas, mi hermosa Samara, que me has defraudado. Tu impulsividad era algo que escogí, que venía contigo desde el principio. Tus defectos son parte de lo que me obsesionó de ti, y tus fallos los que me dan la vida.

Durante el resto del día y la noche, Dominic la ignoró totalmente. Samara estaba atormentada; se sentía mal pero no por el castigo o la rabia que sentía hacia Carlo. Lo que la consumía era que había fallado. Había defraudado a Dominic, y eso era algo que provocaba en ella un intenso dolor en el corazón. ¿Qué extraño, verdad? Meredit había pasado gran parte de la tarde consolándola; repetía continuamente que era normal fallar al principio, que no debía preocuparse, que era humano y que los fallos eran parte del proceso. Las chicas le habían traído del pueblo una bonita sortija como regalo y ese detalle la había animado mucho. Sentirse aceptada por ellas era un detalle que necesitaba como el aire en aquellos momentos tan difíciles. Después de la comida, Dominic se había marchado con Luis y volverían entrada la noche; todos los demás se retiraron a sus dormitorios a descansar y ella se quedó sola en el jardín. La amable señora del servicio, de una edad muy similar a Antón, le entregó una taza de café y unas galletas diminutas que no dudó en comerse con gusto. Se preguntó cómo una mujer tan mayor y sencilla era capaz de soportar lo que veía en aquella casa con tanta tranquilidad. Vio a Antón descender por el camino de losetas; se sentó a su lado en otra de las sillas de mimbre y sonrió con ternura mientras sujetaba su eterno puro con la boca.

—No debes darle vueltas a las cosas, niña—dijo.

Su fina y cuidada perilla daba paso a una piel oscura que le recordaba a los beduinos de las películas de televisión. Antón era un hombre atractivo sin apenas una arruga en su viejo rostro. Sus ojos trasmitían frialdad, pero ésta contrastaba con sus sonrisas dulces y refinadas.

—Mis chicos son impulsivos, viscerales por naturaleza, y destructivos con lo que más aman. —Se sirvió un café de una especie de tetera grande

que la mujer depositó en la mesa y la miró—. Pero eso no significa que no amen, solo tienen otras formas de demostrarlo.

Samara no dijo nada; escuchaba a Antón mientras analizaba los gestos sibaritas que usaba para servirse el café en la pequeña taza de porcelana.

—Carlo es un joven retorcido que adora la vida y la exprime al máximo; aquí no controla sus impulsos y sus necesidades, pero de eso se trata, ¿verdad? —Hizo una pausa y se apoyó en el brazo—. Te sorprendería hasta donde llega su humanidad fuera del entorno «sexual» que lo rodea.

—Es tan cruel...

—El único que conserva la esencia de su personalidad, donde quiera que va, es Dominic; con el resto conseguí que supiera diferenciar ese lado salvaje de su día a día.

Notaba la franqueza en sus palabras.

—No me esperaba que Dominic usara a Luis para castigarme —musitó.

—Querida, cuando cedes algo tuyo siempre recibes algo a cambio; tenían un tema pendiente entre ellos y verte la cara cuando viste a Luis detrás de ti fue el mayor regalo que pudo recibir Carlo.

—Está claro que no le caigo bien.

—No acabas de entender que lo que pasa en esta finca no sale de ella, niña. No confundas los impulsos con los sentimientos que puedan tener hacia ti.

—Lo que pasa en Quimera se queda en Quimera, ¿no? —dijo con tristeza.

Antón dio una calada a su puro y se reclinó en la silla.

—Exacto. Debe ser así. Si el equilibrio se rompe, tu vida personal y tus negocios pueden salir dañados. Querida, la sociedad no está preparada para ver esto.

—No debí pegar a Carlo —se lamentó—. Dominic está muy enfadado.

—Niña, vienes con Dominic, dábamos por hecho que eras distinta. Mi primogénito es complicado e incontrolable, pero recuerda que no se trata de tu fallo lo que le dolió, sino del precio que paga si pecas de osadía con otros miembros. Tuvo que cederte, compensar a Carlo. A mi chico, no le gusta.

—¿Por qué me cuenta todo esto? ¿Por qué me consuela?

Se apoyó en el canto de la mesa y la miró dulcemente.

—Porque llevo diez años escuchando tu nombre.

Le guiñó el ojo y se levantó para irse.

—Antón. —Cogió su mano apuradamente y suspiró—. Gracias.

15. La última cena

Un día sólo para volver a tu vida... ¿O no?

Carlo tenía a Meredit entre las piernas; estaba sentado en una de las sillas frente a la amplia mesa de madera maciza del comedor, ella de espaldas a él, de pie, apoyando las manos sobre la encimera. Su melena rubia le tapaba la cara; tenía la cabeza inclinada hacia delante. Soltó los botones de su vestido y este cayó suavemente sobre la alfombra persa. Su risa predecía algo, mientras los demás se iban sentado en sus respectivos sitios. Pasó la palma de la mano por la espalda de la joven y se recreó con las curvas de su cuerpo. Meredit cogió de la mesa una botella de cava, sonrió a Samara, que estaba frente a ella, y levantando la botella sobre sus hombros empezó a derramar el líquido en su espalda muy despacio. Un fino reguero dorado descendió por ella bajando por su rabadilla hasta rozar la lengua de Carlo, que lamió el manjar con sutileza.

—¡Bravo! —Sonaron unas palmadas en el salón—. Ya podemos montar el circo —dijo Luis con ironía.

Carlo se levantó de su silla y con humor hizo una reverencia.

—Gracias, gracias.

Volvió a sentarse y empujó a Meredit hacia delante dejando totalmente expuesto su sexo, que brillaba por la humedad del cava que había llegado hasta él. Para sorpresa de Samara el hombre de ojos azules pasó delicadamente la lengua por él y se relamió.

—Deja el postre para luego. —Antón pasó a su lado y le dio una suave colleja.

La mujer volvió a vestirse y sonrió con dulzura a su señor. Samara pensó que no debía ser tan perverso cuando la mirada de su sumisa era tan dulce. Mañana por la mañana volverían a casa; se notaba un ambiente más tranquilizador entre todos.

Dominic se mantenía serio; llevaba dos días sin tocarla, castigando su

osadía con su indiferencia. Ella se sentía angustiada, ansiaba que le dedicara un poco de su tiempo y su cariño, pero él apenas la miraba y durante el resto de la noche había pasado largas horas sentado en el porche con el resto de los hombres, mientras fumaban y bebían. El único que había permanecido en el salón tras la sobremesa había sido Roberto. El Conde, como le llamaban, analizó sus formas; era un hombre delicado con sus sumisas; ellas le colmaban de atención continuamente, se postraban de rodillas a su lado cada vez que se sentaba y, mientras una de ellas le acariciaba, la otra se afanaba en que nada le faltara en ningún momento. Una copa de su licor preferido, su taza de café... lo suficientemente caliente para su paladar. Siempre vestía una fina camisa de cordones anudados en el cuello, abierta en todo momento, como un pirata. Eso le hacía mucho más interesante, le confería un halo de misterio que llamaba la atención a Samara. Recordó las palabras de Dominic cuando le recordaba que sus actos eran el reflejo de él, y pudo ver que los modales exquisitos de las mujeres de Roberto mucho distaban de los suyos. Pero Dominic era distinto, él no quería eso de ella, no al menos en público. ¿Y en privado? Quizá debía ceder a lo que realmente quería y deseaba que era complacerlo, quizá se sentiría ridícula los primeros minutos, pero luego esa sensación desaparecería. A fin de cuentas ellas estaban allí, de rodillas, sonrientes, sin un ápice de rubor en sus mejillas.

Se armó de valor y se levantó de la mesa; salió al exterior y con los nervios a flor de piel se situó frente a Dominic, Carlo y el resto de los hombres.

—Disculpen —musitó— por interrumpir la conversación pero...

No le salían las palabras. Sintió su garganta secarse y tragó saliva torpemente. Dominic, que sujetaba un cigarro entre los labios y jugaba con una baraja de cartas, frunció el ceño.

—¿Sí?

—Quería, quería disculparme con... —Estiró el brazo hacia Carlo— con él por mi conducta de ayer...

Nadie dijo una sola palabra, pudo ver a Luis junto a Antón, sin expresión alguna. Carlo permanecía en silencio, sin burlarse de ella.

—Bueno, pues es tu oportunidad, adelante. —Dominic dejó las cartas en la mesa y esperó.

Recordó a Meredith, a las dos mujeres de Roberto y sus formas; se

encontró a sí misma poniéndose de rodillas frente a Carlo y bajando la mirada hacia el suelo.

—Discúlpeme, señor. —Un hilo de voz salió de su garganta. Tenía la cara hirviendo por la vergüenza—. Mi comportamiento de ayer es imperdonable; pido sus disculpas, no se volverá a repetir.

Pasaron los segundos y el calor de sus mejillas cobró más vida si cabe. Carlo la observaba con una ceja levantada; cruzó su mirada unos segundos para luego volver a bajarla.

—Está bien, puedes irte, acepto tus disculpas, Samara —dijo al fin.

Se incorporó torpemente y al ver que Dominic no decía una sola palabra se retiró de nuevo al salón. Meredit no tardó en sentarse a su lado, con un pequeño platito de tarta de chocolate en la mano y dos cucharillas.

—Vamos, Sam —dijo—. Es nuestra última noche en Quimera, no debes estar tan triste.

—No me ha tocado... Está tan enfadado. —Cogió la cucharilla y se llevó un pedazo de tarta a la boca—. ¿Carlo te ha dicho algo de mí?

—Sí. Que eres un amor de mujer y una sumisa incorregible.

—¿De veras?

—¡Oh niña!, eres una mujer con mucha suerte. Dominic te demuestra mucho más que por ejemplo a mí Carlo. Si supiera realmente que me ama la mitad de lo que te lo demuestra tu Señor, sería la mujer más feliz del mundo.

—Quizá tengas razón y solo estoy desorientada por tantos cambios en mi vida.

—¡Claro que tengo razón! —Engulló un trozo de tarta y meneó la cabeza hacia la puerta—. Samara, Dominic ha entrado, ve con él, vamos.

No se había dado cuenta; pasó por delante de ellas y desapareció tras la puerta que daba al hall; ella lo siguió y subió a la habitación tras él. Mientras se encerraba en el baño y se daba una ducha, esperó sentada en la cama con la intención de hablar, aunque fuera a la fuerza con él. Dominic no tardó en salir con una toalla enroscada a su cintura y, tras rebuscar entre las cosas de su maleta, le lanzó un teléfono móvil al regazo.

—Soy un hombre ocupado, respeto tu vida personal y tu trabajo, pero cuando ese móvil suene no quiero esperar. Tienes en él los teléfonos de todos los que has conocido en Quimera. Todos te prestarán total atención si

precisas algo de ellos, no lo dudes. Ahora son tu familia.

Miró el teléfono y luego a él. Era como una figura inmensa frente a ella.

—Aceptarás mis normas; a partir del viernes tu vida es mía. Si quieres salir con tus amigas hazlo un martes, si quieres tomarte una cerveza con tus compañeros hazlo un lunes, el viernes yo mismo te pasaré a buscar a la oficina; si fuera otro día, previamente te avisaré. ¿Me comprendes?

Asintió con la cabeza.

—Llevarás el viernes lo que necesites, tu fin de semana será siempre fuera de tu casa, pasaras los días o en mi casa o cuando vengamos aquí en Quimera. No admito no coger el móvil; eres libre hasta el mismo momento que suene ese aparato; si no me contestas, tendrás sus consecuencias. Si no pudieras hacerlo porque estés ocupada o reunida, cosa que sólo aceptaré por tu trabajo, colgarás mi llamada y me avisaras con un mensaje.

—Lo haré —dijo—. Te lo prometo.

—Bien, ahora dúchate y ven a la cama —ordenó.

No tardó ni diez minutos en estar en la cama. Dominic se peleaba con el mando de la televisión por cable, que pendía en el techo bajo un anclaje telescópico. Cuando Samara se acostó a su lado, apenas le tocó por temor a su rechazo pero fue él quien le paso el brazo por los hombros y la arrastró hacia él. Qué irónico, pensó ella, ver la televisión en la cama era lo único normal que había pasado en esa semana. Apoyó la cabeza en su pecho; el latido de su corazón era lo único que a veces le recordaba que era humano. Sintió sus labios en la frente y cerró los ojos. Deseó dolorosamente que la amara aquella noche.

Apagó la luz y la abrazó con fuerza. Por momentos sintió vergüenza al comprobar que su ropa interior estaba totalmente empapada. Dominic deslizó la mano por su cintura y al rozar sus braguitas las arrancó de golpe.

—Ya te dije que esto no lo quiero cuando estés conmigo —susurró.

—Lo siento.

Fue horrible, su control era algo que la atormentaba. Tenía su sexo muy cerca de ella, rozándola suavemente el monte de venus, pero no tenía ninguna intención de hacerla suya. Dudó unos segundos; estampada en su pecho olía el sutil perfume que siempre llevaba adherido a la piel, y creyó

morir de necesidad. Por desesperación alargó la mano y cogió su cara. Estaba convencida de que la apartaría en el mismo momento que posara sus labios en él, pero no fue así. Lo besó apasionadamente y enroscó sus piernas. No le importaba intentarlo, no podía soportar ese deseo hacia él. Dominic le permitió aquel gesto y respondió a su beso para su sorpresa. La giró colocándola de espaldas a él y mordió su hombro con delicadeza; su sexo la rozó lentamente por detrás, su mano se apoyó en su frente y notó su lengua en la oreja. Si no fuera porque podía verlo entre las sombras no hubiera creído que era el mismo hombre.

—¿Vas a ser obediente, princesa? —preguntó.

—Oh, sí, lo seré...

—Bien...

Tras decir eso, la penetró con delicadeza mientras seguía aferrando su frente. No podía moverse; su otro brazo le rodeaba los pechos y la atraía a él con firmeza.

—Tu gesto de antes... ha sido correcto... —Otra embestida la descontroló—. Es así como debes comportarte; no se trata de los errores que cometes, sino de cómo los corrigas posteriormente.

—Oh, Dios mío... —jadeó excitada—. No lo soporto.

—Pues córrete para mí.

Al oír aquello, no aguantó más y tembló en sus brazos con tal intensidad que creyó morir de placer. Sintió el calor de sus fluidos invadir su cavidad con tanta fuerza que creyó que no pararía nunca. Sus suaves jadeos la mataban de deseo cuando su oreja vibraba ante ellos. Era horrible, jamás había sentido tal intensidad en un orgasmo; no era su forma de hacerla suya, nada era distinto a sus otras relaciones; eran las formas de sus palabras, sus susurros, su manera de asirla con fuerza, todo la excitaba hasta tal punto que le resultaba imposible no ceder a él.

Se quedó totalmente dormida entre sus brazos.

16. La vuelta a casa

Vuelves a tu vida y tu cabeza está llena de dudas y necesidades, todo lo que te rodea no significa nada, ya no te llena como antes.

En Quimera conoció una parte de ella que desconocía. Supo que era capaz de muchas cosas; descubrió una forma de vida distinta a todas y de lo que era capaz por aquel hombre. Tras aquella semana, volvió a su vida, su casa, su trabajo en la oficina, sus compañeros y amigos. Todo lo que la rodeaba era igual; era ella la que no era la misma. Dominic la dejó frente a su casa; le había dicho que descansara pero era jueves, aún no sabía nada de él y eso la angustiaba. Aquella tarde se armó de valor y por primera vez se encontró frente a las oficinas del enorme edificio que dirigía. No sabía si su presencia le molestaría o quizá ni siquiera estuviera allí, pero deseaba tanto verlo que se arriesgaría a ello.

Atravesó el inmenso hall hasta una amplia recepción semicircular; una mujer un poco déspota la paró en seco cuando se dirigía al ascensor.

—Perdone, señorita, tiene que pasar por aquí.

Samara retrocedió y se acercó a la mujer, que pasaba de los cuarenta y le sonreía frívolamente tras el mostrador.

—Vengo a ver al señor Dominic Romano —dijo.

—¿Tiene cita?

—No... pero...

—Tiene que tener cita para ver al señor Romano.

—Vera, es personal. ¿Le importaría llamarle y decirle que está aquí, Samara?

La mujer le dirigió una mirada inquisitoria y levantó el teléfono.

—Señor, disculpe. Una mujer está aquí y quiere verlo. Su nombre es Samara.

Repentinamente cambió la expresión de la cara y le profirió una sonrisa

hipócrita.

—De acuerdo, señor, ahora mismo. —Colgó el teléfono y salió de la recepción—. Disculpe, pase por favor. Y discúlpeme de nuevo. Quinta planta. La última.

Cuando llegó a la planta superior, una inmensa oficina repleta de mesas la llenó de pavor. Ahí estaba ella, con sus finos tacones y su vestido gris perla temblando como una niña con la mera idea de tener que atravesar aquellas mesas hasta el pasillo del fondo, donde se veían los despachos. Sintió mil ojos posarse en ella, cuchicheos y miradas de curiosidad a medida que pasaba por delante de ellos. Ella siempre había sido una mujer segura de sí misma, pero aquello la llenaba de estupor; era el centro de atención de toda la planta y no sabía por qué. Cuando por fin consiguió llegar a los despachos rodeados de mamparas de cristal, respiró hondo y dejó de temblar. Quedó plantada en un pasillo perpendicular frente a una sala de reuniones y lo vio; presidía una mesa ovalada y varios hombres y mujeres hablaban entre ellos mientras un joven exponía algo en una inmensa pantalla de proyección mural. Dominic jugaba con un lápiz con gesto de aburrimiento y se balanceaba en su silla. Se giró de nuevo, varias personas habían hecho corrillo y la miraban. Pegó un bote al notar la mano de Dominic en su hombro, y al girarse lo vio frente a ella.

—¿Y esta visita?

—Igual me voy... la gente, la gente me mira. Estás ocupado y...

—Cálmate y pasa al despacho.

Abrió la puerta anexa y le hizo pasar a un despacho amplio con una mesa, varias sillas confidentes y un par de sofás. Se sentó en su sillón y se reclinó hacia atrás. Samara permaneció de pie en mitad del despacho.

—No me llamabas y quería verte, pero igual te ha molestado que venga...

—Tranquila, no me parece mal que hayas venido, nunca te lo he prohibido. —Se levantó y, rodeando la mesa, se sentó en el canto e hizo un gesto para que fuera—. Es más, me gusta que vengas a verme. —Arrancó sus braguitas y se las metió en el bolso de la chaqueta—. Saca la lengua.

Puso gesto de extrañeza y obedeció. Dominic abrió una pequeña caja de madera y sacó una especie de bala color púrpura que metió en su boca y mojó. La bala tenía un fino cordón transparente en uno de sus bordes; la introdujo entre sus piernas y se la metió cuidadosamente dentro.

—Puedes venir cuando quieras —se rió—. Cuidado que no te caiga...

Se movió incomoda y nerviosa; aquello pesaba un poco y tenía la sensación de que si no presionaba las paredes de su sexo le caería al suelo.

—Ana —dijo apretando un botón del teléfono—, reserva una mesa para dos donde siempre.

—Ahora mismo, señor —contestó la voz femenina.

—¡Dios mío! Esto... es extraño...

—Cuidado que no te caiga; te acostumbrarás...

—¿Tengo que llevarlo?

—Tienes —sonrió—. Dentro de un rato no lo notarás, tranquila. — Levantó la mano, tenía una especie de mando en ella y al pulsar un botón el objeto que llevaba dentro comenzó a vibrar.

—¡Oh, Dios! —Se estremeció y cruzó las piernas en un gesto ridículo.

—Siéntate, anda, acabo unos papeles y nos vamos.

—La gente me mira; he pasado mucha vergüenza ¿Por qué me miran?

—Eso es el morbo, niña, y que las mujeres por naturaleza sois cotillas.

Unos minutos después se levantó y la acompañó a la puerta, tras coger su americana y ponérsela. Samara salió torpemente, caminando como un pato, por temor a que aquel instrumento infernal cayera. Otra vez las miradas se clavaron en ella y la pusieron de los nervios. Dominic caminaba a su lado en dirección al ascensor, mientras una mujer pequeña corría con una agenda detrás de ellos.

—¡Señor! ¿Se va? —dijo, apurada—. Tengo varias visitas pendientes de confirmar...

—Ahora no, Violeta.

Llegaron a la planta de abajo y la mujer de recepción sonrió afanosamente.

—Ana, cuando llegue, dile a Luis dónde estamos.

—Por supuesto, señor.

El restaurante era muy elegante y discreto. Dominic no probó el vino en toda la noche, pero ella acabó algo achispada y sonreía feliz y algo desinhibida.

—¿Te molestó que fuera a buscarte? Como dijiste que vendrías tú...

—Me ha encantado que lo hagas.

—¿Y qué haremos luego?

Dominic dio un trago a su copa y, limpiándose la boca con la servilleta, la miró fijamente.

—Voy a follarte.

Samara miró la mesa de al lado. Un matrimonio había escuchado a Dominic y los miraba patidifuso.

—Por eso viniste a verme, ¿no? —Su tono era irónico; un camarero trajo una carta de postres y se la entregó—. Mi zorrita está ansiosa, no puede esperar...

El camarero se acercó y Dominic le señaló algo en la carta. Al poco, el joven servía a Samara una especie de crema de limón y una tarta para él. Se giró con la intención de llamar al camarero, pues no le había puesto la cucharilla, pero Dominic la frenó con sorna.

—No la necesitas. Usa la lengua.

—¿Qué? —Sintió de nuevo el calor por sus mejillas.

La dirigió una mirada desafiante. Samara tomó aire nerviosa y miró al matrimonio. Lanzaban de vez en cuando alguna mirada furtiva y llena de curiosidad y, cuando sacó la lengua y empezó a lamer el postre, creyó morir de vergüenza. Los camareros miraban la escena detrás de un biombo con gestos de humor y poco a poco Samara se fue terminando el postre no sin mancharse la punta de la nariz con la crema.

—¿Terminaste?

—Sí.

Se limpió la nariz y esperó a que pagara la cuenta; tras esto se levantaron y al pasar por delante de la mesa del matrimonio Dominic les dirigió una sonrisa. Samara estaba muerta de vergüenza; en su vida había pasado tanto bochorno. Subieron al coche y Dominic la llevó a un local en el cual parecía haber parado muchas veces. Un hombre alto de color que parecía el propietario le indicó que la parte superior estaba tranquila y que podrían estar allí; sólo había un par de hombres hablando de negocios que no molestarían y que eran de confianza.

Una fila de butacas de terciopelo se extendía por todo el perímetro. Se

sentaron en un rincón casi enfrente de dos hombres de traje que parecían discutir alegremente mientras tomaban unas copas. Dominic pidió dos copas al camarero y le pasó el brazo por los hombros.

—Diles que te lo quiten —susurró.

—¿Que me quiten el qué? —Sintió una punzada en el estómago.

—Lo que llevas ente las piernas, querida. Ve y pídeselo.

—Por dios, Dominic —gruñó— ¿Estás de broma?

—No me hagas repetírtelo... Samara...

El calor en las mejillas era insoportable; sabía que estaba roja y que difícilmente podría disimularlo. Casi temblando se incorporó y se acercó a aquellos dos hombres que al verla venir dejaron de hablar y pusieron cara de curiosidad.

—Perdonen...

—¿Necesita algo? —dijo uno de ellos.

—Tengo, tengo que pedirles un favor, necesito que... —Creyó que iba a desmayarse de la vergüenza— que me quiten una cosa que llevo.

Los hombres miraron hacia Dominic y volvieron a mirarla a ella.

—No entendemos qué quieres decir.

Tomó aire; pensó que si era directa aquella situación no se alargaría tanto. Deseó en milésimas de segundos que una bomba cayera sobre aquellos individuos.

—Llevo algo entre la piernas, les importaría sacármelo... —Respiró profundamente—. Por dios... —gimoteó entre dientes.

Uno de los hombres se atragantó con el licor que bebía y, tras mirar a Dominic, luego a ella y otra vez a Dominic, abrió los ojos como platos.

—¡Joder! —dijo al fin uno de ellos, que tenía una nariz respingona y el pelo alborotado—. Claro...

Samara se dio la vuelta y levantó el vestido. Dominic la miraba con curiosidad mientras mordisqueaba una aceituna. Sintió las manos de aquellos hombres deslizarse por sus muslos y cerró los ojos avergonzada.

—Abre un poco las piernas, preciosa —dijo uno de ellos—. Madre mía, qué imagen...

Con los dedos, sujetó el cordón que salía de su sexo y tiró despacio haciendo que la bala resbalara por sus paredes. El hombre se quedó con el

juguete en la mano y cara de estúpido. Ella se dio la vuelta, se lo cogió rápidamente y dándole las gracias volvió con Dominic.

—Ha sido horrible —dijo dando un tragó inmenso a su copa—. ¡Horrible!

—Calma, querida, no es para tanto...

Uno de los hombres levantó la copa con respeto y profirió una sonrisa a Dominic. Cuando Samara fue al aseo y regresó, Dominic estaba hablando con los dos en la barra de abajo.

—Cuando os vi, me sonaron vuestras caras y luego caí en la cuenta —les dijo él sacando la cartera—. Estáis invitados.

—No caigo —dijo el de la nariz respingona.

—Nena, ¿no recuerdas a Carlos y Antonio? Estudiaron contigo...

Ambos hombres se miraron y luego miraron a Samara.

—¿Samara?

En aquel momento se le cayó todo al suelo; deseó que todo desapareciera y una creciente necesidad de abofetear a Dominic emergió en ella.

—¡Vaya... Cuánto tiempo, Samara, la animadora del instituto!

El otro hombre, un poco más grueso que su amigo, miró a Dominic.

—¿Tú estudiaste con nosotros?

—Sí... pero no era del grupito de los populares...

No salían de su asombro y Samara estaba como la grana.

—Soy Dominic... Romano...

Se dirigieron a la puerta; Samara podía ver el gesto de asombro de ambos hombres mientras los observaban a través de los cristales del local. Subieron al coche y se alejaron de allí.

—Lo tenías preparado... Eres perverso... —murmuró entre dientes.

Dominic se rio y le besó la mano con dulzura sin dejar de mirar al frente.

—¿Y lo que te gusta?

17. Primer fin de semana

No todo es tan sencillo, querida mía. Aprende a amar y odiar en la misma intensidad.

El primer día que él apareció en su trabajo se atacó como una niña de quince años. Ella había hecho lo mismo. No podía negar que le daba un derecho del cual no podía zafarse tan fácilmente. Le había dicho que no interferiría en su vida cotidiana, que respetaría cada una de las personas que formaban parte de su vida; sin embargo, sabía que aquel hombre era capaz de provocar en ella reacciones que por sí solas podían meterla en un apuro con tan sólo su presencia.

Sentada en el bar, era interrogada una y otra vez por sus compañeras de trabajo y amigas: que dónde se metía, que quién era su novio, le decían continuamente que estaba distinta...

—¡Dios mío! —oyó a una de sus amigas—. No me digas que es aquel que viene por ahí.

Ni siquiera se dio la vuelta para comprobarlo; sus pasos sonaron en la tarima del local y supo que era él. Dominic se acercó a la barra y tras decirle algo al camarero se sentó en la silla vacía con una sonrisa irónica al lado de Samara.

—Qué bien acompañada estas —dijo besando su mejilla.

Samara creyó que todo el bar escucharía los latidos de su corazón; estaba a punto de salirse del pecho. Estaba allí, con su gente, su vida diaria, y apenas podía pronunciar una palabra.

—Son Marta y Lidia... Este es Dominic...

El calor, aquel calor tan familiar, empezó a emerger por todos sus poros.

—Encantado. ¿Así que sois amiguitas? —Se metió en la boca un cacahuete y se reclinó con humor hacia atrás.

—¿Sami no te ha hablado de nosotras? Increíble.... —dijo una.

—Sami —se mofó—. ¿Cómo no me dijiste que tenías amigas tan majas?

«Hipócrita. Qué bien haces tú papel».

—Bueno, no importa; últimamente Sami ha tenido demasiadas cosas metidas en... la cabeza —prosiguió.

Pasaron los minutos lentos. Dominic, con su papel de hombre maravilloso, envolvía a sus amigas en una espiral hipnotizadora. Ella se mantenía en un segundo plano intentando disimular los nervios aferrada a una infusión. Asentía con la cabeza con una sonrisa fingida, mientras sus amigas sutilmente lo interrogaban y él lo sabía... Sabía lo que hacía desde el momento que entró en el restaurante vestido con su impecable imagen de hombre de negocios, con su estilo agresivo y a la vez exquisito. Iba poco a poco sacando de ambas la información que quería de ella. Anécdotas de sus años jóvenes, novios de universidad, reuniones habituales con el grupo de amigos. Cosas sin la más mínima importancia para el resto del mundo, pero un arma perfecta para él.

—Bueno, señoritas, es un placer estar en vuestra compañía, pero tenemos que irnos —dijo levantándose.

—Lo mismo. Esperamos coincidir contigo más a menudo. —Esto último fue dirigido a Samara, que las lanzó una mirada de odio—. Sami, pásalo bien.

Salieron del bar en dirección al coche, le abrió la puerta del copiloto y la invitó a pasar. Era tan calculador que aun sabía que sus amigas les miraban a través de la cristalera.

—Vamos, Sami —soltó burlesco.

«Capullo».

Ya en casa, Luis estaba enfrascado en el despacho de la planta de abajo con el teléfono en el hombro peleándose con alguien, mientras movía unos papeles de un sitio a otro buscando algo. Al verla entrar, le lanzó un beso y siguió hablando.

—Quédate delante de la mesa y quítate la ropa, bella... —murmuró con sorna—. Ponle en un aprieto...

Luis levantó la vista de la mesa y frunció el ceño al ver a Samara desnudándose.

—Sí, pero vuelvo a decirte que no me convence tu oferta —decía sin dejar de mirarla—. Ya, pero no me vale.

Dominic le dio una palmadita en el culo y se sentó detrás de ella, en una

de las butacas más próximas. Samara trepó por encima de la mesa y se acercó a gatas hasta Luis, que intentaba no perder el hilo de la conversación a duras penas.

—Ya... ¿Qué? —dijo—. Repítemelo, no te entendí.

Se sentó sobre la encimera y separó las piernas; quedó totalmente expuesta ante él y pasando los dedos por su sexo se los acercó a la boca. Luis sacó la lengua y dio un suspiro.

—Me parece bien, pero las cifras no me... —No podía dejar de observar aquella mujer contoneándose sobre la encimera como una serpiente—. No me convencen. No me pasa nada, tú dime las cifras que tengo prisa.

Se quitó los zapatos y sentándose en el borde de la encimera empezó a frotar su entrepierna con un pie. Luis dio un bote que a punto estuvo de tirarle el teléfono al suelo. Oyó una ligera risa detrás de ella.

—Tremenda —dijo Luis—. La cifra no. ¡Hombre! —dijo a su interlocutor.

—Vamos, princesa, te quiero más mala... —oyó a Dominic—, más...

Se colocó de rodillas con la cara frente a Luis; sus pechos colgaban sutilmente sobre la encimera y, estirando un brazo, liberó su sexo. Este abrió los ojos y volvió a perder el teléfono nuevamente. Saltó sobre él y se clavó ligeramente la punta de su miembro para luego apartarse.

—No me hagas esto.... —susurró—. Tú no, dame las cifras finales.

—Sublime... —oyó a Dominic—. Realmente sublime.

Estaba a horcajadas sobre Luis y se movía lasciva y lentamente.

—Dame... dame la cifra...

Luis cogió un bolígrafo de la mesa y apartándole el pelo de la espalda escribió en ella. Señaló el número a Dominic y este asintió con la cabeza para darle su aprobación.

—Ya... —jadeó—. Hablamos, venga, adiós.

Colgó como un rayo y la encajó contra sus piernas hasta notarla ensartada en él.

—Hola, Sam... —masculló—. Me alegro de verte, mi amor...

La empujó suavemente sobre la mesa colocando la mano entre sus pechos; su cabeza quedó descolgada apuntando al suelo. Veía a Dominic con una sonrisa desquiciante al revés. Luis se movía despacio mientras

acariciaba sus pechos delicadamente. Dominic se levantó y se dirigió a ella bajando su bragueta y encajándole su miembro en la boca. Presionada, inmovilizada, sentir a ambos era una sensación exquisita, apenas podía controlar las ganas de estallar. Con cada embestida de Dominic, su garganta se dilataba; la tenía fuertemente sujeta la cara con las manos y le obligaba a tragársela entera sin darle la posibilidad de liberarse de él. Sintió el calor de los fluidos de Luis sobre su vientre, la presión de Dominic contra su boca y su estallido de placer, que la invadió y le llenó la garganta con brutalidad.

—Trágate... —susurró—. Todo...

Obedeció a duras penas; aquel líquido le resultaba poco agradable, sobre todo teniendo en cuenta que tenía la boca llena de él. Cuando lo consiguió la incorporó y la mandó ir a ducharse para cenar; era su primer fin de semana tras la vuelta de Quimera; Dominic estaba tranquilo y, al regresar de su ducha, ya preparada y lista para la cena, no pudo remediar quedar plantada en los últimos escalones que daban al salón. Desde su posición veía perfectamente la cocina; Dominic estaba enfrascado entre botes de especias mientras Luis, sentado en la encimera, no paraba de hablar. Le hizo gracia aquella imagen; era la primera vez que veía una situación tan simple y cotidiana entre ellos. Dominic frunció el ceño leyendo un pequeño bote mientras una enorme olla empezaba a hervir, no parecía que prestara mucha atención a lo que Luis le decía, pero este seguía hablando y hablando sin parar mientras gesticulaba con las manos. Se quedó inmóvil; pensó que quizá algún día ella disfrutaría de momentos así con él. Aquella semana había sido extraña, estaba convencida que Dominic la observaba con la intención de ver qué parte de ella había cambiado tras su paso por Quimera. Por primera vez vio a Dominic sonreír, pero no era una de aquellas sonrisas enfermizas que usaba con ella, ni siquiera aquellas burlonas que tenía con los suyos, era una sonrisa humana, sincera, sin ningún trasfondo. Una sonrisa de un amigo, de un hermano a otro.

Aquella noche, tras la cena, Samara despertó asustada por una pesadilla. Cuando se incorporó, vio que Dominic estaba sentado en la butaca y la observaba entre las sombras.

—Estabas hablando en sueños —le dijo.

—Perdona, no recuerdo qué soñaba. ¿Te desperté?

—No importa. —Se levantó y fue hacia la cama—. Cuando era pequeño, tenía terrores nocturnos. —Abrió el cajón de la mesita, apenas podía verlo en la oscuridad—. Me resultaba imposible dormir con las luces apagadas. Luego crecí y los terrores fueron desapareciendo.

Le apoyó la palma de la mano en el pecho y la empujó de nuevo para que se tumbara.

—Me pasaba las noches en vela y en el colegio me dormía; lo único que me despertaba era verte a ti...

Tomó sus brazos y los sujetó al cabecero de la cama; no podía ver que era, pero apretaba horrores sus muñecas. Luego le dio la vuelta de tal forma que sus brazos se cruzaron entre sí y quedó totalmente enroscada a la cuerda que la ataba boca abajo.

—¿Qué haces?

Se colocó sobre ella y la rasgó el camisón de un tirón; la tela se desgarró por la mitad y quedó totalmente desnuda.

—Entrabas por la puerta del colegio con aquella frescura y osadía... y me preguntaba... ¿Qué llevará puesto debajo de la ropa hoy? —Sintió sus dedos acariciando la entrada de su culo—. ¿Qué la excitará? —Se inclinó hacia su cara—. ¿Te duelen las muñecas?

—Un poco...

—Una pena. —Levantó su pelvis y la separó un poco las piernas. Sintió su miembro apoyarse en la entrada de su ano y se llenó de pavor.

—¡No!... no, por favor, ahora no....

—Luego me di cuenta de que a la chica popular la gustaba que la trataran como una zorra, y me dije, vaya, eso puedo hacerlo yo...

Comenzó a penetrarla por detrás lentamente. Samara tensó su cuerpo e intentó escapar del dolor, pero apenas podía moverse por el peso de Dominic sobre ella.

—Cómo cambian las cosas... Qué cerrada estas... —jadeó—. Tarde o temprano te acostumbrarás a ello y lo pedirás como loca... o no.

Movió su pelvis en círculos y Samara tuvo la sensación de que iba a reventar; notaba la fricción de su miembro en las paredes internas de su ano y el dolor se acentuaba cuando se movía. Hasta que cesó... y se apartó.

—Duerme... Así, atada. Dispuesta para mí cuando me apetezcas...

La besó en la mejilla y se tumbó a su lado.

La dejó durante toda la noche y parte del día atada a la cama. Cuando Luis la desató apenas le prestó atención. Se vistió, bajó al piso de abajo y entró repentinamente en el despacho donde Dominic leía la prensa tranquilamente.

—¿Qué quieres de mí? —dijo—. ¿Qué?

No levantó la vista del periódico; eran casi las dos del mediodía y la rabia la superaba. Se dio la vuelta con la intención de irse, pero su voz la frenó de golpe.

—Date la vuelta y mírame —dijo.

Ella se quedó quieta de espaldas a él.

—He dicho que me mires.

Se giró y levantó la cabeza con dignidad.

—Tienes la libertad suficiente para decir lo que piensas. Llevas horas atada a la cama; quiero oír lo que llevas dentro, qué sientes.

Samara apretó las mandíbulas conteniéndose. Al verla así, se levantó y se dirigió hacia ella.

—Vamos, Samara, no temas mi reacción. ¿Te da miedo decir cómo te sientes?

—¡A veces te odio! —gritó. Apenas había dormido y estaba agotada—. ¡Te odio por lo que me haces! Llevó dos días aquí y apenas me has abrazado tan siquiera un segundo. ¿Qué se supone que me enseña esto, Dominic? ¿Qué quieres que haga? ¡Atada como un perro durante horas!

Se rió y los nervios se apoderaron de ella; intentó darle una bofetada pero Dominic la cogió por la muñeca y la llevó hacia él sujetando sus manos a la espalda.

—Ahora sabes lo que se siente... —susurró—. Lo que es querer a alguien con toda tu alma y odiarla con la misma intensidad.

La empujó contra la pared y empezó a besarla; ella intentó zafarse de él, se sentía dolida, pero su lengua se coló en su boca y empezó a moverse loca buscando la suya. Soltó sus manos, la levantó en el aire y la sentó sobre la mesa; besó sus piernas, sus muslos, su lengua pasó delicadamente

por su sexo y creyó morir de placer. Abrió con la mano sus labios y lamió suavemente su clítoris provocándola un placer inhumano. La sintió estremecerse y apartándose de ella comenzó a hacerla el amor. Apenas la dejaba respirar; era como si quisiera devorarla entera, con cada embestida, cada jadeo y cada movimiento sobre ella la mataban de placer. Cayó sobre su cuerpo, le cogió con ambas manos la cara y apoyó la frente en la suya. Descargaba y la llenaba mientras ella no dejaba de gemir.

—Ahora... sé buena chica... sube arriba y prepárate. Voy a llevarte a un sitio que tiene mucho significado para ti...

Una hora más tarde Samara estaba con la boca abierta delante del pequeño restaurante italiano donde su padre la llevaba de pequeña. Fue sorprendente comprobar que todavía seguía funcionando; se giró para mirarlo y lo vio mirarla atentamente con una sonrisa en la cara.

—Aquí... aquí comía con mis padres de pequeña; me encanta la comida italiana... Me hace muchísima ilusión... ¿Cómo lo sabías?

—Hay pocas cosas que no sé de ti. —Tiró de su brazo y la llevó adentro.

El dueño era el mismo que años atrás, solo que con menos pelo y más barriga.

—No sé cómo agradeceréte, me ha hecho mucha ilusión. Hacía años que no venía aquí.

—Yo sí. —Levantó la vista de su plato y la sonrió—. Ve al baño, quítate la ropa interior. Yo pediré el postre, cariño.

«Malditos postres.»

Al volver, se sentó cohibida. Miró nerviosa a su alrededor y sonrió a Dominic.

—Creo recordar que te gustaban las fresas, ¿no?

Un camarero depositó una enorme taza repleta de fresas y aparte un cuenco de nata montada. Estaba a punto de verterlo en las fresas cuando Dominic la paró.

—Espera.

Se levantó y se sentó en la silla de al lado. Samara empezó a sentir terror cuando Dominic metió los dedos en la nata y disimuladamente se los pasó

por el sexo hundiéndolos con la nata en él. Repitió la acción varias veces hasta que la nata en su totalidad estaba empapándola; se levantó y volvió a sentarse frente a ella.

—Dominic, hay mucha gente... —Soltó una risa nerviosa y resopló.

—Ese es tu problema. —Cogió una fresa y se la dio—. Me gusta con nata. Venga.

No sabía dónde meterse; tuvo la sensación que dos jóvenes la miraban con curiosidad, pero al seguir a lo suyo se dio cuenta de que eran cosas suyas, así que disimuladamente metió la fresa entre sus piernas y tras untarla en la nata se la ofreció. Dominic la cogió y se la comió. Sintió la excitación de su sexo al volver a frotar otra fresa en él y ofrecérsela. Dominic se la metió a ella en la boca. Se rió al verla masticar con aquel nerviosismo y la dificultad que tenía para tragar la fresa. Le hizo seguir el mismo proceso hasta que no quedó una sola fresa en la copa de cristal; tras esto pidió la cuenta y salieron del local. Antes de subir al coche, le pasó la mano por el culo y delicadamente llevó los dedos a la parte superior de su sexo.

—Es de mala educación dejar el postre a la mitad —le susurró chupando los dedos.

18. Casualidades

Ni siquiera tú sabes cómo parar; te puedo asegurar que no existen las casualidades, sólo la causalidad.

El lunes regresó al trabajo radiante, pero en la oficina se respiraba un ambiente tenso. Los directivos de la empresa de Samara estaban reunidos desde primera hora de la mañana. Cuando entró en su despacho, una de las chicas de su equipo la siguió como un rayo.

—¿Qué pasa hoy? —preguntó.

—Hay problemas. Los jefes están reunidos con una de las empresas más importantes; el dueño también es accionista de nuestra empresa; nos encargaron la campaña publicitaria y no les ha gustado, Sami. ¡Es horrible! Estuvimos casi un año preparándola bajo la supervisión de Richard. ¿Recuerdas?

—Vaya, pero ¿no podéis cambiarlo? —Su compañera estaba alterada—. ¿No hay manera de solucionarlo?

—La imagen corporativa estaba bien, pero no gusta y la campaña publicitaria para televisión no ha gustado nada, Dios mío... Si perdemos este cliente nos vamos a la mierda, Sami... Se va a la calle más de la mitad de la plantilla fijo; son muchísimos millones.

—Pero, Susana, yo vi ese proyecto; no estaba mal.

—Me han pedido que lleve la carpeta a la sala de reuniones, pero estoy muy nerviosa. Por favor, te lo suplico, ve por mí. No estuviste metida en la campaña, no te preguntaron nada. A mí me tiemblan las piernas.

—Vale, tranquila. ¿Con quién están?

—El mismo dueño vino hecho una furia. Siempre mandó a algún directivo, pero hoy apareció a primera hora y se encerró con los jefes en la sala de juntas.

—Tranquila, iré yo. Tranquila...

—Gracias, gracias, mil gracias, Sami.

Atravesó los pasillos en dirección a la sala de juntas. A través de los cristales vio a todos sus jefes sentados en la mesa y un hombre de espaldas a todos zarandeando las manos. Llamó a la puerta y entró con la carpeta. Uno de sus jefes sudaba exageradamente mientras se limpiaba la frente con un fino pañuelo blanco.

—¿Me quieren decir cómo demonios pretenden que presente mi empresa en los Emiratos con esta melodía hortera? —Levantó los brazos y gruñó entre dientes—. Y luego viene lo mejor, el logotipo... ¡Una mierda!

Se acercó a su jefe y le tendió la carpeta.

—Se lo modificaremos; le pido un poco de paciencia; miré, aquí tengo el proyecto y el presupuesto...

—No... ¡No hay tiempo...!

Samara se disponía a salir cuando el hombre se dio la vuelta.

—Esto es un desastre; tengo que venir personalmente porque no son capaces de... ¡Joder! —Un grito casi femenino salió de su garganta repentinamente.

Se quedó parada en mitad de la sala de juntas; el individuo que pegaba voces de espaldas era Carlo. Al verla se le dilataron las pupilas y se quedó con los ojos tremendamente abiertos.

—¿Qué haces tú aquí? —dijo petrificado.

Toda la sala miró para ella.

—Yo... trabajo aquí...

—¿Se conocen? —El jefe de Samara era el que más cara de susto tenía.

Estaba claro que Carlo no tenía ni idea de que ella trabajaba en esa empresa. Se llevó las manos a la cintura apartando la chaqueta del traje y pestañeó nervioso.

—Denme... un momento para asimilar la situación... —dijo.

—No te muevas de ahí —le suplicó su jefe.

Samara movió la cabeza nerviosa y se mantuvo expectante. Carlo sacó el teléfono móvil y aún con gesto de asombro miró a los directivos.

—Necesito hacer una llamada a mi abogado. —Al decir esto último miró a Samara.

Salió de la sala y al poco regresó y, cerrando la puerta, apoyó las manos en la mesa.

—Tienen un mes. Ni un día más.

—No le defraudaremos, señor Armani. Le compensaremos.

Carlo miró a Samara y sonrió.

—De eso no me cabe la menor duda.

19. Detalles

Tengo que confesarte que incluso yo a tu lado aprendo cosas nuevas. Empiezo a observar el mundo que tanto daño me hizo, y de esa forma descubro de lo que puedo ser capaz.

Dominic miraba a través de la ventana. Aquella mañana había llegado muy temprano a la oficina; había terminado unos asuntos importantes y, tras pedir que no le molestaran, el resto de la mañana se encerró en su despacho. Apoyó la palma de la mano en el marco de la ventana; estiró la espalda y se puso un café de un pequeño termo que su secretaria le traía todos los días.

La actividad en la calle era frenética. La gente corría como loca por llegar a sus trabajos y los coches descontrolados atravesaban la avenida. Se quitó la chaqueta del traje, aflojó la corbata y pasó la palma de la mano por su nuca.

Samara le había llamado para contarle lo que ya sabía de Carlo. Le habían dado el resto del día libre y ahora esperaba que en cualquier momento apareciera por la calle.

—Ahí estás —susurró acercándose más a la ventana.

Paseaba por la acera con un vestido verde corto y una gabardina marrón entreabierto; llevaba las manos en los bolsillos y su larga melena negra se movía al compás de sus pisadas. Miró el reloj; todavía era pronto y paró en una pequeña terraza de la acera de enfrente, cubierta por un toldo rojizo que se movía ansioso por la brisa.

—No mires tanto el reloj, princesa. Te pondrás nerviosa.

Observó cómo miraba el teléfono, cómo lo dejaba en la mesa y volvía a mirar la hora. Se rió al notar sus nervios, su forma de azuzarse el pelo y el tembleque habitual de su rodilla.

—Siempre tan impulsiva —musitó.

Cogió por tercera vez el teléfono y Dominic sintió vibrar el suyo en el

bolsillo.

—Dime, preciosa. —Su voz era suave y tranquila.

—Hola, llegaré en diez minutos.

—¿Dónde estás? —preguntó con hipocresía.

—En una cafetería tomando algo. Cerca de tu trabajo.

—Seguro que estás preciosa, como siempre.

Una risa tímida sonó al otro lado del teléfono.

—Tómame tu tiempo, aquí estaré.

Colgó y siguió observándola a través de la ventana; hacía mucho tiempo que no se sentía tan relajado como aquella mañana; normalmente tenía tantas cosas que hacer en la empresa que su cabeza funcionaba a mil revoluciones por minuto, pero ese día nada le llenaba la mente más que ella.

El teléfono de sobremesa sonó y al presionar el botón del manos libres la voz aguda de su secretaria retumbó en el despacho.

—Señor, la señorita Samara está aquí.

—Bien, que suba.

Tras unos minutos, la puerta sonó y Samara asomó la cabeza con una sonrisa devastadora. La observó avanzar hacia él, hasta que la tuvo a tan sólo unos centímetros de su cara. Bajó la mirada y se recogió el pelo por detrás de las orejas. En aquel momento le hubiera besado, pero apenas se atrevió a mirarle.

—Te noto nerviosa —le dijo.

—No... Estoy bien.

Se acercó un poco más a ella hasta rozarla con la nariz y respiró profundamente aquel perfume que tanto le gustaba.

—¿Qué te impide hacerlo? —dijo—. Hazlo.

Era tan minucioso en los detalles, tan lento y retorcido en sus movimientos, que aquello excitaba sobremanera a Samara. Levantó la cabeza y le besó delicadamente en los labios. Se apartó de él justo en el momento en que empezaba recorrer con las manos su cintura; la desprendió de la gabardina y luego deslizó de nuevo las manos por debajo de su vestido. Dos finas tiras anudadas a ambos lados de la cadera soportaban el pequeño peso de unas finas braguitas de algodón. Sin dejar

de mirarla soltó primero el lado derecho y luego el izquierdo, y tras esto, sutilmente las cogió por el centro y las sacó de entre sus piernas. Se las metió en el bolso de la gabardina y volvió a ponérsela.

—No olvides que las llevas en el bolso —susurró.

—No lo olvidaré...

Le arregló los tirantes del vestido; sus mejillas estaban sonrojadas, mezcla de su habitual pudor y su excitación. Estaba convencido de que si pasaba el dedo por su sexo descubriría esa pasión que siempre afloraba en ella, y eso le encantaba.

—Levanta la cabeza, Samara.

Ella no soportaba su autocontrol; sabía que la deseaba con toda el alma, pero aun así era capaz de llevarla al límite y parecer el hombre más imperturbable del mundo.

El edificio de Dominic estaba anexo a otro y ambos compartían un restaurante común que se encontraba en una especie de pasadizo que comunicaba a ambos bloques de oficinas. No solía ir a menudo pero cuando lo hacía siempre se sentaba en una de las mesas más apartadas del local. Allí nadie le molestaba; sus empleados tendían a ser excesivamente amables con él y eso era algo que no le gustaba. Por eso, cuando entraron, medio restaurante se quedó observándolos.

—Siempre me siento muy observada cuando vengo —musitó.

—Ya te dije que no debía preocuparte; estás demasiado pendiente de los demás. —Se sentó y avisó al camarero—. La gente es quisquillosa; eres la primera mujer que ven conmigo y les gusta hablar.

—¿Por eso la mujer de la tienda pensaba que eras...?

Dominic subió la ceja y la miró de reojo.

—No importa.

—Relájate un poco, Samara, nadie sabe que no llevas ropa interior. Si sigues poniéndote roja, será cuando noten algo raro.

Suspiró algo más relajada y le contó la casualidad con Carlo y todo lo que había pasado en la oficina.

—Sé que te llamó...

—Cierto. —Un leve pitido sonó en su teléfono.

—¿Puedo saber qué te dijo?

—No —dijo, impávido.

—Tenía que intentarlo. —Sonrió y dio un sorbo a su zumo.

Después de un rato en la cafetería, Dominic volvió a subir con ella al despacho. Esta vez, cerró la puerta con llave y giró la manilla del cordón que manipulaba las cortinas venecianas de la mampara. Ella permanecía de pie en mitad del despacho observando lo que hacía hasta que de pronto el sillón de Dominic se giró y Carlo apareció frente a ella. El respaldo era tan alto y ancho que no se había percatado de su presencia y dio un bote del susto.

—Tienes que decirme donde compras el mobiliario; me estaba quedando dormido. Hola, Samarita.

—Hola, Carlo...

Se levantó y se acercó a ella; intentó pasar la mano por su mejilla, pero ella se apartó.

—Tranquila... —dijo Dominic—. Está vacunado de la rabia.

—¿Meredit? —le preguntó, con la intención de disimular su incomodidad.

—Con su marido, en su mundo imperfecto y aburrido.

—No sabía...

—Lógico, pero no te preocupes, pronto la veras. Sé que sois muy amiguitas. Mi sumisa es encantadora. Lógico, la educo yo.

«Ya quisieras tú.»

Se giró hacia Dominic, que permanecía apoyado en la ventana.

—¿Sigue en pie lo del sábado?

—Allí nos veremos. —Se acercó a la mesa y le entregó una carpeta—. Esto es tuyo; acuérdate de firmar en las dos copias.

Carlo cogió la documentación y, tras pasar la mano por la nuca de Dominic, en un gesto fraternal se acercó a Samara y la besó en la mejilla.

—Hasta entonces pues...

Salió con rapidez y Dominic volvió a su lado; pasó los dedos por la fina tela que cubría sus pezones y los pellizcó suavemente hasta provocar en ella un leve gemido de dolor.

—Se buena chica; quítate el vestido y apoya las manos en la mesa.

Aquella orden desorientó a Samara; obedeció rápidamente y se colocó de espaldas a él suplicando en silencio que nadie llamara a la puerta.

—Separa las piernas; quiero verte bien.

Notó su mano acariciar sus nalgas y rozar levemente su sexo. Sintió pudor al notar su propia humedad y la facilidad que tenía de excitarla con pequeños detalles.

—Creí que eras menos tímida; me sorprende tu vergüenza y tu pudor. — Le dio una suave palmada en el culo y con un toque de pie le hizo separar más aun las piernas.

—Inclínate y separa con las manos ese coñito —dijo—. Vas a perder la vergüenza conmigo.

Le latía el corazón a cien por hora. Hizo lo que le pidió y se quedó quieta rezando porque aquello terminara. El despacho estaba tan iluminado que pensó en sus mil defectos y en si él se daba cuenta de lo mal que lo estaba pasando. Sintió su mirada inquisitoria por todo el cuerpo, cómo observaba minuciosamente su entrepierna y cómo volvía a incorporarse de nuevo tras ello. Sus pechos rozaban la encimera; sus caderas clavadas en la mesa y sus manos abriéndose la hacían realmente apetecible. Se sacudió nerviosa cuando sintió la punta de su miembro apoyarse en la entrada de su ano para volver a atormentarlo otra vez.

—Quieta...

Sabía que le dolía, que jamás se acostumbraría; él no lo permitiría, no dejaría que se acostumbrara, dejaría pasar el tiempo para volver a hacerla suya así. De esa forma, el dolor sería el mismo y su placer igual. Samara se aferró a la encimera al notar la primera embestida que la abrió en dos. Apoyó la mejilla en la mesa y pudo ver el brillo de sus ojos que anunciaban el llanto, que denotaban que el dolor era insoportable.

—No debes gritar... —Le susurró al oído—. No querrás que te escuchen, ¿no?

Meneó la cabeza negativamente y se mordió el labio inferior. Estaba ansiosa de que la poseyera, pero no de esa forma, no con aquel dolor tan desagradable, al cual no llegaba acostumbrarse. Su sexo latía ansioso, pero sus embestidas cada vez más bruscas hicieron desaparecer el deseo que sentía en aquel momento, y cuando al fin paró y se apartó de ella, sintió un

vacío casi doloroso.

—Samara. —Su nombre sonaba siempre distinto cuando se acercaba a su oído y lo decía—. Mírame, Samara.

Se incorporó torpemente; sus piernas temblaban y le ardía el culo horriblemente. La entregó su vestido y la ayudó a anudarlo en la espalda. Era consciente de su capacidad por desubicarla; la abrazó y besó en la frente y, al rodearla con los brazos, sintió que la emoción la embriagaba. Eran tan pocas veces la que le sentía tan cerca... y ella necesitaba esa parte de él y lo sabía.

—Levanta la cabeza cuando salgas por esa puerta.

—Quiero quedarme contigo...

Se rió y, acercándose a la mesa, pulsó el botón del teléfono.

—Dígame, señor.

—¿Tiene algo para mí o puede esperar a mañana? —dijo secamente.

—No, señor, las llamadas importantes ya las atendió el señor Luis; el resto puede esperar.

—Gracias. —Tras esto, colgó.

Se quedó pensativo mientras se ponía la chaqueta del traje... cogiendo la gabardina de Samara, se la puso sobre los hombros.

—Levanta la cabeza, Samara —volvió a repetirle.

Respiró profundamente y salió con él al pasillo; Dominic se adelantó para hablar con un hombre que estaba en la mesa más cercana. Ella esperó cerca del ascensor y dos mujeres se acercaron justo al mismo tiempo que Dominic volvía a su lado.

—Señoritas... —dijo educadamente.

—Buenas tardes, señor —contestaron.

En el ascensor el silencio cortaba el ambiente; sabía que sus empleados le tenían por un hombre excéntrico y demasiado receloso de su vida. Jamás había hablado con ninguno, si no era absolutamente imprescindible. Sabía que le tenían un respeto enorme, pero este era directamente proporcional a su curiosidad por él. Fueron parando en varias plantas y a medida que entraban y veían a Dominic los empleados se apelotonaban en la parte delantera del ascensor intentando no molestarlos en aquel espacio tan reducido. Nunca se había fijado en aquellos detalles; iba siempre demasiado inmerso en sus pensamientos para darse cuenta de todo lo que

pasaba en torno a él. Le hizo gracia ver a seis personas dándole la espalda, como si fueran a saltar de un tobogán y esperaran el pistoletazo de salida. Llegaron a la planta baja y el ascensor quedó vacío; una más y llegaron al garaje. Al salir, Samara tiró de su mano, angustiada por sus propios pensamientos, y le hizo frenar.

—Dominic... ¿Qué pasa el sábado?

Paró delante del coche y le abrió la puerta del copiloto con educación.

—Sube y no des vueltas a las cosas.

—Dominic... —repitió, suplicante.

—Samara —la interrumpió—, una vez me preguntaste qué haría si me decías que no, ¿recuerdas?

Asintió con la cabeza.

—Hoy te pregunto yo a ti. ¿Me dirías que no?

—No, no te diría que no —dijo.

—Que no te preocupe entonces lo que pase el sábado.

20. Treinta minutos

No creas que disfruto castigando tus impertinencias. No es algo que me llene de gozo. Te dije una vez que sería implacable cuando cometas un error.

Durante el resto de la semana, Samara estuvo inmersa en dos posiciones totalmente contrarias. Por un lado estaba feliz porque, por unos días, Dominic había sido un poco más cariñosa con ella, atento e incluso afectuoso. Conocer esa parte de él le otorgaba una seguridad que creía haber perdido totalmente, pero por otro lado las dudas la atormentaban; una parte de ella la mantenía en alerta y le decía que algo había detrás de aquella conducta afable por parte de él. Aquella sensación la acompañó durante varios días; ella era una mujer suficientemente inteligente para darse cuenta que aquella pausa que le daba tendría un fin. A esta sensación de desasosiego se unió el hecho de tener a Carlo todos los días paseando por la oficina, pero por suerte para ella siempre estaba acompañado de dos asesores personales que no le dejaban sólo ni un minuto, por lo que ni siquiera él tuvo tiempo para acercarse a ella con sus continuas provocaciones. Era viernes y estaba a punto de salir de la oficina. Su bolsa de viaje estaba preparada en el sofá de su despacho; quedaban tan sólo unos minutos para ver por la ventana el coche negro de Dominic.

—¿Siempre vienes con esas falditas tan cortas a trabajar?

Se dio la vuelta y vio a Carlo en el umbral de la puerta. La observaba con sus inmensos ojos azules y aquellos mechones desordenados de pelo rubio cayendo por su frente, enloquecidos.

—¿Siempre eres tan capullo? —contestó.

Se rió con sarcasmo y cerró la puerta.

—Venga, Samarita, no seas tan borde conmigo.

Se aproximó a ella curioseando entre los papeles que veía a su paso, como si estuviera buscando algo. Cogió un porta-fotos de sobremesa y lo

miró; Samara iba colocando todo lo que cogía a medida que revolvía sus lapiceros, y sus pequeños tacos de papeles de colores donde anotaba teléfonos y alguna orden pendiente.

—¿Qué quieres, Carlo?

Se dio la vuelta y casi estuvo a punto de chocar con ella; la repasó de arriba abajo varias veces y profirió una mueca cómica.

—Qué quiero... —Dio un suspiro y gruñó.

—Sé lo que pretendes conmigo y no lo vas a conseguir —dijo, desafiante—. Tenlo claro.

—No ladres antes de tiempo, chica lista. Y no me subestimes; que no seas mía no significa que llegado el momento no pueda hacer contigo lo que me plazca.

—Déjame en paz, Carlo. —Se apartó de él—. O si no...

Soltó una carcajada y la cogió por los hombros.

—¿O si no qué? ¿Me vas a pegar otra de tus bofetadas? Oh, sí... Tu carácter me pone en bandeja muchas cosas, querida...

Samara se apartó de él cuando intentaba coger su cara.

—¿No ves que por las buenas todos saldremos ganando...?

—Me advirtieron de que me mantuviera alejada de ti antes de conocerte; eres un enfermo.

Abrió sus enormes ojos y volvió a sonreír dejando al aire una fila de dientes blancos.

—¿Y qué me dices de ti, Samara? —Se dejó caer en el sofá y apartó la bolsa de viaje—. ¡Dime! ¿Qué me dices de ti? —Abrió los brazos como suplicando al cielo y frunció el ceño—. ¡La zorrita de Dominic! Cuando me dijeron que existías, no podía creérmelo; tenía que conocerte, tenía que saber qué tipo de mujer era la que perseguía a mi hermanito mayor desde su infancia. Ahora la había... ¿Conseguido? —Se mofó—. No... Obligado es la palabra, sometido a sus bipolaridades, sus amoralidades... —Fijó sus ojos en ella—. No podía ser una simple sumisa, demasiado fácil, una mujer que se somete y disfruta con ello no es plato para Dominic.

—No sé dónde quieres llegar.

—Por eso le venero Samara, venero cada una de las cosas que hace, es tan deliciosamente retorcido y destructivo que eligió al amor de su vida para tal fin. No podía ser otra sino tú...

Se levantó y encendió un cigarrillo que sacó de su chaqueta.

—Hasta mañana, ricura —dijo abriendo la puerta—. Por cierto, esmérate un poquito más con mi campaña, tu gente depende de ti... —Salió canturreando la maldita cancioncita—. Oh, nena, viniste a mi mundo... volando...

Cerró la puerta de un portazo y, tras recoger sus cosas, bajó a la calle, donde Dominic la esperaba en el coche. Aquel viernes no había mucho tráfico; no le dijo durante el viaje nada de su conversación con Carlo; al llegar a casa Luis estaba tumbado en el sofá y corrió a su lado intentando buscar el consuelo de sus abrazos. Estaba agotada, aquella tarde.

—¿Qué pasa, Sam? —Aquella dulzura en sus palabras eran suficientes para calmar su alma—. Ven, tumbate a mi lado, mi amor...

—Carlo me atormenta —susurró con pucheros.

—No le hagas caso, mi niña. —Rió y la estrechó entre sus brazos—. También es mala suerte que de todas las empresas que hay dé con la tuya.

Dominic se había metido en el despacho y hablaba por teléfono acaloradamente, así que se quedó el resto de la tarde con Luis en el sofá, el cual no dejó de besarla y abrazarla en todo momento.

—¿Qué pasa mañana, Luis?

—Es el cumpleaños de Carlo... Pasaremos el fin de semana en su casa.

—¡No puede ser verdad! ¡No! —gimió.

—Tienes que tener paciencia; no estará Meredit, así que pondrá todo su empeño en sacarte de tus casillas. Recuerda que es lo que quiere...

Al día siguiente Dominic la despertó temprano y dos horas después ya estaban delante de la inmensa casa de Carlo, un amplio cubo de mármol que trasmitía la misma frialdad que él. Cuando entraron en la finca, dos enormes dogos alemanes les recibieron y acompañaron a la puerta de entrada. Carlo esperaba vestido con un pantalón de traje y una camisa ligeramente abierta color marfil, que dejaba entrever la falta de bello natural en su cuerpo. Samara se sintió aliviada al ver a Yelina, Xiamara y la elegante estampa de Roberto frente a la mesa de comedor. Las muchachas, que hasta ese momento estaban de rodillas a cada lado de la silla de su señor, se incorporaron y la llenaron de besos y abrazos. Tras

esto, volvieron a su posición.

—Bella Samara, siempre es un placer volver a verte —le dijo Roberto con su aire aristócrata, mientras acariciaba el cabello de Yelina.

—Hola, Samarita. —Carlo pasó por delante de ella y le entregó un pequeño vaso con un licor que olía a almendras.

—No bebo...

—Oh, no seas maleducada; hoy es mi cumpleaños. Vamos, preciosa, no me hagas ese feo—. Hasta su tono era desquiciante; sonrió falsamente y asintió con la cabeza.

Miró a Dominic; le hizo un gesto para que aceptara el licor y ella de mala gana se lo bebió. Al instante le dio otro vasito y repitió la operación hasta que Dominic le mandó parar.

—¿Nunca te emborrachas?

—Carlo... —Dominic lo miró de soslayo.

—Vale, papi...

Durante la comida y el resto de la tarde, Samara hizo lo posible para no quedarse un minuto a solas con Carlo. Estaba convencida que intentaría sacarla de sus casillas en el mismo momento que se quedaran a solas, pero en un momento de la tarde tuvo que ir a la cocina a coger un vaso de agua para Dominic, y cuando cerró la nevera con la intención de regresar, ahí estaba él.

—¿Nunca te cansas? —le espetó.

—Lo estás haciendo muy bien; se nota que estas canalizando toda tu furia. —Al decir esto, elevó los brazos con sorna y cerró los ojos.

—Yo soy más lista que tú. Dominic nunca me dejará contigo; soy lo suficientemente astuta para que eso no pase —dijo con dignidad.

Carlo la miraba con una sonrisa de medio lado y las manos en los bolsillos. Su pelo rubio no estaba engominado como de costumbre, y si no fuera por la maldad que se dibuja en sus ojos, parecería un querubín indefenso y lleno de dulzura. Se apoyó en las puntas de sus zapatos y suspiró.

—No me cabe la menor duda de que eres muy lista; es más, solo de pensar en tu sublime inteligencia se me pone dura.

—Capullo egocéntrico... —dijo entre dientes.

Lo vio sonreír nuevamente y alzar la vista por encima de ella. Samara escuchó unos pasos tras ella y al girarse el corazón le dio un vuelco.

—La parte que más me ha gustado ha sido la de que eres suficientemente astuta para conseguir que yo no haga algo. —Dominic se frotaba la frente y miraba al suelo algo desconcertado—. Madre mía...

—No... Sólo le contestaba, Dominic... No quería decir que tú...

Su voz era apenas perceptible; intentó explicarse pero él movía la cabeza de izquierda a derecha sin apenas escucharla.

—Carlo, déjanos un momento, por favor.

Cuando Carlo salió, la cogió por los hombros. Samara intentaba decirle que todo lo que había dicho era por fastidiarle, que no se refería a él en ningún momento y era cierto, pero Dominic la miraba ferozmente sin apenas prestar atención a lo que hablaba.

—No te voy a permitir que por defenderte en un juego de patio de colegio con Carlo pongas en entredicho mi autoridad, Samara. No tienes ni idea de lo que acabas de conseguir. Ve al salón.

Salió con el rostro congestionado. Luis se dio cuenta de su angustia y fue a su lado.

—Lo conseguí, ¿no? —dijo—. Mira que te avisé, Sam.

—Luis... me provocó y le dije cuatro tonterías, pero tengo tan mala suerte que Dominic estaba detrás; soy una estúpida.

La conversación terminó en el mismo momento en que Dominic apareció por la puerta y la llamó. Tiró de su mano y la llevó hacia una especie de biblioteca, donde Carlo esperaba. Una hilera de estanterías diáfanas plagadas de libros se extendía por ambos lados de la habitación, y al fondo había un pequeño sofá y una mesita baja. Varios discos de vinilo de ópera se dispersaban por la mesa. Dominic la empujó al centro de la habitación, de tal manera que Samara quedó entre ambos hombres.

—Tienes treinta minutos —le dijo.

Samara lo miró horrorizada. No era el temor a Carlo; era la rabia por ser cedida de aquel modo a su mayor enemigo en aquel momento.

—Dominic, por favor...

—Obedecerás todo lo que salga de su boca sin un mal gesto, como si de mí se tratase. Siempre te he tratado por encima del resto de las mujeres de Quimera; en el momento que cierre la puerta, eres lo mismo y de él.

Tras decir eso, cerró la puerta y quedó sola frente a Carlo, que se acercó lentamente a ella. Cuando estuvo a unos pocos centímetros, se rió y al instante resopló un mechón de pelo que le caía por la frente.

—¿Ves cómo soy más listo que tú...?

Iba a insultarlo, pero sintió una fuerte bofetada que le llevó la cara hacia la derecha. Tensó la mandíbula y se llevó la mano a la mejilla.

—Si has hecho esto sólo para acostarte conmigo...

—No, querida mía... te puedo asegurar que lo que menos tengo ganas ahora es de eso. No es mi prioridad. Date la vuelta —ordenó.

Samara se giró enrabiada; recordó las palabras de Dominic y tragándose su orgullo se giró ofuscada. Carlo cogió algo de un paragüero y cuando intentó girarse para ver qué era sintió un golpe seco en el trasero.

—Te voy a dar unas simples reglas de conducta, las que aún mi hermanito mayor no te ha enseñado. En el momento que no seas lo suficientemente rápida o pongas alguna pega... —Otro golpe seco la hizo gritar— te daré con la fusta como hago con mis yeguas cuando no corren. —Soltó una carcajada y se apartó un poco—. Quítate la ropa.

—Por Dios... —susurró. Otro golpe más fuerte la balanceó hacia delante—. ¡Voy...voy...!

Se quedó desnuda de espaldas a él. No recordaba sentirse tan humillada en su vida. Carlo se apartó más hacia atrás, podía oír sus pisadas en la tarima alejándose.

—Las manos en la nuca y separa las piernas.

Por momentos pensó si Meredith sufría aquel tormento y si disfrutaría con ello. Ella no estaba acostumbrada... le ordenó ponerse de rodillas y su sorpresa fue lo que le pidió.

—Ahora, ven a gatas hacia mí. Quiero ver cómo te mueves a cuatro patas por el suelo, y más te vale no levantar la vista, a menos que yo... te ordene lo contrario.

Se acercó con la cara hirviendo y la mirada en el suelo hacia él. Aquel recorrido le pareció eterno y, cuando tuvo los zapatos de Carlo a tan sólo dos centímetros de su cara, paró en seco.

—Date la vuelta y separa las piernas —dijo.

Ella masculló algo en bajo y la fusta descargó su ira en uno de sus pechos.

—No me hagas levantarme... Te aseguro que no te gustará saber de lo que soy capaz.

Se giró rápidamente y separando las piernas sintió cómo Carlo jugaba con su ano; notó cómo se inclinaba hacia ella y se quedaba inmóvil detrás.

—Di «ah» —le espetó.

Sintió cómo algo entraba en su culo de una forma tan repentina que no pudo contener un grito de dolor, e intentó gatear hacia delante, pero Carlo la sujetó por el pelo y acabó de clavar lo que fuera aquello en su ano.

—Tranquila... Todas os acabáis acostumbrando a mis juguetes...

—¿Qué... es eso...? —jadeó.

—El hombre del saco.

La levantó por el pelo y la lanzó sobre el sofá, dejándola a cuatro patas; giró el instrumento que llevaba en el culo y le volvió a provocar un gemido de dolor.

—Ahora, si vas a tener que dilatar ese coñito... porque ahora... si te voy a follar...

Al oír aquellas palabras, le entró el pánico. Estaba tan comprimida con aquel monstruo dentro de ella que al notar cómo resbalaba su miembro por su vagina creyó que iba a partirse en dos. La tenía sujeta por las caderas y el respaldo del sofá impedía que se moviera o intentara huir.

—¡No, no, no, no! —gritó.

Le tapó la boca y empujó clavándose en ella violentamente. Sus ojos se llenaron de lágrimas y empezó a sollozar bajo su mano. Se aferró con fuerza al sofá y suplicó en silencio que aquello terminara rápido, pero Carlo se encontraba sumido en un clímax que le impedía ni siquiera pensar en un fin. Cuando estaba a punto de descargar en ella, tiró del instrumento del diablo y la penetró por detrás, algo que apenas Samara notó dada la dilatación que tenía en ese momento... y con varias y prolongadas cabalgadas terminó en ella totalmente extenuado.

Le ardía todo. Tenía los inmensos brazos de aquel demonio a cada lado de su cara, y apenas podía moverse por su peso. Las rodillas le temblaban y el trasero le quemaba. Carlo se incorporó y cogió algo de la mesa baja.

—No te muevas, voy a recordarte por unos días tu mal comportamiento.

Se giró; lo vio sujetar un rotulador con la mano y sintió la punta en su piel, al final de la espalda.

—Veamos... «Soy una zorrita maleducada» —dijo—. Eso es... Es un permanente... te costará quitarlo unos días, preciosa.

Se derrumbó en el sofá hasta que tirando de ella la levantó casi en el aire y la ató con unas esposas a la pata de la mesa. Estaba desnuda, con el rímel corrido por el llanto y en una situación lamentable. Se apartó arreglándose y miró el reloj.

—¿Me vas a dejar aquí? —le dijo desesperadamente.

—Es que se me han pasado los treinta minutos, ricura...

Cuando Dominic abrió la puerta de la biblioteca, Samara estaba totalmente dormida, en el suelo, en una postura casi estrafalaria. Soltó sus muñecas de la mesa y le meneó la cara para que volviera en sí.

—Vamos, nena... despierta...

La levantó en brazos y se la llevó aún desnuda al sofá. Se sentó con ella y la apretó con fuerza a su pecho. En aquel estado de agotamiento, Samara sintió como si la balanceara hacia delante y atrás. Fue despertando poco a poco y al ver a Dominic rodeándola con sus brazos una calma inmensa la invadió por completo. Se aferró con fuerza a su pecho y comenzó a llorar desconsoladamente.

—¿Por qué me dejaste con él? —repetía una y otra vez—. Es perverso conmigo...

—Niña, los castigos son castigos; no existe nada más después de ellos.

—Me hizo daño —musitó.

—Vamos, no es para tanto, sólo que no estás acostumbrada a ese trato.

—La besó en la frente y las mejillas—. Ya pasó. Te has portado muy bien, lo que te duele es la humillación, apenas te ha tocado...

—¡Ha sido horrible! —se lamentó—. ¡Horrible!

—Lo he visto todo, princesa; jamás te dejaría a solas con nadie. —Volvió a llenarla de besos y la balanceó entre sus brazos.

—Tú eres diferente.

—No, son distintas formas de llegar al mismo sitio. Diferentes métodos, créeme...

—¡Lo odio! —gritó.

Dominic soltó una suave carcajada y volvió a pegar su cara a él.

—No seas terca; Carlo te aprecia más de lo que tú misma te podrás dar cuenta.

Se levantó con ella en brazos y la sacó de la biblioteca. Estaba tan agotada que apenas le importó que pasara por delante del resto de invitados con ella totalmente desnuda en el cuello. Incluso pudo ver a Luis y su gesto de tristeza cuando subió con ella las escaleras hacia la planta de arriba. La metió en la bañera y tras aplicarle jabón por todo el cuerpo delicadamente, la aclaró. No pudo contener una carcajada al ver la frase que Carlo había escrito con esmero al principio de sus nalgas, y tras ayudarla a salir de la bañera la metió en la cama cuidadosamente.

—Vengo ahora, quédate aquí.

Cuando Dominic salió, observó que la habitación era inmensa. Las paredes eran blancas y sobre el techo pendía una inmensa pantalla de televisión amenazando con caerse en cualquier momento. Un aparador de líneas rectas frente a ella estaba inundado de perfumes y botes de distintos tipos de cremas. El cabecero estaba tapizado en piel y el lateral derecho era un inmenso cristal que comunicaba con una terraza llena de sofás de mimbre y bonitos cojines de colores. Se acurrucó en la cama y al oír la puerta se giró esperando ver a Dominic, pero la imagen de Carlo le hizo dar un brinco.

—¿Estás bien? —dijo acercándose a la cama.

Le dio la espalda e hizo como si no lo hubiera escuchado. Sintió el peso de su cuerpo sobre la cama y su brazo la giró delicadamente.

—Samara, no me odies. Aprenderás a diferenciar los sentimientos de la disciplina o el castigo.

Por un momento pensó en abofetearlo, pero su mirada por primera vez era sincera. Sus ojos eran tan azules que parecían confundirse con el blanco de sus ojos y difuminarse. No tenía su habitual expresión de malicia que lo caracterizaba, simplemente era amable con ella. Se quedó sin saber qué decir. Carlo se inclinó sobre ella y la besó en los labios apasionadamente. Se quedó pegado durante varios segundos, abrió la boca y metió la lengua en su boca, luego la mordió suavemente el labio inferior y volvió a plantarle un beso en los labios. Samara estaba tan descolocada que ni siquiera reaccionó. ¿Acaso era cierto que no existía odio? ¿Que aquella forma de vida les hacía pasar de ser verdugos a los hombres más

maravillosos? Le miró con curiosidad mientras le cogía la mano y se la besaba.

—Mi casa es tu casa, preciosa. Pide todo lo que desees y más...

Se bajó de la cama y se dirigió a la puerta.

—Carlo... —Samara se había incorporado y lo miraba fijamente desde la cama—. Feliz cumpleaños...

Una suave risa se dibujó en sus labios mientras abría la puerta y se alejaba.

21. Carlo

Cuando una mujer pasa lo que tú has pasado es imposible no pelearse con su propia conciencia.

Carlo era una mezcla de excentricidad, elegancia y osadía, unos años más joven que Dominic y carente de la discreción que te dotan los años de experiencia. Demasiado caliente en sus decisiones, demasiado osado en sus formas. Pero incluso en Carlo había un remolino de sapiencia que lo envolvía, una destreza e inteligencia poco habitual. Sus rasgos dulces y su sonrisa melosa disimulaban su mente retorcida y amoral. ¿Cuántas mujeres jóvenes habrían caído en sus garras? ¿Cuántas habrían sufrido sus desequilibrantes deseos durante años? Pero cuando Carlo sonreía podía verse esa malicia innata en él, una mueca casi burlona que le hacía entrecerrar los ojos y sonreír de una forma casi desequilibrada. Amaba a Meredith, nunca lo demostraría abiertamente pero la amaba. Ella poseía la bondad de la que él carecía, su entrega, su mirada humilde, la sonrisa que siempre la acompañaba, tímida e insegura.

La noche en que la conoció quizá fue la única en su vida que realmente mereció la pena. Sentada en mitad de la noche en un banco del parque, sollozaba por las continuas peleas en casa. Paseaba sólo, porque sólo podía pensar en qué hacer con su vida. Su padres habían fallecido, poseía un imperio a punto de caer por la mala gestión de los años pasados y ahora él, el desdichado huérfano, el caprichoso hijo del Rey Herodes demostraba al mundo que era mejor que todos y sacaba adelante lo que parecía destruido. Porque nadie había tenido fe en él, pero lo había logrado, como siempre, totalmente sólo. Y allí estaba la joven de cabello rubio y piel pálida, bajo la luz amarillenta de una farola sentada en un banco de un parque en mitad de la noche. En el mismo momento que la sonrió invitándola a tomar algo, se dio cuenta de su fragilidad y de todo lo que podía hacer con ella. Otra vez su mente enferma superaba la cordura que le acompañaba, pero no quería mentirla, no a ella. «Puedo dártelo todo», le había dicho. «Puedo

hacerte feliz a mi manera». Conoció a Meredit y poco a poco fue amándola. Dejó sus noches de horribles pasiones y, aunque jamás se lo dijo, ella se convirtió en el centro de su vida. ¡Tenía tanto que enseñarle! ¡Tanto que arrebatarle! Le habló de Quimera mucho tiempo después. De cómo Antón le ayudó a superar la pérdida de su familia y se convirtió en el padre que nunca tuvo. No es que su padre no le amara, simplemente jamás le comprendería. Sin embargo, Antón le enseñó a aceptar aquella peculiar forma de llevar sus caprichos; cuando conoció a todos había descubierto que quizá había salvación para él. Dominic, Luis, Roberto. Hombres que como él habían salido adelante solos. Le contó su vida, sus gustos, sus obsesiones. Por primera vez en toda su existencia confesó sus debilidades y después se sintió a gusto porque a diferencia de la gran mayoría de mujeres que habían pasado por su vida, Meredit no había dicho nada, su expresión no era de miedo, tan sólo de curiosidad. Le había sonreído, tan sólo eso, quizá anhelando algo más en su triste vida, algo que la hiciera sentir nervios, que la excitara y le provocara sensaciones nuevas, lo prohibido, lo exquisitamente perverso que tantas veces se había imaginado. Aquella noche fue la primera vez que Meredit engañó a su marido. La misma noche que vendió su alma al diablo.

22. Dolor

La preocupación por complacerme no es una opción, es una obligación.

Duele. Amar siempre duele, pero amar como lo hacía Samara dolía aún más. Le invadía las entrañas punzándola en lo más profundo de su ser. Él se convirtió en el centro de su vida, de cada una de las cosas que hacía a lo largo del día; llenaba su mente, le agotaba física y emocionalmente, y no era nada sin él.

Le había hecho mucho daño desde el primer día que se cruzó con él. Desde el primer momento le hizo pagar cada una de los terribles momentos que siendo niño había pasado por ella. Y ahora él volvía convertido en un hombre que lo tenía todo para enseñarle con cada una de sus acciones lo que era sufrir por alguien hasta llorar, lo que era amar a alguien hasta que doliera... ¿En qué la había convertido? Aquel día nefasto en el que se cruzó con él... Aquella noche en la que como un fantasma salido de una historia de terror había aparecido en su casa y había cogido de ella lo que había querido... Le había arrebatado todo, le había quitado con una elegancia tremenda poco a poco su voluntad, hasta llegar a un punto de ser ella la que ansiaba complacer cada uno de los caprichos que pudiera tener.

«La odiaba tanto como la amaba.» Aquellas palabras que le había dicho rebotaron durante meses en su cabeza como afilados cuchillos. Ella lo deseó desde aquella primera noche. Samara se enganchó a Dominic desde el primer momento, desde el primer día que entró en su vida vengándose de una infancia atormentada por el amor que sentía por ella. Tenía remordimientos. ¿Cómo explicar aquella forma tan extraña de entregarse a un hombre? ¿Cómo cuentas a tus allegados, a tu familia, algo así? Simplemente no dices nada; él posee la sutileza suficiente como para pasar desapercibido, jamás la dejaría en evidencia, estaba segura de ello, no al menos delante de la gente de su entorno, de sus amigos, de su familia. Sin embargo la atormentaba lo que hacía, lo tachado como no correcto por el resto de la sociedad, al menos por los que elegían una vida monótona con

una relación lineal que no va más allá de lo que estamos acostumbrados.

23. El secreto de Luis

Porque todo lo que tienes ahora depende tan sólo de mí.

Luis no era capaz de pegar ojo; dio varias vueltas en la cama hasta que decidió bajar y fumarse un cigarrillo. ¿Por qué era todo tan difícil? ¿Por qué había sido tan estúpido? Desde el día que Dominic le había encontrado en aquel antro, le había contado toda su verdad. Su adicción al sexo, sus noches de borracheras, sus extrañas parafilias incontrolables. Se dio cuenta desde el primer momento que aquel hombre que le escuchaba se identificaba con él y le había ofrecido su ayuda. Le había preguntado por qué y había sido claro desde el primer momento. «Porque yo era como tú.»

Después de unos meses agónicos de desintoxicación de todo lo que le rodeaba, Dominic, que había estado constantemente con él, le había confesado que sabía que su padre desde el día que nació le había repudiado, que su madre, una bailarina de la noche acabada por las horas pagadas en burdeles de carretera, se había enamorado del hombre equivocado. Le había dicho que tenía otra familia y que la hija de él, Samara, le había tenido eclipsado desde niños. Le contó lo que sentía por ella, lo que le había hecho desde niños, y sus palabras de odio, de desesperación y de pasión le habían incluso asustado. Por aquel entonces Luis tenía la misma sed de venganza contra el entorno de su padre; no le importaba nada, como nada le había importado a él su hijo. Al conocer a Samara, al descubrir no solo su belleza sino su corazón, se había enamorado perdidamente de ella, y aquella necesidad de protegerla le había invadido las entrañas. Pero Luis fue incapaz de controlar su lado más oscuro, aquel que como a Dominic le arrastró durante años al peor de los infiernos. Había sucumbido a ella, desde el primer día aquel deseo le arrastró como un torbellino. ¿Cómo le diría la verdad? Le haría tanto daño...

Al principio no le importaba nada; era una forma de vengarse del hombre que había abandonado a su madre, había repudiado a su hijo y le había visto vivir en la miseria mientras su adorada y hermosa hija

estudiaba en los mejores colegios. La venganza que Dominic había tramado le hacía enloquecer de alegría, hasta que la conoció, hasta que la probó y la amó no solo como hermano, sino como la amaba Dominic, casi con la misma intensidad enfermiza que él. ¿Y ahora qué? ¿Cómo mirarla a la cara y decirle quién era? Jamás le perdonaría... Jamás...

Se echó a llorar como un niño, sintiendo la fragilidad que en más de treinta años no había sentido. Si pudiera dar marcha atrás... Dominic era como su hermano, le debía tanto... Pero a veces sentía un odio inmenso al ver lo que había hecho, al ver que no tenía control sobre todo lo que tenía preparado para ella. Le quería, con toda su alma; habría hecho cualquier cosa que le pidiera, de la misma forma que él había hecho por él, pero no podía más. Aquello le estaba superando. Aquel maldito deseo por Samara le consumía...

Se puso una copa de coñac. Se limpió las lágrimas y acercó el vaso a sus labios. Dio un trago corto y encendió otro cigarro. Se inclinó hacia atrás en el sofá y cerró los ojos.

—Despierta, Luis. —La voz de Dominic le devolvió al mundo real—. Vamos, amigo, ven conmigo.

Luis se levantó de la butaca y se tambaleó. Todavía no sabía muy bien dónde estaba. Se estiró y miró a Dominic, frente a él.

—Sígueme.

Subió las escaleras medio dormido detrás suyo. La puerta de la habitación estaba entreabierta. Samara estaba de rodillas encima de la cama, los brazos en alto, atada por las muñecas a unas finas cadenas que pendían de la mosquitera de la cama. Totalmente abierta y desnuda. Tenía una venda en los ojos y movía la cabeza nerviosa por el ruido de sus pasos, relamiéndose los labios con la lengua.

—Dominic. —Abrió los ojos como platos y dio un paso atrás—. No...

Dominic estaba justo detrás de él. Puso la mano en su hombro y acercó la boca a su oreja.

—No seas estúpido... Cuando llegue el momento de decirle la verdad, te darás cuenta de en lo que se ha convertido... En lo que la hemos convertido... Mírala... Ya no se cansa... Ya no sufre como antes... Quiere

saciarse.

Dominic se colocó detrás de ella. Le abrió el culo, poniéndolo un poco en pompa, y escupió en él. Luis, por delante de ella, le apartó el pelo de la boca y le colocó los bucles hacía un lado. Sus dientes blancos resplandecieron en la oscuridad de la habitación y una leve embestida desde atrás le hizo dar un gemido e irse hacia delante, quedando pegada a Luis, que le metía la lengua en la boca con pasión.

Ahogó su grito. La notaba jadear mientras su lengua jugaba con la de él. De rodillas frente a ella la miraba mientras Dominic la embestía desde atrás, sus pezones estaban como piedras, sus dedos recorrieron sus pechos y descendieron por el estómago hasta hundirse dentro de su sexo. Dio la cabeza hacia atrás, casi apoyándose en el hombro de Dominic, luego volvió hacia adelante y sacó la lengua buscando a Luis; este se levantó y se puso de pie en la cama, le cogió la cabeza, metió sus dedos en la boca abriéndosela y encajó su miembro hasta notar sus labios contra su pelvis. Ahora si... Era delicioso. Otra vez esa boca presionando la punta de su sexo, arrastrando su piel hacia atrás y hacía adelante con una energía que le consumían las pocas fuerzas que le quedaban. Luis se agarró al metal de la mosquitera y empujó su pelvis otra vez. Apenas podía con los dos; se sentía llena por todos los lados y no podía verlos, con lo cual las embestidas por ambas partes la sorprendían una y otra vez. El culo le ardía, pero la excitaba, ya no sentía aquel dolor que tiempo atrás la llenaban de pavor, ahora deseaba que se clavara más en ella, que la reventara por dentro una y otra vez hasta dejarla totalmente extasiada. Quería notar su semen caliente chorrear por sus muslos, y sus jadeos llenarle los sentidos mientras aquellos enormes brazos la rodeaban y aprisionaban y mientras su amado Luis la penetraba la boca una y otra vez. El mundo se volvía loco. ¿Cuándo debería parar?... Nunca... Las muñecas le ardían, su espalda se arqueaba, Dominic se movía como un loco penetrándola por detrás sin compasión. No podía mover las manos. Oyó un clic y sintió sus brazos caer a plomo; estaba totalmente perdida. Su boca se vació, Luis había sacado su miembro de ella y ahora Dominic desde atrás la hacía tumbarse en la cama de lado. Notó su mano pasar por su muslo y le levantó una pierna. Su sexo volvió a clavarse en ella y entonces notó el calor de Luis por delante, su lengua dentro de su boca, hundirse a la vez. Aquella presión, aquella deliciosa presión, invadieron sus cinco sentidos. Los dos, los dos dentro de ella, moviéndose casi al mismo ritmo, casi al mismo compás una y otra

vez. La lengua de Luis en su garganta, y la de Dominic lamiéndole la oreja, la estaban matando, aquello no era bueno, no podía ser bueno, pero le hacía sentir tanto placer...

La palma de la mano de Dominic se apoyó en su frente; la venda de los ojos aún se mantenía intacta, pero podía notar cada uno de los movimientos que hacían.

—¿Crees que puede... guardarte algún tipo de rencor...? —jadeó—. Mírala cómo goza.... Cómo se retuerce entre los dos...

Oírle susurrar aquello le provocó un calambre de placer que la invadió por completo. Jadeaba y movía la cadera de tal manera que Luis tardó poco en notar cómo la llenaba por dentro. La cogió con fuerza por el mentón y apretó su boca a la de ella, mientras descargaba hasta la última gota. Dominic se rió y de un movimiento la puso boca abajo, cayó con todo su peso sobre ella desde atrás, moviéndose como un loco, clavándose más en ella. Le apartó el pelo de la cara, le giró la cabeza hacía Luis y la besó en la mejilla, cuando le dio una embestida tan brutal que la hizo gritar. La sintió temblar bajo su pelvis, mover el culo con desesperación, y la llenó entera hasta que el semen salió como un chorro de su propio culo, escurriéndose por sus muslos y juntándose con el de Luis, que la había empapado también.

Cayó a plomo sobre ella. Samara estaba totalmente agotada y respiraba a gran velocidad. Notaba el latido del corazón en su sexo, en su culo, en sus muñecas doloridas. Todavía notaba la sensibilidad por un orgasmo tremendo e intentaba recuperar el aliento. Luis, que se mantenía a su lado mirando al techo, se giró hacía ella y le quitó la venda de los ojos. Dominic salió de ella muy despacio y eso le provocó un gesto de incomodidad, pero dedicó la mejor de sus sonrisas al ver a Luis tendido a su lado; le apartó el pelo de la cara y la besó en la sien; luego se desplomó en el otro lado de la cama y Samara se puso boca arriba.

Vio el brillo rojo de los números del despertador del aparador de enfrente. Eran casi las tres de la mañana y mañana tenía que trabajar. Pensó que sería un lunes duro y sonrió. Se dio la vuelta mirando a Luis y cogió el brazo de Dominic para que la rodeara desde atrás; se mantenía inmóvil mirando al techo, estiró la mano y le giró la cara para que la mirara. Notó su mano acariciarle la mejilla, sus dedos pasar por sus labios, por sus barbilla, por su frente.

Jugó con su pelo mientras la observaba poco a poco dormirse, hasta que un profundo sueño la invadió por completo.

—No sé cómo lo haces, macho...

—Controlar los instintos es algo que tú no aprendiste nunca.

Dominic estaba boca arriba y sonreía mezquinamente mirando al techo.

—Desde el primer momento has permitido que me la tire una y otra vez...

—No tenías la obligación, te la puse delante y dejé que decidieras tú mismo. Pero fuiste incapaz de controlarte...

Se inclinó y la agarró por la nuca atrayéndolo y apoyando su frente en la suya.

—Siempre lo has tenido todo meditado, desde el día que me sacaste de la calle, siendo un puto crío inconsciente...

Dominic se rió.

—¿No te da rabia pensar que ella lo tuvo todo y en cambio tú... nada?

—No la culparé nunca de que su padre no sepa ni que existo...

—El hermanito bastardo... Incapaz de controlarse... Iba a protegerla y acabó sucumbiendo a sus encantos... —Lo volvió a agarrar por la nuca y lo besó en la mejilla—. Luis... mi querido Luis... No vuelvas a darme lecciones de moralidad... No tú...

24. Meredit

Lo nuestro no solo se usa, se cuida y se protege en los buenos momentos; también en los peores.

Carlo estaba totalmente dormido cuando el timbre de la puerta sonó. Se sobresaltó y bajó. Meredit estaba de pie, con los ojos inundados en lágrimas. Miró el reloj; eran las dos de la mañana.

—¿Pero qué coño...?

—Déjeme quedarme aquí... Esta noche... Por favor...

Hacía tan sólo tres horas desde que se había ido de casa y por la expresión de sus ojos la discusión esta vez había sido enorme, sobre todo viendo que esa noche la pasaría fuera.

—Joder, Meredit. ¿Qué pasó?

—Discutí con mi marido, no puedo más...

La dejó pasar y le puso una tila. Se sentó frente a ella, el pulso le temblaba y la taza de porcelana vibraba tanto que hasta Carlo se sorprendió.

—No puedo quedarme hoy en mi casa... Pero le prometo que mañana me iré, buscaré un sitio donde...

—Sabes que puedes quedarte aquí el tiempo que necesites.

Se levantó y se sentó a su lado. Su cuerpo temblaba como el de una niña. Puso su brazo por encima del hombro y la abrazó. Todavía llevaba el vestido verde con los tirantes medio atados. Le quitó la taza de las manos y metió la mano por debajo de su vestido.

—Deme un respiro, por favor...—suplicó.

De un tirón le arrancó la ropa interior. Durante breves instantes, la miró. Pasó las yemas de sus dedos arrastrando las lágrimas que caían por sus mejillas. No podía remediarlo; verla llorar desconsoladamente le provocaba una excitación que no podía controlar.

—Tranquila —le susurró con ternura—. No voy a hacerte nada.

Aquella noche apenas durmió nada. Su cabeza no paraba de dar vueltas. Su vida era un completo caos. Tumbada en la cama, al lado del hombre que la había transformado día tras día, se preguntaba qué hacer con su futuro, con su matrimonio, con sus sueños. Por la mañana despertó bien entrada la mañana y Carlo ya se había ido a trabajar. Fue Dominic quien interrumpió su calvario mental aporreando la puerta hasta que le abrió.

—He hablado con Carlo y me gustaría tener unos minutos de conversación contigo.

Aquel hombre le daba un miedo atroz. Carlo era frío, burlón y con detalles crueles, pero sus ojos reflejaban la humanidad de la que Dominic carecía, al menos con ella, desde que lo había conocido. Sin embargo, por primera vez estaba delante de ella, y mientras se sentaba en el sofá parecía incluso preocupado por su situación y su tormento personal.

—¿Cómo llevas tu pequeño percance, Meredit?

—Señor... mal...

—Entiendo... No trabajas, ¿no?

—No, señor, pero buscaré algo...

Meredit se sentía muy incómoda; era cierto que jamás había cruzado más de dos palabras con Dominic. Cuando lograba mirarle, se ponía tan nerviosa que tenía que mirar al suelo para mantener el pulso firme.

—¿Y Carlo qué dice?

—Señor, aun no hable con él pero mi idea es buscarme un piso y trabajo, tengo algo ahorrado...

—Comprendo. ¿Y qué sabes hacer? ¿Tienes estudios?

—No, señor, me casé muy joven.

La joven Meredit lo miró y profirió una tímida sonrisa.

—Saldré de esta, señor. Es mi vida, puedo hacerlo sola. No necesito un hombre que me mantenga si por ello soy infeliz. No hay dinero que pague eso, señor.

Su voz sonó por primera vez firme. Dominic se sorprendió de aquel talante.

—Postura inteligente, pero eres una esclava de Quimera, que no se te olvide.

—No entiendo, señor...

—No me malinterpretes, Meredit, no te lo digo despectivamente, todo lo contrario. Habla con Carlo, estoy seguro que ya tiene una solución para ti. Mientras sigas siendo una esclava de Quimera, también eres nuestra responsabilidad, te ayudaremos.

—Señor, no quiero aprovecharme de... —Pasó su pelo rubio por detrás de las orejas y carraspeó.

—Meredit. Habla con Carlo...

—Lo haré, señor.

—Además... —Los ojos de Dominic brillaron bajo la luz de la lámpara —. Estoy seguro que encontraremos una forma de que compenses esa ayuda.

25. Alexander Mateo

Siempre hay una explicación para todo, incluso para las personas que poco a poco van entrando en nuestras vidas.

Así lo llamó su padre, Alexander Mateo, el primer nombre como él, el segundo por su abuelo; su familia le llamaba Alexander. Sin embargo a él siempre le había gustado más Mateo.

El día que terminó la carrera de derecho con las mejores notas de su promoción y recibió la carta del bufete de Romano se le abrió el cielo. Era un sueño hecho realidad, sabía que la Universidad estaba conectada a varios de los mejores despachos de la ciudad y que si conseguía acabar su tesis y sacar una buena nota, posiblemente le darían la oportunidad de unirse a alguno de ellos, salir de aquel maldito pueblo y vivir su vida como realmente deseaba. Habían sido seis años muy duros y ahora tenía su recompensa, bien era cierto que no le importaba lo que su padre dijera, que fuera Romano, la mano derecha de Antón. Iba a ser un golpe para él, pero ni siquiera sabía por qué su padre era uno de aquellos vecinos que veían con malos ojos aquella familia tan particular. Siempre le repetía que se mantuviera alejados de ellos, que era gente excéntrica y con hábitos poco éticos que estaban mal vistos por el pueblo, pero la verdad es que para ser sincero Mateo sabía que el pueblo se dividía en los que pensaban como su padre y los que los peloteaban cada vez que bajaban a cenar a alguno de los restaurantes más elegantes. Pura envidia, a fin de cuentas era solo eso y si hubiera tenido su misma suerte posiblemente él hubiera hecho lo mismo que ellos, vivir, gozar y sobre todo irradiar esa felicidad que siempre les acompañaba a donde iban y la osadía que enfurecía a los mediocres. Y él había luchado mucho por diferenciarse; ahora tenía en la mano la carta que le abría la puerta a un trabajo de ensueño, dedicarse a su carrera, ganar dinero y aprender de uno de los más pragmáticos y falto de sentimiento del gremio: Dominic Romano.

La tarde que se entrevistó con él fue la primera vez que le sorprendió.

Pensó encontrarse con un ser poco cercano, presuntuoso y arrogante; sin embargo Dominic era todo lo contrario a lo que realmente daba a entender.

—Te seré muy sincero. Aquí puedes ganar más dinero del que ningún abogado ganará en su vida. Solo te pido que me des lo mejor de ti.

—No le quepa la menor duda de que así lo haré.

Se sentía pequeño a su lado, no por la edad, aunque era cierto que podría sacarle casi diez años, más bien por su seguridad y su mirada inquisitoria. Mateo era un joven dulce, de expresión risueña y unos hoyuelos graciosos que se formaban cuando sonreía, pero su mirada se tornaba fría cuando se perdía en sus pensamientos y eso le hacía parecer un joven tímido y quizá algo atormentado.

—Tutéame, por favor —le dijo levantándose—, y atiende bien lo que te voy a ofrecer. No solo he visto tu historial académico, veo que tenemos muchas más cosas en común...

—Sí. Le he... —corrigió—. Te he visto por el pueblo, vivo a un par de kilómetros de Antón.

—Vives con tus padres, claro, eres muy joven. —Se acercó a él y le tendió una fina carpeta de color marrón—. Aquí tienes tu contrato, pasarás muchas horas con Luis, es mi mano derecha; él te enseñará todo lo que necesitas saber de la empresa, te dejará un par de casos sin mucha complicación para que los leas y me des tu opinión. ¿Tú padre sabe que trabajarás para mí?

—No—dijo—, ni tengo intención de darle detalles.

Dominic se rió.

—Entiendo—musitó—. Es uno de los inquisidores de Quimera. No te preocupes. Dentro de la carpeta tienes un cheque, eso cubrirá el alquiler de una vivienda en la ciudad.

Mateo quedó descolocado, aquello era más de lo que esperaba. ¡Qué demonios, nunca esperaba nada!

—También cubrirá tu nuevo vestuario, eres un chico guapo, alto y simpático —dijo con sorna—. No lo dudo, pero los vaqueros quedan prohibidos en esta oficina, compra trajes, y no escatimes, compra los mejores. Si no sabes dónde conseguirlos, Luis te indicará. También cubrirá tus necesidades hasta que cobres la primera nómina. No es una burrada, pero estás empezando.

Mateo abrió la subcarpeta y quedó boquiabierto.

—¿Esto es lo que voy a cobrar? Es una barbaridad...

—Como se nota que no tienes experiencia en trabajar. Exiges poco. No, eso no es lo que vas a cobrar, eso es lo que cobrarás los primeros meses; se él mejor y cobrarás el triple—. Pasó la mano por su hombro y le dio un golpecito—. Bienvenido a esta empresa, Mateo.

—Gracias —dijo abriendo la puerta, todavía estupefacto.

—Una cosa más. Este fin de semana celebramos una pequeña cena. Dado que estarás desquiciado con tu nuevo piso, estás invitado a desfogarte un poco... Piénsalo, no creo que conozcas mucha gente aquí, ¿no?

El muchacho meneó la cabeza negativamente.

—Me gusta conocer a mis estrellas universitarias, no solo por su trabajo sino por sus hábitos y la forma que tienen de relacionarse, así que haz un esfuerzo. Lo pasarás bien...

—Está bien —dijo al fin—. Iré encantado.

Tras aquella conversación pasó el resto del día con Luis. Le enseñó todas las oficinas, su nuevo despacho, los casos más sencillos de los cuales se ocuparía, claro está, después de trasladarse; incluso le entregó la dirección de un ático a dos manzanas del edificio que estaba en alquiler para no tener que distanciarse mucho, al menos hasta conocer bien la ciudad. Todavía no salía de su asombro. ¿No era como un sueño? Pero ¡qué demonios! Se lo merecía, llevaba años rompiéndose los cuernos por sacar las mejores notas y ahora tenía delante una oportunidad única. Pensó en su hermana, su pequeña Sara, ahora que él estaba en la ciudad podría pagarle la mejor Universidad cuando acabara el instituto, incluso se podría quedar con él. Ganaría suficiente dinero para eso y mucho más. Su cabeza funcionaba a mil revoluciones, y cuando subió a su coche y se disponía a arrancar para volver al pueblo, se derrumbó de los nervios y comenzó a llorar como un niño.

26. Confesiones

En todas las épocas de la historia hay una Cleopatra que cambia la historia.

Eran las siete de la mañana cuando Samara despertó sobresaltada. Recordó que estaba en casa de Dominic mientras miraba a su alrededor y vio a Luis a su lado totalmente dormido. Dominic estaba de pie delante del espejo poniéndose la corbata.

—Arriba —dijo a Luis dándole un golpecito.

—Cinco minutos más....

Dominic suspiró y siguió arreglándose. Una hora más tarde estaban delante del edificio de oficinas donde trabajaba Samara. Luis estaba extraño, lo había visto ya raro desde el domingo, pero supuso que estaba preocupado por el trabajo e intentó no darle más importancia. La acompañaron a la cafetería donde solía desayunar cada mañana. Cuando entraron muchos de sus compañeros, incluidas sus dos amigas de departamento, estaban en la barra. Al verla le saludaron efusivamente.

—Señoritas...

Dominic besó las manos de ambas chicas, que se rieron tímidamente y pasó detrás de Luis, a la única mesa libre del bar. Samara sentía ojos por todos los lados, sobre todo cuando Luis sin darse cuenta le pasó el brazo por encima de los hombros y la besó en el cuello. El gesto de prácticamente todo el local fue de sorpresa. La imagen era extraña, Samara tomando un café con el brazo de Luis por los hombros, que estaba reclinado viendo la portada de una revista, y Dominic hablando por el móvil mientras ella tenía la mano en su pierna. Se dio cuenta de la situación poco usual al ver el gesto de susto de sus dos compañeras y tres chicos más del departamento de marketing. Se levantó al aseó en un intento de cambiar de posición, pero ya era un poco tarde, sería la comidilla del edificio entero.

—¡Mierda! Bajaron las acciones —dijo Luis—. Por cierto, ¿no venía Carlo?

«El que faltaba», pensó Samara.

Y el que faltaba apareció por la puerta casi derrapando. Repasó a las dos compañeras de Samara y se sentó con ellos pidiendo un zumo y un donut a la camarera.

—Buenos días por la mañana, trío. Tengo a Meredit en casa. Tuvo movida con el marido anoche —musitó—. Deberías llamarla, Samarita.

—Vaya... Sí, lo haré.

—Yo me voy de viaje toda la semana no sé cómo hacer.

—Puede quedarse en mi casa si os parece... —añadió Samara.

—Pues sería de agradecer, no quiero que esté sola.

La cogió por el mentón y se acercó a ella.

—¿Qué haría yo sin mi Samarita? —dijo con sorna dándole un beso.

—Carlo, nos están mirando todos. —Dominic se giró y disimuló.

Carlo se comió el donut en dos bocados mientras leía el periódico, se bebió el zumo y se levantó.

—Voy a ver a tus jefes, Samarita, por la campaña de publicidad que os contraté y me voy. Os llamo. —Dio una palmada en el hombro a Dominic y pasó la mano por la cabeza de Luis en un gesto cariñoso—. Cuida de mi zorrita. —Se inclinó hacia ella—. Y mira a ver si se le pega algo de tu indecencia...

Todo era ambiguo, el mejor cliente de su compañía había resultado ser Carlo, el día que se entero había sido igual de sorpréndete para ella como para él y ahora estaba en aquella cafetería con todos sus compañeros cuchicheando sentada entre dos hombres, y el cliente más importante había salido por la puerta después de darla un beso. No sabía bien si eso la repercutiría, aunque su jefe, todavía temblando hace unas semanas por el miedo a perder a Carlo, le había agradecido que se conocieran y que gracias a ella siguiera contando con ellos en sus futuros proyectos, y lo cierto es que era así. Desde el primer día no solo Dominic había cambiado su vida, todos y cada uno de ellos poco a poco se habían metido en su día a día ocupando todo lo que la rodeaba con un exquisito cuidado.

—Luis, andando, que tenemos mucho lío. —Se levantó y besó a Samara—. Te llamaré para ver qué planes tienes con Meredit.

Luis la abrazó como un crío, metiendo la cabeza por sus hombros en un intento inútil de esconderse del mundo. Dominic tiró de su brazo haciéndole pasar por delante de él.

—Tira...

Sonrió a las dos amigas de Samara y desaparecieron tras la puerta. No tardaron ni dos minutos en sentarse en la mesa y rodear a Samara, que aún daba vueltas al café con la cucharilla.

—¿Qué coño es esto, Samara?

—El qué...

—¡Dios, estás tan delgada...! ¿Cómo que el qué? Pasas de ser la soltera de oro a aparecer con tres hombres, y no tengo claro la relación entre todos... no sé si te envidio o me das miedo...

—Mi novio es Dominic... Ya lo conoces...

—Ya... ¿Y el otro? ¿Y el otro más? ¿No es el jovencito el cliente que casi perdemos el mes pasado que es tan importante? ¿De qué le conocías?

—Dejadlo... Es una historia muy larga. Coincidencias...

—¡Dios, Samara! No sé quiénes son pero me das una envidia.... Y parecías tonta...

Samara sonrió forzosamente, se levantó, cogió su chaqueta y salió rumbo a la oficina. Cuando subió a su despacho, sintió cómo sus compañeros cuchicheaban. Tenía claro que su vida había sido muy hermética durante los años que llevaba allí. La voz se había corrido, todos sabían que el cliente que podía cargarse toda la empresa si dejaba de trabajar con ellos era amigo de Samara la jefa de publicidad, y que cuando estaba a punto de cancelar el contrato se habían encontrado y todo cambiaba en beneficio de ellos. Cuando entró en el despacho tenía una enorme cesta de bombones encima de la mesa, miró la tarjeta, era de sus jefes. Se sentó en la silla y observó la oficina a través de las finas lamas venecianas de la mampara de cristal. Carlo salía del despacho del gerente con su sutil sonrisa, seguido del hombre que con un gesto de peloteo le abría la puerta. Lo vio ir hacia ella. Sus pasos fueron lo único que oyó cuando abrió la puerta. Veía a la gente dejar lo que hacía para observarles.

—Samarita —canturreó Carlo siendo consciente de la expectación de alrededor.

Se quedó delante de ella, a pocos centímetros delante de la puerta del

despacho. Sacó una libreta y apuntó un número.

—Llama a Meredith. —Le dio la hoja de papel y sonrió—. Pronto...

Se acercó a su oreja. Samara se puso nerviosa porque sabía que Carlo lo hacía adrede para abochornarla delante de todos.

—Cómo te miran, ¿eh? No entienden qué une a su jefecilla con el cliente tan importante.... Si ellos supieran, Samarita... que te he metido la polla una y otra vez.... Um....

—Carlo, para...

—Y lo gracioso de todo es que ya eres como nosotros... No puedes vivir sin ello, tienes hambre siempre, ¿no es así? —Se rió—. Tu cabeza no para de funcionar, tu coño va al mismo ritmo y cuando no lo tienes, te marchitas... La gente es distinta, simple, su vida sexual aburrida.... —Su boca rozaba su oreja.

—Ya está bien, Carlo...

—Nuestras zorritas son distintas a ti, ellas aguantan, les gusta que las follen duro, pero lo hacen por nosotros, pero tú... —La besó en la frente con un gesto paternal—. Tú eres como nosotros... —susurró.

Se apartó varios pasos y sonrió con malicia.

—En todas las épocas siempre hay una zorrita con clase que destaca. —Guiñó el ojo—. Llama a Mel...

Se fue dejándola de pie delante del departamento con el papel en la mano y cara de póker. La gente, al verla mirar, siguió con lo que estaba haciendo. Bajó la mirada algo cohibida y cerró la puerta del despacho. Empezaba la semana.... Y vaya forma de empezar.

El resto de la semana Meredith la pasó en casa con Samara; lo cierto es que, aparte de hacerse grandes amigas y confidentes, ambas necesitaban estar juntas y hablar. Era difícil poder compartir ciertas inquietudes si no era con la persona que vivía algo similar a ella, sus miedos, sus emociones, todo lo que la pasaba por la mente. De igual modo Meredith le abrió su alma y descubrió que ella era una mujer increíblemente inteligente y, lo más importante, con una bondad inmensa. El viernes Dominic las recogió a ambas; esa noche cenarían en su casa dado que Carlo regresaba de viaje bastante tarde.

Durante toda la noche Luis no dijo una sola palabra. Se pasó mirando por la ventana horas y apenas cenó con el resto del grupo. Dominic no dejó de observarlo y Samara se daba cuenta de que algo atormentaba a su amigo.

Después de cenar, Carlo y Meredit se fueron. Dominic se fue a dar un baño y fue el momento en el que Samara aprovechó para acercarse a él.

—Luis...

Samara se sentó en la butaca de enfrente, estiró la mano para tocar su rodilla, él seguía totalmente ido con la mirada perdida a través de los cristales de las ventanas.

—Luis, ¿qué te pasa?

La miro, se incorporó hacia adelante y apoyó los brazos sobre sus rodillas con la cabeza inclinada hacia abajo. Pasó sus dedos por las piernas de Samara; su piel era suave, tan suave como la de una niña. Estaba casi seguro que esa iba a ser la última vez que la tocara, que sintiera aquella fina piel bajo sus dedos. Estaba convencido de que le odiaría, pero no podía seguir con aquello mucho más tiempo. No podía seguir engañándola más.

—Apenas has comido nada.

Jugaba con sus dedos subiendo por sus muslos, aún ido. Llegó a su entrepierna y ella instintivamente se apartó con cuidado al notar el dedo cerca de su sexo.

Luis sonrió. Ella no le permitiría más a menos que Dominic dijera lo contrario. Le gustó la reacción que tuvo, ese respeto hacia su amigo.

—¡Luis, me estas asustando!

—Tranquila... Tengo que contarte una cosa.

Luis empezó a hablar. A medida que hablaba, los ojos de Samara se llenaban de lágrimas. Le contó cada detalle de su vida, cada momento en el que ella estaba presente, cómo se le fue todo de las manos y cómo se enamoró tan perdidamente de ella que no podía seguir ocultándole la verdad. La miró, ahora era ella la que tenía la mirada totalmente perdida y la cara empapada en lágrimas.

—Sam... No quería hacerte daño, no quería que todo esto pasara...

Samara se incorporó. Luis intentó cogerla por el brazo, pero ella se apartó con rabia de él.

—Mi hermanastro... —Apenas un fino hilo de voz salió de sus labios.

—Sam...

—¡No me toques!

Dominic apareció por la puerta del salón. Samara se acercó a él y le dio una bofetada que le rasgó el labio. Se rió limpiándose el hilillo que le caía por la comisura.

—¡Puto cabrón! Todo fue idea tuya...

Abrió la puerta de la calle.

—¿Dónde coño vas? —le preguntó.

—Lejos de vosotros.

Desapareció tras la puerta. Dominic volvió a limpiarse la sangre que le caía por el labio.

—Bravo, macho, se nota que has sido muy delicado.

Luis pasó las manos por la cabeza y se acercó a él. Lo miró con angustia.

—No nos va a perdonar esto.

Dominic miró a través de la ventana.

—Tranquilo, amigo...

Por el reflejo veía detrás a Luis, daba largos tragos a su copa de coñac. Se volvió a quitar la sangre del labio y sonrió.

27. Dos semanas sin ti

Quién me iba a decir que te encontraría donde menos me esperaba.

Pasaron dos semanas desde la noche en la que Luis le contó la verdad a Samara. Carlo le había dicho a Dominic que había pedido la baja en la oficina; la había llamado varias veces pero tenía el teléfono apagado siempre. Tampoco estaba en su casa. Luis había pasado por allí, los vecinos le habían dicho que no sabían nada de ella. Nadie sabía dónde podía estar y aunque Dominic no demostraba excesiva preocupación, Luis cada día estaba más angustiado por la falta de información.

—He de reconocer —dijo Carlo— que cuando me enteré de que eras su hermanastro casi me corro del gusto.

—No seas gilipollas —dijo Luis—, no tiene gracia.

—Por dios... ¡Sois mis ídolos, salís en las fotos que definen «retorcido» en el diccionario! —Una carcajada retumbo en el salón.

Dominic entró en casa.

—Ya sé dónde está. —Se quitó el abrigo y lo tiró en el sofá—. Así que tranquilízate, Luis.

—¿Dónde?

—En Quimera —rió.

—¿Eh? —contestó, sorprendido.

—Me ha llamado Antón. Llegó hace unos días, bastante tocada, de noche y empapada; estaba lloviendo bastante y cuando le abrió Catinca se llevó un susto de muerte.

—¿Por qué no llamó antes?

—Joder —bramó Carlo—. Lógico, conociendo los arranques de Dominic pretendería que se calmaran las cosas.

Dominic miró a Carlo amenazadoramente y luego se dirigió a Luis.

—Voy a salir para allí ahora mismo; tú ve con Carlo el viernes, es

mejor.

—¿Por qué esta allí? —No entendía nada.

Dominic se levantó cogiendo nuevamente el abrigo y poniéndoselo pasó la mano por el hombro de Luis.

—Luis, fíate un poco más de mí.

—Lo lógico es que fuera con sus padres, una amiga, un familiar, no sé, pero ¿Quimera?

—Es lo mejor que puede haber pasado amigo... Analízalo...

Carlo encendió un cigarrillo y se sirvió una copa.

—Que la princesita esté en Quimera significa que es nuestra y que tú tienes una leve posibilidad de que salgas bien parado a fin de cuentas.

—Me voy —repitió—. Os veré allí al final de la semana.

Tras un par de horas, Dominic llegó a la enorme mansión. Quimera estaba en mitad de la nada y un frío de mil demonios le invadió al salir del coche. Antón abrió la puerta de la entrada, vestido con su habitual estampa oscura, sus pantalones de pinzas negros y una camisa a juego. Una cadenita de oro brillaba en su cuello, regalo de su difunta mujer, y de la que nunca se desprendía. Se rascó su cuidada perilla canosa y sonrió.

—Mi chico, apresúrate, está a punto de caer una tormenta. —Le dio un abrazo y ambos pasaron dentro.

—¿Cómo está?

—Llegó como un vampiro, de madrugada y empapada. Supongo que debió perderse y, al preguntar, la lluvia la pilló. Catinca ha estado con ella todo el tiempo, la veo mejor.

Le sirvió una copa. Catinca, la joven hija de Antón, apareció por la puerta y saltó a los brazos de Dominic.

—Tu princesa ha cambiado, mi querido Dominic. —Apoyó la cabeza en sus hombros y sonrió—. Ha perdido su bondad.

El sonar del cascabel de la fina pulsera que siempre llevaba en el tobillo tintineó al levantarse de sus brazos, su larga falda de zíngara flotó al ponerse de pie.

—Está descansando. Prepararé algo de cenar. Tienes que estar hambriento...

Lo miró con desdén y Dominic sonrió con malicia.

—Se ha pasado la mayor parte del tiempo llorando, Dominic. —Antón encendió su eterno puro—. Hasta que un día dejó de llorar. Lo mejor es que subas a verla, hijo, no ha comido casi nada desde que llegó. Está en tu habitación.

Así lo hizo. Subió la amplia escalinata que daba a la planta de arriba y atravesó el corredor que rodeaba el piso superior hasta las habitaciones. Samara dormía de espaldas a la puerta. Se sentó en el borde de la cama y la apartó el pelo que le cubría la cara. Dormía profundamente, se levantó y se sentó en la butaca más cercana a la ventana.

—Despierta, Samara.

La joven se despertó y al abrir los ojos se sobresaltó. Se incorporó en la cama con el pelo por los ojos, y el fino camisón de raso resbalando por sus hombros casi dejando entrever uno de sus pechos. Reculó hacia el cabecero como intentando huir de aquel hombre que la miraba desde la oscuridad de la estancia.

—Tú... No quiero verte...

Dominic tenía los codos apoyados en los reposabrazos y los dedos de las manos entrelazados.

—Samara...

Samara flexionó las rodillas y el camisón le resbaló. Parecía una niña pegada al cabecero, aterrorizada.

—Nos tenías preocupados, princesa...

—¡No me importa! —El odio salpicaba cada una de las palabras que decía.

—Te estuvimos buscando... Quién nos iba a decir que estarías en Quimera... Vaya...

—¡Vete!

Dominic sonrió, inclinó la cabeza hacia la derecha y frunció el ceño.

—¡Vete! ¡No quiero verte! ¡No quiero oírte! Lo tenías todo preparado...

—Samara....

—Eres retorcido, tú ayudaste a Luis porque sabías quién era, y sabías que tarde o temprano te serviría para hacerme daño...

—Samara....

—Eres perverso... Eres....

Se levantó, se acercó a la cama y tiró del su tobillo arrastrándola hasta el borde de la cama. Ella intentó agarrarse al cabecero, pero no le dio tiempo. Se dio la vuelta, pero Dominic la volvió a poner boca arriba.

—Samara... Cállate...

La cogió por el mentón y la apretó con fuerza.

—¡Déjame! —gritó, y empezó a patlear para zafarse de él.

La sujetó hasta bloquear sus golpes; intentaba reptar para alejarse de él, pero ahora la tenía cogida por los brazos y la mantenía inmóvil.

—¡Suéltame!

—No hubiera sido diferente si te lo hubiéramos dicho antes.

—¡Eso no es cierto! ¡Es mi hermanastro! —Rompió a llorar.

—Lo sabes... Eso es lo que te atormenta, que lo sabes....

Pasó la boca por su mejilla. Olió su piel.

—¡Suéltame!

—Deja de llorar como una cría caprichosa.

—Eres un cabrón. —Se rió desequilibradamente—. Eres un enfermo. Piensas que soy como tú pero no es...

Le dio una bofetada que retumbó en toda la habitación. El pelo le cubrió la cara, la cogió por el mentón y la miró con rabia. Samara volvió a reírse. Le separó las piernas, ella se revolvió, metió los dedos en su sexo y se los pasó por la cara.

—No eres como yo... No... Te mojas cuando te cruzo la cara pero no... No eres como yo...

Le abrió la boca, apretándola la mandíbula con su mano, y le metió la lengua.

—No eres como yo, pero vienes a Quimera.

Le arrancó de un movimiento el camisón y tiró de sus piernas hacia él.

—¡No!

—Shh.... Tienes dos opciones.... Ponerlo fácil o difícil...

—¡Cabrón! —Le intentó dar una bofetada pero Dominic le cogió la mano.

—Vale... Vamos por lo difícil.

La cogió por el brazo y la sacó de la habitación como si fuera un saco.

Ella gritaba que la soltara, que le estaba haciendo daño. Atravesó el corredor y la bajó a trompicones por las escaleras. Catinca, al verlo, se apartó asustada de su camino. Abrió la puerta del sótano y la llevó hacia abajo mientras iba golpeándose con las escaleras intentando aferrarse a las paredes sin éxito. Llegó al final del pasillo y la lanzó al interior de otra habitación, cerrando la puerta tras de sí. Encendió una lamparita suspendida del techo que apenas iluminaba la estancia, gateó hasta la pared más alejada y se quedó sentada con las rodillas pegadas a su pecho casi balanceándose.

Dominic se quitó la chaqueta del traje, la colocó sobre una silla, se remangó la camisa y se sentó en el borde de la mesa.

—Voy a volver a preguntártelo otra vez. ¿Me lo pones fácil o difícil?

Samara rió como una histérica.

—Vete a la mierda, Dominic.

Soltó una suave carcajada. Se incorporó y la cogió por el pelo.

—Te has vuelto muy contestona, ¿no?

Volvió a reírse. Miró a su alrededor, una silla, una mesa, un camastro de metal que le recordaba horriblemente a la última vez que había estado en aquel sótano. Una especie de gancho que pendía del techo y un pequeño armario, poco más. Frunció el ceño y bufó. La lanzó sobre la cama de metal y abrió el armario, sacó una especie de correas y volviendo donde estaba ella la arrastró al centro de la habitación y le ató las manos al gancho.

—¡No!

—Sí.

—¡Espera! ¿Qué, qué vas a hacer?

Ahora estaba casi de puntillas, Dominic se puso detrás de ella y le arrancó el camisón por la parte superior, dejando su espalda al aire. Samara volvió a reírse, la rabia y el orgullo se hacían presentes en sus ojos. Tiró de su cabeza hacia atrás, acarició su culo, separó sus muslos y metió los dedos por ellos.

—¡No me toques! ¡No me toques!

Le oyó alejarse y volver. Sintió una punzada en el estómago de miedo y un golpe seco la devolvió a la realidad cuando su espalda empezó a arder.

—Si tanto me odiaras no estarías ahora en Quimera. —Otro golpe la

lanzó hacia adelante y las cadenas tintinearón.

—¡Por dios, para!

—Ni te mojarías como una zorra... —Volvió a meter los dedos en su sexo y se los pasó por la cara, intentó apartarse pero la cogió del mentón y se los metió en la boca.

—Eres un maldito cabrón enfermo.

Samara se volvió a reír al notar otro golpe en su espalda, otro, otro más y otro. Las muñecas le dolían, le ardía todo el cuerpo, su mejilla, su espalda. Sus ojos no lloraban, solo tenía ganas de reír, pero el dolor era fuerte y sus pies apenas la mantenían erguida, encadenada al techo.

—¿Te crees que para Luis no es igual de tormentoso todo esto? —La volvió a golpear—. ¡Contesta!

—¡Sí! —gritó—. ¡Pero él lo sabía!

—¿Y qué? —dijo—. A él le importabas una mierda cuando te conoció.

—Se acostó conmigo... ¡Dios mío!

— Tú lo hubieras echo igualmente. Eso es lo que te carcome por dentro, lo sabes, y es lo que te consume.

—¡No!

Otra descarga en la espalda la balanceó hacia adelante.

—¿Te crees que no te conozco, Samara?

La golpeó una y otra vez hasta que su espalda quedó totalmente roja por los golpes. La soltó y se desplomó en el suelo. Apenas podía moverse del dolor. Dominic se sentó en la silla y lanzó las correas con odio a una esquina de la habitación.

Ella se mantenía inmóvil.

—Ven aquí, Samara...

Se incorporó y apartó el pelo. Ni una sola lágrima se veía en sus mejillas, solo el calor del dolor reflejado en sus pómulos.

—Ven... aquí... —le repitió a punto de perder la paciencia.

Ella no se movió. Levantó la cabeza con dignidad y se quedó inmóvil retándolo. Dominic sonrió y se incorporó. La cogió por los pelos y la arrastró a la mesa. La tenía de pie, con las piernas separadas y sus pechos contra el mármol de la encimera. Arrancó su camisón ya ajado y sucio, apoyó su miembro en la entrada de su culo y se la clavó hasta el fondo sin

ninguna delicadeza. Cuando intentó gritar la tapó la boca con la mano.

—Hoy ya te he escuchado demasiado —dijo moviéndose dentro de ella—. Demasiado...

Comenzó a moverse mientras la mantenía apresada bajo su mano sin permitirle apenas murmurar por la rabia. Su pelvis chocaba contra sus nalgas, poco a poco fue resbalando con más facilidad, notaba cómo sus flujos empezaban a emanar, cómo su cuerpo empezaba a ceder ante sus movimientos.

Los golpes de su espalda brillaban bajo la luz, salió de ella y se quedó inmóvil. La dio la vuelta y la besó en los labios, y ella le respondió con pasión. La levantó en el aire y la llevó al camastro, la tiró sobre la cama, se quitó la camisa, soltó sus pantalones y se colocó sobre ella. Apoyó la punta de su miembro en la entrada de su sexo, pero quedó inmóvil.

—Fóllame...

—¿Es lo que quieres? —le susurró penetrándola lentamente.

—Sabes que sí...

—No lo sé, dímelo tú.

Volvió a clavarse un poco más. Notaba su respiración entrecortada, su cadera levantándose hambrienta de él. Samara se agarró a los barrotes de la cama y le rodeó con sus piernas, sonreía como una loca, se retorció arqueando su espalda aún notando el dolor contra las sábanas.

—Te suplico que lo hagas, Dominic —Sacó la lengua y se la pasó por la cara—. Vamos... Te lo suplico...

Se rió y se enterró haciéndola gemir de placer. Se movió, lamió sus labios, metió la lengua hasta la garganta mientras su cadera se arqueaba. Pasó su mano por debajo de su culo y metió el dedo índice dentro de él.

—Sí... Más adentro... Quiero sentirte más adentro...

—Increíble.

—Más... —jadeaba.

Cogió con ambas manos sus nalgas y las empujó hacia sí. Le apretó con fuerza, su flujo resbalaba por sus muslos, estaba empapada, hambrienta de él.

—Tenía tanta hambre de ti...

—Estás loca.

—Necesitaba tanto de ti... Necesitaba sentirte... dentro... follándome una y otra vez... tus manos... tu lengua... tu castigo...

La hizo suya de una forma brutal; ella no dejaba de pedirle más, de suplicar una y otra vez que no parara.

Silencio... Se apartó suavemente y rozó con la punta de la nariz su mejilla. Sus labios se apoyaron sobre su frente y sintió el calor que irradiaban

—Luis vendrá mañana, Samara... Debes hablar con él.

Le hizo una leve reverencia que le sorprendió. Apoyó las palmas de sus manos en el centro de su pecho y asintió con la cabeza.

—Lo que tú digas.

Dominic se levantó y se puso la camisa. Se colocó detrás de ella, cogió el camisón del suelo y se lo dio. Beso su hombro, pasó las yemas de sus dedos por los golpes de la espalda y analizó la expresión de sus ojos. Ya no eran aquellos ojos inocentes de la mujer que había encontrado meses atrás. Él sabía que tras esos gestos y esa inocencia fingida dormía la abeja reina de antaño.

«¿En qué te he convertido?», pensó mientras la miraba. «¿En qué te convertiré...?»

La pasó los dedos por los labios y los besó. Abrió la puerta de la habitación y la hizo pasar delante de él.

—Vamos, tienes que comer, has perdido mucho peso estos días.

Samara pasó a su lado y le sonrió con malicia. La siguió mientras se contoneaba, caminando como una diva por la amplia galería del sótano.

28. Perdón

No existe un hombre dominante sin una mujer que le permita serlo.

Era viernes por la noche. Samara terminaba de prepararse para bajar al pueblo. Antón les había pedido cenar todos juntos; eran fiestas y las calles estaban atestadas de gente. Sabía por Catinca que el viejo Antón tenía fama de rico excéntrico en el pueblo y que incluso muchos hablaban de las cosas extrañas que pasaban en la finca, aunque nadie sabía realmente nada porque nadie había visto nada. Pero lo cierto es que él se sentía orgulloso de sus chicos, disfrutaba presumiendo de su compañía y cuando lo visitaban aprovechaba la situación para ello y no dudaba en bajar al pueblo y cenar en los mejores sitios.

Tenía claro que serían el centro de atención. Catinca la había avisado que no se sorprendiera y menos se incomodara por las posibles miradas furtivas, y eso sin pensar en los posibles ataques de espontaneidad de Carlo.

Aquella noche estaba algo apagada. Su comportamiento con Dominic no era habitual, su forma de retarle la noche pasada no era propio de ella y aunque estaba segura de que él disfrutaba de aquello, ella no se sentía bien cuando todo pasaba y analizaba la situación, pero reconocía que la había excitado, la había desbocado de una manera que hasta se había asustado al verse. Algo le estaba pasando, algo empezaba a crecer en su interior, empezaba a modificar sus reacciones, y provocarle le resultaba apetecible por qué sacaba en él esa parte salvaje y cruel que precedía a la pasión más irresistible.

—Luis... —susurró.

Siempre que ella había llorado por culpa de Dominic, Luis había estado ahí para consolarla, y aquella noche antes de irse de casa, cuando le contaba la verdad y lloraba, había sido incapaz de darle un poco de consuelo, del que él la había llenado siempre. Él a fin de cuentas le daba el equilibrio que necesitaba, le daba esa dosis de cariño sin esperar nada a

cambio. Sí, era su hermanastro; la había engañado y, la verdad, la había llenado de rabia, pero ¿y todo lo que le dio? ¿Y todo lo que le seguía dando? ¿Y si le hubiera conocido en otras circunstancias y se hubiera enamorado de él? Miles de suposiciones pasaban por su cabeza, miles de pensamientos y preguntas.

Se subió la cremallera del vestido de raso color lila y se calzó unos zapatos de aguja. Dos brazaletes de plata decoraban sus brazos.

—Estás preciosa.

Se dio la vuelta y vio a Dominic apoyado en la puerta. Bajó la mirada y le dio las gracias, nerviosa. Su larga melena estaba totalmente lisa y casi pasaba de su culo. Catinca se había esmerado alisándola durante casi una hora. Se acercó a ella por detrás, veía sus ojos clavados en el espejo mirándola a través de él. Al notar sus manos en los hombros le invadieron unas enormes ganas de llorar; hacía tiempo que no notaba su calidez y ese día más que nunca la necesitaba.

—Princesa. —Rodeó con los brazos su cintura—. Mírame, Samara.

La dio la vuelta y le cogió la cara con ambas manos.

—Me atormento cada día por todas las cosas que hago y no puedo cambiar. No cometas mi mismo error. —Su voz era desgarradora—. Mírame, Samara.

Samara fijó sus ojos en él y apretó las mandíbulas con fuerza.

—Si me has perdonado a mí tantas veces... Perdónale a él, mi reina. Demuestra la humanidad que tienes y de la que yo carezco con esa compasión; si no lo haces serás como yo. —La abrazó con fuerza—. No cometas ese error.

Samara creyó desmayarse al escuchar aquellas palabras tan atormentadas, tan llenas de sentimiento y tan humanas. La presión de sus brazos la dejaban sin respiración. Comenzó a llorar como una niña y se aferró a él dolorosamente.

—No, mi princesa... hoy no debes llorar.

—No puedo remediarlo; cuando me hablas así, no puedo remediarlo...

—Escúchame...

—Si quieres que le perdone lo haré.

—No... No se trata de lo que yo quiera, esta vez no, se trata de lo que tú quieras hacer. De tu mano está, solo de tu mano.

La besó en los labios y levantándola en el aire la sentó en la cama, se sentó a su lado y le cogió la mano.

—Yo le pedí que no te dijera nada. Fui yo quien tuvo la culpa de todo.

—Nadie le obligó a hacerlo.

—Samara... Está ya en la finca. Ha subido a su habitación para prepararse, no te voy a decir lo que debes hacer, espera a verle si es mejor para ti, pero cuando lo hagas, déjate llevar por lo que sientas. No pierdas nunca lo que llevas dentro, ni lo que tus sentimientos te dicen que hagas, no debes controlar eso. No permitas que el odio tape lo bueno de ti.

—Tú lo haces.

Dominic se rió.

—Pero tú no eres como yo y no quieres serlo.

Hubiera saltado sobre él, lo hubiera besado y abrazado pero no lo hizo, se quedó mirando el suelo, luego a él. Dominic la sonrió. Ya no se acordaba casi de cómo sonreía. ¿Por qué era así? ¿Por qué podía tener un atisbo de hombre maravilloso y luego perderlo todo? ¿Por qué le enseñaba una parte de él que apenas podía tener?

Sabía la respuesta. Necesitaba que fuera así.

—Nunca te celaste de él. ¿Por qué?

Apoyó la mano en su cara y le acarició la mejilla. Observó que tenía un gesto relajado, sonriente, como si buscara un ejemplo que exponerle y no lo encontrara. Le resultó arrebatadora aquella cara de niño bueno, su corazón latía a cien por hora.

—Dicen que cuando tienes algo, debes dejarlo libre; si se mantiene a tu lado, es tuyo, si se va, es que jamás lo fue. Siempre te dije, princesa, que me pasé mucho tiempo conociéndote, por eso me puedo permitir ciertas cosas.

—¿No tienes miedo a que me vaya un día?

No sabía por qué le preguntaba todo aquello, quizá verlo tan cercano la animaba a ello.

—Todos los días, Samara, todos los días.

Frunció el ceño, sorprendida y desconfiada.

—No existe un hombre dominante, sino una mujer que le permite serlo. Si tú te quedas conmigo, sabes a lo que te expones, pero yo no puedo hacer

nada si un día decides irte, no lo haría. Yo no puedo cambiar, no sé hacer las cosas de otra manera, no sé amar de otra forma, princesa, si tú estás aquí es por algo, solo tú lo sabes. No hay más.

Se levantó de la cama y tiró de su brazo. La atrajo hacía él y la besó.

—Compensar el dolor...—Pasó los dedos por las marcas de su espalda—. No puedes tirar siempre de la goma porque rompe... Sonríe, nena, te quiero entera.

Samara esbozó una sonrisa tímida, respiró profundamente y se colocó los tirantes de su vestido. Dominic le dio la mano y la hizo pasar delante abriéndole la puerta.

—Manipulación y persuasión —susurró mientras miraba cómo descendía—. Por eso te quiero tanto... Porque eres tan inocente... Todavía....

Volvió a reír. Metió las manos en los bolsillos y descendió las escaleras tras ella.

—Vamos a cenar en el pueblo. —Carlo tenía una mirada burlona tirado en el sofá—. Los pueblerinos nos mirarán mal y esconderán a sus hijas; los chicos rudos y duros se celaran porque a ellas les pierde nuestra cartera y nuestra polla, y sus mamás nos miraran recelosas, pero con cierta curiosidad.

Catinca soltó una carcajada.

—Los dueños del restaurante nos harán la pelota; la culpa es de tu padre, que parece el sumo sacerdote de una secta de dementes. Claro, luego la culpa será mía como siempre. —Rió con pereza.

Antón le dio dos palmaditas en la rodilla.

—Carlo, nunca cambiarás. ¡No lo hagas, hijo mío! —miró el reloj—. ¿Dónde está Luis? Cómo tarda ese chico...

—No hay prisa, es pronto —contestó Dominic.

—Las niñas del pueblo pierden el culo por tu polla porque no saben dónde se meten si la siguen.

—No seas estúpida, Catinca. Yo soy un hombre que me expreso, lo explico todo pero no me creen. Sus mamás me la ponen más dura, esas a

cuatro patas son más flexibles con las lecciones nuevas. Aprenden más rápido. —Suspiró con humor—. Es que no me entienden, las mujeres.

—Será eso... —apostilló Dominic.

—Que alguien suba a por ese chiquillo, que no llegamos al restaurante—. Antón se levantó algo nervioso. Empezaba a impacientarse.

—Iré yo. —Samara se levantó del sofá y miró a Dominic esperando su consentimiento—. Si te parece.

Asintió con la cabeza y la observó alejarse. Subió las escaleras que daban al piso de arriba y caminó a través del corredor hasta la última puerta, golpeó con los nudillos suavemente y abrió. Luis estaba de espaldas, mirando a través de la ventana; no se había percatado de que era ella.

—Sois unos prisas. Ya voy... Coño.

Se quedó inmóvil delante de la puerta. Al ver que no contestaban, Luis se dio la vuelta y su expresión pasó de la melancolía al susto.

—Te están esperando todos abajo —tartamudeó algo nerviosa.

—Sam...

—Vamos a llegar tarde, deberías... —tragó saliva—, deberías bajar.

—Sam... —Se acercó a ella con miedo—. Sam, yo...

Samara lo abrazó con fuerza, él se quedó bloqueado durante segundos sin saber qué hacer y cuando reaccionó se aferró a ella con desesperación y cerró los ojos a punto de echarse a llorar.

—Pensé que te había perdido —dijo sollozando—. Perdóname, Sam... Perdóname, te quiero tanto...

—Vamos... —Le sonrió pasando la mano por su cara y limpiándose, a la vez, sus propias lágrimas para que no se le corriera el rímel—. Ya hablaremos de todo esto un día, ahora debemos bajar.

Carlo apareció con gesto de enfado en la puerta.

—Joder, vaya mariconada, esto parece la casa de la pradera y mi intención es que no baje de la casa de los horrores. Venga, joder, que al abuelo le va a dar un infarto de tanto esperar.

Media hora después, estaban en el pueblo. Hacía bastante frío pero la gente tomaba sus copas en las terrazas. Muchas estaban acristaladas y con calefacción. Cuando aparcaron los coches, Samara notó miles de ojos sobre

ellos.

—Uh... que llegan los malos —dijo Carlo riendo mientras Catinca le empujaba jugando—. Bajan los devoradores de doncellas... ¡Uh!

—Qué cruz, con este tío.

Dominic pasó el brazo por los hombros de Samara y entraron en el restaurante. Meredit pasó a su lado y le sonrió. En la entrada un camarero les estaba esperando, les acompañó a la mesa y les atendió con esmero y rapidez.

—Este es el pelota. —Carlo dio un trago al vino que le acababan de poner—. Y aquella del fondo que está sonriendo y cuchicheando con la amiga, la doncella plebeya.

Pasaron una cena amena. Luis tenía otra expresión en la cara y Dominic hablaba con él en bajo de vez en cuando, mientras el resto cenaba tranquilamente. Samara se sentía bien, pero seguía notando que todo el mundo hablaba de ellos o los miraban y era una sensación que le impedía disfrutar al cien por cien de la velada, una sensación a la cual no estaba acostumbrada. Cuando terminaron se dirigieron a un local de dos plantas, era bastante sibarita, pero al ser amigos de Antón no le resultó anormal. Les condujeron a la planta de arriba y el que parecía el dueño tras acompañarlos les despidió educadamente.

—Señor Antón, como siempre está usted en su casa, el camarero de la barra les atenderá en lo que sea necesario

Era como una zona reservada, había más gente pero no muchos, un par de parejas, un grupo de cinco hombres de negocios, tres chicas al fondo y poco más. Pero poco a poco fue llegando más gente del pueblo, que terminaba de cenar, y tomaban algo.

—Aquí ya puedes sacar el rabo —dijo Luis a Carlo.

—Tú, encima, anímalo —contestó Antón con humor.

29. Luis y su pequeño vicio

Un día nos decimos a nosotros mismos que la vida que llevamos no es sana; intentamos formar parte de la sociedad, ceder a nuestros remordimientos y vivir como todos, pero lo correcto se vuelve lineal, todo lo que uno lleva dentro acaba saliendo tarde o temprano.

Luis caminaba por la calle a altas horas de la mañana. Aquella noche era distinta, le apetecía pasear. Las angostas callejuelas aumentaban de color a medida que se adentraba en los suburbios. Las luces de neón parpadeaban irregularmente. Todos y cada uno de aquellos antros tenían un recuerdo especial para él. El tiempo había pasado, era cierto, pero allí pasó gran parte de sus noches muertas siendo apenas un crío de veinte años, y allí fue donde Dominic lo encontró.

Excesos, demasiados. Le habían hecho inmune al dolor. Y de todo aquello, nada... No quedó nada.

Al final de la calle una puerta de madera, una pequeña ventanita en el centro a modo de mirilla. Aquel era el único antro con clase de la ciudad. Escondido para el resto del mundo menos para determinadas personas. La melancolía se apoderó de él durante varios segundos. Llamó a la puerta suavemente y unos ojos se clavaron en él mientras la pequeña ventanita se desplazaba.

—No puede ser... —Un hombre de color le sonrió y abrió la puerta.

—Visita de cortesía, Deni. —Le dio la mano y sonrió.

El hombre entrado en carnes y con pinta de matón de barrio le dio un fuerte abrazo y lo arrastró hacia dentro.

—Te has hecho mayor, Luis. ¡Cómo me alegro de verte!

Pasaron a un local oscuro, pero muy elegante. Sillones de piel, mesas rinconeras, una barra con tonos lilas situadas al final del local y varias escaleras de caracol a ambos lados de la sala, que advertían de más plantas.

—¿Qué te trae por aquí? Pensé que no volvería a verte.

—Negocios.

El hombre le puso una copa y se sentó a su lado.

—¿De qué años estás pensando? Todavía recuerdo cómo me las dejabas por aquel entonces... Se te iba mucho la mano...

—No vengo a ese tipo de negocio, Deni, pero gracias por tu rapidez. Quiero alquilarte el local para una noche. Entero. El próximo fin de semana.

—Quieres el sótano. No cambias, amigo. —Deni se rió—. Sin problema. ¿Necesitas alguna incauta que quiera conocer el rollito duro?

Luis suspiró y dio un trago largo, se levantó y se colocó la chaqueta del traje.

—Lo estoy dejando. —Esbozó una mueca irónica—. Pero enséñame las chicas.

Deni se levantó, le abrió la puerta que daba al sótano y descendieron por una escalera. Las paredes eran de piedra vista y estaba todo decorado al estilo medieval. Varias antorchas artificiales ancladas a la pared iluminaban el tétrico pasillo. Puertas a ambos lados del pasillo con ventanillas centrales daban paso a varias salas. El hombre abrió una de ellas, en su interior una barra pequeña, varios sofás y en el centro una joven de unos veinte años anclada al techo por los brazos mientras un hombre con un pasamontañas y unos brazos descomunales jugaba con ella. Iba vestido totalmente de negro, con unos pantalones de cuero una camiseta de manga corta también negra y unas botas militares. El hombre era enorme, las venas se marcaban a lo largo de su brazo hasta el cuello.

—Tiene veinticinco años recién cumplidos y aguanta.... A la putita le gusta la caña.

El hombre le dio un fuerte golpe con una fusta en la espalda y al ver a ambos dejó lo que hacía y se acercó a ellos.

—Luis —le dio la mano—. No te reconocía, amigo, cuánto tiempo.

—Mucho, Ray, mucho...

Luis se acercó a la joven y apoyando el dedo en su cadera la balanceó. La joven le sonrió, tenía muchas marcas en la espalda, pero parecía no importarle.

—¿Son todas así de jóvenes? —preguntó a la muchacha.

—Todas.

—Interesante. ¿Ya no grabas las sesiones?

Ray sonrió. Una fila de dientes blancos hizo contraste con su pasamontañas. Señaló con el dedo índice el techo y observó a Luis.

—Parece mentira para ti que, sabiendo lo que vale en el mercado negro este material, aún lo dudes... Mucho degenerado.

—¿Cómo te llamas? —Luis le cogió la cara y le apartó el flequillo.

—Natacha, señor.

—¿Te gusta lo que te hacen?

—Sí, señor...

Pasó la mano por la mejilla de la joven. Llevaba un fino tanga negro que apenas se veía. Se mantenía de puntillas a duras penas. Era una joven muy bonita de largos cabellos negros lacios y ojos verdes intensos.

—Me recuerdas a alguien muy especial.

Estiró la mano. Ray le dio la fusta de cuero y la apoyó sobre la barbilla de la chica levantándole la cara hacia él.

—Venga, Luis... Por los viejos tiempos...

El hombre del pasamontañas dio varios pasos atrás y cruzando los brazos se quedó apoyado en la pared. Luis pellizco uno de los pezones de la joven.

—¿Te pone cachonda el dolor?

—Sí, señor, me excita.

—¿Tienes límites?

—No, señor. Los mismos que usted, en todo caso.

La repasó y le tocó con las yemas de los dedos el sexo; la chica separó las piernas, le metió los dedos en la boca y volvió a pasarlos por él.

—Tú no tienes veinticinco años —susurró muy cerca de ella—. Dime la verdad, Natacha... A mí no puedes mentirme.

—Señor, diecinueve, los... los cumplo en seis meses. Lo siento, señor, no quería mentir.

Deni se sentó en uno de los sofás con su copa, parecía ansioso por el espectáculo. Mientras Luis se colocaba detrás de ella y pasaba las manos por su culo respingón.

—No puedo quedarme aquí. —Miró a Deni y se frotó la frente.

—¡Vamos, no me jodas, chaval! Solo un par de toques, hombre.

Cerró los ojos. Olió la piel de la joven, aspiró su aroma y suspiró. Levantó la mano y el primer golpe casi la manda al otro extremo de la habitación. La joven dio un grito descomunal para luego reírse, la cadena la balanceaba mientras ella intentaba mantenerse quieta en el mismo sitio. Al pasar los dedos por el sexo de la joven, se mojaron, estaba empapada.

—Una putita masoquista.

—Pégume, señor... He sido mala...

—¿Estás segura de lo que dices? —La cogió por el pelo y dio la cabeza hacia atrás.

—Sí, señor...

Se apartó dando dos pasos atrás.

—Empieza el espectáculo, amigo mío —dijo Deni a Ray.

Se quitó la chaqueta del traje y dio las mangas de la camisa hacia atrás. Miró la fusta. Dio dos toques al zapato con ella y la dobló un poco. Una sonrisa se dibujó en su cara, mientras sus ojos brillaban de una forma especial.

30. El cumpleaños

Todos estamos unidos de algún modo a nuestro pasado.

—¿Qué tal tu noche, Luis?

Estaba tirado en el sofá jugando con el mando de la televisión. Lo miró. No sabía realmente qué contestar.

—Estuviste con Deni, me llamó. —Se sentó a su lado y lo observó.

—Y con su corte de desequilibrados. Dominic, no ha cambiado nada... El tiempo no pasa.

—Un poco de marcha no te va a hacer mal. No eres un yonki de la heroína. Intenta relajarte.

—Son crías... Apenas les crecieron las tetas. Sabía que si iba me liaban. —Lanzó el mando a un extremo del sofá y farfulló algo entre dientes. Sonó el teléfono y al ver que era Carlo dio al botón del manos libres.

—Hola —se oyó.

—¿Cómo va todo?

—¿Para cuándo la boda? —Carlo soltó una carcajada—. Me pido el papel de cura, ya sabes que yo con tal de repartir hostias...

Dominic se rió.

—Mañana te llevo los papeles a la empresa. No me toques los cojones.

—Replantéate lo de la boda y tener hijos. Un montón de mini-Dominics es una idea colosal. Formaríamos un ejército de tiranos, conquistaríamos el mundo.

Luis rompió a reír.

—Sí, porque como hagamos un ejército de mini-Carlos, tendríamos un montón de niños con taras. Igual te dan subvenciones.

—Qué chispa tienes, Luis —le oyó decir—. Qué chispa tienes. Sementales... Serían el terror de las nenas...

—Bien. —Dominic paró la conversación—. Mañana te dejo los papeles

allí de lo que recojo a Samara.

—Perfecto. ¿Y el local está reservado? —preguntó.

—Todo listo.

—Mañana te veo, entonces. Buenas noches.

Para Mateo la fiesta de cumpleaños de Luis fue la noche en la que pudo conocer en profundidad a todos y cada uno de ellos. El local era impresionante, repleto de sofás en todo su perímetro, mesas bajas decoradas con jarroncitos de colores, dos barras semicirculares a distintas alturas, un ambiente a media luz exquisito que invitaba a charlar con una música tenue. Al principio se sintió incómodo. Roberto, el más serio de todos, permanecía en uno de los rincones más oscuros con sus dos preciosas mujeres. Luis, en cambio, no se apartó de él en ningún momento, presentándole a todos: la hermosa Catinca, que como siempre llegaba la última embutida en su vaporosa falda de gitana, repleta de pulseras y su ya habitual pulserita tobillera que tintineaba a su paso; Carlo y la preciosa Meredith; la hermosa Samara, tan enigmática como Dominic y quizá la más lejana por ser su pareja. Al principio le resultó algo violento ver la forma de jugar de Roberto con Yelina y Xiamara, como si allí no existiera más que su intimidad, pero con el paso de las horas fue acostumbrándose a aquellas escenas sutiles, a sus juegos; a veces Yelina pasaba juguetona la mano por la entrepierna de aquel hombre. Ahora comprendía las habladurías del pueblo; recordó una conversación de vecinos en la cual uno de ellos comentaba la facilidad de Antón en prestar a su hija para sus orgías desequilibradas, las reuniones a altas horas de la mañana los fines de semana, el pavoneo de todos por el pueblo retando a los más costumbristas e intransigentes. Le resultó divertido; se sentía uno más, ellos lo habían querido así y deseaba fervientemente formar parte real de aquel grupo tan peculiar.

—¿Disfrutas de la noche? —Roberto se sentó a su lado y le ofreció una copa.

—Mucho —musitó—. Agradezco vuestra confianza.

Roberto se frotaba su fina perilla mientras observaba bailar a Yelina y Xiamara en mitad de la pista.

—¿Son preciosas, verdad? —Dio un trago a su copa y continuó observándolas.

—Todas y cada una de ellas —contestó Mateo.

—¿No tienes pareja? —le preguntó.

—No he tenido tiempo para eso con los años que llevo recluido —dijo—. Aun así, mereció la pena dejar ciertas partes de mi vida. ¿No crees?

Le miró y sonrió sutilmente.

—Cierto —contestó—. ¿Qué opinas de nuestras.... —Hizo una pausa y movió la mano con elegancia— relaciones?

—Qué hay que tener muchos huevos para permitirse lo que hacéis y más aún mantenerlo. —Se quedó pensativo pero en ningún momento Roberto le interrumpió—. Creo —continuó— que te mentaría si te dijera que nunca he fantaseado con este tipo de relaciones tan especiales. Sois todos totalmente distintos. Es increíble.

Roberto soltó una suave risotada y apoyó los brazos en el respaldo del sofá cruzando las piernas con aire sibarita.

—Pero todas llegan al mismo fin, amigo mío. Todas...

Carlo apareció en mitad de la pista con algo en la mano que lanzó a Luis, casi golpeándole en la cara.

—¡Tu regalito, corazón! —le dijo con humor.

Eran las llaves de un coche. Luis se rió y las observó durante unos segundos.

—Te lo íbamos a comprar rosa, pero Dominic montó en cólera en el concesionario.

—Le quieren mucho, señor. —La voz de Natacha rompió la calma que mantenía—. Se nota.

Se giró y la vio plantada detrás de él; pidió algo en la barra y la observó durante unos segundos. Ni siquiera recordaba fracciones de la noche anterior; solo sus palabras pidiéndole que la castigara bombardearon su cabeza repentinamente.

—¿Puedo tomarme algo con usted? —Tenía un leve acento ruso, las «erres» se marcaban ferozmente cuando hablaba—. Le pedí permiso a Deni

para no trabajar hoy, señor...

—Claro —contestó algo apagado. Sintió una profunda melancolía al observar su juventud.

Se sentó con ella en uno de los sofás más apartados de la primera planta. Aquella joven le encendía sus instintos más primarios y no le gustaba, le ponía nervioso. Le recordaba demasiado su pasado. Ella no parecía reparar en ello, aun habiéndola usado del modo que la usó la noche anterior, era como si no hubiera ocurrido; estaba encantada con su compañía, tan sólo dieciocho años, podía casi ser su padre, y su mirada juguetona parecía pedirle más.

Mientras le contaba que trabajaba de camarera y estudiaba su primer año de carrera, Luis miraba sus piernas, cómo se frotaba las palmas de las manos en sus rodillas, su forma de apartarse el pelo por detrás de la oreja y de pasarse la lengua por los labios y mordisquearse el inferior con malicia. Intentaba verla más real, intentaba no recordar la forma que tuvo de decirle que la castigara por ser mala. Aquellas palabras habían encendido sus instintos más primarios.

—Señor, ¿me escucha?

Volvió en sí y la miró.

—Sí...

—Permítame pasar esta noche con usted... aquí... o donde quiera...

—No creo que sea buena idea.

La joven se puso de rodillas y se colocó entre sus piernas.

—Mi madre me enseñó a leer en los ojos de las personas Señor. —Bajó la bragueta de su pantalón con sutileza—. Usted tiene demasiada tristeza en ellos. Solo quiero darle un poco de placer, después me iré si quiere. Ayer me dejó embelesada... Quería verle otra vez.

—Así que lees los ojos de la gente... ¿Eres una bruja?

Jugaba con su entrepierna con maestría, frotaba su miembro por encima de la fina tela de su ropa interior sin dejar de mirarle.

—No, sólo veo el alma de la gente —dijo con humor.

—¿Y tu madre también te enseñó a comer pollas?

Natacha soltó una suave carcajada y se levantó de nuevo sentándose a su lado en el sofá.

—Señor, si mi madre supiera mis vicios me desheredaría —contestó.

—Entiendo. ¿Qué me dices de sus ojos? —Señaló a Dominic, que acababa de subir del piso inferior del local y se aproximaba a ellos.

—Odio, señor —le contestó observándole—. Es un hombre muy hermoso pero sus ojos están llenos de odio.

—¿Y de su alma qué me dices?

—No tiene, señor...

31. Tengo algo que ofrecerte

Porque todo lo que hago no sé hacerlo de otro modo.

Dominic se despertó en mitad de la noche sobresaltado. Estaba sudando y respiraba a gran velocidad. Se incorporó intentando ubicarse, y recordó que después de la fiesta Samara le había pedido que durmiera en su casa. Miró a su izquierda; ella dormía profundamente, su pelo serpenteaba por la almohada. Se levantó y se dirigió a la cocina, se mojó la nuca en el fregadero, cerró los ojos apoyando las manos en la encimera, bajó la cabeza y empezó a llorar. Ya no recordaba cuál había sido la última vez que había llorado; los músculos de su espalda se tensaron por la presión que ejercía con las manos, su cuello y su pecho brillaban por las gotas de agua que caían desde su nuca. Se mojó la cara, se secó y miró a su alrededor. Todo estaba en penumbra, la poca luz que entraba por la ventana dibujaba formas en las paredes del salón. Un ruido de sirenas interrumpió el silencio de la noche, y después, nada. Sobre la mesa del salón divisó un paquete de tabaco; no solía fumar mucho pero aquella noche le apetecía; encendió un cigarro y se acercó a la ventana.

—¿Dominic?

La voz de Samara desde la habitación interrumpió sus pensamientos. La oyó levantarse, sus pisadas en el suelo del salón. Podía verla a través del reflejo de la ventana en mitad de la estancia. Se había puesto su camisa, las mangas le sobran por todos lados y sus finas piernas parecían más delgadas aún. No se dio la vuelta, dio otra calada al cigarro y tensó otra vez los músculos de la espalda.

—Dominic, son las cuatro de la mañana. —Se frotó los ojos.

—¿Sabes cuántas veces he estado delante de esta ventana en noches como esta? —Bajó la cabeza—. Perdí la cuenta.

—Pudiste hacerlo de otra manera.

Dominic ladeó la cabeza. ¿El tono de Samara había tenido un atisbo de

sarcasmo o prepotencia? Apagó el cigarro y se dio la vuelta. Su figura con el pecho descubierto y unos finos pantalones largos negros era imponente.

—¿Invitarte a cenar? ¿Al cine? —se rió—. No quería hacerte feliz... Recuérdalo... Quería hacerte daño.

—Tu fin fue someterme, hacerme tuya, había otras formas.

—No hubieran sido tan divertidas como la que escogí. —Dio dos pasos al frente y una tenue luz ilumino sus ojos—. Quería usarte, que sufieras un poquito, que el terror te consumiera.

Sonrió y sus ojos brillaron dibujándose una mueca de demente en su rostro.

—Tu cara, aquel día que entre en tu casa, la forma de suplicarme que no te hiciera nada... ¿Quién me iba a decir que mi preciosa princesa iba a ser tan zorra?

Se acercó dos pasos más y cogiendo su mano la besó. Samara se sorprendió.

—Que me iba a dar tanto... —Apoyó la mejilla en su mano—. Tanto...

Samara no sabía qué decir. Aquella situación la descolocaba. Dominic se mantenía pensativo con su mano en la cara y la vista fija en el suelo.

—Yo no puedo cambiar, Samara. No estoy haciendo un papel como muchos. Yo llevo todo lo que me rodea en mi vida así... No sé hacerlo de otro modo.

Samara le cogió con ambas manos la cara.

—¿Por qué me dices esto?

—Es lo justo. No pongo a una mujer de rodillas porque necesite un minuto de gloria en una triste vida que no manejo. Mi trabajo, mi vida, todo se rige por el mismo orden que me rijo contigo. Soy siempre del mismo modo. Soy egoísta, todo lo que me genere beneficio o placer lo cojo. Otra vez la angustia llenó sus palabras, le cogió una de las manos y llevándola hacía él, la abrazó.

—Tú... No puedes cambiarme... Nadie puede.

—No quiero cambiarte. No quiero que seas distinto.

Mientras la abrazaba, le hablaba al oído.

—No soy compasivo, no soy justo...

Le besó. Samara se apartó de él y cogiendo su cara le besó con

intensidad. Buscó su lengua, la chupó, intentó separarse de ella, pero se aferró a él con fuerza.

—No sé hacerlo de otro modo...—repetía una y otra vez—. No sé hacerlo de otro modo.

—No quiero que lo hagas de otro modo... No serías tú... Me gusta... Me excita.... Me vuelve loca, por mucho que llore, de rabia, por mucho que suplique dos minutos de cariño que salgan de ti... ¿No te das cuenta de por qué sigo aquí?

Dominic apartó la cara, estaba derrumbado, agotado, atormentado de algún modo por todo lo que llevaba dentro y que aún le reconcomía las entrañas. Pero ella no estaba dispuesta a parar, verle así la hacía a ella más fuerte, más segura de sí misma.

—Tu seguridad es mi fuerza. —Lamió sus labios—. No quiero otra cosa. Me fascina no poder contigo, nada te hace dar un paso atrás... Nada te hace ceder... Todo lo que está a tu alrededor te respeta, te admira, te obedece...

—Que nadie te haga dudar jamás de ti, Samara, ni siquiera yo.

—Tú puedes hacer lo que quieras. Siempre ha sido así.

—No, yo tengo el poder que tú me quieras dar. Nada más.

—Pasas de ser un hombre que parece humano un día a ser tan....

—Soy normal, pero tú has vivido conmigo determinados capítulos. No vives conmigo, no te levantas cada día conmigo, princesa, conoces única y exclusivamente lo que yo quiero que conozcas.

Se imaginó por momentos como sería la vida con él. Al menos lo intentó porque era imposible verlo como a un hombre corriente. Se rió.

—¿Piensas acaso que Carlo se pasa las veinticuatro horas como tú lo ves? Sería antinatural, esto no es una película, Samara.

Rozó con los labios su oreja y suspiró profundamente.

—¿Crees que los hombres como nosotros no tenemos sueños? ¿No buscamos lo mismo que cualquier otra persona? ¿No sufrimos, no amamos?

Se apartó de ella y volvió a ponerse a su lado.

—Hay muchas cosas de mí que aún no conoces, Samara.

—Porque no quieres...

—Peor que lo que has conocido no es —se rió—, así que no debe preocuparte.

Hizo una pausa, la cogió por los hombros y la miró fijamente.

—Quiero proponerte algo —musitó—. Debes de pensarlo bien, no va a ser fácil, así que te pido que decidas lo que decidas no sea ahora.

—Me estás poniendo nerviosa, Dominic.

—Quiero que dejes esto. —Miró a su alrededor—. Te ofrezco la posibilidad de que vivas conmigo.

Se empezó a poner muy nerviosa al escucharlo. Oía su corazón golpear su pecho con fuerza.

—¿Quieres que viva contigo?

—Es lo que te ofrezco pero debes meditarlo; repito: no será fácil para ti.

Volvió tras él a la cama y se quedó el resto de la noche despierta. Tenía tan claro lo que le iba a contestar, estaba tan segura de querer irse a su lado... luego pensó que su emoción no debía ser detectada tan rápido por él, aunque estaba convencida de que Dominic sabía desde antes de preguntarle lo que contestaría.

Después de aquella noche todo volvió a una normalidad aceptable. Mateo se incorporaba a la empresa de Dominic y alquilaba un piso en el centro provisionalmente, hasta encontrar algo que comprar con más tranquilidad. Luis, por su parte, seguía algo reticente a la hora de conocer más a la joven Natacha. Si era cierto que la chica le envolvía, se sentía bien con ella y disfrutaba de sus largas conversaciones, pero le frenaba el recuerdo de su pasado, la posibilidad de caer en aquel juego tan enfermizo con ella e intentaba verla lo justo. Catinca hizo muy buenas migas con Mateo, y muchas veces le visitaba en su nuevo piso para hacerle algo de compañía. Cuando Antón iba a la ciudad por trabajo, ella le acompañaba y se quedaba algunos días con Mateo. Pasaron los días y se aproximaba el verano. Samara hacía muchos años que apenas se movía de la ciudad. Ese año estaba más perdida todavía que los anteriores; no veía a Dominic en una tumbona en la playa, tampoco lo veía en un parque temático subido a una montaña rusa. La idea de imaginarlo en aquellas situaciones le

provocaba horas de risas en la soledad de su despacho.

Estaba encantada con Natacha, aunque no podía remediar sentir pequeños celos de ella. Su hermano le prestaba menos atención que habitualmente y le costaba adaptarse. Aun así, la idea de que la joven formara parte de su vida le gustaba.

Estaba totalmente embriagada por la felicidad. No había pegado ojo en varias noches. Sí, sabía los pros y los contras de aceptar irse a vivir con Dominic; sabía que en el momento en el que entrara por esa puerta su vida, o lo poco que quedaba de ella fuera del alcance de Dominic, desaparecería pero no la importaba; realmente para ella tampoco iba a ser muy distinto de la vida que llevaba ahora. Aquella mañana de julio el ambiente olía distinto; asomó la cabeza por la ventana y respiró una profunda bocanada de aire. Una suave brisa soplaba y los rayos de sol dibujaban formas de colores al contacto con las cristaleras de las tiendas del otro lado de la calle.

«¿Y ahora qué?», se dijo.

Tendría que ponerse manos a la obra. Empaquetaría todo lo que tenía en casa con tranquilidad y poco a poco iría llevándolo todo. «No, un momento, espera. Estás demasiado nerviosa y acelerada, antes debes de hablar con Dominic, apenas hace unas horas que te ofreció irte con él y todavía no le has respondido a su petición.»

Cogió su maletín y tomó rumbo a la oficina. Cogería unos días para hacer el traslado; hacía tantos años que no cogía todas las vacaciones completas que aprovecharía y pediría lo atrasado.

El resto del día lo pasó flotando en una nube. Tras hablar con sus superiores y acordar con ellos los días pendientes, se despidió de su equipo y regresó a su casa. Parte de la tarde la dedicó a rebuscar por los cajones todo lo que desde su punto de vista no iba a necesitar. Al menos ahora podría hacer una limpieza exhaustiva de lo acumulado. En uno de los cajones, encontró una foto de sus padres de hacía más de treinta años. Posaban delante de un chiringuito de playa con ella en cuello. No tendría ni tres años. Miró la imagen de su padre, realmente de joven era la viva imagen de Luis; sus facciones, su sonrisa, incluso la postura que tenía le recordaba a él. Tenía que llamarlos, hacía varios meses que no hablaba con ellos; su madre le había dejado varios mensajes en el contestador, pero después de la noticia de Luis se había mantenido distante por temor a la

posible reacción que tendría con su padre.

Dominic la llamó sobre las nueve de la noche. Todavía estaba de rodillas en mitad de su habitación rebuscando por los cajones y tirando en bolsas de basuras objetos y ropa que no utilizaba.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Has decidido lo que vas a hacer?

—Sí —Intentaba no parecer ansiosa—. Claro que sí.

—Bien. Tómalo con calma, todo lo que quieras traer, sin prisas, mételo en cajas. Te mandaré a una persona para que te las recoja y las lleve a tu nueva casa. Un tono irónico se reflejó en sus últimas palabras.

—Algún día te preguntaré si eres feliz —le dijo antes de colgar.

Qué irónico. Aquellas palabras la acompañaron los días previos a su traslado. ¿Qué quería decir con aquello? Sabía que sus ojos aún no reflejaban la alegría que debiera, quizá porque se mantenía tan concentrada en complacerle que no llegaba a relajarse del todo cuando estaba con él. Dominic era demasiado inteligente, demasiado retorcido y demasiado astuto, y cuando decía algo, ese algo se hacía tangible poco tiempo después. «Algún día te preguntaré si eres feliz.»

¿Cómo sería vivir con el hombre que controla cada minuto de tu vida? Al que te entregas totalmente, por el que respiras y haces cada una de las cosas. Duro, muy duro. Si cuando lo veía estaba totalmente pendiente de sus necesidades ahora que iba a compartirlo todo posiblemente llegaría a ser hasta agotador. ¿Y él? Esa flamante envoltura que lo envolvía del mundo real, que le hacía ser tan misterioso y controlador, tan exquisitamente correcto y perfecto en las formas. ¿Sería siempre así?

32. Cambios

Mi preciosa Samara, sabía desde un principio que aceptarías; todavía no sabes que, con ello, tu libertad y toda tú sois mías.

—Preciosa...

Carlo miraba a Natacha. La joven estaba de pie en mitad del salón mientras Luis se peleaba con el mando de la televisión para variar.

—¿Así que tú eres la preciosa putita *masoca* amiga de Luis?

Meredith fue a la cocina a por algo de beber. Dominic no había llegado aún pero le había dicho a Luis que esperaran en casa y luego saldrían todos a cenar.

—Sí, señor...

—Quítate la ropa.

La joven obedeció a Carlo; se soltó los botones del vestido y este cayó sobre el suelo del salón.

—Qué rica está la zorrita.

—Gracias, señor. Es usted muy amable.

—Date la vuelta e inclínate hacia adelante; quiero ver ese coñito desde atrás...

Natacha obedeció de nuevo. Carlo se inclinó hacia adelante y le pasó los dedos por el sexo; la miró, y luego se los chupó.

—Sabe a niña... —Soltó una carcajada y canturreó—. Oh nena...viniste a mi mundo... volando...

—Vístete, Natacha. —La voz de Luis interrumpió el juego—. Ahora.

—¡No me jodas! Déjame jugar un poco más... Yo también quiero una putita masoquista. —Miró a Meredith—. No te ofendas, mi amor, lo digo desde el cariño. —Se rió y cogió la cerveza que traía su sumisa.

—¿Y si nos vamos a Disney Land? —Carlo abrió los ojos mirando una revista de viajes—. ¿Qué? —Miró a Luis, que se reía como un poseso—.

Yo, en el fondo, soy como un niño.

—Claro... Y nos sacamos unas fotos con Mickey Mouse.

—En esos hoteles hay muchas mamis insatisfechas con ganas de polla.

—Ya me parecía a mí que algo bueno no tramabas. Díselo a Dominic, verás lo que te dice.

Tiró la revista sobre la mesa de centro y resopló...

—¿Dónde está?

—Comiendo con Samara. No tardará en llegar.

—Vamos, Mel —dijo—. Aún tengo cosas que hacer y ya es tarde. —Miró a Luis y le sonrió—. Luego os llamo, dile a Dominic que vaya preparando las malditas vacaciones antes de que reserve yo en un parque temático y pase el verano con Blancanieves y los siete enanitos.

Tras esto salió y Luis se quedó solo con la joven Natacha.

—Señor... Acépteme, solo quiero complacerle. Seré correcta en las formas, seré obediente, le daré todo lo que precise, más si puedo. Permítame ser suya.

Aquella joven emanaba erotismo por todos sus poros. Sus ojos verdes cristalinos se clavaban en Luis; su boca brillaba mientras pasaba la lengua por los labios. Era el fin para su equilibrio, no quería mirarla, no quería ver su endemoniada figura casi perfecta ante él.

—Natacha. Eres demasiado joven para entender muchas cosas que...

—Señor, sé que ama a su hermana; no le pido sustituirla, conozco mi situación y la acepto. Quiero acompañarle en lo que me permita.

Cerró los ojos y, cuando volvió a abrirlos, le pareció que Natacha le sonreía.

—Le suplicó una oportunidad. No le defraudaré. Quiero pertenecerle, quiero ser suya. Acépteme, señor... Por favor...

Su acento ruso le perforó el tímpano, llevaba una diminuta falda de tablas, unas finas sandalias de tacón y sus pies eran perfectos, sus piernas, su todo...

—Te pareces tanto a ella —dijo—. Eres tan retorcidamente perversa. —Su cabeza funcionaba a doscientos por hora—. Mi hermana es todo para mí —continuó—. Nunca estarás por delante de ella...

—¡Oh, señor!. —Suplicante, se adelantó un poco más—. Lo sé y no me

importa; ella es hermosa, bondadosa; ella posee todo lo que yo quisiera ser alguna vez; entiendo, comprendo y acepto ese hecho. Señor...

—Está bien.

La joven dio un grito de alegría, se agarró las manos entrelazando los dedos y giró sobre sí misma. Saltó al sofá y lo besó con pasión.

—Es usted tan compasivo... Tan bueno conmigo... Tan...

—Para.

Le cogió la mano y se la puso en el pecho.

—No le defraudaré, señor. Estará orgulloso de mí.

Pero eso no le preocupaba. Estar orgulloso de sí mismo era la duda que le corría por la cabeza. Con esa joven ansiosa y masoquista a su lado corría el peligro del exceso, aquel que años atrás le había superado y casi destruido. Natacha se sentó sobre la mesa, sus finas bragas de seda blanca marfil brillaban entre sus muslos. Tenía una piel tan morena que parecía que el contraste le invitaba a arrancársela, le decían: «Mírala». «Es tuya». «Hazla llorar». Cerró nuevamente los ojos y respiró profundamente. Su mano trepó como una enredadera por una de sus piernas hasta rozar su ingle y con ello su fina braguita de porcelana. Metió el dedo rozando levemente su sexo. Estaba totalmente depilada, algo en que ni se había fijado, las veces que la había hecho suya.

—¿Qué voy a hacer contigo?

—Lo que quiera, señor.

Su cara reflejaba la dulzura de la que nunca se había desprendido. La sonrió y se pasó el dedo por la nariz, oliendo su esencia. Natacha dejó caer sus sandalias y pasó el pie por la entrepierna de Luis. Palpaba su bulto, crecía al ritmo de sus finos y femeninos dedos. Lo observó, aquel gesto de dulzura permanecía en su cara.

—¿Me permite?

Asintió con la cabeza, frunciendo el ceño. La joven sacó su miembro y empezó a lamerlo mientras su pequeño culo se movía al compás de su lengua. Él estaba hipnotizado por aquel baile; su boca presionaba la punta de su capullo mientras se la tragaba, rozando con sus labios la base del miembro. Al separarse un fino hilo de saliva brilló; era sucio, era exquisitamente excitante. Otra vez volvía a tragarla con destreza y otra vez volvió a apartarse de él mientras sus pequeños pechos se balanceaban bajo

una camiseta, que dejaban a la vista sus pezones marcados en la tela blanca.

Disfrutaba por primera vez de sus artes. Ni siquiera tenía diecinueve años, otro pecado más que anotar a su condena. Si existía un infierno estaba condenado el resto de sus días a vivir con aquello. Le miraba a los ojos con gesto depravado mientras sacaba la lengua y hacía círculos alrededor de ella.

—Señor, sea malo conmigo. —Lamió su miembro con maestría.

—¿Quién te ha enseñado a ser tan puta? —preguntó con humor.

Sus ojos brillaron y su cinturón tintineó cuando se lo quitó y, levantándose, la arrastró sobre la mesa y se lo puso alrededor del cuello. Tiró con fuerza de él y la arqueó levantando su culo y quedando a la altura de su sexo. Natacha intentó meter los dedos entre su piel y el cuero, pero le era imposible; apretaba con demasiada fuerza.

—Señor...

—¿Natacha?

—Me... ahoga....

Su miembro entró de golpe dentro de su culo y le hizo dar un alarido. No podía respirar. Se aferró al canto de la mesa e intentó alejarse de alguna forma pero Luis tiró del cinturón y su cabeza volvió a arquearse hacia su pecho.

—Señor... le suplico... que... me está ahogando....

Natacha no podía más, apenas le entraba el aire, le quemaba el cuello, el roce con la dura piel le rozaba tan intensamente que la angustia empezó a invadirla. Tuvo una sensación extraña; estaba a punto de desmayarse cuando Luis aflojó el cinturón y cayó sobre la mesa bocabajo intentando recuperar el aire que le faltaba. Salió de dentro de ella y se derrumbó en la silla. Ahora tenía la cara casi a dos centímetros de su culito; ya no tenía la dulzura que minutos antes le llenaba el rostro.

—Ten cuidado con lo que pides, Natacha —le dijo al fin.

Mientras la joven seguía recuperando el aire, se arregló la ropa y metió la camisa por dentro del pantalón. Miró hacía la ventana y se frotó la frente con gesto de preocupación; cerró los ojos e inclinó la cabeza hacia atrás. Sintió un beso en la mejilla, y cuando abrió los ojos el rostro de Natacha le devolvió a la realidad.

—Señor... vuelva conmigo...

—Ya estoy contigo.

Pero mentía. Mientras Natacha se arrodillaba entre sus piernas y él jugaba con su pelo, su cabeza estaba más allá de todo lo que ocurría a su alrededor. Tan sólo Samara. Con ella sus instintos no existían, con ella su sed de daño no llenaba sus entrañas y le transformaba; solo quería amarla con toda su alma; ella era la única mujer que le hacía ser persona, la única que, estando entre sus brazos, le hacía ser humano.

33. Una nueva vida

Permíteme que te diga que te quiero...

La señora que se ocupaba de la casa en ausencia de Dominic y a la cual nunca había visto prácticamente, la recibió con una sonrisa inmensa. Todas y cada una de las cajas con sus cosas estaban debidamente ordenadas y desprecintadas en una de las habitaciones de invitados.

—Señorita, coloque sus cosas sin prisas, el resto déjelas aquí y así no la molestaran y podrá ir colocando un poco cada día. Yo le pondré lo que quiera en los armarios.

Samara miró alrededor y abrió el armario.

—¿Qué hace, señorita?

La mujer tendría cincuenta años; era algo regordeta, nariz chata y pelo castaño.

—Pues empezar...

—No, señorita, aquí guarda las cajas, sus cosas van en la habitación principal, la suya y la del señor.

Le dio la risa. Qué extraño sonaba aquello. «La suya y la del señor». La mujer la acompañó a la habitación de Dominic. En uno de los extremos una puerta corredera daba a un enorme vestidor de varios metros cuadrados, donde él tenía totalmente organizada su ropa. Filas inmensas de camisas, pantalones, ropa de calle más informal se extendían por toda las paredes; era casi tan grande como su antiguo salón.

—¿Ve, señorita?

Dentro del vestidor había otra puerta que daba a otro hueco casi idéntico, totalmente vacío.

—Este es su vestidor.

Aquello era impresionante; dos vestidores casi ocultos con filas de estanterías diáfanas, cajones inferiores, perchas, zapateros. Todo para ella.

Una inmensa habitación exclusiva para guardar sus cosas y su ropa.

—Es enorme...

—Todas las habitaciones tienen su vestidor anexo; el señor mandó construirlo cuando compró la casa.

Durante todo el día, ordenó con tranquilidad todo lo que le dio tiempo. Al final de la tarde la mujer del servicio se despidió de ella y, tras irse Samara, decidió dejarlo hasta mañana totalmente agotada. Se había duchado y estaba rebuscando en su nuevo vestidor algo que ponerse cuando la puerta de la habitación se abrió y Dominic entró sin percatarse que ella estaba al otro lado de la puerta corredera. Salió del cuarto y le dio un susto de muerte.

—Joder... Samara... Nena, por Dios... Vas a matarme de un infarto. ¿Qué coño haces ahí metida? —Se sentó en la cama—. No me lo digas, da igual...

Cayó boca arriba sobre la colcha; Samara saltó sobre él y empezó a besarle la cara. Era extraño para él llegar a casa y que estuviera allí; ella daba una calidez a todo que le hacía sentir bien. Cerró los ojos, estaba totalmente agotado; disimulaba bien esas punzadas que sentía cuando la miraba, pero estaban a su lado y ahora formaba parte de su vida en su totalidad.

—Te hago la cena —le dijo con efusividad—. ¡Y un baño! Te preparo un baño también.

—La cena ya la deja hecha María... Y si quiero un baño no te preocupes que te lo haré saber. Relájate un poco.

Lo veía tan tranquilo y tan maravilloso que por momentos se olvidaba de que él estaba pasando una época de letargo. Samara sabía que tarde o temprano se recuperaría, que así lo haría el hombre con el que estaba empezando una vida en común y que parecía tan extraordinariamente perfecto era él. Lo sabía y no le importaba, era como si una música celestial la envolviera por completo desde el momento que había puesto un pie en aquella casa para quedarse. Pero no era tonta, y cuando la euforia desaparecía y pequeños destellos de racionalidad volvían a su cerebro, se daba cuenta de que Dominic tan sólo dormía su borrachera de dolor.

Ahora estaba tumbada sobre su cama, a su lado, y la curiosidad de saber cómo era en el día a día la llenaba por dentro de nerviosismo. Lo miraba expectante mientras él se tomaba unos minutos de calma tras un día que

parecía haber sido duro.

—Me observas demasiado....

Levantó una ceja y la miró de reojo.

—Samara.... No eres una invitada. Estás en tu casa. Intenta relajarte, ser tú misma. Tienes plena libertad para hacer y deshacer lo que quieras...

—Es el primer día que me siento algo cortada... Me resultará un poco difícil...

—Voy a darme una ducha. Baja al salón, relájate, mira la tele, haz lo que haces siempre.

Samara obedeció y quitándose la camisa entró en el vestidor. La puerta lateral que daba al otro vestidor estaba abierta, y asomó la cabeza. El olor del perfume que ella usaba inundaba la estancia. Miró a su alrededor, qué distinto era todo ahora. Sobre una de las baldas de la estantería, había un álbum; lo cogió y lo abrió, pasó las hojas y sus recuerdos la llenaron de amargura. Innumerables fotografías de niña en distintos lugares acompañada de sus padres y al final una especial, curso del noventa y tres, vestida de animadora delante de un púlpito de alumnos distribuidos por gradas regulares; sus pompones en la mano y su sonrisa de abeja reina. Pasó la yema del dedo por la imagen y tensó la mandíbula, sus recuerdos eran su tormento. Cerró con rabia el álbum y lo dejó donde estaba.

Durante el resto de la semana, Samara fue descubriendo algún que otro hábito que tenía Dominic. Se levantaba muy temprano, se encerraba tras desayunar en una habitación donde tenía una estación de máquinas, poleas, pesas y bancos de ejercicios, y mientras hacía ejercicio escuchaba las noticias en un televisor anclado a la pared. Salía con una toalla sobre los hombros y el periódico en la mano, se duchaba y se iba a la oficina. Según el día y sus compromisos, llegaba antes o después, pero siempre entre una franja horaria idéntica. Ocho de la tarde si no cenaba fuera y doce de la noche si tenía alguna cita, ni un minuto más ni un minuto menos. Por el contrario Luis entraba y salía sin hora fija, a veces llegaba tarde y se metía con ellos en la cama, como un niño pequeño en la cama de sus padres, se agarraba a Samara y se quedaba dormido. Y mientras Dominic seguía inmerso en su calma, rodeado de tranquilidad y con una serenidad que le

hacían parecer un hombre totalmente distinto.

La tranquilidad de Dominic era directamente proporcional a la seguridad que iba adquiriendo Samara. Ella no podía negar lo evidente; ardía en deseos de provocarlo, no de una forma directa; tenía miedo a hacerlo así, más bien de una forma sutil, juguetona. Añoraba ciertos momentos que Dominic era capaz de darle, cuando la tocaba con aquella mirada fría y vacía pero con su gesto depravado de «puedo hacerte mucho daño», y sentía la necesidad de rendirse a él, de entregarle cada minuto de su vida, cuando inclinaba su cabeza con gesto de curiosidad, dejándola que hablara de algo que apenas le importaba para luego recrearse con ella. Por eso cuando Dominic llegó aquella tarde y tras ducharse se sentó en su butaca del despacho leyendo la prensa que le había quedado pendiente, ella gateó por entre sus piernas y en un gesto de valentía le arrancó el periódico de las manos.

Levantó una ceja y la miró. Palpaba suavemente su paquete por encima del pantalón mientras se arqueaba levantando el culito y le sonreía.

—¿Qué has hecho, Samara?

—Provocarte...

Frunció el ceño con gesto irónico y siguió los movimientos de sus manos, que jugaban con la tela de su pantalón.

—Qué valiente... ¿Ya te has terminado de instalar?

—Sí... Todo está colocado. Bueno, casi todo.

Dominic asintió con la cabeza y apretó los labios para no reírse.

—Entonces no necesitas más tiempo, ¿no?

—¿Tiempo para qué?

La cogió del pelo y la acercó a su cara, y con la otra mano agarró su muñeca bloqueando sus caricias.

—Para empezar a darte cuenta de donde te has metido mi amor. Y ahora, si no te importa, utiliza esas preciosas rodillas con las que tan bien te arrastras, me recoges el periódico y me lo vuelves a traer. —Besó su mejilla y volvió a poner los labios en su oreja—. ¡Ah! Y más te vale abrirlo por la misma página que estaba leyendo, porque si no... —Hizo una pausa y suspiró—: tú, hoy, vas a tener un pequeño problema conmigo. —Sonrió y le besó la frente apartándola.

Samara le devolvió la sonrisa, todavía tenía un gesto de dignidad en la

cara. Recogió el periódico. No tenía ni idea de la página en que lo había apartado de él, pero se imaginaba que estaría leyendo la bolsa, pues era lo que habitualmente leía. Probó suerte, abrió la página cuarenta y ocho y se lo puso entre las manos.

—Chica lista...

—Gracias —dijo con orgullo.

—Y ahora, si no te importa...

—Igual si me importa. —Tentaba demasiado a la suerte pero estaba tan ansiosa de él que no se daba cuenta.

Levantó los ojos del periódico y los clavó en ella. Le regaló una sonrisa, dobló con calma las hojas y lo colocó sobre la mesa rinconera de cristal. Estaba de pie delante de él, entrelazó los dedos de las manos y apoyó la barbilla en ellos mientras sus codos seguían apoyados en los reposabrazos de la butaca. Parecía como si meditara sobre qué hacer con ella, pero cuando su gesto cambió se dio cuenta de que lo que estaba haciendo era canalizar las posibles opciones con las que dirigirse a ella.

—Rozas la soberbia... Nena....

—Lo aprendí de ti.

Aquella frase le hizo reír; apoyó las palmas de las manos en las piernas y se levantó.

—Está bien... ¿Quieres jugar? Pues vamos a jugar...

La agarró por la cara y la besó con dulzura.

—Veamos quién saca. —Miró hacía el techo con ironía, como si meditara—. Dime un número del uno al diez.

—Cuatro.

—Vaya por dios... No acertaste. Saco yo...

Tras decir esto, la cogió por el pelo y la arrastró fuera de la habitación; subió las escaleras de dos en dos mientras tropezaba con ellos y lo seguía con dificultad, pero su sonrisa de dignidad no desaparecía. Había conseguido lo que quería o al menos eso creía. No podía ver lo que hacía, pues su mano agarrando la raíz de su melena le impedían levantar la cara, pero sintió que revolvió en algún cajón y tras conseguir lo que buscaba, otra vez la bajó a trompicones escaleras abajo.

—¿Qué haces?

No recibió respuesta. La llevó de nuevo al salón y la estampó contra el sofá. Samara cayó de culo con tanta fuerza que el módulo se desplazó hacia atrás. Dominic enganchó a una argolla que pendía del techo una cuerda y, con una destreza que jamás había visto, le enrolló las muñecas y la colgó dejándola a unos doce centímetros del techo.

—Que no se me olvide... —dijo con una dulzura casi entrañable— una cosa.

Pasó las manos por sus piernas, hasta tocar sus bragas, se las quitó y después de olerlas se las metió en la boca y se quedó observando la imagen como un artista tras acabar su cuadro.

—Preciosa.

Se sentó en la butaca y cogió la prensa; la abrió y tras dirigirle una mirada de complicidad, guiñó un ojo y continuó leyendo el periódico.

34. Tú me haces sentir vivo

Todo de lo que pasa a nuestro alrededor queda debidamente unido a nosotros, aunque sea tan sólo por su pasado.

Había llegado de madrugada tras una larga reunión y, cuando entró en la habitación, Samara dormía profundamente. Sabía por María que se había pasado todo el día ordenando todos y cada uno de los objetos que había traído de su casa. Se sentó al borde de la cama, su pelo se enredaba con la almohada formando bucles irregulares, lo apartó de su frente y la besó. Todo olía a ella. Desde el momento que entró en la casa, todo tenía otro color. Varias figuras que no identificaba decoraban las estanterías del salón y un olor a perfume se extendía por todos los recovecos impregnándolo todo de ella.

—Preciosa hasta cuando duerme, ¿verdad?

Luis la hizo girarse. Apoyado en el canto de la puerta observaba a Dominic mientras la acariciaba, y este le profirió una sonrisa y volvió a mirar a Samara, la tapó y apagó la pequeña lamparita que había sobre la mesita, y salió de la habitación.

—Si no te conociera lo que te conozco, pensaría que estoy delante de otra persona.

Se sentaron en el salón. Dominic se quitó la corbata y soltándose los botones de la camisa se dejó caer totalmente agotado.

—La necesito cerca...

—El dolor se va, Dominic. Tarde o temprano, el dolor... se va...

Dominic era egoísta, ambicioso con todo lo que rodeaba, y Luis tenía claro que esa necesidad de tener a Samara cerca no era solo por su bajón anímico por todo lo acontecido en su pasado. Sí, era cierto que el dolor que sentía le hacía débil frente a la soledad, que posiblemente había escogido ese momento por ello, pero también era cierto que cada paso que daba en la vida su amigo no era por una única razón. ¿Y si había cambiado? A veces

lo imaginaba y le producía congoja; sus instintos eran difíciles de modificar, pero no era imposible; a fin de cuenta él lo había hecho tiempo atrás.

—Me voy a volver loco con ella en casa, Dominic.

—Tú ya perdiste la cordura hace mucho tiempo.

—Sabes a qué me refiero. Si me resulta difícil verla dos días a la semana ahora que la tengo aquí....

—Disfrútala cuando te plazca, eso ya lo sabes...

—No frivolices así —imploró.

—Tengo que acabar unas cosas en el despacho. Intenta llevar las cosas con calma, Luis.

Tras marcharse, Luis volvió a subir a la habitación, se acercó al cuerpo de su hermana, que dormía plácidamente sin percatarse de su presencia, mientras Dominic se perdía entre papeles en la planta de abajo. Acarició su mejilla, le apartó el cabello con sumo cuidado y besó con dulzura su frente. Samara despertó y le sonrió. ¿Cómo explicarle por lo que estaba pasando? Si tuviera una ligera idea del infierno que había vivido varios años atrás, posiblemente hasta ella misma le suplicaría que se apartara de Natacha. Aquella mujer era demasiado joven para entender hasta dónde podía llegar, hasta dónde podía hacerle disfrutar de su dolor. Muchas veces pensaba en su falta de sensatez y en aquella entrega tan extremadamente apetitosa que le ofrecía. Su cabeza le decía que parara, que cesara en aquel juego tan peligroso para él, pero sus instintos, tenerla de pie suplicándole que le hiciera daño, superaba la poca cordura que aún le quedaba.

—Luis —dijo con ternura—. Me has asustado.

—Mi dulce y preciosa Samara, no me perdonaría en la vida hacerte daño.

Se incorporó y él se aferró a su cintura, pasó sus largos dedos por el pelo de su hermano y lo apretó con fuerza contra su vientre.

—Esa chica es buena para ti, pero te da miedo, ¿verdad? —le dijo.

—Saca lo peor de mí, cariño mío —sollozó—. Si tuvieras una ligera idea de mi triste vida... No me diferencio en nada de los demás...

—No puedes ser lo que no eres, Luis. Cuando te apartabas de todas las mujeres sabía que algo te impedía tener una relación, pero si el resto es capaz de vivir así tú tienes el mismo derecho.

—Con lo que tú me dabas era suficiente, no necesitaba más.

Lo miró con un cariño, casi doloroso. Luis estaba atormentado por sus propios remordimientos; se frotó los ojos y volvió a enredar sus dedos en su pelo castaño.

—Disfruta de Natacha, no vivas aferrado al pasado. —Miró hacia la puerta y lo balanceó suavemente en su regazo—. No hagas como él.

—¿Por qué sigues aquí, Sam? —le preguntó sin mirarla—. ¿No añoras una vida normal, con un hombre normal?

—Sería una vida vacía. Dominic tenía razón en algo, todo lo que venga a partir de ahora no será suficiente. Estoy tan acostumbrada ya a esta forma de vivir la vida que no sería feliz de otra manera. —Cogió su cara con ambas manos y le sonrió—. Por eso —prosiguió—, tú debes ser tú mismo, de otra forma no serás feliz nunca.

Luis arqueó las cejas con gesto de curiosidad y se colocó sobre ella.

—Somos unas fichas de ajedrez en su tablero, Sam... Él mueve los hilos de nuestros destinos.

La besó con pasión mientras sujetaba su cabeza con la mano.

—¿Vas a quererme siempre, Sam? —inquirió con tristeza—. ¿Vas a estar siempre conmigo, pase lo que pase? —Parecía un niño a punto de llorar entre sus brazos.

—Claro que sí...

—Nunca te irás, ¿verdad? —volvió a preguntar.

—Claro, Luis...

Tras decir esto, se acurrucó a su lado. Tuvo la leve sensación de que su hermano temblaba como una hoja; lo apretó entre sus brazos y volvió a quedarse dormida nuevamente.

35. Sara

La dominación es un arte igual de peligroso cuando se acelera como cuando se desconoce.

Sara llegó a Quimera como un viento fresco. Era una chiquilla que no pasaba de los diecisiete años, con una mirada dulce, mejillas invadidas de pequeñas pecas y unos inmensos ojos verdes. Su hermano había conseguido un buen trabajo, con los hombres que visitaban al viejo Antón; si su padre se enteraba de que tenían un leve contacto con aquella gente, se enfurecería. Siempre se lo había dicho; no te acerques a ellos, son gente extraña con hábitos poco aceptables. Para ella era maravilloso que su hermano le confesara aquello frente a un inmenso helado de vainilla. Le gustaba la vainilla desde muy pequeña; solía comerse uno todos los viernes. La heladería de la señorita Francis era la mejor del pueblo y disponía de miles de sabores que podía combinar a su antojo, pero siempre acababa tomando el de vainilla. Ese era el que realmente le gustaba.

Con su hermano se sentía adulta; él siempre la había tratado como tal y no porque su coeficiente intelectual estuviera por encima de la media, y porque su cuerpecito de niña guardaba una pequeña adulta con las cosas claras en la vida, no. Su hermano la amaba con toda su alma; deseaba sacarla de aquel triste pueblo y le ofrecía la oportunidad, tras terminar el instituto, de estudiar en la capital. La tarde que atravesó los muros de la finca que tantas veces había visto de lejos su corazón palpité con fuerza. No era el lujo lo que la dejó obnubilada, ni siquiera el talante pausado y dulce de Antón. Eran ellos, los hombres y las preciosas mujeres que durante la cena pudo conocer. Algún día sería como ellas, sus preciosos vestidos de seda marcando unos pechos que ella no tenía, esa seguridad y esa belleza adulta y exuberante que tenía Catinca, la hija de Antón. La había visto muchas veces pasear por el pueblo, solía comprar toda la ropa de la boutique más cara que había en la calle cuatro, muy cercana a la heladería de Francis. Era descarada, eso le gustaba; en cambio a su lado la

rubia del cuello de cisne, Meredith, parecía una mujer mucho más pausada que ella; algún día tendría un collar de perlas como el que llevaba ella; algún día sería tan hermosa como Samara, como las dos muchachas que se afanaban por complacer a aquel hombre, el de la fina perilla y de ademanes aristócratas que no dejaba de dirigirle miradas desafiantes, con unos ojos profundos y brillantes que la intimidaban. Roberto, así se llamaba.

Era una niña pero sabía perfectamente que sus ojos trasmitían deseo, el mismo que notaba en el joven dulce y educado de pelo castaño que permanecía en silencio. Quizá por eso su padre no soportaba a aquella gente. Quizá sabía que intentarían conquistarla sin importarles la edad. Ellos no ocultaban lo que la mayoría de la gente ocultaría. Las mujeres jugueteaban con Roberto y le llenaban de atenciones sin importarles quién estaba cerca. Tampoco la dulce Meredith rechazaba las caricias de Carlo. Durante la sobremesa los había visto en la cocina. Se había levantado a coger un vaso de agua y se había estrellado con aquella imagen que le encendió las mejillas brutalmente. A ella nunca la habían besado de aquel modo tan obsceno, como mucho unos pequeños besitos de adolescentes y sin lengua; en cambio aquel hombre lamía con destreza los labios de Meredith mientras tiraba de su fino collar de perlas atrayéndola hacia sí. Sintió un escalofrío y se retiró discretamente. El agua podía esperar. Se sentaría junto a su hermano y esperaría a que ellos salieran de la cocina o le pediría a Mateo más tarde que se la llevara. No importaba, estaba asombrada por la casa, la gente, el hombre serio y silencioso que se mantenía ajeno a su presencia, Dominic Romano, quizá el más intimidante de todos y el más atractivo bajo su punto de vista. ¿Cómo actuar? Era solo una niña que se aferraba con fuerza el brazo de su hermano, intentando disimular su emoción, las imágenes sensuales y juguetonas de las dos preciosas jóvenes que tonteaban en un sofá de terciopelo borgoña sobre el hombre de perilla. Y Carlo, su hermano, le había dicho que se mantuviera alejada de él, su descaro, su mirada lasciva bajo esa tupida cabellera de príncipe de cuento al cual seguían unos ojos azules arrebatadores y un físico atlético. ¡Qué extraño era todo! Aun así se sentía atraída por aquella gente, por sus ademanes, su belleza, esa familia peculiar que muchas veces había visto pasear por las calles del pueblo, retando con sus gestos a una gente conservadora e irascible, recelosa de todo y a la vez envidiosa.

—Espero que estés cómoda —le había dicho Luis.

Sí, igual de hermoso, con unas facciones menos agresivas que Dominic

pero con un rostro angelical que la atraía como si tocara una flauta y ella se dejara llevar por la melodía.

—Estoy bien —musitó con pudor—. No sois como el resto de la gente pero mi hermano ya me había avisado de ello. —Le sonrió con su habitual candidez.

—Me alegro de que te sientas a gusto. Eres muy joven.

—Algún día seré como ellas.

—No tengas prisa, todo llega.

—Sois tan peculiares...

Se sentó a su lado en uno de los sofás y le entregó un refresco con educación.

—Diferentes, Sara... ¿Tienes novio?

—No... Nunca lo he tenido, al menos nada serio.

Luis se rió con efusividad, aquello solo tenía un significado para él. Ella era pura e inocente. Nadie había tocado a esa pequeña flor a punto de florecer y eso empezó a hacerle sentir un impulso incontrolable hacia la joven Sara.

—Hablas como una mujer adulta.

—Soy muy inteligente, mi coeficiente intelectual está por encima de la media y mis notas son de sobresalientes. Estudiaré medicina, seré una magnífica cirujana.

Lo miró con curiosidad y le resultó el hombre más hermoso de la faz de la tierra. Eso o que quizá los pocos novios que había tenido habían sido siempre los simples chicos del pueblo que nada tenían que ofrecerle y le provocaban una mormera feroz. Su hermano mantenía una charla con Antón pero no dejaba de observar lo que hacía. No le gustaba, estaba segura de que no disfrutaba con la idea de que ella cayera en manos de cualquiera de los que allí estaban. ¿Por qué? Por lo lógico. Solo había que verlos. Carlo y su dulce Meredith; Roberto, al que llamaban el conde, con sus dos preciosas vampiras. La osadía de Catinca, la sexualidad que desprendía y que anunciaba al resto del mundo, que eran poco para ella.

—¿Y tú? —le dijo.

—Si te contara mi vida te asustarías....

Sara frunció el ceño y lo miró curiosa.

—No me trates como a una niña.

—No lo hago, solo te soy sincero. Intento mantener una conversación adulta con la hermana pequeña del que considero uno de los nuestros sin que resulte violento.

—Pues entonces no calles nada. Veo las cosas que pasan. —Sara se tornó directa y casi podría decirse que excesivamente adulta—. Antes vi a Carlo jugar con Meredit en la cocina; iba a por un vaso de agua y los vi con mis propios ojos. Estaba sentada en la encimera de mármol y...

—No hace falta que me cuentes los detalles. —Se rió nuevamente y se reclinó en el sofá—. Los conozco.

—Lo que te quiero decir es que mi hermano era bastante reacio a traerme esta tarde a Quimera, pero ¿sabes?, soy insistente, mi hermano me adora, pero sentía que tenía un temor inmenso a que os conociera.

—Es normal. Yo tampoco traería a una hermana de diecisiete años a esta casa pero supongo que tarde o temprano si su intención es que vivas con él, nos conocerías. —Observó a Mateo, que lo miraba con recelo mientras escuchaba a Antón—. Fíjate, sufre por ti...

—Soy mayor. Dentro de poco cumplo la mayoría de edad y podré decidir por mí misma.

—Nunca serás lo suficiente mayor para él... —Señaló a Samara, que se mantenía apoyada en el hombro de Dominic medio dormida—. Ella es mi hermana, la amo más que a mi propia vida.

—¡Vaya, es preciosa! No sabía que...

—No importa... ella es el eje de mi mundo, todo gira en torno a ella.

—Lo dices como si sufieras —le espetó la niña.

—Cuando la conocí ni siquiera sabía que era mi hermana. He dormido con ella, he disfrutado de ella como puede disfrutar él... —Se recordó a sí mismo no beber más por esa noche.

La pequeña Sara abrió los ojos como platos y se llevó la mano a la boca.

—¿Me estás diciendo que...?

—Sí... Aquí no existen las normas del mundo exterior. Nos dan lo mismo los conceptos establecidos por una sociedad que nos aliena. Te diría que eres demasiado joven para escuchar lo que acabo de decirte, pero ahora estas en Quimera, supongo que formarás parte de nosotros y me atrevo a decir que si te mintiera no tardarías en darte cuenta de las cosas. —Dio un

trago a su copa y sonrió—. Puedo seguir siendo sincero contigo, solo tienes que decir basta y pararé de inmediato, pequeña Sara...

—¡No! —dijo eufórica—. Sigue...

—Por eso la gente del pueblo nos mira mal. Saben poco pero lo intuyen. Las mujeres que ves son sumisas de los hombres. Cumplen sus deseos a excepción de Catinca; es libre, hace lo que le place... como tú ahora, Sara... Verás ciertos comportamientos y reacciones poco habituales.

—Una vez en internet con unas amigas vi...

—Olvídate de esas tonterías. Son patrañas escenificadas de una esencia que pocos pueden comprender.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—Supongo que soy el más indicado para ello. —La miró fijamente a los ojos casi devorando su enjuto cuerpecillo de niña—. El menos peligroso... por así decirlo...

—¿Tienes novia? —volvió a decirle.

—¿Eso sería un problema para ti? —le preguntó con picardía—. Tengo una mujer en mi vida, digamos que comienzo algo de lo cual no sé si sabré salir o siquiera lo deseo...

—Vaya...

—Pareces afectada —se rió—. ¿Me equivoco?

Sara se sintió intimidada por Luis y sus mejillas adquirieron nuevamente el color rosáceo que anunciaba la vergüenza.

—En absoluto —dijo con dignidad—, pero no está aquí. Eso es que no es serio.

—No tengo nada serio en mi vida, Sara... solo mi hermana... ¿Desilusionada?

—Sorprendida —susurró.

—Me encantas, niña...

Nadie la había hablado de aquella forma en su vida. Era cierto que aquel hombre la llenaba de curiosidad; su hermano seguía con la vista clavada en ella; lo miró durante leves segundos y le dirigió una sonrisa tranquilizadora.

—Luis... —le dijo—. Algún día seré tan hermosa como vuestras mujeres.

—Ya lo eres.

—¡No me digas eso! —Se rió torpemente y se llevó la mano a la boca en un gesto infantil.

—Si no supiera con toda seguridad que tu hermano me rompería la cara en milésimas de segundos, te besaría, pequeña Sara...

—¡Luis! —gimoteó nerviosa.

—Tiempo al tiempo...—susurró él.

36. Yelina comete un error

Todos los errores se pagan con la misma intensidad, no importa quién los cometa.

Aquel fin de semana sería el primero para Mateo bajo el techo de Quimera. No fue un día alentador; su hermana le llevó parte de su atención durante toda la noche. Verla sentada junto a Luis, hablando con él con su frescura y lozanía, con su falta de temor por aquellos hombres y su facilidad de palabra le comprimieron el corazón hasta que logró acostarse ya de madrugada. Se había asegurado de que ella dormía dos puertas más allá, de que nadie importunaría su intimidad. No podía quitarse de la cabeza la posibilidad de que ella se enamorara de cualquiera de ellos y le hicieran daño, no siendo su hermana, lo único que amaba desde hacía mucho. Ya era bastante tenso saber que dos kilómetros más abajo la casa familiar se mantenía ajena a todo, que su padre creía a su hija en la capital junto a su hermano. Si supiera donde la había llevado lo mataría de un disgusto; sin embargo debía hacerlo, ellos eran ahora parte de su vida. Se mojó la cara en el lavabo y se acostó bajo las acolchadas mantas que habían dispuesto para él. El servicio de Antón era meticuloso; durante toda la noche se habían ocupado dos mujeres de edad avanzada de que nada les faltara solo retirándose del salón cuando empezaron a detectar los juegos de Roberto con Yelina y Xiamara y a un Carlo picajoso con Catinca. ¿Qué habrían llegado a ver durante sus años en Quimera? Quién sabe... Parpadeó bajo la oscuridad delicada y la poca luz que entraba por la habitación. Estaba a punto de dormirse, su mente empezaba a fundirse cuando el sonido de la puerta lo sobresaltó. Una figura femenina se deslizó entre las sombras de la tenue luz que emergía de la ventana, y se situó frente a la cama.

—¡Yelina, qué susto me has dado! —Casi se había puesto a gritar—. ¿Qué haces aquí?

—Disculpe... Mi señor quiere que no pase la noche solo... Dice que le

acompañe...

Se incorporó como un misil y miró a la joven. Le resultaba difícil llegar a comprender cómo una mujer era capaz de ceder así a los deseos de un hombre. Entregándose a otro sin el más mínimo reparo solo con la mera intención de complacerle.

—No es necesario que...

Trepó por la cama como un gato salvaje y se colocó sobre sus rodillas antes de darle tiempo a decir nada. Un fino camisón casi transparente remarcaba sus hermosos pezones y las formas redondeadas de sus pechos.

—Lo sé... ¿No le gustó?

—No digas tonterías. —Imposible no gustarle aquella mujer. Posiblemente la habían esculpido para tentar al más inocente de los hombres—. Pero no tienes que...

—Quiero hacerlo, señor... Deje que lo complazca...

Meneó su melena mientras se contoneaba sobre él y le sonrió suavemente desprendiéndose de su camisón. Sus pechos emergieron de la nada y le pedían que los devorara mientras le besaba con dulzura en los labios. ¡Ah, esa era la trampa! El demonio tentaba de esa forma a los hombres, les daba riquezas, mujeres hermosas con las que disfrutar y gozar, a cambio de ¿qué? ¿Quizá su inocente hermana? Quién sabe; era tarde para pensar con claridad, sus pechos le apuntaban sonrosados y calientes y se acercaban juguetones a sus labios. Hermosa... Yelina frotaba su sexo contra el suyo y le invitaba a colarse entre sus piernas. Lamió con delicadeza uno de sus pechos y mordisqueó el pequeño pezón con suavidad. Tarde... Había probado el fruto prohibido, la pequeña y enjuta vampira de Roberto, y era tarde para huir. Clavó los dedos en la fina piel de sus caderas y la penetró con delicadeza mientras ella se contoneaba como una serpiente sobre él. Su boca, unos labios gruesos y perfectamente perfilados dejaron paso a su lengua viperina, y se coló rabiosa en la suya.

—No te voy a tratar como él —le susurró—. No soy capaz de hacerlo...

—Haga lo que desee conmigo, señor...

¿Cómo ceder ante aquello? El recuerdo de su inocente hermana desapareció en el mismo momento que ella contrajo su pelvis y le empujó hacia atrás, clavándose más en él. ¿Era ese el final? ¿Hacer que las mujeres de Quimera le arrebataran los principios con los que había nacido? Era la

mujer de otro, la sumisa, fiel y educada de Roberto; sin embargo ella estaba sobre él, moviéndose como una culebra en mitad de la noche. Por qué él se lo había pedido. Recordó las pocas mujeres que habían pasado por su vida, el vacío que dejaban a su paso, su frialdad, su mediocridad. Ella era la esencia de la sensualidad. Iba a estallar en una orgía de placer, si no dejaba de moverse de aquella manera, con su melena al viento como un potro salvaje acabaría dejándose llevar por lo inevitable. La cogió por el cuello y volvió a incorporarse estrellando su pecho contra el de ella.

—No te muevas así... despacio...

Le sonrió con malicia y se contoneó acompasadamente sin dejar de mirarlo. Perdido, esa era la palabra, estaba perdido y desquiciado con aquel demonio sobre sus caderas. La bajó de un movimiento y la colocó boca abajo; ahora él tenía plena libertad para saciarse de ella. Se coló sutilmente entre sus piernas y la besó en la mejilla suavemente.

—Disfrutas con un desconocido porque él te lo pide...

—Sí... no es desconocido, señor, es parte de Quimera... —jadeó ansiosa.

—Acabo de llegar y te metes en mi cama...

—Señor...

—No pidas nada... goza... no soy él...

La sintió retorcerse bajo su peso mientras sus gritos empezaban a ser una tortura para él.

—Y te abandonas...

—Era el último en llegar... es parte de...

Frenó de golpe y se apartó de ella. Si hubiera esperado dos milésimas de segundos le hubiera inundado las entrañas. Se balanceó entre un delicioso tembleque y le abrió la boca apuntando con su sexo. Ella lamía desafortadamente, chupaba exquisitamente cada centímetro de él. Ahí estaba, hasta la última gota que apenas llegó a ver. La vampira lamía sin un leve atisbo de asco o timidez.

—Qué... ¿Qué has querido decir con el último en llegar?

Cayó torpemente a su lado y la miró de reojo algo aturdido. La vio cambiar la expresión y algo saltó en su cerebro que le anunciaba que no debía haber dicho nada.

—Olvídelo, señor...

—No... ¿Qué significa eso?

—Señor, le suplico que olvide que... —Empezaba a ponerse nerviosa. Se incorporó bruscamente y la aferró por la muñeca con contundencia.

—No vas a salir de aquí hasta que me digas lo que sabes.

—¡Mi señor se enfadara! Ha sido un error, por favor... le suplico que lo olvide...

—Está bien... Te doy mi palabra que no diré nada... pero habla... ¡O iré directamente a Roberto a preguntarle y créeme que será peor!

Yelina estaba aterrorizada; se sentó tapándose con la sábana y la manta y comenzó a llorar.

—Lo único que sé es que... ya, ya le conocían. Antón les pidió que le buscaran, que era un joven prometedor y que debería estar con nosotros, que era el último en llegar, que faltaba usted. —Hizo una pausa y comenzó a llorar con más fuerza—. Me van a matar... ¡Oh, Dios mío!

—No llores —dijo secándose la frente—. Por favor, no llores más... Está bien. No pasa nada. ¿Sabes algo más?

—Le juro que no...

La tumbó en la cama y se recostó a su lado; la mujer no dejaba de hacer pucheros y susurraba continuamente que la matarían.

—Por dios, para ya...

—No diga nada, señor, por favor.

—Antón me buscaba... ¿Por qué, Yelina?

—¡No lo sé! ¡No lo sé! —gritó angustiada y aturdida.

La tomó por los brazos y le tapó la boca.

—No grites así... Ya está bien... —Pasó el brazo por sus hombros y la aferró a él con fuerzas—. Vale... Me rompe el corazón que una mujer llore así...

—Soy una estúpida —musitó hipando.

—Duerme... No puedes volver con Roberto; se daría cuenta de tu imprudencia.

—Lo sé.

—Duerme... —le susurró besando su mejilla.

37. Cerrando frentes

El pasado nos pertenece, se clava en las entrañas y jamás nos abandona.

Siempre tomaba su café matutino en el mismo local desde hacía treinta años: una cafetería estilo irlandés donde preparaban las mejores cervezas, el mejor café irlandés y tenían la mejor prensa deportiva de la ciudad. Siempre se sentaba en el mismo sitio, junto a la ventana, en un precioso banco corrido de madera de castaño desde donde podía observar toda la cafetería, la puerta, la inmensa barra de madera, la bonita camarera treinta años más joven que él, la pequeña gramola de discos diminutos que siempre sonaba a partir de las ocho de la tarde. Lo cierto es que no solo disfrutaba de aquellos deliciosos cafés mientras el tronar de algún partido de fútbol despertaba los improperios de los clientes; no, era la paz, ese aire cálido que se respira alejado del horror a frituras de la mayoría de los sitios de moda, el alboroto desagradable del resto, la algarabía de los habituales establecimientos domingueros de la periferia. Abrió el periódico y saboreó el primer sorbo de su café; oyó el delicado tintineo del cordón trenzado con la campanilla de la puerta y levantó la vista. Allí estaba él, un domingo soleado, a una hora demasiado prematura para todo, incluso para su corazón cansado y atormentado. Un hombre de unos treinta años, vestido con un fino pantalón de traje gris marengo y una camisa azul, el color del mar, el color de sus ojos, iguales a los suyos quizá. Se mantuvo expectante durante breves segundos, los suficientes para ver cómo se aproximaba a su mesa con paso firme, indiscutiblemente era él. Más de veinte años habían pasado pero lo identificaría en segundos entre una muchedumbre; lógico, si tomaran una foto de él años atrás, casi no habría diferencia entre los dos, pero él había guardado rabiosamente esas fotos; algo le decía que algún día llegaría aquel momento pero no así, desprevenido. No de esa forma asaltando su espacio, la calle donde vivía, su soledad rabiosa que necesitaba a esas horas.

—Hola, padre —le espetó.

No fue capaz de decirle una palabra, miró a su alrededor y volvió a fijar su vista en aquel joven.

—Tranquilo, te importunaré lo indispensable. —Se sentó frente a él y le miró con los ojos levemente cerrados—. Cinco minutos, solo eso.

¿Era aquel el pequeño niño que permanecía horas en las escaleras de madera del sucio porche de la calle del Boulevard? Sin duda, su misma boca, sus manos grandes y sus mismas uñas. Todo eso lo comprobó en milésimas de segundos, mientras su hijo, aquel extraño, repiqueteaba con los dedos la encimera de madera sin proferir una sola palabra.

—Cometí un error y...

—No vengo a eso. Ni siquiera me importa qué pasó.

—¿Qué quieres, entonces?

—Me llamo Luis. —Tenía un gesto de tristeza—. Ni siquiera sabes mi nombre. —Se rió sin ganas—. Luis.

Metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó una cinta de video, la depositó sobre la mesa y la desplazó con los dedos lentamente.

—Mi mujer no sabe nada ni mi hija... No he sido capaz en todos estos años de...

—No importa, padre...

—Tú nunca has hecho nada; te agradezco que te hayas mantenido al margen de mi vida. —Su voz sonaba melodramática, como si le suplicara compasión o quizá no pudiera disimular su miedo—. Te lo agradezco.

Luis sonrió, al menos era su intención aunque solo le salió una mueca algo dantesca que empeoró los nervios del hombre.

—No me lo agradezcas hasta que veas esa cinta.

—¿Por qué dices eso?

—Llevo veinte años esperando este día —dijo con tristeza—. Mira la cinta, y cuenta a tu mujer la verdad... porque si no... Ella misma recibirá la misma copia dedicada.

Se frotó la frente nervioso y miró a su hijo.

—¿Qué es eso?

—Tu penitencia, padre... —Dicho esto, se levantó del banco y se colocó la camisa con delicadeza.

—¡Por el amor de Dios, qué...!

—No montes un espectáculo. —Una inmensa tristeza se hacía eco en sus palabras—. No ahora, padre... No vale de nada.

—¡Luis! —le gritó mientras se alejaba—. ¡Luis! —Nada.

Volvió a casa con la pequeña cinta en el bolso de su chaqueta de algodón. No conocía el formato de aquel aparato; no era un hombre amigo de la tecnología y por la tarde se acercó a los grandes almacenes para comprar lo que allí llamaban adaptador, que no era más que una cinta aún más grande con un pequeño compartimiento donde se debía meter la pequeña cinta. Esperó a que su mujer se durmiera, miró la pequeña chimenea que el mismo había construido y las fotos que se apoyaban sobre la piedra blanquecina. Samara... su pequeña princesa llevaba días sin hablar con ella. Ahí estaba ella, con un vestido de algodón veraniego, unos calcetines blancos y un inmenso helado de chocolate en la mano. Nunca fue capaz de impedir que le cayeran los chorretones de cacao en los vestidos, hasta en aquella foto aparecía embadurnada de helado intentando sujetar aquel cucurucho desesperadamente. Se sirvió una copa de vino, uno de sus sabrosos riojas, y metió la cinta adaptadora en el vídeo. Se apoyó en el sillón reclinable y cogió el mando. El estómago le dolía horribilmente; siempre había sufrido de esos intensos dolores cuando se ponía nervioso. Sesenta y cinco años son muchos años, al menos para un hombre que lleva toda la vida trabajando de sol a sol.

—¡Virgen María! —susurró.

Las imágenes se agolparon en su retina con brutalidad. Un inmenso salón, su hija entre los brazos de su hijo. ¿Qué era aquello? La besaba, la hacía suya, la tocaba y la amaba como si fuera el hombre de su vida mientras el otro, el más grande, sonreía sutilmente observándolo todo. ¡Santo cielo! Se llevó la mano al pecho, las taquicardias eran más intensas de lo normal. ¡No! No puedes hacer eso... ¡Es tu hermana y lo sabes! ¡Es mi hija, mi hija! ¡Mi pequeña! ¡Lo único que pude proteger de mi terrible pasado y mi pecado!

La copa de vino cayó sobre la alfombra y se apresuró nervioso a apagar la televisión. No, no podía ser cierto. ¿Hermanita? ¿Acaso entre todo el horror del cual había sido testigo él lo había dicho? Ella no podía saberlo, no sería lo mismo, ella no sería capaz de hacer aquello tan horrible si

supiera la verdad. Quizá fue muy tarde. Sí, posiblemente se enteró cuando ya... La cabeza le daba vueltas y el corazón parecía salirse del pecho. Se balanceó con torpeza y comenzó a llorar como un niño. Volcó todas las fotos de la encimera de la chimenea. Si su mujer veía aquello se moriría del disgusto.

38. La historia de Antón

En el juego de la vida toda ficha tiene su función y su razón de ser.

Antón se sentó en el amplió sofá del sótano. Apartó los cojines burdeos de antelina y se reclinó en el respaldo. Llevaba gran parte del día peleándose con la mujer del servicio intentando cambiar un poco aquella habitación tan importante para sus chicos. Él baja poco por allí; le traía recuerdos demasiado dolorosos de su pasado.

—Antón. —La voz rota de Roberto retumbó en la estancia.

—Siéntate, Roberto. Los demás no tardarán en llegar —le sonrió melancólicamente, y dirigió una mirada a la pequeña barra de bar del lateral—. Sirve unas copas, hijo, y cambia la cara. No estés preocupado.

—Antón. No sé qué decirte.

—No digas nada. Vamos, ponme una copa, joven. Tengo sed. Hay un ron añejo maravilloso en la puerta izquierda. Lo compré en uno de mis viajes a Brasil el año pasado.

El resto no tardó en llegar a excepción de Mateo.

—Mateo llegará más tarde —masculló Antón—. Sentaros, hijos. Dominic ya me ha informado de lo que ha pasado.

—¿Cómo has permitido que esa zorra vuelva a abrir la boca? —Carlo miró a Roberto con prepotencia y se frotó la frente—. No eres capaz de controlarla. —Levantó el dedo índice y le apunto con él—. Tú...

—¡Carlo! —Dominic se incorporó y lo mandó callar.

—No pasa nada, hijos. Mateo no es un crío ha demostrado en este tiempo ser más listo que vosotros. —Rió y los miró—. Tampoco es tan grave. No para mí. —Miró a Roberto—. Sí para tu esclava. Ha cometido por segunda vez un error grave. Interferir. Este viernes os quiero a todos aquí.

—Me ocuparé de ella tan pronto llegue a la ciudad —dijo totalmente derrumbado.

—No.

Ante la negativa rotunda de Antón, Roberto puso un gesto de preocupación. Nunca había intervenido en sus salidas de tono.

—Se ocupará Dominic y me ocuparé yo personalmente. —Lo miró con tristeza—. Por supuesto, hijo, si tú no tienes ningún inconveniente pero entiende que su error es grave y tu amor por ella puede interferir en la eficacia del castigo. Tú mismo lo sabes.

Roberto dio un gran suspiro de desesperación y se frotó la perilla con elegancia.

—Está bien —susurró—. Será como quieras... Me apartaré. —Su voz sonaba turbadora—. ¿Qué pasará ahora?

—Nada. Le contaré a Mateo la razón por la cual acabó aquí. Se ha acelerado todo un poco, pero creo que es lo más justo para él; espero que no le afecte en exceso, no me perdonaría perder a ese muchacho.

Se levantó del sofá y se dirigió a un pequeño aparador caoba de cinco cajones. Abrió el cajón superior y sacó una pequeña cajita de madera barnizada con pequeñas incrustaciones de piedras. Dentro había unas fotografías en blanco y negro, sacó una de ellas y la miró con melancolía.

—Ha pasado tanto tiempo que apenas me quedan recuerdos de mi infancia, al menos de la buena —musitó—. Tampoco os he contado nunca todos los detalles. Sólo Dominic, cuando creí que lo perdía, supo mi pasado y creedme que no es por ocultaros nada, solo intentaba no recordar determinados momentos demasiado dolorosos para mí.

Dejó una de las fotos encima de la mesa auxiliar que les precedía; en ella se podían ver cinco niños vestidos con pequeño pantalones cortos, unas camisas algo ajadas y tirantes; dos de ellos llevaban gorra. Estaban de pie frente a una verja de hierro macizo y al fondo un inmenso caserón de piedra emergía tras ellos.

—Esta foto es de mil novecientos cincuenta y cuatro. ¿No la habíais visto, verdad?

Dominic negó con la cabeza y cogió la foto.

—Sí, hijo. La casa que ves detrás es Quimera.

Carlo abrió los ojos como platos y pegó la cabeza en el hombro de Dominic.

—Joder, Antón... Esos... —afinó la vista y frunció el ceño.

—Esos que ves en la foto somos: yo, tu padre, el padre de Dominic, el de Roberto y el de Mateo. Teníamos unos ocho años si no recuerdo mal y la finca Quimera era un orfanato.

Hizo una pausa que pareció eterna y pudo ver a Mateo en el umbral de la puerta; sonrió, levantó la mano y le invitó a sentarse a su lado.

—Permitidme que sea breve en esto. —Dejó sitio a Mateo en el sofá y pasó la mano por su hombro en señal de cariño—. No quiero alargar la historia mucho. Tampoco soy nadie para contar ciertas cosas pero por lo que veo es necesario hacerlo.

Sonrió a Mateo y se levantó del sofá. Quería verlos a todos. Se sentó en una de las butacas de enfrente y comenzó su historia.

—Ninguno teníamos padres, después de la guerra los orfanatos proliferaban. El control de las partidas de nacimiento no era como ahora y cuando por alguna razón nos separamos de nuestras familias era muy difícil volver a dar con ellos. Al menos en un corto espacio de tiempo. Quimera era uno de esos horribles sitios donde todos coincidimos. Allí nos conocimos todos, bueno, menos lo que respecta a Luis. —Miró al joven—. Tú vienes de rebote, hijo —sonrió—, pero vuestros padres crecieron y vivieron aquí junto a otros.

Hizo una pausa y dio un trago a su ron brasileño.

—Sufrimos tanto entre estas paredes que me juré a mí mismo que cuando fuera un hombre conseguiría destruir todos los recuerdos que me atormentaban de esta casa. La compré y la tiré abajo y sobre ella construí lo que es mi casa: Quimera. No es por su significado mitológico, sino por el sencillo: «Mentira que se toma como real» Quimera... A fin de cuentas siempre fue eso. Fuimos creciendo y, como cada uno de vosotros, éramos diferentes al resto. Mi mujer también fue una de las inquilinas de Quimera; aquí la conocí y aquí me enamoré de ella.

Mateo tenía las pupilas dilatadas y con gesto desorientado le quitó el vaso a Carlo y se bebió de un trago el ron.

—Pero no solo la amaba a ella. Amaba a todos y cada uno de mis compañeros. No de la misma forma a excepción de tu padre Mateo. Me encontré entre dos personas que significaban mucho para mí. No podía pensar con claridad, Alexander, tu padre, era un joven culto e inteligente, siempre enfrascado en los libros de la biblioteca, siempre correcto en las formas, siempre con aquella sonrisa destructiva que ahora, cuando me

cruzo con él, me niega. Qué irónico... por aquel entonces estaba demasiado mal visto querer a un hombre... demasiado mal visto todo. Mi mujer ocupaba gran parte de mis horas pero siempre encontraba un momento en la noche para pasar con tu padre. Él me hablaba de filosofía, de historia, me contaba cosas que solo los libros y las horas podían enseñarle y yo totalmente obnubilado por él escuchaba atentamente cada noche. Formamos unos vínculos entre todos indestructibles; estábamos demasiados solos y éramos demasiados jóvenes. Tu padre Carlo y el tuyo, Dominic, eran el vivo reflejo vuestro. Eso les traía muchos problemas con los guardas del orfanato; siempre se metían en líos, el tuyo Roberto poseía el mismo aire extravagante y esa inteligencia que tú tienes. Cuando al final me rendí a Alexander y se descubrió nos reunieron a todos en los bajos del orfanato y nos dejaron en manos de un médico alemán que intentó buscar una explicación a nuestra locura a base de experimentos horribles y horas tormentosas en esta misma habitación.

Volvió a dar otro sorbo a su vaso y tomó una inmensa bocanada de aire.

—Pagaron todos por mi error y el de tu padre, Mateo. La mente retorcida de aquel demente y la incultura de los tiempos que corrían hicieron mella en nuestra adolescencia. A veces probaban con descargas, otras nos encerraban horas en una habitación oscura con una música horrible que no paraba de sonar y todo con la intención... —soltó una risa melancólica— de curarnos. Todos quedamos tocados. Física y psicológicamente. Mi promesa fue no dejaros nunca solos. Y mi promesa fue que jamás permitiría que vuestras declinaciones y vuestras formas de vivir se juzgaran o se prohibieran jamás. Todo corre por la sangre, jugáis a lo mismo que vuestros padres jugaron en un tiempo erróneo, un tiempo que no estaba a la altura de ellos ni de mí.

Respiró profundamente y les dirigió una mirada de dignidad.

—Qué mejor sitio para ello que el mismo que nos arrebató a nosotros todo —levantó los brazos y sonrió—. Quimera.

Bajo los brazos y volvió a tornarse serio. Se frotó la perilla cana con la mano y se sirvió otra copa de ron.

—Heredasteis todos los rasgos que a nosotros nos metieron en problemas tiempo atrás. Hoy por hoy son muchas las veces que me cruzo con Alexander en el pueblo; fue el único que se quedó aquí. Otros compañeros se fueron del país. Nunca me ha mirado a la cara, jamás me

perdonó ni se perdonó lo que nos hicieron. Después de irnos del orfanato perdí la pista de Alexander hasta que compré la casa y volví aquí. Con el resto... —Miró a Dominic a Carlo y a Roberto— siempre tuve una buena relación.

—¿Mi padre tenía esclavas? —Carlo no salía del asombro.

—Tu padre tenía esclavas y se casó con la que más amaba. Tu madre. Lo mismo que los demás... Después de una época de locura y de excesos dejamos de vernos. —Miró a Dominic y le sonrió—. Pero del resto supe de ellos cuando fallecieron, alguno se fue del país, vive como yo... Eran como vosotros, en el orfanato nadie se enteraba, pero mi error y el de tu padre, Mateo, nos costó muy caro.

—Madre mía... —Roberto se rascaba la cabeza sin salir de su asombro.

—Por eso, joven Mateo, eras el último. Tu padre jamás permitiría que vinieras a Quimera. Nunca tuve prisa porque nos conocieras, pero tu padre es un hombre sano, a diferencia del resto, y por algún milagro no tuvo enfermedades heredadas de las condiciones insanas de los sótanos. No podía dejar que pasaras tu juventud sin al menos saber que no eras parte del ganado que pasta en la misma dirección.

—Mis padres fallecieron en un accidente —musitó Carlo.

—Tu padre sufría del corazón y de una angina de pecho desde que salió del orfanato, y eso le hizo delicado. Su corazón se paró aquella tarde.... Hijo...

Mateo se levantó tambaleándose y se dirigió a la puerta.

—¿Dónde vas? —Dominic hizo un amago para seguirlo pero Carlo le paró.

—Necesito salir de aquí —contestó.

39. El castigo de Yelina

No creas, Samara, que un castigo solo trae consecuencias negativas.

Abrió la puerta y extendió la mano hacia ella. La invitaba hipócritamente a que lo acompañara. Yelina se levantó y le tendió la mano. Había pasado toda la noche en el sótano de Quimera. Su paso relajado, sus pisadas amplias y acompasadas distaban mucho de su nerviosismo. El pasillo parecía interminable; al fondo, la puerta del saloncito donde tantas noches habían pasado dejaba entrever una leve iluminación que venía de dentro. La puerta estaba ligeramente entreabierta, los cojines lustrosos y amplios, las almohadas y los sofás de terciopelo indio brillaron por encima de su cabeza y pudo ver a Roberto sentado en el centro totalmente ajeno a su presencia. Bebía de una copa de cristal un líquido dorado, su porte elegante y su gesto sibarita siempre en él. Su eterna camisa estilo pirata entreabierta enseñaba parte de su hermosa figura, ni muy ancha ni muy delgada, perfecta sin más. Por lo menos para ella. Intentó ir hacia él pero Dominic le impidió moverse y, tirando de su muñeca, la colocó en el centro de la sala y la empujó hasta ponerla de rodillas en el suelo.

—Señor... perdóneme... —sollozó.

Roberto levantó la vista y centró la mirada en sus ojos. Le sonrió con amargura y depositó la copa sobre una mesita auxiliar cercana.

—No hay peor castigo para una sumisa que la decepción que pueda tener el hombre para el que sirve. —Apoyó los brazos en ambas piernas y se inclinó hacia adelante—. Y tú... me has decepcionado hasta un punto que no tienes ni idea...

—Señor... Yo...

Un golpe secó en la espalda la hizo callar. Roberto continuó hablando.

—No me mires así.... Me rompes el corazón... —Roberto conocía bien los registros sonoros que usar con la joven para hacerla sufrir más—. No te mereces que dude por tu castigo... Y aun así.... Todavía no sabré mañana

qué hacer contigo....

Se levantó del sofá y acercó los dedos a su mejilla. Yelina hacía pucheros como una niña pequeña, sin dejar de mirarlo.

—Sé agradecida... Demuéstrame al menos que tienes la dignidad para aguantar la repercusión de tus errores.

Le sonrió levemente y cogiendo la copa salió de la habitación y cerró la puerta tras de sí. Dominic se agachó levemente y acercó los labios a su oreja.

—Te va a dejar... —le susurró riendo—. Estoy por apostar....

—¡No! —gritó desesperada—. No... No... Yo aguantaré lo que sea... Reconozco que me equivoqué. —Se aferró a su pierna—. Dominic, por favor...

—Vamos, Yelina... —la cogió por el brazo y la levantó—. A dormir... si puedes.

Tiró de su brazo y la devolvió a la pequeña habitación siniestra del camastro, ancló sus muñecas al cabecero de metal y la dejó atada para que no pudiera levantarse de la cama.

—Medítalo esta noche, nena... Pero me da la sensación...

—¡No diga eso, por favor! No me haga eso... No podré dormir en toda la noche.

—Tu señor medita seriamente esa posibilidad... —Una risa falsa le perforó los oídos—. Buenas noches, putita... Mañana más y mejor.

Cerró la puerta y cuando lo hizo la oscuridad volvió a apoderarse de Yelina. No pudo dormir en toda la noche y eso era exactamente lo que él quería que pasara.

Dominic regresó al saloncito, donde todavía Roberto permanecía totalmente absorto en sus pensamientos.

—Tu zorrита está pasando una noche mala. Medita tu siguiente paso. Tienes que tomar una decisión.

—No puedo ahora.

—No tienes tiempo, Roberto.

—¿Puede ocurrir que Xiamara no siga si ella es expulsada?

—No lo sé.

Antón entró por la puerta del salón vestido con un pantalón de traje

negro y un jersey de cuello de cisne a juego; su perilla y su tez oscura le daban un semblante muy atractivo. Era un hombre mayor, pero un hombre muy hermoso que todavía mantenía la belleza de su juventud gracias a la falta de arrugas y a su físico muy bien conservado.

—Dominic... Acompáñame...

Se levantó y pasó la mano por la cabeza de Roberto en señal cariñosa. Luego se alejó tras ellos.

Dominic abrió la puerta de la habitación de Yelina y se sobresaltó. No esperaba la visita de nadie aquella noche; entró primero y apoyando la espalda en la puerta dejó paso a Antón, frunció el ceño extrañada y se sentó sobre el camastro.

—Bueno, jovencita... —le dijo acucillándose frente a ella—. No es habitual que interceda en vuestras historias para no dormir pero esta vez... es distinto.

Antón tenía un tono suave y dulce, le sonrió y pasó la mano por su mejilla. Yelina se aferró a su mano y le profirió una sonrisa de ternura, la besó en la frente y le ofreció su mano para que lo acompañara. Estaba desorientada, no sabía qué iba a ocurrir. Se levantó y mirando a Dominic salió tras Antón de la habitación. Por un momento pensó que subirían arriba, pero sacando una llave del bolsillo el hombre abrió una puerta anexa que apenas reconocía. Era una puerta de metal en uno de los laterales del pasillo que no conocía; se abrió con un rechinar de clavijas que le heló la sangre y descendió tras él por unas escaleras de piedra que daban a otra galería poco iluminada.

—Antiguamente estas galerías eran utilizadas para esconderse de los enemigos en las guerras; las paredes aún conservan firmas ilegibles de quienes pasaron por aquí. Fíjate que son de barro, como las casas que se hacían antiguamente. Me recuerdan a las catacumbas romanas que visité hace años.

Llegaron a una sala inmensa; apenas se veía, y al entrar Antón encendió la luz a través de un interruptor arcaico enorme con forma de pera pendulante. Un foco anclado del techo iluminó lo que parecía el sótano de un castillo de terror.

—Aquí dormían y vivían alejándose del ruido de las bombas, de los asaltos a las casas... Cuando compré el orfanato lo descubrí y lo mantuve como estaba... Intacto... ´

—Me da miedo —susurró Yelina.

—Son solo túneles y galerías que dan al bosque. Esta sala es la única que hay.

Oía el agua de algún río subterráneo a través de las paredes. Dominic la asustó al entrar tras de ella y apoyarse en una especie de mesa de madera que había al fondo, miró las paredes; sobre una de ellas había una cruz anclada, una especie de cadenas colgaban del techo, una máquina de madera y metal en otro extremo y una serie de artilugios que le aterrorizaron.

—¿Da miedo, eh? —dijo Dominic.

—Sí. Pero... señor...

—Veras, hija... Ahora viene lo difícil...

Mientras Antón le hablaba, observó que en uno de los extremos más alejados había como una especie de jaula metálica; la máquina rara era una especie de cruz horizontal sobre una estructura de madera maciza y una cabecero inmenso del cual pendían poleas y cadenas, un potro de piel y madera, una silla con anclajes en patas y reposabrazos y un camastro de metal con un colchón. Aquello era una mazmorra completa y sórdida.

—¿Me estás escuchando?

Yelina volvió en sí y dudó.

—Veo que no...

Toda la habitación estaba repleta de máquinas y aparatos rudimentarios e inmensos; era como la cámara de los horrores con piezas que parecían hechas por un ebanista del horror. Todas colocadas cuidadosamente, en un orden que le recordaba a un parque temático del infierno. Empezó a temblar. Oyó los pasos acompasados de alguien que se aproximaba hacia la galería y pudo ver a Carlo con un cigarro en la boca y las manos en los bolsillos atravesando la sala con su gesto de humor habitual.

—Antón... —le susurró.

Dominic la asió por la muñeca y la arrastró a un extremo, cogió una manguera enroscada en la pared y tras abrir el grifo mono-mando de la pared la enchufó con el agua helada que salía de ella.

—Vamos a prepararte para la velada... Abre la boca...

El chorro la enfocó de lleno en la boca, escupió el agua y se atragantó varias veces; tras eso, la llevó sobre la cruz vertical de la pared, los

grilletes le apretaban los tobillos y las muñecas, apenas podía separarse ni un milímetro de la madera.

—¡Esto es el Disneyland del terror, pasen y compren su pulserita para montar en todo!

—Carlo.

Pudo ver a Roberto frente a la puerta de entrada. Tenía la mirada algo apagada y no soltaba su vaso de coñac. Antón se acercó a ella y le apartó el pelo de la cara mientras acariciaba su espalda.

—Bien... Tenemos dos opciones, Yelina... Tú decides lo que quieres hacer... Una que todo acabe aquí, te des cuenta de que has cometido un error tremendo, te rindas a lo evidente y cojas tus cosas y te vayas. Te quedarás con todo lo que tienes, nadie te quitará tu casa, tu dinero y tus bienes. Será tuyo... Te lo has ganado, pero no volverás a vernos. Si decides esta opción, te soltaré ahora mismo y podrás irte.

Yelina miró a Roberto, que permanecía inmóvil.

—La segunda... —Antón apoyó una mano en la pared y la miró—. Ser castigada por tu error, cada una de estas máquinas cumple una función, pasarás por cada una de ellas, dormirás y comerás aquí varios días y tras esto... No está claro que tu señor tome una decisión que te guste.

Le volvió a acariciar la mejilla.

—¿Diferencia entre ambas opciones? Que en la primera decides tú y abandonas, en la segunda ejecutamos nosotros y aun así decide Roberto. Ninguna puede ser buena, es el riesgo que corres.

Yelina apretó la mandíbula con fuerza en señal de crispación. Estaba nerviosa y movía los ojos de derecha a izquierda intentando pensar con claridad.

—Piénsalo... Volveremos más tarde... Creo que debes hablar con Roberto.

Salieron de la habitación y cerraron la puerta.

—No tienes por qué hacerlo, Yelina —le susurró con cariño—. Ni siquiera yo sé qué pasará mañana. No lo sé.

—Señor... No quiero irme... —lloró desconsoladamente.

Roberto se apoyó en la pared y encendió un cigarrillo, dio una profunda calada y suspiró.

—Yelina... No te puedo garantizar que si pasas por esto quiera que sigas

a mi lado... Posiblemente no sirva de nada.

—¡No quiero irme!

La cogió por el pelo y le dio la cabeza hacia atrás.

—¡No seas estúpida! Hay vida fuera de Quimera... No necesitas pasar por esto.

Yelina movió las muñecas rabiosa.

—Yelina... Ya no sé si te quiero...

La joven dudó y empezó a llorar con más fuerza.

—No me iré... —sollozó.

—¿Estás segura?

—¡No! Pero me da igual. Dígaselo ya. No me iré...

Tiró la colilla al suelo y la pisó, se incorporó y se dirigió a la puerta. Antón entró seguido de Dominic. Todo pasaba a cámara lenta, aquellos pequeños detalles en los que nunca se había fijado cobraron importancia para Yelina. Antón se había arremangado y sus brazos parecían los de un joven de treinta años. Estaba muy bien formado, nunca le había visto con ropa tan ceñida; era como una copia exacta de Dominic treinta años mayor; su piel era fina, apenas tenía bello en los brazos y cuando se desprendió del jersey de cisne y quedó con una camiseta de manga corta contempló que aun con su edad tenía un físico que muchos jóvenes hubieran deseado. Les oyó hablar tras ella, apenas palabras perceptibles para sus oídos, tenía la sensación de que el tiempo no pasaba y cuando giró la vista con el rostro ladeado para poder verlos, divisó a Dominic sentado en la silla de madera frente a la mesa siguiendo con la mirada a Antón; este había abierto una especie de armario armero de puertas batientes y sacaba una vara de bambú, la doblaba levemente con las manos y golpeaba su pierna con ella mientras miraba la punta del extremo superior. La estiró para ver su longitud y si estaba recta, un detalle sibarita que le recordó a Roberto.

—¿Estás lista, niña? —le oyó decir.

—Sí. —Su tono decidido hizo reír levemente a Dominic

Este se levantó, apoyó una especie de hoja con algo escrito en la pared frente a su cara y le hizo un gesto para que lo leyera.

—En alto, son cincuenta normas... Creo que esta copia la tenías tú también pero como veo que se te olvida aprovechamos el momento y vamos recordándolo, nena.

El primer golpe le atravesó la piel haciéndola gritar; era la primera vez que Antón la castigaba y la fuerza con la que lo hizo la horrorizó.

—Lee...

Comenzó a leer en alto todo lo que ponía el papel, por cada uno de los puntos que leía recibía un varazo tan intenso como doloroso, a veces lloraba y otras, se enrabiaba y gruñía. De vez en cuando miraba a Roberto, apoyado contra la pared al fondo y ambas manos en los bolsillos, cerraba los ojos por cada golpe que sonaba en su cabeza. A fin de cuentas su señor no castigaba de aquella manera, usaba su cabeza para hacerlas sufrir, a veces más dañina que el dolor de los latigazos, porque el dolor físico se va.

Carlo, que no decía ni una sola palabra, observaba perplejo a Antón; él, a diferencia de Dominic, jamás le había visto castigar a una mujer. El hombre mantenía el rostro dulcificado, sus golpes eran exactos y rápidos y de vez en cuando hacía una cabriola con la vara con una destreza casi de malabarista.

—No dejes de leer, Yelina... Mírame... —Dominic le sonrió—. Continua...

Estaba exhausta, apenas notaba el dolor, la rabia le invadía, la consumía por dentro y al soltarla de la cruz se derrumbó sobre Dominic, que la sujetaba con un brazo. Yelina se rió, parecía más que una risa irónica de locura. La levantó en el aire y la llevó a la cama.

—Que duerma tapada. No es necesario que pase frío ahora.

Antón hizo una señal a los dos hombres y salieron de la habitación. Roberto la tapó con una manta que sacó del armario de puertas batientes y se sentó a su lado.

—¿Estás bien?

—Sí. —Tenía la mirada fija en un punto y apenas lo escuchaba.

—Yelina, mírame.

La joven obedeció.

—Tú no estás acostumbrada a esto... Todavía estás a tiempo de marcharte de aquí.

Apartó su pelo de la cara y se inclinó besando su mejilla.

—No voy a irme, señor. Si decide mañana o pasado que me vaya al menos habré agotado mis posibilidades.

—Es tu decisión. Medítalo esta noche.

Pasó los dedos por la espalda de Yelina y sintió una leve sensación de humedad. Al ponerla de lado, pudo ver las marcas de la espalda, de una pequeña herida salía un poco de sangre. Roberto hinchó las fosas nasales como un animal y nuevamente deslizó las yemas de los dedos por la herida. Su corazón se aceleró, sintió su entrepierna hincharse sorprendentemente y la besó.

—¿Te duele? —La susurró mientras miraba sus dedos manchados.

—No siento nada...

—Una pena. —Le dio la vuelta y observó su espalda—. Eres como un lienzo. —Suspiró y le elevó los brazos por encima de la cabeza haciendo que se agarrara al cabecero de metal—. Voy a follarte.

—Señor, pero...

—Separa las piernas... Ábrete para mí, Yelina.

La joven obedeció algo desorientada, se aferró con fuerza a los barrotes y arqueó la espalda mientras abría las piernas y dejaba claramente expuesto su sexo totalmente depilado. Su espalda brillaba bajo la poca luz, sus marcas se veían cada vez con más intensidad.

Roberto sentía la presión de su sexo bajo la tela del pantalón, se colocó entre sus piernas y de un movimiento se soltó los pantalones y liberó su miembro. Frotó la punta contra su culo y acercando la nariz a su espalda olió las heridas de la joven.

—Señor, perdóneme.

Se clavó en ella lentamente, sentía los latidos por encima de la pelvis. Ese calor, esa presión tan exquisita apretaron ambos lados de su miembro mientras resbalaba poco a poco a través de ella.

—Cállate... —le ordenó dejándose caer sobre su espalda—. No quiero oírte...

Su pecho rozaba la espalda y le pringaba de sangre mientras la bombeaba con más intensidad al sentir como se empapaba de ella. Su miembro húmedo por su flujo entraba y salía sin apenas darse cuenta. Yelina jadeaba cada vez más rápido, siempre había sido demasiado caliente para no gozar del sexo, demasiado ansiosa para acordarse de sus problemas cuando la estaba follando.

—Has... —Tenía la cara de la joven de lado y le lamía la oreja entre susurros—. Has sido tan estúpida que de lo único que tengo ganas es de

usarte... Ni siquiera me compadezco de ti.

—Señor...

La cogió del pelo y tiró con fuerza de su cabeza.

—Cállate. Pero aun así... Te mojas como una guarra cuando tienes una polla en el coño. Eres incapaz de sufrir cuando te están follando... Da igual el dolor... da igual la angustia...

—Úseme si quiere... pero perdóneme...

Le dio una embestida y rió.

—¿Desde cuándo me das permiso?

—No... Era una forma de....

Paró de golpe y sacando un pañuelo del bolsillo se lo metió en la boca. La sacó de dentro y la penetró por detrás con violencia.

—No gimas tanto... No vas a correrte, has sido una zorra bocazas y no te lo mereces... Lo entiendes, ¿verdad?

—Um... —asintió.

—Bien, porque si no lo entendieras me daría igual, Yelina.

—Um...

Le pasó la lengua por la mejilla y empezó a bombearla con más intensidad. Su pelvis chocaba con su culo, su pecho manchado por las heridas de su espalda.

—Siempre fuiste una buena zorra... pero te pierdes tanto... la boca...

Roberto se lo tomaba con calma, controlaba los tiempos, aceleraba, paraba y se recreaba con movimientos oscilantes y profundos.

—Una pena...

Salió de ella y empezó a correrse sobre su espalda como un loco. Aquello era un cuadro picasiano, entre el semen a chorretones que caía sobre ella y las heridas realmente parecía obra de un enfermo; observó la imagen y se rió. Un ruido de palmadas retumbó al otro lado de la habitación, Dominic emergió de un rincón oscuro de la sala y se aceraba a ellos; tras él, con una expresión desencajada estaba Samara, permanecía con los ojos muy abiertos y los miraba.

—¿Ves, princesa? En las entrañas de Quimera nadie es mejor que los demás.

—Me has dado un susto de muerte, joder.

Roberto se bajó del camastro torpemente. Samara miraba perpleja su pecho y su camisa blanca embadurnada de sangre; era mínimo pero demasiado exagerado para pasar desapercibido.

—Esto.... Esto no es lo que parece....

Dominic soltó una carcajada.

—Los hombres más cultos y educados de la historia solían ser los más enfermos por naturaleza... ¿Verdad, Roberto?

—Y los más inteligentes los más desequilibrados, Dominic... —le espetó colocándose la ropa—. Me voy a dormir... Mañana será un día largo...

—No lo dudes, amigo... No lo dudes. —Miró a Samara que no quitaba ojo a Yelina—. Y tú, mi amor, vete pensando en pasar la noche de bodas en la suite del amor. —Abrió los brazos y se rió.

Cuando Yelina despertó tras pasar una noche horrible, vio a Dominic sentado frente a ella. Se incorporó rápidamente y se frotó los ojos. Sobre el suelo había una bandeja de plástico con dos platitos repletos de fruta y una taza de café humeante. La empujó con el pie sin dejar de mirarla y le sonrió.

—Come —musitó—. Necesitas alimentarte.

Yelina se levantó de la cama y se agachó para recoger la bandeja, pero Dominic apoyó la punta de la bota en el borde de la bandeja y bloqueó a la mujer.

—En el suelo. De rodillas.

Obedeció y comenzó a comer una manzana ácida que sabía a gloria. Él no dejaba de mirarla, la tenía casi entre sus piernas y se mantenía inmóvil mientras la mujer se limpiaba la boca con la mano y seguía comiendo.

—¿Qué va a pasar hoy, señor?

Se rió y levantando el brazo como un dictador señaló la enorme maquina de madera y hierro con poleas suspendidas al fondo.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí...

—Qué chica más valiente. —Su tono hipócrita volvió a resurgir—. Te

tumbaré en aquella plataforma de madera... ¿Ves? Dos anclajes metálicos para las muñecas, tus piernas irán flexionadas, no podrás estirarlas, las tendrás atadas hacia tu pecho, es un poquito agobiante pasadas unas horas... pero tú eres una chica dura y fuerte, ¿verdad, Yelina?

Estiró la mano y se la tendió; ella dudó unos segundos pero se levantó y tiró pegando su cuerpo al de él, la agarró con fuerza uno de sus pezones y lo pellizcó bruscamente.

—Tendrás ese coñito tan desconocido para mí expuesto hora tras hora... Toda enterita... sin poder moverte... dispuesta a recibir... cualquier cosa que se me ocurra...

—Señor, por favor... Le suplico que...

—No estás en situación de suplicar Yelina. —Olió su pelo mientras la sujetaba ambos pechos con fuerza—. Lo que es una putada es que igual no vale para nada.

Soltó una inmensa carcajada y la giró poniéndola frente a él.

—¿Qué dilema, eh? Ser castigada, usada para nada.

—No es justo conmigo.

—Rota por dentro y por fuera.

Olió su cara y acercó los labios a su oreja

—Vas a darme tus lágrimas, tu dolor, tu rabia. La ira que te consume por dentro cuando te hablo... Tu voluntad... Voy a pasármelo tan bien contigo que si existe una mínima posibilidad de que tu señor te perdone... —El odio invadió sus palabras y se clavaron como colas de escorpiones en los tímpanos de Yelina— te pensarás cada palabra que salga de esa boca que tienes con tal de no pasar otra vez por mis manos. Vas a estar tan jodida... que tardarás en dormir días cuando vuelvas al mundo real.

Yelina se revolvió entre sus manos con rabia y Dominic la cogió por el pelo.

—Así me gusta... que no me lo pongas fácil... Dame un motivo. Sólo uno...

—Lo aguantaré todo con tal de...

Una carcajada retumbó nuevamente en la galería.

—Qué zorra más valiente.

La empujó y se apartó de ella.

—Acaba de desayunar. Tienes toallas y jabón en la mesa. Lávate bien.
Estás hecha una mierda.

Tras esto salió de la galería y cerró la puerta detrás suyo.

40. El castigo termina

Tú me completas...

Pasó horas atada en aquella máquina infernal. Las piernas le dolían, no sentía las muñecas y unas inmensas ganas de orinar la mataban por dentro. Por primera vez sintió alivio al ver a Dominic otra vez en la galería, le suplicó que la soltara, necesitaba salir de ahí, se estaba volviendo loca. El frío, la necesidad de orinar, el hambre y la inmovilización a la que la estaba sometiendo le hacían perder la cabeza.

Dominic no dijo nada, dejó una bandeja con comida en un rincón, soltó sus correas y las cuerdas que apresaban sus piernas y la bajó de la máquina.

—Mea —le espetó.

—¿Aquí? —dijo, algo tensa.

—En el suelo, agáchate como hacías cuando eran niña y hazlo.

Era horrible, jamás había pasado por aquello. No podía creer lo que la estaba pasando. La vergüenza que sintió en aquel momento le provocó ira. Se hubiera levantado en aquel momento y abalanzado contra su verdugo pero sabía que no traería nada bueno.

—Pero, señor...

—¡Hazlo!

Dominic se sentó en la silla, puso los pies sobre la mesa y la observó. La joven suspiró rabiosa a punto de llorar y se agachó a hacer pis. Sus ojos clavados en ella la angustiaron, el calor en sus mejillas por la vergüenza era insoportable. Orinó como pudo y al terminar se incorporó y se dirigió a la pared donde estaba la manguera, cogió el jabón y se lavó, luego se secó con la toalla y esperó de pie aún entumecida.

Dominic señaló la polea del techo y le sonrió.

—Siguiente juguete... Te colgaré de esas poleas, ataré una de tus piernas en alto y te quedarás de puntillas con la otra. Es quizá la parte más jodida, querida... Sobre todo por lo incomodo de la posición. —Se levantó y

empujó con el pie la bandeja de la comida—. Come.

Yelina comió todo lo que le había traído, con rapidez. Estaba hambrienta, sedienta. Dominic la había llevado un inmenso vaso con zumo de melocotón que bebió ansiosa. Cuando terminó, se limpió y se mantuvo quita de rodillas mientras la miraba con una leve sonrisa. Llevaba un pantalón vaquero oscuro y una camisa blanca que marcaba su inmensa espalda. Entrelazó los dedos de las manos y se inclinó hacia atrás.

—¿Lista?

Yelina se derrumbó. Corrió hacia él y de rodillas se aferró a sus piernas y metió la cabeza entre ellas. Su perfume le invadió los sentidos cuando aspiró la tela de sus pantalones.

—Por favor, señor. Por favor... No puedo más... ¿Qué más tengo que hacer para que me perdonen?

Sintió la mano de Dominic sobre su cabeza, sus dedos colarse por sus mechones de pelo y la palma de la mano rodearle la nuca y acariciar su fina piel. Por un momento sintió su compasión, sintió que la acariciaba intentando calmar su llanto y su desesperación. Pero le aferró la nuca y la levantó al mismo tiempo que él se incorporaba, clavando sus ojos en ella y obligándola a dar varios pasos atrás.

—No depende de ti ya. Colócate bajo la polea.

Le ató los brazos en alto. Primero le puso unas correas de piel unida entre sí en las muñecas, luego elevó sus brazos y de la argolla de las muñecas ancló otra unida a la del techo. Cuando comprobó que estaba bien sujeta le flexionó una pierna y con una maestría poco habitual a enseñar, le anudó el cuerpo con una cuerda hasta dejarla decorada entera con ella. Luego le flexionó la rodilla hacía atrás. Ató su tobillo con una cuerda y la ancló por detrás de la espalda a la argolla del techo. Se alejó de ella. Tenía la espalda tensa y sus pechos perfectamente perfilados. Observó la imagen y su mirada de desesperación le provocó una erección bajo el pantalón. Se colocó detrás de ella y pasó la palma de la mano por su sexo. Su miembro le rozó sutilmente el culo por debajo del pantalón y se hinchó aún más bajo la tela del vaquero.

—Podría hacer conmigo lo que quisiera y aun así no lo haré —dijo—. ¿Por qué?

Su nariz se coló por detrás de sus mechones y rozó su oreja. Sus dedos se entraron dentro de ella y al salir un fino hilo de flujo acompañó su

movimiento. Esa humedad que no podía controlar, esa sensación de estar sufriendo y aun así excitarse como una perra descontrolada, le perforó el cerebro violentamente.

—Porque si lo hiciera... Te haría demasiado daño...

Clavó los dedos más adentro y le susurró:

—No confundas... fidelidad con sensatez... Sería ridículo... No tendría sentido en Quimera... Pero sois tan limitadas que pensáis en cuentos de hadas, príncipes azules... ¡Oh, Yelina! Si no tuviera un ápice de sensatez... Te reventaría por dentro y por fuera... Te metería la polla y cuando creyeras que todo acabaría bien y gozaras como una zorra, con ella te daría tanto dolor... que me suplicarías compasión con tus últimas fuerzas...

El miedo se adueñó de ella.

—Y aun así... No tendría compasión... —Tiró de su pelo y la besó—. Puta estúpida, que se cree especial.

Le meneó la cabeza y se apartó limpiando antes sus dedos en ella.

—Disfruta de tu momento. Hoy termina todo. Veremos qué pasa esta noche, Yelina.

Salió de la galería y subió las dos plantas que daban al piso superior. Entró en la habitación y se metió en la ducha a una velocidad vertiginosa. Sentía la necesidad de hacerla daño, sentía las ganas incontrolables de bajar de nuevo al sótano y usarla de una forma cruel e inhumana. Abrió el grifo del agua fría y se metió bajo él. Apenas podía pensar con claridad; otra vez aquella maldita sensación de oscuridad se apoderaba de su cabeza y saltaba como un resorte impidiéndole centrar la realidad. Oyó la puerta de la habitación, pero le dio igual. El frío del agua le devolvió poco a poco a la realidad y al salir de la ducha vio a Samara frente a la puerta, se ató la toalla a la cintura y se secó el pelo con calma, respiraba aceleradamente y estaba nervioso. Apoyó las manos en la encimera de mármol y se miró al espejo, las gotas de agua del pelo caían por su cara y su pecho.

—¿Te encuentras bien?

Si pudiera decirle que no lo estaba, que por momentos allí abajo había retrocedido quince años y el odio volvía a invadirle, se lo hubiera dicho. Samara lo miraba extrañada, notaba la tensión de sus mejillas, su cuello estaba hinchado por alguna razón y los músculos de sus brazos emergían como bestias bajo la piel tostada. Parecía un animal rabioso.

—¿Dominic?

Se giró hacia ella y la cogió por la cara.

—Dámelo tú...

No entendía nada. Sintió sus brazos quitarle la ropa y un empujón la tiró sobre la cama.

—Dámelo tú o me volveré loco...

La desnudó y se colocó sobre ella, entre sus piernas. Tenía el sexo totalmente hinchado por la excitación, la punta de su miembro brillaba, ancho, rosáceo y mojado por las gotas del agua de su vientre. Se clavó en ella sin dudarle y se mantuvo quieto mientras la miraba. Le pasó la lengua y mordió su labio inferior. Se restregaba sobre ella, su estómago chocaba y frotaba el de Samara. Se movía dentro tranquilamente mientras le metía la lengua bruscamente para luego morderle la boca, el cuello, los pechos.

—Deja que lo haga, Antón... u otro. Dominic...

No la escuchaba. Su pelvis la golpeó con fuerza, sentía la presión de sus paredes en el tronco, cómo arrastraba la piel a su paso, quería correrse, quería saciarse de todo aquello antes de perder el control y destrozar a la joven que tenía apresada en el sótano. Era tal su excitación que por momentos perdió la visión de toda la habitación. Se hizo la oscuridad, podía oír a Samara jadear bajo su cuerpo, retorcerse al compás de sus embestidas y pedirle más, oía su respiración entrecortada, sentía la humedad entre sus piernas, cómo sonaba el chasquido de su pelvis contra ella y cómo resbalaba húmeda y juguetona

—Deja a los otros que...

—Cállate... No quiero escucharte... —murmuró con la boca pegada a la suya—. No quiero oírte...

Tiró de su cuerpo y la sentó en sus rodillas. Sus pechos quedaron a la altura de su boca, mordió sus pezones con tanta fuerza que su grito le estremeció.

—Baila para mí... Haz que me corra...

No dejaba de lamer su boca. Samara tenía el pelo alborotado, parte tapaba su cara y su pecho, se contoneaba de una forma desequilibrante, intentaba entretenerse con sus movimientos, alejarse de la oscuridad, saciar las ganas de hacerlas daño.

—Dominic... Pero ¿qué te ocurre?

—Obedece...

Samara sentía su dolor; era como un niño desesperado por huir de algo. Metía su cabeza entre sus mechones, lamía cada centímetro de su cuerpo, sus pechos, su cuello, su lengua. Las palmas de las manos acariciaron su espalda. De vez en cuando sentía cómo la empujaba hacia él, cómo hacía que se clavara contra sí con más brusquedad; luego la soltaba y la dejaba libre, dejaba que su cuerpo se moviera al compás de una melodía inexistente.

Era excitante para ella oír sus jadeos, sus murmullos ininteligibles en su oreja cuando estaba así de desbocado. Su respiración entrecortada, su lengua buscar la suya sin apenas darla tregua y aquella forma tan deliciosa de ahogar el placer que le llenaban por dentro cuando sentía su líquido llenarla por dentro. Se quedó aferrado a ella por momentos; sentía los latidos de su miembro retumbar en sus entrañas. Tenía la expresión de un niño asustado; era delicioso salir de ella, despacio, suavemente, ese leve chorro de semen cálido y mojado que se derrama a su paso. La luz... Otra vez la calma que se apoderó de su cuerpo le permitió pensar con sensatez...

Duerme...

—Vístete —dijo—. Quiero que bajes conmigo.

—No... No creo que soporte verlo.

—Compláceme. Debes hacerlo.

—¿Qué la va a pasar?

—Ni yo mismo lo sé.

Estaba mareado, se incorporó y a punto estuvo de caer al suelo, apoyó las manos en el aparador, entró en el baño y se mojó la cara y el cuello. Samara se vestía nuevamente y entró tras él.

—Dominic, ¿por qué quieres que baje a verlo?

—Todo lo que pasa aquí te enseña algo siempre, Samara.

Aquellas palabras la descolocaron, no dijo nada, esperó a que se vistiera y cuando estaba listo le siguió de nuevo a la planta de abajo y traspasó las puertas del sótano. Roberto estaba frente a Yelina, la imagen de la joven era lamentable, le resultaba ya imposible mantener el equilibrio, sus ojos estaban encharcados en lágrimas, parecía como si no hubiera dejado de llorar durante días. Tenía la espalda repleta de marcas, el pelo revuelto y

algo sucio por los días, y su piel estaba amoratada por el frío.

Miró a Roberto, estaba totalmente desmoronado. Su rostro reflejaba abatimiento, compasión y tristeza por aquella mujer. Se apartó hacia atrás cuando vio entrar a Antón en la habitación.

—Hijo, sal de aquí. Luego tendrás tiempo para hablar con ella.

Obedeció y desapareció escaleras arriba. Samara no sabía dónde colocarse. Vio a Antón sostener la vara y golpear el culo de Yelina varias veces, como comprobando que aquello no cediera a los golpes. La giró sobre sí misma y la besó en la frente. Otra vez la golpeó varias veces y la soltó liberándola de las ataduras infames que la tenían sujeta desde horas antes. Cuando la joven consiguió mantener el equilibrio, él mismo la llevó a la jaula de barrotes corroídos y oxidados que había al fondo de la sala. La introdujo en ella y cerró la puertecilla dejándola hecha un ovillo dentro. Dominic permanecía sereno, las manos en los bolsillos y una expresión lineal. Cuando Antón se apartó, se dirigió a la manguera, estiró el tubo de plástico verde y con la máxima presión apuntó directamente a la jaula y comenzó a disparar aquel chorro helado de agua en ella. Yelina apenas se movía hasta que el chorro se dirigió a la cara. En un intento de pedir que parara la boca se llenó de agua y creyó oírla toser.

—¡Dominic! Por Dios, para...

Antón la agarró por el brazo y la hizo volver atrás pero no podía soportar ver aquella imagen; daba la sensación de que la estaba ahogando, de que el agua le impedía pedir ayuda y que si no apagaba la manguera la mujer no tardaría en tragar toda el agua que recibía a presión. La jaula era tan mínima que no podía moverse ni un centímetro; Dominic apenas prestaba atención a Samara que lloraba angustiada ante la imagen dantesca. Cuando parecía que no cesaría en el tormento, giró la manguera y cortó el agua. Yelina tosía descontrolada, angustiada.

—Yelina... —oyó decir a Antón—. Mírame, Yelina, y escúchame atentamente. Si decides irte ahora y abandonar te soltaremos y acabará todo ahora. Te queda otra oportunidad, hija, no sigas con esto... Roberto ya ha tomado una decisión y no es buena para ti...

Escupió el agua y movió la cabeza.

—¡No!... —Tosió—. No, no...

Otro chorro a presión la enfocó directamente en la cara y durante unos segundos Samara trató de soltarse de Antón y correr hacia ella. No podía

creer lo que estaban haciendo.

—¡Dominic, para por favor! —suplicó, desesperada—. ¡Para!

Se libró de Antón y se tiró al brazo de Dominic, se arrodilló y lo aferró con fuerza por la pierna.

—Por favor —suplicó—. Dominic. La estás ahogando... por favor... Para, te suplico... Por el amor de Dios.

Ni siquiera la miró, estaba en su mundo, cerró la manguera y abrió la puertecilla de metal sacando a Yelina. Boca abajo en el suelo, comenzó a toser como una loca recuperando el aire que la faltaba. Antón apartó a Samara, que no soltaba la pierna de Dominic casi a rastras.

—Hija. ¡Apártate! No seas loca.

Lloraba más que Yelina. Lloraba de rabia y de tristeza. Lloraba de miedo por ver a Dominic tan horrible y perverso.

—Yelina. —Antón se inclinó y le apartó el pelo de la cara—. Hija mía... Si no abandonas ahora... Pasarás bajo el chorro toda la noche... Niña... No seas inconsciente... ¿Por qué sigues con esto?

La mujer se incorporó, miró con odio a Dominic y se limpió la cara y la boca.

—No me importa... Si mi señor quiere dejarme... Esperaré a que él me lo diga. Y si tengo que esperar así... Lo haré.

Entonces ocurrió algo que desconcertó a Samara, cuando estaba convencida de que volvería a la jaula y que Dominic otra vez la atormentaría con el chorro a presión helado, algo pasó en la galería. Antón se incorporó y la sonrió, miró a Samara y meneó la cabeza en tono negativo. Samara temblaba de miedo, vio a Dominic dejar la manguera en su sitio, rodeó a la joven con ambas manos y la cogió en el cuello. Salió de la galería con ella, Samara corrió detrás angustiada y desconcertada sin saber qué iba a pasar. La subió en los brazos al piso superior y la llevó a una de las habitaciones. Yelina estaba agotada, congelada, y totalmente destrozada por las horas de tormentos.

—Llena la bañera con agua caliente, Samara —dijo—. Rápido.

Samara obedeció. Llenó la bañera y éste la introdujo en ella con cuidado. Cogió la ducha y comenzó a mojarle la cabeza y la cara con agua caliente. Luego tomó una esponja y bajo la mirada curiosa y agotada de la mujer comenzó a limpiarla con cuidado. Se arrodilló frente a la bañera y tras

terminar de lavarla la sacó con sumo cuidado rodeándola con una toalla que pidió a Samara y volvió a llevarla en cuello a la cama.

—Sois tercas como mulas —dijo tapándola—. Ve a por un caldo caliente a la cocina. Necesita comer.

Samara, estupefacta, no reaccionó.

—Vamos, princesa... obedece... —Le apartaba el pelo y lo secaba con la toalla. Miró a Samara y abrió los ojos—: Samara, reacciona. ¡Ve!

Corrió escaleras abajo y cuando subió de nuevo con el caldo, Dominic estaba sentado y abrazaba a la joven para que entrara en calor.

—¿Y ahora qué? —lloraba Yelina.

—Ahora comerás y dormirás. Necesitas coger fuerzas. Has pasado dos días malos.

—Quiero ver a mi señor... —lloró.

Samara se sentó frente a ellos y comenzó a darle la sopa con cuidado. Dominic la mantenía apretada contra él. Era increíble lo que estaba viendo. Incluso para Yelina era sorprendente, pero estaba tan rota que apenas se movía.

—Lo verás. Come primero.

—¿Me van a poner en el chorro otra vez? —lloró hipando mientras comía como podía—. No puedo soportarlo...

—Yelina... Come... Nadie te va a poner en ningún sitio.

—Dominic... Antón dijo que...

Miró a Samara. Estaba nerviosa y cuando extendía la cuchara con el caldo temblaba tanto que derramaba la mitad otra vez en la taza.

—Ella ya ha pagado por lo que hizo Samara... Estaba dispuesta a pasar la noche igual, aun sabiendo que Roberto no querría estar con ella. —Apoyó la boca en su frente y la balanceó—. Yelina... deja de llorar y come... Ya pasó todo...

—Me tendré que ir... Señor... —Lo miró—. Usted no es tan malo como creía... —Lloró desconsoladamente y tragó el caldo como pudo—. Me tendré que ir... —repetía una y otra vez.

Samara miró a Dominic con tristeza, se compadecía de Yelina. Había sido valiente, había soportado más que cualquiera de ellas y saber que tendría que irse le rompía el alma.

—Yelina, el castigo terminó... No tengo ninguna necesidad de atormentarte. Diferencia los momentos. Come. Todo. Hazme caso... No vas a irte a ningún lado.

Lo miró y a punto estuvo de volcar el cuenco de porcelana encima de todos.

—¿Qué?

—Nadie va a dejarte, Yelina... Solo poníamos a prueba hasta dónde llegarías por quedarte... Y créeme, niña... Roberto lo ha pasado peor que tú...

Comenzó a llorar con tanta fuerza que ni Dominic fue capaz de consolarla. La balanceaba como si intentara calmar el llanto de un niño. Seguía con la boca apoyada en la frente de la mujer procurando que la manta no la destapara. El color de su piel volvía a tornarse rosáceo y sus mejillas adquirirían el color que las caracterizaban.

Samara sintió un profundo alivio. Tanto que al final optó por dejar el cuenco en la mesita o lo tiraría de los nervios.

—Obedece, Yelina. Duerme, no permitas que Roberto te vea así. Recupérate y cuando despiertes... Te estará esperando.

—Oh, señor... Gracias... —Respiró profundamente, sonrió a Samara y se tumbó en la cama acurrucándose plácidamente—. Gracias... —susurró y se quedó totalmente dormida.

Samara salió tras Dominic. Todavía le temblaban las piernas del miedo y tenía una sensación de agotamiento mental inmensa.

—No sé qué decir. Ha sido horrible... Por momentos odié lo que hacías con toda mi alma.

Le pasó el brazo por encima de los hombros y caminó a su lado.

—Sí... Ya vi cómo soltaste a Antón y te metiste en medio para ayudar a Yelina.

—No pude remediarlo.

—Un gesto que te honra. —Le besó la frente y sonrió mezquinamente mientras bajaban la escalera—. Te dije que jamás me interrumpieras, princesa... y aunque ha sido un detalle por tu parte para con tu amiga... Discutiremos más tarde... ese detalle... y sus consecuencias.

41. Conflictos internos

Una vida como la nuestra nos genera continuos conflictos; cuando llegas todo te supera, la oscuridad que llevas dentro parece cubrir tu moralidad; crees caer por un precipicio pero al final te aceptas a ti mismo y lo que viene.

Mateo pasó días alejado de la finca. Sabía que su hermana, su tierna e inocente Sara, veía a Luis a menudo. Tampoco quiso pasar por casa de sus padres; la historia que Antón le había contado le dejaba mentalmente exhausto y no se sentía con fuerzas de sentarse delante de su padre y disimular toda aquella información. Muchas veces se arrepintió de haber llevado a Sara a la casa; muchas veces se vio tentado a coger el coche y regresar al pueblo a por ella. Sin embargo, ahora ellos eran su familia, poco le diferenciaba de cualquier de los que estaban allí y para ser honesto consigo mismo tampoco tenía claro si el llevar a su hermana a la casa habría sido algo que deseaba en el fondo.

Sara le llamaba entusiasmada con todo aquello; le contaba por teléfono dónde la llevaba Luis, las cosas que le compraba y lo mucho que deseaba ser como las mujeres de Quimera, pero era su hermana, su pequeña y alocada Sara, la misma que había dejado en manos de un hombre que empezaba a cambiar sus prioridades.

Sara no era sumisa de ningún hombre de Quimera y eso le confería una frescura y osadía que nadie tenía. Aquello atrapaba a los hombres, a medida que pasaban los días y la muchacha adquiría más confianza se hacía más claro su afán por todo lo que ocurría a su alrededor. No es que viera mucho, pero Sara era una muchacha achispada y espabilada y era claro lo que rodeaba a los miembros de Quimera. Recordó sus años en la universidad, la incapacidad de mantener una relación normal con una mujer. Nunca supo lo que era hasta que llegó a Quimera, hasta que probó la suave piel de Yelina y la osadía de Catinca, que ahogaba su soledad a su lado. Quizá debía agradecer el resto de su vida poder ser por fin como

realmente era, al menos en parte.

Quimera... aquella finca era ahora un hogar para él. Pensó en Antón y se encogió de hombros. Recordó sus palabras y la forma melancólica de contarle lo que sintió tiempo atrás por su padre, y deseó llorar desconsoladamente. ¿Quién era él para juzgarlos? ¿Acaso no había deseado toda su vida que nadie lo hiciera con él?

—Alexander. —Su hermana, al otro lado del teléfono, sonaba fría y distante.

—Sara, sabes que no me gusta que me llames por mi segundo nombre.

—Mateo, me da igual ¿Dónde estás metido? Todos están preocupados por ti. Hoy he ido con Luis a Quimera, este fin de semana se quedarán todos allí.

Dominic no le había llamado por su falta al trabajo. Estaba claro que respetaba su necesidad de espacio y sabía que era necesario para él.

—Sara. ¿Va todo bien, cariño mío? ¿Te sientes cómoda con ellos?

La voz de su hermana cambió totalmente.

—¡Oh, Mateo! ¡No tienes ni idea de las cosas que he visto!

—Me hago una idea —dijo algo incómodo—. ¿Tus clases?

—Mateo Alexander —gruñó ella—. Estamos a punto de finalizar el curso, soy la mejor de mi promoción. ¿Dudas de mis notas?

—No, tesoro mío —contestó—. Solo quería saber, llevamos días sin hablar.

—Mateo —le interrumpió—. Gracias por traerme a la casa.

Se le encogió el corazón y por unos segundos la imaginó envuelta en los brazos de Luis.

—No puedes contarle en casa. ¿Lo sabes, verdad?

—Lo sé. No soy una niña.

Claro que lo era. Era su niña.

—¿Qué tal con Luis?

—Es maravilloso. ¿Sabes? Va despacio conmigo ¡Le gustó Alexander!

—Por favor, Sara —le rogó—. Sé prudente en tus decisiones. No te lances, eres muy joven y tienes tiempo para muchas cosas.

—Quiero ser como las demás, Mateo.

Eso le provocó un espasmo en el estómago y se movió nervioso.

—No, Sara, tú eres especial. Luis no necesita que seas como las demás. Sé tú misma.

La oyó bufar al otro lado del teléfono y luego suspirar.

—Vuelve, hermanito; mañana tenemos una cena en la casa y Antón está muy apenado con tu desaparición.

—Me cuesta asimilar las cosas, Sara...

—Luis me contó lo que pasó. Yo también quedé perpleja pero Mateo no es asunto nuestro; la vida de papá no nos pertenece, no existíamos y míranos... ¡Maldita sea! ¡Vuelve!

—Eres muy madura, Sara, a veces parece que la hermana mayor eres tú.

—Lo sé —se rió—. Vuelve de inmediato, Alexander Mateo —le ordenó con humor—. O si no me entregaré como esclava sin límites a tus amigos. —Soltó una carcajada.

—Sara, no digas eso ni en broma.

Notó un escalofrío por el cuerpo. La mera idea de imaginarlo le aterraba.

—Pues vuelve. Todos te echan de menos.

—Lo pensaré.

—Te quiero.

Sintió un nudo en el estómago y tragó saliva.

—Y yo a ti, mi amor.

42. Toda tú

Un hombre dominante castiga con intensidad pero también ama con intensidad.

Yelina sintió un intenso dolor en la espalda al girarse. Despertó asustada y se incorporó con rapidez respirando a gran velocidad. Se tocó la frente y miró nerviosa a su alrededor, una sensación de calma la invadió cuando se dio cuenta de que estaba en su habitación y todo había pasado. Miró a un lado de la cama, sobre la mesita el reloj despertador de números rojos brillaba marcando las nueve de la noche. Había dormido pocas horas, las suficientes para al menos sentirse algo mejor.

Intentó incorporarse y otra punzada le atravesó la espalda. Farfulló en bajo frunciendo el ceño y se puso de pie. Tenía el pelo revuelto y mojado por el sudor y su cuerpo presentaba un estado lamentable. Su espalda estaba atravesada por una hilera de innumerables filar rojas mortecinas, en los brazos algún moratón, y su piel presentaba un color pálido y enfermizo. Se apresuró a darse un baño y arreglarse. Tenía unas inmensas ganas de ver a Roberto pero no podía presentarse así. Se embadurnó con un tenue maquillaje que disimulaba el color marfil de sus mejillas y se perfiló los ojos con una fina raya negra. Se miró en el espejo. Su imagen no había mejorado mucho pero al menos disimulaba la transparencia de sus mejillas tras varios días sin darle el sol y el aire puro.

—¿Qué te han hecho? —Oyó su voz en la puerta del aseo—. Mira tú espalda... Tus piernas....

Roberto apoyaba una mano en el marco de la puerta y se llevaba la otra al pecho. Su voz era de tristeza, sus ojos se mantenían fijos en su cuerpo sin apenas prestar atención a su cara. Repasaba cada centímetro de su piel con una expresión de asombro, de compasión. Juraría que no había sido tanto cuando estuvo con ella en la galería.

—Mi estúpida e inconsciente esclava...

Tuvo la sensación de que en cualquier momento comenzaría a llorar como un niño. Se quedó inmóvil frente a él. Quería saltar sobre sus brazos, quería besarle y darle las gracias por perdonar su inmenso error; eso era al menos lo que creía que haría, pero por el contrario se mantuvo quieta, aterrada con la idea del rechazo esperando que él le dijera qué debía hacer.

Roberto dio un paso adelante y cogió su brazo. Lo analizó minuciosamente y la hizo girar sobre sí misma. Sintió las yemas de sus dedos pasar suavemente por encima de las heridas de su espalda y sus labios besar cada una de ellas.

Lo observaba a través del espejo del lavabo. Sus inmensos ojos, que a veces daban la sensación de ir perfilados en un negro azabache, contemplaban cada poro de su piel almendrada. Sus manos inmensas y perfectas pasaron por sus hombros y bajaron suavemente por su cadera.

—Perdóneme —suplicó temblorosa.

Lo vio levantar la vista de ella y mirarla a través del espejo. Por mucho que se empeñara en disimularlo siempre tenía aquella expresión de ternura en su rostro. La misma que en determinados momentos la aterrorizaba cuando algo le molestaba. Él era impredecible, sus gestos no iban con su ánimo. Jamás sabía qué vendría después.

—Jamás te he hecho daño. Mi joven sumisa. Nunca he necesitado someterte de una forma diferente a la que he usado. Mis palabras, mis formas siempre fueron suficientes. —Hablaba como un poeta cuando entonaba un cántico—. Por Dios... Mira tus heridas, mira tus marcas, mira tu fina piel, tu hermosa piel... Mi obediente y testaruda sumisa. —Le dio la vuelta y la abrazó con fuerza—. Mira lo que has soportado —susurró—. Nadie merece un sufrimiento tan grande como el que tú me has dado...

Yelina apenas podía respirar, estaba horriblemente nerviosa. Las piernas le temblaban. Sentía sus brazos, sus labios apretando su oreja mientras le susurraba su calor.

—Mi amor... Mi esclava preciosa... Perdona por engañarte, por decirte que ya no te quería, tenía que hacerlo, tenía que intentar ahorrarte tanto dolor.

Comenzó a llorar desconsoladamente entre sus brazos al oír aquello.

—Tenía que intentar que no cometieras la locura de quedarte... Tenía que dejarte ir...

Todo el maquillaje, todo el rímel y pintura que se había puesto empezó a mezclarse en la camisa de Roberto, de forma grotesca, con sus lágrimas.

—¡Oh, míreme! Estoy horrible. Me había preparado para usted... ¡Y míreme! —sollozó intentando arreglarse—. Y su manga...

Lloró buscando una toalla para limpiar la camisa, pero Roberto tiró de su brazo y la besó con dulzura.

—No seas estúpida... ¿Crees que me importa? —La abrazó de nuevo y la apretó contra él—. Yelina... Mi fiel Yelina... Tú me das la vida... Eres hermosa de cualquier forma porque eres hermosa por dentro y por fuera... No llores... nadie se merece tus lágrimas ahora... Has pagado demasiado caro tus pecados... Te amo... Te amo con toda mi alma... Os amo a ambas....

Lloró con tanta fuerza como en su vida, lloró de rabia, de alegría. Lloró por el dolor, lo que no había llorado las noches anteriores; se derrumbó en sus brazos y pensó perder la consciencia de tal placer que le daban sus palabras. Él jamás le había hablado así, jamás le había dicho que la amaba. El aire invadió sus pulmones con tanta fuerza que apenas podía respirar. Se aferraba a él con fuerza, clavando sus uñas en su espalda, como si en algún momento fuera a desaparecer y no fuera a verlo más.

—No volveré a equivocarme así. —Saltó a sus brazos y enroscó las piernas en su cintura—. ¡Se lo juro!

La llevó a la habitación y la depositó sobre la cama con cuidado. Pensó por momentos en enroscarse en ella y hacerla suya, pero Yelina estaba demasiado débil y dolorida. Temía hacerle más daño; era como una muñeca de porcelana rota, como aquellas pequeñas y delicadas muñecas con vestidos ribeteados de mirada triste y vacía.

—No llores más, mi preciosa sumisa. No me rompas el corazón.

—Le fallé... Le decepcioné...

—Y ahora me siento orgulloso de ti. No hay nadie en esta casa que no se sienta orgulloso de ti... De tu valor, de tu entrega, de la forma en la que te entregaste a lo que viniera, y todo por no irte de mi lado ¿Qué más puedo pedir? Nada...

Un tremendo sopor se apoderó de ella. La calma que sentía le provocó un agotamiento multiplicado por mil. Se acomodó entre sus brazos y sollozó.

—Descansa...

—No se vaya.

—No me voy a ir a ningún lado. Duerme. Cuando despiertes yo estaré aquí...

Se hizo la oscuridad y cayó en un profundo sueño.

43. Reencuentro

Un día me di cuenta de que contigo aprendía mucho más de lo que pensé nunca.

Bajó las escaleras sentado en la barandilla y a punto estuvo de caer de bruces en mitad de la entrada. Meredit se echó las manos a la cabeza.

—Lo peor de todo es que si se cae quedará peor de lo que está.

Roberto pasó junto a Carlo, que intentaba mantener el equilibrio con elegancia, y le dio una palmada en la espalda. El resto desayunaba animadamente en la cocina, alrededor de la mesa de contrachapado.

—Me desestabilizaron las pelotas —musitó con orgullo.

Se cruzó con Catinca y la agarró por la cintura cogiendo su mano y haciéndola girar como si bailaran.

—Déjate hacer, princesa gitana... —Pasó la nariz por su cara y le dirigió una mirada lasciva—. Prometo ser compasivo cuando te la meta por el culo y me supliques que no pare. Um... se me está poniendo dura.

—Estás enfermo...

—Por ti... zorrita sin dueño...

Le miró con malicia y le sonrió.

—No lo verán tus ojos, Carlo.

—Oh, querida... Estoy convencido de que hasta te metiste el dedito pensando en ello alguna vez. Llevas una zorra dentro y aún no lo sabes... Cati...

La sujetaba con fuerza y la balanceaba al compás de un tarareo que de vez en cuando producía.

—Además. Hay muchas cosas de mí que aún no conoces... Te puedo dar tanto placer... Quieta...

—Suéltame, Carlo.

—Sí, mi ama. —Soltó una carcajada que retumbó en la entrada y,

haciéndole una reverencia, la dejó pasar a la cocina.

—Gilipollas —le soltó.

—Putilla —susurró con sorna.

A mitad de la mañana, mientras el servicio preparaba la enorme mesa del salón para comer y todos estaban desperdigados por la casa, Samara oyó una música que la atrajo hacia el salón. Su hermano tomaba una cerveza apoyado en el canto de la puerta que daba al porche y observaba con humor a Carlo y Catinca bailar bajo la música del tango de Roxenne. Era increíble verlos, lascivos, perfectos en las formas. En ningún momento se hubiera imaginado que Carlo, con sus bruscos modales, pudiera moverse con esa elegancia tan exquisita. Sara aplaudía sentada en uno de los sofás con humor y Roberto y sus dos mujeres hablaban animadamente en otro de los sofás anexos.

—Vaya... —dijo a su hermano—. Lo hacen de maravilla.

—Sí. —Luis dio un trago a su cerveza y la besó en la frente.

—No me imagino a Carlo dando clases de tango erótico —Lo vio levantarle la falda y pasar la lengua por su cuello al ritmo de la música para luego hacerla girar y soltarla.

—¿Academia? —Luis se rió—. Le enseño Dominic.

—¿Perdona? —Quedó perpleja y volvió a dirigir la mirada hacia ellos.

Sara saltó a los brazos de Luis, que a punto estuvo de derramar la cerveza por el suelo, y se la llevó en dirección a la cocina. Era increíble ¿Había escuchado bien? Dominic bailando tango ¡Y así! Se quedó observando la danza hasta que terminaron y Antón, con su semblante serio, les anunció la comida. Dominic había ido a la ciudad por trabajo y ahora se unía al resto. Todo estaba listo, la mesa desprendía un aroma exquisito, ensaladas, carnes de varios tipos, entrantes y pequeños caprichos para el paladar.

—¿Te encuentras bien, Antón? —le preguntó Dominic pasando la mano por su brazo.

—Sí, hijo. Tranquilo.

Estaban a punto de empezar a comer cuando la puerta sonó. Unos pasos acompasados retumbaron en la sala anexa y Mateo apareció bajo el umbral

de la amplia puerta de doble hoja.

—¿Hay sitio para uno más? —preguntó tímidamente.

Antón alzó la vista y su rostro se iluminó repentinamente. Se levantó y lo miró con la expresión de un hombre que acabara de quitarse un inmenso peso de encima y estuviera a punto de desplomarse.

—Claro que sí, hijo —dijo emocionado. Estiró el brazo y miró a Sara—. Claro que sí...

44. La decisión

Sólo hay una cosa en este mundo que sólo tú puedes decidir sola. Estás a punto de conocer cuál es.

Después de la comida y el regreso de Mateo, Quimera se cernió en una tranquilidad casi soporífera. Samara había subido a su habitación y Dominic leía el periódico en la butaca más próxima a la ventana, mientras ella lo observaba con curiosidad.

—Tú... Tú bailas el tango, ¿verdad? —Samara le sonrió cuando levantó la vista del papel—. Sé que enseñaste a Carlo.

Frunció el ceño y la miró.

—Sí, Samara —Puso gesto de extrañeza y continuó leyendo.

—¿Quién te enseñó?

—Mi madre.

Bajó la mirada de nuevo para volver a subirla y observarla. Samara se frotó las manos nerviosa; parecía que intentara de alguna manera romper el hielo de la situación tan delicada que había pasado. Suspiró, dobló la prensa y la analizó con curiosidad. Miraba hacia el suelo tímida, como si buscara una conversación que no llegaba.

—Mi madre daba clases en una asociación cerca de casa. Cuando podía la acompañaba. No tenía mejores cosas que hacer.

—Y... ¿Qué más te gusta hacer?

Era gracioso. Nadie le había hecho esa pregunta en toda su vida. Una pregunta tan sencilla y tan habitual en la vida... y que jamás le habían hecho. Sintió una soledad inmensa y una sensación de vacío que hacía mucho tiempo que no sentía. Un nudo en la garganta le impedía decir nada. Tosió suavemente y se revolvió en el asiento.

—No... No sé, Samara. ¿Por qué me preguntas eso?

—Me interesa... no sé, tanto de ti. No conozco tus aficiones, bueno...

que bailas y que cocinas. —Sonrió—. Y que te frotras la barbilla cuando lees concentrado o cuando escuchas en la televisión algo que te interesa... —Se quedó pensativa—. Tienes manías y eso...

Se sorprendió al escucharla.

—Bueno... Cuando... cuando no te interesa algo que estás escuchando te tocas el pelo muy a menudo y cuando te enfadas lo primero que haces antes de decirlo o demostrarlo es tensar las... las mandíbulas, y los agujerillos de la nariz se te hinchan como si fueras a salir disparado como un toro.

Dominic puso gesto de asombro. Samara balanceaba las piernas, que colgaban de la cama como una niña mientras las manos reposaban debajo de sus muslos.

—Ah, tienes una especie de manía que es muy siniestra, ladeas la cabeza hacia la derecha. Da miedo. Fue lo primero que hiciste cuando, ya sabes... cuando viniste por primera vez a mi trabajo... —Miró al vacío sin dejar de hablar—. y... y cuando Carlo te dice cosas ridículas pestañas muchas veces como si no salieras de tu asombro. —Rió, pero al poco se tornó seria—. Son las cosas que veo. —Le miró—. Pero la verdad es que no sé qué te gusta.

Se mantenía en silencio con el codo apoyado en el reposabrazos y la mano sujetándose la boca.

—Montar en bici... Ir al cine... ¿No? Coleccionar sellos...

Le dio la risa. Se frotó los ojos con los dedos de la mano y volvió a reír.

—Madre mía, Samara... Llevó toda la vida trabajando, no... no tengo aficiones. No he dedicado mucho tiempo a divertirme.

—Bueno, lo entiendo. Olvídalo... No quería incomodarte.

Hizo un gesto con ambas manos y golpeó sus rodillas.

—Ven —le dijo.

Samara se sentó en ellas y él le llevó la cabeza a su hombro. Ahora sí que parecía una niña en el cuello de su padre. Igual que Yelina, cuando lloraba desesperadamente sobre él. Su barbilla rozaba su frente y podía oír el latido de su corazón debajo de aquel pecho que tanto le gustaba, su piel suave y ese leve olor a perfume que siempre tenía.

—Tú eres mi afición... y ya bastante trabajo me das. Cuando salgo de una, viene otra nueva... No tengo tiempo para coleccionables o deportes al aire libre, Samara... Así me divierto. Luego están Luis, Carlo, Mateo...

Creo que con todos ellos tengo bastante trabajo y entretenimiento.

Besó su frente y pasó la mano por su escote hasta rozar levemente su pecho izquierdo con las yemas de los dedos. Samara apenas salía de nuevo de su asombro. Era como si hubiera cogido carrerilla y su sinceridad o sus sentimientos no dejaran de fluir. Bajó el tirante de su camiseta y la fina tela resbaló por su pecho quedando al descubierto. Pasaba el dedo por él mientras le hablaba.

—Necesito descansar... hasta de mí mismo. Y con todo lo que ha pasado estos últimos meses, tú también.

Bajó la mano y acarició sus muslos. Metió la palma por entre las dos piernas y subió suavemente por ellas hasta desaparecer por debajo de la falda, casi a punto de rozar su sexo. Su pecho se elevó como si suspirara; Samara empezaba a sentir un leve cosquilleo de excitación al notar su mano subir y bajar tan despacio por su pierna. Un leve roce de su yema en su pelvis la hizo moverse; jugaba con el centro de su sexo, pasaba despacio el dedo por encima de su ropa interior. Le cogió la cara y besó sus labios muy despacio. Besó la punta de su nariz. Samara estaba desorientada, se mantenía en guardia. Dominic era fuego, pasaba de lo delicado a lo duro en tan sólo milésimas de segundos. En aquel momento le hubiera pedido que fuera delicado, que necesitaba sentirle sin más, pero no se atrevió, tan sólo se mantenía alerta disfrutando de los momentos de delicadeza que le estaba brindado.

Besó su boca y le dio un leve toque con la nariz en la suya.

—Soy así, Samara —volvió a decirle—. No puedo cambiar...

—Lo sé. —Observó sus facciones y meneó la cabeza—. Todos sois así. Es algo que me costó comprender y a veces me paraliza, pero ahora entiendo muchas cosas...

— Va a ser duro, nena... —La melancolía se apoderó de sus palabras y la abrazó con más fuerza. Apoyó la barbilla en su cabeza y suspiró—. Pero no puedo mentirte y prometerte una vida normal.

—Yo no quiero una vida normal —dijo—. Ya no. Reconozco que todavía me cuestan muchas cosas, me paraliza y me avergüenzo de ciertas situaciones, pero tenías razón en algo. —Hizo una pausa y se aferró a su camisa—. Ya no sería nada igual...

—De lo único que estoy seguro es de que me he pasado la vida esperándote y que podría pasarme el resto enseñándote. Todo lo demás son

meras suposiciones, promesas que no sabría ofrecerte porque ni yo mismo sé qué va a pasar, cómo puedo compensar tanto dolor...

Hasta la dulzura con la que la miraba era intimidatoria.

—El día que te viniste a vivir conmigo te dije que no conocías muchas cosas de mí. Llevo educando a tu hermano y a Carlo diez años de mi vida. —Se rió y se levantó dejándola en el suelo—. Pero hay algo que no puedo enseñarte, ni siquiera puedo decidir por ti, Samara.

Lo miró extrañada mientras cogía algo del bolso del pantalón, lo escondió en su puño... y lo apretaba con fuerza mirando al vacío.

—Dominic, me estas asustando —dijo incorporándose—. ¿Qué pasa?

Se aproximó a la cama y se sentó en el borde de la colcha.

—Solo necesitaba saber que realmente necesitas esto tanto como yo.

—Ya lo sabes que sí —dijo—. Sigo aquí.

—No... Yo te forcé tiempo atrás a llevar una vida que te fue envolviendo. Complacencia o deseo, ambas cosas a veces se confunden.

Le cogió la mano y le abrió la palma. Besó su piel y cerró los ojos.

—¡Dominic! —No entendía qué pasaba. Realmente nunca entendía nada cuando su humor giraba ciento ochenta grados de súbito.

Dominic se rió y deslizó un precioso anillo de oro blanco en su dedo.

—Esto es lo único que no podré jamás obligarte a hacer por mí.

Samara miró la joya y palideció repentinamente.

—Señorita Novoa... ¿Quiere casarse conmigo?

Table of Contents

[Título](#)

[Créditos legales](#)

[1. Odio](#)

[2. Humillación](#)

[3. Castigo](#)

[4. Luis](#)

[5. Te analizo](#)

[6. Tu collar](#)

[7. La proposición](#)

[8. La finca quimera](#)

[9. La familia](#)

[10. La galería](#)

[11. Marcada](#)

[12. ¿Y si te dijera que no?](#)

[13. Samara comete un error](#)

[14. Remordimientos](#)

[15. La última cena](#)

[16. La vuelta a casa](#)

[17. Primer fin de semana](#)

[18. Casualidades](#)

[19. Detalles](#)

[20. Treinta minutos](#)

[21. Carlo](#)

[22. Dolor](#)

[23. El secreto de Luis](#)

[24. Meredit](#)

[25. Alexander Mateo](#)

[26. Confesiones](#)

[27. Dos semanas sin ti](#)

[28. Perdón](#)

[29. Luis y su pequeño vicio](#)

[30. El cumpleaños](#)

[31. Tengo algo que ofrecerte](#)

[32. Cambios](#)

- [33. Una nueva vida](#)
- [34. Tú me haces sentir vivo](#)
- [35. Sara](#)
- [36. Yelina comete un error](#)
- [37. Cerrando frentes](#)
- [38. La historia de Antón](#)
- [39. El castigo de Yelina](#)
- [40. El castigo termina](#)
- [41. Conflictos internos](#)
- [42. Toda tú](#)
- [43. Reencuentro](#)
- [44. La decisión](#)